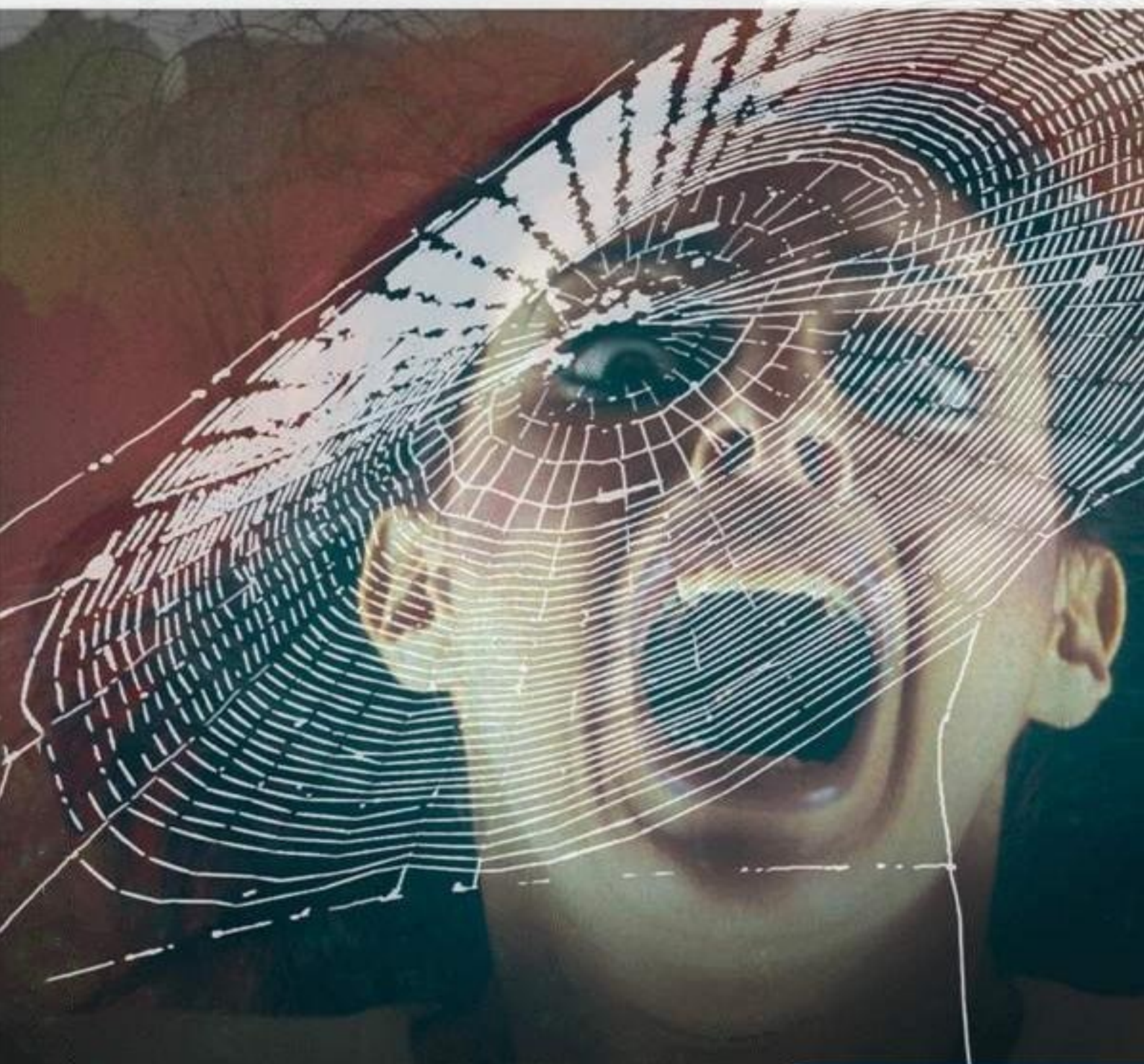


“La primera incursión en el thriller de uno de los grandes autores de la cf mundial. Una escalofriante historia que te pondrá los pelos de punta.”

Greg Bear

Líneas muertas



UNA NOVELA SOBRE LA VIDA... DESPUÉS DE LA MUERTE



Lectulandia

Durante los dos últimos años, Peter Russell ha llorado la muerte de una de sus dos hijas gemelas, asesinada cuando contaba solo diez años. Divorciado, deprimido y con una carrera sin rumbo, Peter teme que su vida se esté yendo por el desagüe. Entonces aparece Trans, una maravilla creada por una pujante compañía de telecomunicaciones: un dispositivo de comunicación elegante, portátil e interpersonal capaz de funcionar a la perfección en cualquier parte del mundo, en cualquier momento. Transmite con claridad cristalina a través de un ancho de banda recién descubierto y por tanto virgen, capaz de provocar una nueva revolución tecnológica. Cuando su creador ofrece a Peter un puesto en su equipo todo parece ponerse de cara... de no ser por su incipiente caída en la locura.

Lectulandia

Greg Bear

Lineas muertas

Solaris terror - 25

ePub r1.0

Titivillus 07.06.17

Título original: *Dead lines*
Greg Bear, 2004
Traducción: Carlos Lacasa Martín
Diseño de cubierta: Franco Accornero

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para:
J. Sheridan Le Fanu.
Henry James.
M. R. James.
Arthur Machen.
H. P. Lovecraft.
Shirley Jackson.
Fritz Leiber.
Richard Matheson.
Kingsley Amis.
Peter Straub.
Bruce Joel Rubin.
Ramsey Campbell.
Dean Koontz.
Stephen King.

Tipos terroríficos, todos ellos.

Un fantasma es un papel sin actor.

Los fantasmas son como las películas: la historia sigue, pero ya no queda nadie para verla. Como la piel muerta, en circunstancias normales un fantasma permanece lo suficiente para proteger la carne vulnerable de los vivos.

Es frecuente que algunas personas nazcan sin nada dentro o que pierdan lo poco que tienen: son fantasmas vivientes. Y cuando mueren, en ocasiones antes incluso de morir, se abre una fisura que da paso a la oscuridad.

Todos estábamos allí, en aquella ciudad que vive de la manufactura de fantasmas. Estábamos allí cuando un hombre comenzó a permitir la libre comunicación. Y allí estamos ahora, tristes muñecas hechas de polvo.

Amigos, si supierais la verdad, si fuerais lo bastante listos como para preocuparos... Puede que ahora escuchéis, aunque nunca antes lo hayáis hecho.

Pronto os uniréis a nosotros.

Sois los siguientes.

«Paul ha muerto. Llama a casa».

Peter Russell, grueso y de cabello canoso, se quedó parado en la acera mirando con ojos entrecerrados el mensaje de texto en su teléfono móvil, apenas visible por el sol vespertino en Ventura Boulevard.

Se acomodó las gafas redondas sobre los ojos pequeños y vivos, y se acercó el aparato para ver la pantalla con mayor claridad.

«Paul ha muerto». Por un momento recordó su juventud, cuando durante toda una semana creyó sinceramente que Paul había muerto: Paul McCartney. I am the Walrus. Pero había leído mal las letras cuadradas del teléfono. El verdadero mensaje era «Phil ha muerto».

Aquello lo perturbó. Solo conocía a un Phil. No había hablado con Phil Richards desde hacía un mes, pero se negaba a creer que el mensaje se refiriera a su mejor amigo desde hacía treinta y cinco años, al más amable, más frágil y, sin duda, más talentoso de los Dos P. No podía referirse al Phil del Grand Taiga de diez metros, guardián de los eternos planes para la Mayor Escapada-Acampada para Viejos Chochos del Mundo.

Por favor, ese Phil no.

Dudó antes de pulsar el botón para responder a la llamada. ¿Y si era una broma, una especie de *spam* para móviles?

Peter conducía un viejo Porsche 356C Coupé que en sus tiempos había sido rojo brillante, pero que ahora mostraba un tono similar al del ladrillo seco. Tanteó buscando la llave y casi dejó caer el teléfono antes de lograr abrir la puerta. No podía ser más inoportuno, tenía una cita muy importante. Enfadado, pulsó el botón. El número se desplegó con pitidos musicales. Reconoció la voz de Carla Wyss, a la que no había oído desde hacía años. Sonaba nerviosa, y un poco culpable.

—Peter, acabo de estar en tu casa. Cogí la llave de la campana y pasé. Había una nota. Dios mío, no quería fisgar. Es de una tal Lydia. —Lydia era la exmujer de Phil—. Pensé que debías saberlo cuanto antes.

Peter le había mostrado a Carla, tras una noche de pasión vengativa, el secreto de la campana Soleri de bronce que colgaba en el exterior de su puerta principal. Ahora, descompuesta, Carla se estaba tomando un sándwich y una cerveza de su nevera. Esperaba que no lo molestara.

—Mi casa es su casa —respondió Peter, más allá de la irritación. La lengua le cubría el pequeño espacio entre los incisivos superiores—. Dime.

La voz de ella era vacilante.

—Muy bien. La nota dice: «Querido Peter, Phil ha muerto. Tuvo un infarto cerebral o un ataque al corazón, no están seguros. Will te dará los detalles». Está

firmada con gran pulcritud. —Tomó aliento—. ¿No era también escritor? Me parece que lo conocí aquí, en tu casa.

—Sí. —Peter se apretó los ojos con los dedos, bloqueando la luz cegadora. Lydia llevaba varios años viviendo en Burbank. Al parecer había ido visitando a los amigos de Phil en Los Ángeles. Carla seguía divagando, diciendo que Lydia había empleado una pluma estilográfica, una hoja plegada de papel hecho a mano, una cinta negra de satén y cinta adhesiva transparente.

A Lydia nunca le habían gustado los teléfonos.

Phil está muerto.

Treinta y cinco años de sueños infantiles y planes hasta altas horas de la madrugada, de charlas en el patio trasero, sentados en butacas de mimbre, en la hierba entre los juníperos. De imaginar historias, de soñar con escribir, de hacer grandes planes. Phil visitaba de forma interesada los decorados de las películas de Peter y las sesiones de fotos, pero también lo ayudaba a transportar sus pesadas e invendibles esculturas de alambre al vertedero, en la caja de la vieja camioneta Ford que se dejaban el uno al otro.

Aunque para desgracia de Phil solo se intercambiaban la camioneta, no las mujeres.

El pequeño y delgado Phil, con el pelo corto y duro, que sonreía con tanta dulzura cada vez que veía a una chica desnuda; que ansiaba el sexo femenino con tan torpe devoción.

—¿Estás bien, Peter? —preguntó Carla desde la distancia.

—Un ataque al corazón —repitió Peter, y llevó de nuevo el micrófono del teléfono a la boca.

—O un infarto cerebral, no están seguros. Es una nota muy bonita, de verdad. Lo siento tanto...

Visualizó a Carla en su casa, clavada en sus perpetuos treinta y muchos, toda piernas, vestida con unos pantalones de ciclista y una resplandeciente camisa blanca de hombre remangada y con las puntas abiertas para mostrar su vientre terso y liso.

—Gracias, Carla. Será mejor que te vayas antes de que llegue Helen —dijo Peter, no sin amabilidad.

—Dejo la llave en la campana —aseguró Carla—. Y Peter, he estado mirando tus archivos. ¿Tienes algunas fotos más que puedas dejarme? Tengo agente nuevo, un buen tipo, bastante listo, y quiere montar un book. Puede que me salga un anuncio de tarjetas de crédito.

Todos los agentes de Carla habían sido buenos tipos, y bastante listos; todos ellos la habían jodido en todos los sentidos, pero ella nunca aprendía.

—Miraré —dijo Peter, aunque tenía más que serias dudas de que sirviera de algo.

—Ya sabes dónde encontrarme.

Sí, lo sabía, y sabía también su olor, su tacto. Con una oleada de culpabilidad indefinida se sentó en el viejo asiento del coche, muy caluroso, con la puerta medio

abierta y una pierna fuera. El cuero expuesto al sol le calentaba los testículos. Un Lexus de color crema zumbó a su lado y tocó el claxon. Peter metió la pierna, cerró la puerta y bajó la ventana cuanto le era posible, aproximadamente la mitad de su recorrido. El sudor le caía por el cuello. Tenía que estar en Malibú, presentable, dentro de una hora. Su rostro ancho se arrugó sobre la barba corta, salpicada de canas.

Peter tenía cincuenta y ocho años y no podía permitirse diez minutos para llorar a su mejor amigo. Se escudó con una mano los ojos frente al sol y el tráfico.

—Joder, Phil —dijo.

Arrancó el coche y tomó las carreteras que lo condujeron a su casa de los años cincuenta, cuadrada y de cubierta plana, en las colinas Glendale. Para cuando llegó Carla ya se había ido, y había solo un leve aroma a gardenias en el aire cálido y tranquilo del patio. Helen se retrasaba, o puede que directamente no fuera a ir (él nunca podía estar seguro de cuáles serían sus planes), así que se dio una ducha rápida. No tardó en oler a jabón y a piel limpia, y en ponerse una camisa hawaiana azul y roja. Cogió su mejor maletín, uno de cuero marrón, y atravesó las viejas puertas francesas. Los jazmines que trepaban por la celosía de madera habían echado ya algunas flores. Su dulzor se enroscaba con las gardenias de Carla.

Peter se quedó de pie un rato sobre las baldosas rojas y miró a través del enrejado de madera, hacia el cielo azul y brillante. Apoyó el codo contra un poste tosco, descolorido por el sol, pues le costaba respirar: la vieja ansiedad que siempre lo acompañaba en los lugares estrechos, en las esquinas y en las sombras, cuando los acontecimientos escapaban a su control o a su capacidad para escapar de ellos. Pasó un minuto. Dos. Su respiración se calmó. Inspiró profundamente y se presionó el interior de la muñeca con dos dedos para comprobar el pulso. El latido era normal. La molestia detrás de sus costillas se deshizo con una sólida presión de los dedos bajo el borde del esternón. Nunca le había preguntado a ningún doctor por qué funcionaba aquello, pero servía.

Se limpió la cara con una toallita de papel antes de escribir a Helen una nota en el pizarrín sucio que había clavado bajo la campana Soleri. Buscó en el barril de petróleo que le servía como armarito exterior montado sobre dos caballetes altos, y sacó una chaqueta ligera de seda *beige*, la única que tenía, comprada hacía seis años en una tienda barata. La olió. No estaba demasiado mustia, le valdría para otro verano a punto de convertirse en otoño.

Peter dejó que el viejo Porsche rodara libre fuera del garaje. El ronroneo del motor se convirtió en un suave zumbido cuando metió la primera con la larga palanca de pomo de madera.

Lo último que había sabido era que Phil estaba recorriendo el norte de California, tratando de desbloquear una novela. No se veían desde hacía varios meses. Trató de

pensar en por qué los amigos no mantienen el contacto de forma semanal, o incluso diaria. Algunos de sus momentos más brillantes los había tenido con Phil; Phil podía iluminar una estancia cuando lo deseaba.

Peter se frotó un ojo y miró el nudillo seco. Quizás aquella noche. Pero era posible que Helen le dejara a Lindsey, y si empezaba a llorar con Lindsey por allí, podría reabrirse una herida que ni siquiera podía permitirse tocar.

La insensibilidad se aposentó en su interior. Condujo hacia el océano, hacia Salamambo, hacia la finca de Joseph Adrian Benoliel.

La puesta de sol más allá de las colinas y de las aguas era espectacular en su suciedad: cielo lapislázuli, el sol un diamante amarillo que flotaba sobre la línea gris del mar, apagado por una cinta marrón de contaminación. Peter Russell avanzaba en segunda velocidad entre hileras de palmeras, eucaliptos y greens de golf. La casa Flaubert proyectaba una sombra larga y fresca sobre el camino de entrada. Los grillos comenzaban a interpretar sus canciones.

Salamambo cubría ocho hectáreas de las más codiciadas zonas altas de Malibú. Había sobrevivido a incendios, terremotos, corrimientos de tierras, la Gran Depresión, el declive de la carrera de dos estrellas de cine y el desarrollo urbanístico. En los más de treinta años que llevaba Peter en Los Ángeles y el valle, nunca se había encontrado con nada así: dos enormes y extrañas mansiones muy separadas y fuera de su mutua vista, con perspectivas de Carbon Beach a través de la falda de las colinas y de los valles cubiertos de creosota y artemisa.

Allí estaban las ilusiones en su máxima expresión: la fantasía de que la paz puede comprarse, de que el poder preserva, de que el tiempo pasará de largo sin afectar a las cosas más preciosas, a saber: la excentricidad, el estilo y todas las paredes que el dinero pueda pagar. La vida sigue, decía Salamambo con sublime confianza, especialmente para los ricos. Pero la historia de la hacienda no era tan reconfortante.

Salamambo era la visión que un nuevo rico tendría del Cielo: muchas mansiones «construidas para el Señor». El señor en este caso había muerto en 1946: Lordy Trenton (no era un verdadero lord, sino un actor de comedias mudas) había surgido de la nada en las Catskill para desarrollar una carrera de doce años que lo puso al lado de gente como Chaplin, Keaton y Lloyd. La popularidad de su personaje (un aristócrata borracho, básicamente decente pero propenso a causar enormes problemas) había decaído aun antes de la llegada de la Depresión. Trenton dejó la interpretación cuando la ganancia todavía podía ser grande. Uno de los grandes, para ser exactos, que fue el precio por el que vendió en 1937 los derechos de todas sus películas.

Durante la Depresión, Lordy había invertido en equipo de sonido para películas y había hecho mucho dinero. A mediados de los treinta construyó la casa Flaubert, antes de empezar a erigir lo que algunos críticos arquitectónicos de la época denominaban el «Jesús Lloró». Los amigos de Trenton lo llamaban «la Misión». La Misión constaba de una enorme entrada circular bajo una cúpula decorada con azulejo árabe, altos techos abovedados, dormitorios decorados con hierro forjado y roble oscuro, un austero refectorio que podía albergar a un centenar de personas y un salón de más de doscientos metros cuadrados. Aquello se llevó gran parte de su fortuna.

A mediados de los cuarenta, asediado por visiones de una invasión japonesa de California, Lordy conectó la casa Flaubert y la Misión con una vía subterránea de cuatrocientos metros, equipada con refugio antiaéreo. Luego decoró aquel túnel de piedra y ladrillo enlucido con una galería de óleos europeos del siglo XIX. Al mismo tiempo comenzó su relación con Emily Gaumont, una joven y atribulada artista, y en ocasiones actriz. Tras su matrimonio en 1944, ella pasó su último año pintando de forma obsesiva retratos de tamaño natural de Lordy y de muchos de sus amigos... caracterizados como payasos.

En 1945, durante una fiesta, un incendio en el túnel mató a Emily y a diez visitantes, además de destruir el tranvía. Cuatro de los muertos, entre ellos Emily, o así dice la leyenda, estaban quemados más allá de toda posibilidad de identificación.

Un año más tarde, solo y acuciado por las demandas, Trenton murió de envenenamiento alcohólico agudo.

El siguiente dueño, un magnate de los grandes almacenes llamado Greel, de casi setenta años, se hizo cargo de una joven señorita, supuestamente de descendencia criolla francesa. Para agradaarla se gastó un millón de dólares para completar la Misión con el estilo del gótico de Luisiana, mezclando los dos ambientes hasta lograr un efecto enervante. El nombre «Jesús Lloró» quedó consagrado.

Greel se suicidó en 1949.

En 1950, la hacienda fue adquirida por Francis Saint Claire, una «rubia Hitchcock». Vetada por los estudios, su carrera arruinada por las acusaciones de simpatías izquierdistas, Saint Claire se había casado con un inteligente vividor llamado Mortimer Sykes. Sykes, rompiendo todos los estereotipos, invirtió sabiamente el dinero de su mujer y la mimó sin medida. En 1955 construyeron la tercera y última mansión de Salamambo, la moderna Cuatro Acantilados, de estilo Bauhaus. En 1957, justo seis meses antes de la muerte de Saint Claire por un cáncer de pulmón, unos eucaliptos se incendiaron. Las llamas se extendieron a dos de las mansiones. Cuatro Acantilados ardió hasta los cimientos. La mayor parte de «Jesús Lloró» sobrevivió, pero el refectorio estaba en ruinas. La investigación policial apuntaba a un fuego provocado, pero varios amigos bien situados lograron acallar cualquier pesquisa posterior, y sugirieron que ya había habido desgracias suficientes en Salamambo.

En 1958, Sykes puso la hacienda a la venta y se mudó a Las Vegas. Era un hombre acabado y acosado por las deudas, y trató de pedir dinero prestado a la gente equivocada. Dos años después, unos paseantes descubrieron su cuerpo en una fosa poco profunda en el desierto.

El lugar permaneció deshabitado durante cinco años. En 1963, Joseph Adrian Benoliel se convirtió en el nuevo dueño de Salamambo. Joseph, solterón de vocación, había hecho fortuna produciendo películas playeras y administrando una cadena de franquicias inmobiliarias.

Y entre 1970 y 1983, había financiado en secreto cuatro de las películas eróticas

de Peter, llenas de desnudos pero sin sexo explícito.

Peter estacionó el coche, salió y se puso la chaqueta. Era ancho de hombros y llevaba bien la incipiente barriga, pero empezaba a parecerse más a un guardaespaldas avejentado que a un artista. En cualquier caso, a los Benoliel les daba igual.

Llamó con el pomo de bronce sobre la placa montada en la inmensa puerta de roble. Un hombre joven con el pelo moreno y corto, vestido con un jersey azul grande y unos pantalones *beige*, abrió la puerta, lo miró de arriba abajo y le ofreció algo, como si estuviera dando una limosna a un pobre. Peter no lo conocía de nada.

—Tenga, parece que el señor Benoliel no lo quiere —dijo el joven con un tono entrecortado de decepción británica—. Son gratis. ¿Quién es usted? —Puso un ovoide de plástico negro en la mano de Peter y dio un paso atrás para dejarle entrar.

—Es Peter —dijo Joseph—. Déjelo en paz. —Se acercó a la entrada con el persistente golpeteo de su bastón con punta de goma, moviéndose rápido para ser un hombre cojo—. Odio esas mierdas. —No sonaba enfadado. De hecho, sonreía a Peter con muy buen humor. Tenía poco más de setenta años y el cuerpo de un jugador de fútbol americano que ha engordado y se ha sometido a una dieta; la carne de los brazos colgaba fofa bajo las mangas cortas de su camiseta amarilla de golf. Unas piernas zambas, debilitadas por la diabetes, sobresalían de los pantalones cortos, negros y abolsados. Su encrespado pelo corto llevaba muchos años cubierto de canas—. No soporto que se pongan a sonar en los restaurantes. La gente no puede dejar de hablar ni cuando conduce. Siempre tienen que estar conectados, como si se fueran a morir si dejaran de hablar. Ya hay demasiada cháchara en el mundo. —Hizo con la mano un gesto entre la concesión de permiso y el rechazo irritado—. Si coges ese maldito chisme, apágalo mientras estés aquí.

—No se apagan —le explicó el joven a Peter, acercándose a él. Sus grandes ojos azules valoraban el carácter del recién llegado y el tamaño de su cartera—. Pero puede bajar el volumen del timbre.

Peter sonrió como si estuviera escuchando un chiste.

—¿Qué es? —preguntó.

—Cháchara gratis —dijo Joseph—. Pero no funciona. ¿Dónde está Mishie?

—Me dijo que abriera la puerta —respondió el joven.

—Pero si Peter tiene llave, demonios. ¡Mishie!

El joven miró a Peter con un nuevo aunque inseguro respeto.

Mishie (Michelle) apareció por el pasillo que conducía a la sala de dibujo.

—Aquí estoy. —Sonrió a Peter y pasó un brazo por el de Joseph—. Es la hora de darle los cacahuetes a su señoría —anunció con una sonrisa teatral—. Ven, cariño.

Joseph miró sombrío el pequeño ascensor a la izquierda del largo tramo de escaleras, como si allí lo esperara la muerte.

—No me dejes solo con ella, Peter —dijo.

—Los dos jovencitos que esperen en la sala de dibujo —instruyó Michelle con gazmoñería—. Bajamos en un segundo.

—Pero si ya estoy abajo —protestó Joseph—. Si hay algo que odio son los cacahuetes. —Mientras pasaba a su lado, dio unos golpecitos a Peter en el brazo.

—Buena pareja —dijo el joven mientras se sentaban en una alcoba que daba al jardín oeste. Los melancólicos restos del día se apagaban sobre los acantilados y el océano—. Estaban de broma, ¿no?

—Eso creo. Soy Peter Russell.

—Stanley Weinstein.

Se estiraron desde sus respectivas sillas para darse la mano. Las sillas en toda la casa Flaubert siempre se colocaban muy separadas las unas de las otras.

—¿Está buscando una inversión? —preguntó Peter.

—Un inversor —lo corrigió Weinstein—. Un millón de dólares, mínimo. Una miseria para financiar una revolución.

—¿Telecomunicaciones?

Weinstein se encogió.

—Evitemos esa palabra, por favor.

Peter puso el ovoide de plástico frente a sus ojos y lo giró hasta que encontró una junta, que trató de abrir con el pulgar. No cedía.

—Si no es un teléfono, ¿qué es?

—Nosotros lo llamamos Trans —dijo Weinstein—. T-R-A-N-S, plural también Trans. Si inviertes un poco, te dejamos uno para que lo uses. Si inviertes mucho, te damos más para que se los des a tus amigos. Muy chic, tecnología extraordinaria, en el mercado no hay nada parecido. ¿Nota el peso? Pura calidad.

—Se parece a un teléfono móvil —dijo Peter—, pero no lo es.

—Caliente —concedió Weinstein con una inclinación de la cabeza—. Los dejamos gratis hasta el año que viene. Entonces los lanzaremos al público y abriremos tiendas en todos los centros comerciales del mundo.

—¿Joseph no quiere invertir? —preguntó Peter.

Weinstein se encogió de hombros.

—La demostración no ha salido bien. Parece que pasa algo en esta casa.

—Tiene estructura metálica y toneladas de piedra.

—Trans funciona en cualquier parte, desde el centro de la Tierra hasta la Luna —replicó Weinstein, inflando los carrillos—. No sé cuál puede ser el problema. Tendré que preguntarle a mi jefe.

—¿Y su jefe es...?

Weinstein se llevó un dedo a los labios.

—¿El señor Benoliel confía en usted?

—Supongo que sí —dijo Peter—. Confía en que no intente darle un sablazo

demasiado a menudo.

A Weinstein pareció hacerle gracia aquello, y agitó un dedo en el aire.

—¿Cacahuetes?

—Eso sí es una broma. Hago cosas para ellos, nada importante.

Weinstein parpadeó.

—Tiene influencia. Es evidente que confían en usted —dijo—. Quédese la unidad. De hecho, déjeme darle más. Déselas a sus amigos. Pero si es posible, dele una a un buen amigo del señor Benoliel, o mejor aún a él mismo.

Peter negó con la cabeza.

—Ya tengo teléfono móvil —dijo—. Todas las semanas estoy recibiendo llamadas acerca de nuevos planes de servicios.

—¿Y qué tal olvidarse de los planes de servicios? —Weinstein extendió los dedos como haría un mago—. Una unidad Trans dura un año, momento en que la reemplaza por otra, por un precio que aún está por establecer, aunque estará por debajo de los trescientos dólares. Llamadas ilimitadas de día o de noche, en cualquier parte del planeta. Mejor que la tecnología digital. De hecho, la calidad de sonido es puramente analógica, tal y como Dios pretendió. ¿Le gustan los discos de vinilo?

—Aún tengo algunos. —De hecho, Peter tenía cientos de ellos, en su mayoría de jazz, clásica y rock de los 60.

—Entonces sabe a qué me refiero. Es espléndido, como un susurro en el oído. No hay interferencias, solo sonido puro. Si logra convencer al señor Benoliel de que esto es importante, recibirá unidades gratis de por vida. Unidades para usted y para cinco... no, para diez de sus amigos.

Peter rió entre dientes.

—¿Y?

Weinstein enarcó una ceja.

—Cinco mil acciones, compromiso de recompra por un precio garantizado de veintitrés dólares la acción.

Peter enarcó su ceja aún más. No había sobrevivido a una carrera cinematográfica sin aprender un par de cosas.

Weinstein sonrió con malicia.

—O cinco mil dólares al contado, usted decide, pagaderos en el momento en que el señor Benoliel decida invertir.

—¿Qué tal diez mil?

Weinstein mantuvo la sonrisa, más tensa pero aún amistosa.

—De acueeeerdo —dijo, imitando el arrastrar deliberado de Joseph—. Socios. —Sacó un papelito doblado del bolsillo y comenzó a escribir con una estilográfica—. ¿Tiene agente?

—Hace un tiempo que no sabe de mí. —Peter examinó el escueto documento, cuidadosamente caligrafiado. La dirección era del condado de Marin. Probablemente tuviera que viajar al norte de todos modos, para el funeral de Phil, si es que había

uno. Le pidió la pluma y firmó—. Qué demonios —dijo—, Joseph no suele cambiar de opinión.

Weinstein se excusó un momento y volvió algunos minutos después con una caja de cartón blanco. Dentro, enterrados en varias capas de material de embalar, había diez ovoides plásticos con diversos colores alegres.

—Todos están activados y funcionarán durante un año. Si necesita instrucciones, pulse el botón de ayuda.

—¿Cómo se abren? —preguntó Peter.

Weinstein se lo mostró. Se presionaba un rebaje apenas visible en un lateral y se liberaba la mitad superior, que se abría con suavidad oleaginosa. No había botones. Una pantalla cubría la mayor parte de la mitad revelada y se iluminaba de un blanco perlado, mostrando un teclado alfanumérico negro distinto del de su Motorola. La unidad estaba muy bien construida y era muy agradable de sostener. Cálida, pesada.

—No será un regalo de los alienígenas, ¿no? —preguntó.

—Debería —dijo Weinstein con una risita—. No, es cien por cien de fabricación humana. Solo... personas.

Weinstein le entregó la caja y echó un vistazo a la sala de dibujo.

—Menudo sitio —dijo—. ¿Ha trabajado mucho aquí?

Peter sonrió. A Joseph no le gustaba que nadie hablara de él, de ningún modo.

Weinstein se puso serio.

—Consígalo, señor Russell, y podrá visitar nuestras nuevas oficinas, además de recoger su dinero. Entonces conocerá al hombre que hay detrás de Trans.

Peter cerró la tapa de la caja.

—Voy a llevar esto al coche —dijo.

—¿Ese estupendo Porsche? —preguntó Weinstein—. ¿Es una réplica?

—No.

—Entonces es más viejo que yo.

Tras la marcha de Weinstein, Peter siguió a Michelle por la larga curva de las escaleras de mármol hasta la primera planta. La casa Flaubert era inmensa y silenciosa, sólida como una tumba pero alegre a su modo.

—Qué embarazoso —murmuró Michelle—. El hijo de alguien a quien Joseph conoció hace quién sabe cuándo envía a un vendedor para sacarle diez millones de dólares.

Peter se puso a su altura para recorrer los últimos escalones, en silencio. Hasta los cuarenta años no comprendió que el verdadero arte de la conversación estaba en no decir casi nada.

—Joseph está un poco bajo. Sí, nunca ha sido precisamente un ciclón, ya sabes. Pero ha perdido chispa.

En realidad, a Peter nunca le había parecido que Joseph tuviera demasiada chispa.

Sus pocos encantos quedaban definidos por una molesta sinceridad, una conversación aguda y una asombrosa capacidad para comprender los caracteres. A lo largo de los años, aquel hombre había acabado gustándole; la honestidad y el chiste ocasional podían significar mucho.

Michelle parecía cansada.

—Dice que tiene un buen trabajito para ti, pero no quiere decirme nada. ¿Crees que será cosa de hombres? —Sus largas piernas la llevaban más rápido sobre la gruesa alfombra árabe del pasillo.

—Cacahuetes —respondió Peter.

Michelle sonrió.

—Le diré que estás aquí. —Lo dejó allí, entre dos paredes cubiertas por fotografías enmarcadas de estrellas de cine. La mayoría de aquellos elegantes retratos estaban autografiados, recuerdos de los días de Joseph como productor. Peter los reconoció a todos: gente hermosa o entrañable, gente seria o luminosa, que fingía buen humor o dignidad, de aspecto inaccesible o seductor, pero todos buscaban aprobación, fuera cual fuese la máscara que adoptaran. Hacía tiempo que había comprendido una verdad casi universal acerca de los actores: solo se volvían reales cuando se los contemplaba, cuando se encontraban en la pantalla. Cuando estaban ocultos detrás de una puerta, solos o enrollados alrededor de una bobina y encerrados en una lata de metal... Para un actor, el que no lo vieran, el carecer de espectadores, era peor que el purgatorio.

—Muy bien —dijo Michelle, que acababa de regresar—. Está presentable. —Abrió una puerta cerca del final del pasillo—. Joseph, es Peter.

—¿Y quién iba a ser, Eliot Ness? —rugió una voz desde la oscuridad. Michelle lanzó un suspiro.

—Te llevas un diez por ciento más si lo conviertes en una persona agradable.

—¡Te he oído!

Michelle suspiró audiblemente y cerró la puerta detrás de Peter.

Joseph estaba sentado en una enorme silla de cuero cerca de unas ventanas de suelo a techo que se abrían a un falso balcón de un palmo de profundidad y que estaba protegido por una barandilla negra de hierro forjado. Las luces del patio principal y los últimos restos del día lo dibujaban con gruesas pinceladas granuladas, como la tiza sobre el terciopelo. La pieza también contenía una vieja barra de roble de un saloon de Dodge City, o así decía la leyenda, y dos sofás de cuero marrón separados por una mesa cuadrada de granito negro.

—Pero qué pesado, Dios mío —dijo—. ¿Ha tratado Weinstein de comprarte?

—Sí. Ambición —respondió Peter.

—Ya te digo.

Peter asintió. Sus ojos se acostumbraban poco a poco a la penumbra crepuscular.

—¿Te ha ofrecido acciones para convencerte?

—Y metálico.

Joseph rió entre dientes.

—Llevan una semana atosigándome sin parar. Y además, esas mierdas no funcionan. ¿Es que no pueden probarlas antes de tratar de estafar a un viejo rico y loco? —Las palabras de Joseph tenían un tono extraño—. Viejos ricos vagabundos —murmuró—. Y viejos vagabundos locos. —Miraba fijamente a través de las ventanas. Peter se encontraba a unos dos metros de la silla—. Da igual, me alegra verte aquí. Necesito que vayas a ver a una mujer. ¿Te interesa?

—Para ti, siempre.

—Puede que sea la mujer más carismática del planeta. Desde luego, es una de las más inteligentes. Si fuera yo personalmente, jugaría conmigo como con una trucha de piscifactoría. Sin embargo, tú... Tú conoces a las mujeres mejor que nadie. Sobrevivirás.

Peter soltó una risita dubitativa.

—Sí, sobrevivirás. Lo has hecho con más de doscientas mujeres, has fotografiado puede que a dos mil, y a Michelle le gustas de verdad. Ese es un historial que no puede igualar ningún hombre al que haya conocido en mi vida.

—¿Y quién te ha dado mi ficha?

—Nos conocemos desde hace mucho —dijo Joseph—. Hice algunas averiguaciones antes de pagar tus películas.

—Quizá sea un poco exagerado —protestó Peter—. Nunca he llevado la cuenta.

Joseph levantó la mano con los dedos extendidos, antes de devolverla al brazo de la silla.

—Antes de conocerme, Michelle conocía a un montón de fotógrafos melencólicos, sacos de mierda de cerdo fermentada. Así es como los llamaba. Menos a ti.

—¿Yo soy respetable? —preguntó Peter.

—Si trabajas para mí, no. —Joseph se removió en la silla—. Esta mujer a la que vas a ver tiene setenta años. Es la criatura más hermosa que he visto nunca, sin excepciones. La he visto en la televisión. Sus dientes no son perfectos, pero sonrío como si fuera una especie de... de santa oriental, como se llamen.

—Kwan Yin —ofreció Peter.

—Sí, puede. Se llama Sandaji. Antes era Carolyn Lumley Pierce. Es de Bay Area; comenzó siendo una pirada Nueva Era, pero he hecho que la investiguen y sé que ha pasado por un infierno del que ha salido fortalecida. Una historia asombrosa. Tiene un seminario de meditación en Pasadena. —La voz de Joseph era un bramido grave, asertivo—. Quiero que le dejes un rollo de billetes, diez mil dólares en billetes de cien, en el platillo de donativos. Entonces hazle mi pregunta. Tráeme la respuesta mañana por la mañana.

Los recados que Peter hacía para Joseph eran variados y a menudo peculiares, pero nunca había hecho algo siquiera parecido. A Peter no le gustaba la gente Nueva Era, ni los gregarios ni los líderes. Lo habían defraudado.

—Direcciones. Remuneración. —Joseph le entregó un papel doblado y un grueso

rollo de billetes—. No se lo digas a Michelle. Sigue enfadada conmigo por gastarme la semana pasada un cuarto de millón en un reloj.

—Dios mío —dijo Peter involuntariamente.

—Es un buen reloj —replicó Joseph con petulancia. Se subió la manga del jersey para revelar un destello de platino—. Puede que te lo deje cuando me muera.

—Soy un hombre humilde —dijo Peter.

—Bueno, que Michelle ya está de uñas, así que no le digas cuánto es, ¿de acuerdo?

—Claro. —Se metió el dinero y las instrucciones en el bolsillo. Los billetes descansaban contra el Trans.

Joseph sintió un escalofrío.

—Mierda, aquí hace frío. Peter, presentas un aspecto lúgubre. Tienes peor pinta que yo, y eso que soy un repollo viejo. ¿Qué sucede?

—Ha muerto un amigo mío. Un escritor llamado Phil Richards.

—Lo lamento. Amigos... No nos podemos permitir perderlos. —La mirada de Joseph pasó por encima de Peter hasta descansar en la esquina más alejada de la sala—. Hay agua en alguna parte, reflejando la luz de la Luna —murmuró.

Peter miró por encima del hombro y vio un pálido reflejo lechoso sobre el techo. Desapareció al momento.

—¿Qué tengo que preguntarle? —dijo.

—He preparado una entrevista privada. No hablarás de esto absolutamente con nadie. Confío en ti, Peter..., pero aun así quiero que me lo prometas. Júramelo hasta el punto en que un ateo puede hacer un juramento a otro, ¿quieres?

—Que me muera si hablo —respondió Peter.

Joseph pareció aceptarlo. Descansó las manos sobre su regazo como un escolar a punto de recitar. Peter nunca lo había visto tan vulnerable.

—Pregúntale si cree posible el que alguien viva sin alma. Pregúntaselo en privado, no enfrente de esos tarados babosos de cuello blanco que la frecuentan.

—Que alguien viva, sin alma —repitió Peter.

—No te burles de mí, Peter Russell. —La voz de Joseph era dura y limpia. Bajo el resplandor de la Luna emergente, su cara tenía el color de un cuchillo caro.

—No he querido faltarle al respeto, señor Benoliel. Solo estaba ensayando mi texto.

—Últimamente se ha comportado como un cretino —dijo Michelle en la entrada, sosteniendo la puerta. La luz de la veranda proyectaba un apagado brillo dorado sobre la mampostería—. Por favor, tienes que intentar animarlo.

—¿No es ese tu trabajo? —preguntó Peter.

—Hoy parece alicaído —observó ella.

—Mi mejor amigo acaba de morir.

—Oh, mierda, ¿de verdad? —Michelle estaba aturdida y triste. En su expresión, el efecto era el de un telón que se descorriera para mostrar una nueva obra. Se enderezó y soltó la puerta—. ¿Cómo vas de tiempo? —preguntó—. ¿Puedes tomarte una copa?

—Sabes que no bebo.

—Una copita de jerez para mí, un ginger ale para ti —insistió Michelle con estudiada elegancia—. Brindaremos por tu amigo.

Pasaron a la gigantesca cocina y Michelle sentó a Peter frente a la encimera de mármol. Las únicas luces eran las de aquella barra, y el resto de la cocina quedaba cubierto de sombras de color oliva. Peter se sintió como debajo de un foco. Michelle sirvió dos vasos como había indicado y se sentó junto a él.

—Por tu amigo —dijo, levantando su jerez.

—Por Phil —replicó Peter, y sintió cómo sus hombros se estremecían. Tragó mal y comenzó a toser con ahogo. Usó aquello para disfrazar las lágrimas, y tosió hasta que el impulso casi desapareció.

Michelle le dio una servilleta para limpiarse los ojos.

—¿Quieres hablar de él?

—No creo que tenga tiempo.

—Tu cita no es hasta dentro de una hora y media —dijo Michelle—. ¿Era conocido?

—La verdad es que no. Era mejor escritor que yo. Y puede que mejor persona.

—¿Sigues escribiendo? —preguntó ella.

—Cuando necesito el dinero.

—Admiro a la gente que hace algo con su talento. —Michelle dejó su vaso—. ¿Qué te ha parecido Weinstein?

—Es un buscavidas —respondió Peter. Tanteó en el bolsillo y sacó el Trans, que se deslizó con facilidad desde su lugar junto al rollo de billetes de cien dólares—. Aún no lo he probado.

—Dame tu número —dijo Michelle—. Weinstein ha dejado una caja de esos chismes. Voy a quedarme uno azulito.

—¿Pero funcionan de verdad?

—Al parecer en esta casa no. Pero necesito salir más. Además, Weinstein te pagará si convencemos a Joseph, ¿no es así?

Peter sonrió tristemente, inclinó la cabeza y asintió. Abrió la unidad y le leyó el número de la pantalla. Era raro, siete grupos de dos dígitos separados por guiones.

Michelle escribió el número en un trozo de papel.

—¿Ves? —le dijo, dándole un golpecito en la mano—. En mis tiempos era una tipa dura, fui a la deriva. Sé de qué va la vida. No es fácil encontrar un puerto seguro. —Se acarició el pelo y estiró un brazo hacia las paredes de la cocina, como si quisiera repelerlas—. Aquí es donde me pierdo. Han sido trece años con Joseph, y aún no he explorado todas las habitaciones. —Negó con la cabeza—. La mitad ni siquiera está

amueblada. Puedo hacer lo que me venga en gana con las casas, pero solo estamos nosotros dos, y tú, y la gente de la limpieza una o dos veces a la semana. Joseph no quiere que viva aquí nadie del servicio.

—Es tranquilo —dijo Peter.

—Muy tranquilo —aceptó Michelle. Cogió el Trans de Peter y lo abrió—. Weinstein me lo explicó hace unos días, antes de hablar con Joseph. ¿Solo tienes este?

—Me ha dado otros nueve —dijo Peter—. ¿Los tiro o qué hago, qué me dices?

—No, no. Puede que sea el clima, y que más adelante funcionen dentro de la casa. Los repartiremos por ahí, no tiene sentido dejarlos guardados en una caja. Entonces hablaremos otra vez con Joseph y trataremos de convencerlo. Por ti, no por Weinstein.

Peter se inclinó hacia delante.

—No sé qué decir. Me tratas como a un hermano.

—Bien podrías ser un hermano —dijo ella—. Conoces tus límites. Me muestras más respeto del que nunca tuvieron mis hermanos de verdad. Comprendes que mi trabajo es duro, pero pretendo cumplirlo. Los dos hemos visto gran parte del viejo mundo, desde lados diferentes de la valla. Y los dos hablamos en serio.

—Vaya... —dijo Peter—. Esas palabras..., no sé..., te lo agradezco.

Los labios de Michelle se torcieron.

—Eres mi proyecto, Peter Russell. —Bebió de su jerez—. Cuando brindas por los muertos, se sienten confortados y no te molestan, y de ese modo no albergas por ellos sino buenos pensamientos.

—Hablas como una experta.

Michelle sonrió.

—Eso es lo que me decía mi abuela cuando era pequeña. Era francesa, de Luisiana.

Peter levantó su vaso y volvió a brindar por Phil.

—Que descanse —dijo Michelle.

El mapa de Joseph llevó a Peter a Pasadena, y allí por una serie de calles angostas. El aire de la noche estival se deslizaba por las ventanas medio abiertas, inundando el coche de aromas verdes de junípero y eucalipto, cortados por el dulzor de la madreSelva. Las pegajosas jacarandas llenaban las cunetas de ríos púrpuras. Las anticuadas farolas derramaban charcos de luz pálida y amarillenta. Conducía lento, buscando una casa Greene, el clásico *bungalow* de madera con toques japoneses.

«No tiene pérdida», le había escrito Joseph en el mapa. «Los números están ocultos. La guía dice que enfrente hay un enorme muro de contención del río. Dentro hay un jardín de bambú».

La última película que Joseph y Peter habían hecho juntos, filmada en 1983, había sido Q. T., El Sexaterrestre, la producción de mayor presupuesto del director, medio millón de dólares. Estaba demasiado chapada a la antigua, y había ido directamente al cable de madrugada.

La revolución del porno duro había abierto enormes boquetes en la carrera cinematográfica de Peter. Fuera cuales fuesen sus principios, Peter se comportaba de forma más caballerosa que sus competidores. Se preocupaba por sus actrices. Le había costado mucho ver cómo se largaban una tras otra para rodar porno duro. Algunas habían tenido un final tristísimo; otras se habían convertido en leyendas underground.

Pero las películas nunca se le habían ido de la cabeza, y a principios de los noventa, mientras visitaba a Benoliel para ver si financiaba una película de terror de serie B, había descubierto un nuevo elemento en la casa Flaubert: la joven esposa de Joseph. Llevaban casados dos meses. Le había caído bien a Michelle desde el primer momento y habían charlado acerca del guión, aunque Joseph se negaba a soltar una buena suma por una mala película de miedo. Persistente casi sin fisuras, Michelle había preguntado a Peter si haría otra clase de trabajo. Peter, al que solo le quedaban unos cientos de dólares, había dicho que sí.

Joseph Adrian Benoliel era hosco, difícil de llevar, pero podía volverse encantador si lo deseaba, aunque solo lo hacía cuando necesitaba algo. Lo respaldaban casi quinientos mil millones de dólares, y raramente admitía tener alguna necesidad. Bajo la tutela de Michelle, Peter se había convertido en la cara amable del viejo.

«Eres una joya, ¿lo sabías?», le había dicho ella una vez al comienzo de su nuevo papel mientras caminaba delante de él, una figura delgada vestida con pantalón corto y top de deporte, con una radiante voz de contralto que se reflejaba junto con el

sonido de sus pisadas en la entrada de mármol de la casa Flaubert. «No te puedes ni imaginar las rarezas que vienen a intentar aprovecharse de Joseph. Tú eres justo lo que necesita».

Ya hacía trece años que Peter corría, se reunía, despedía, comunicaba y guardaba silencio. Había ganado más dinero ayudando a Joseph y a Michelle que con todas sus películas juntas. Con el tiempo se había convertido en un factotum decente, había dado de comer a los suyos y había conseguido liberarse hasta cierto punto de la necesidad.

Ahora estaba encerrado, sin ganas de probar nada nuevo ni de realizar un movimiento equivocado que le hiciera perder las últimas cosas importantes que le quedaban en la vida.

Bastante gente en Los Ángeles ya solo conocía a Peter como el perrito faldero de Joseph.

Así habían acabado sus grandes sueños.

Peter divisó un muro de contención de roca de tres metros de altura y diez de longitud, y al otro lado de la calle un espacio suficiente para estacionar el Porsche. Junto al muro había dos puertas de garaje gemelas de cedro rojo, iluminadas por unas hipérboles de luz proyectadas desde unos apliques con forma de plato y bombillas transparentes. En Pasadena la autenticidad significaba mucho.

Caminó a lo largo del muro de roca, rozando con los nudillos los sillares sobresalientes, hasta llegar a la puerta de cedro. El algún lugar en las profundidades de la noche tañeron unas campanas. Una brisa agitó las hojas secas, que sonaron como unas manos pequeñas que se frotaban.

Peter encontró un pequeño botón de marfil encastrado en bronce verde sobre el habitual cartel «No se admiten solicitudes», y volvió a comprobar la descripción. No había nada parecido en toda la manzana. Pulsó el botón. Unas luces de seguridad se encendieron en el patio. Dos minutos después, una mujer delgada de unos sesenta años miró a través de la puerta con unos intensos ojos negros.

—¿Sí? —dijo, inclinándose para mirar detrás de él.

—Me llamo Peter Russell. He venido para tener una entrevista privada con Sandaji.

—¿Se representa a sí mismo?

—No —respondió Peter.

—¿A quién, pues?

—Se me dijo que viniera aquí, y que ustedes ya sabrían todo lo necesario.

—Bueno, sin duda ayudaría que se identificara —replicó la mujer. Peter le mostró su carné de conducir. La mujer levantó una pequeña linterna y lo examinó con el ceño fruncido—. Sale bien en las fotografías —le dijo, antes de echarse hacia atrás.

La puerta se abrió sobre un carril metálico. A ambos lados del sendero de losas, el

bambú formaba un telón ondulante alrededor de una linterna de piedra. A través de los tallos podía distinguir un porche y ventanas débilmente iluminadas.

—Entre, señor Russell —dijo la mujer—. Me llamo Jean Baslan. Soy la ayudanta personal de Sandaji. Está ocupadísima en esta época del año. Siempre nos encanta volver a esta casa. Es un lugar plácido. —Su voz tenía un tono ululante muy agradable, acompañado por un rastro de acento nórdico.

Peter la siguió por la pasarela serpenteante.

—Le hemos reservado esta hora —le dijo Jean Baslan—. Si planea usar menos tiempo, le ruego que nos lo indique. ¿Conoce usted a Sandaji? —Peter le dijo que no. Baslan sonrió—. Le espera una buena sorpresa, señor Russell. Aquí todos somos fieles devotos de ella. —Con un ademán suave lo guió a través de la puerta principal hasta llegar al salón. La madera oscura y el mobiliario de exquisita factura daban paso a los muebles antiguos y las alfombras orientales fabricadas a mano. Unas lámparas de Tiffany reposaban tranquilas y elegantes sobre unas mesas largas de sólido arce. Peter reconoció unas sillas Morris que parecían auténticas, y los libros dentro de los expositores de cristal eran sustanciosos e interesantes: colecciones encuadernadas en cuerpo de Voltaire, Trollope, Dickens. Se preguntó qué clase de mujer había vivido en aquella casa en el momento de su construcción: sin duda era adorable, con vestidos hasta los tobillos, el paso como el de un joven ciervo, con dubitaciones encantadoras y miradas sutiles. Casi podía oler su perfume.

—Estamos aquí para ayudar a los necesitados —dijo Jean Baslan—, a la gente que vive en el dolor y la confusión, que necesita desesperadamente el mensaje de esperanza de Sandaji. ¿Qué clase de duda tiene su amigo, su empleador?

—Bueno, es privado —respondió Peter.

—¿Es mayor?

—Unos setenta.

—¿Es amigo, además de empleador?

Peter ladeó la cabeza hacia la izquierda.

—Nos respetamos —dijo.

—¿Está casado?

Peter sonrió.

—Suelo encargarme de hacer recados y celebrar entrevistas. Esa clase de cosas.

—Qué intrigante... —Levantó la mano—. Sandaji sabrá qué decirle, estoy convencida.

Habían atravesado un comedor que desembocaba en la zona trasera de la casa. Vio un porche con dos mujeres sentadas en unas sillas de mimbre, en una acogedora oscuridad. Sus ojos brillaron a su paso. Por un momento se las imaginó con largos vestidos de seda. El efecto fue a un tiempo encantador y desconcertante.

—¿Sabe cuál es nuestra principal dificultad? —preguntó Baslan—. Desalentar las proposiciones. De matrimonio, se entiende. Los hombres que vienen a Sandaji la encuentran tan confortadora... Pero también es muy hermosa, y eso confunde a

muchos.

Peter dijo que esperaba con ansiedad la reunión. Sin embargo, personalmente nunca había considerado que la edad fuera precisamente un afrodisíaco.

La casa estaba inacabada y en aquellas salas traseras más parecía que viviera una abuela de clase media que una tía rica. Pasado el comedor, las mesas, los sofás y las sillas no eran antigüedades. Los pilares y las vigas aún soportaban décadas de pintura en vez de mostrar la madera natural como en las secciones restauradas.

Lo primero que Peter notó mientras Jean Baslan abría la última puerta fue el olor de hierbas recién machacadas: tomillo, romero y hierbabuena. Aromaterapia, pensó. Oh, Dios mío.

Sandaji se estaba alisando el vestido de terciopelo oscuro por debajo de las caderas, como si acabara de levantarse de su sencilla silla de madera. Peter la vio primero a ella, y luego la sala en la que se encontraba. Más tarde, al tratar de recordar la habitación, le costaría mucho acordarse de su contenido. El resto de la casa lo veía con claridad, pero de aquel momento lo único que le volvía a la memoria era la mujer. Medía más de metro ochenta y su pelo era una fuente gris y rizada, controlada por horquillas y una cinta para que fluyera por su espalda. El vestido negro terminaba a la mitad del tobillo e iba descalza, los pies huesudos pero bien formados, como el resto: caderas prominentes, aunque no era demasiado delgada; una barriga un poco pronunciada pero no molesta; leves protuberancias en unos pechos no particularmente pequeños. Mientras la mirada de Peter se movía desde los pies desnudos hasta los hombros recibió la impresión de una espigada colegiala, y entonces Sandaji giró la cabeza para encararse con él y pudo ver a la mujer madura, bien pasados los cincuenta pero sin duda lejos de los setenta, unos ojos observadores y relajados en un cara surcada de forma leve pero precisa por el conjunto de experiencias de toda una vida. Sus labios, aún imbuidos de color natural y totalmente desprovistos de maquillaje, se curvaban en una sonrisa a lo Shirley Temple. Parecía sabia pero traviesa, como si esperara a un querido compañero de juegos, lo que invitaba a especular sobre si sería posible lograr de ella una amistad más profunda. La mirada de Peter descendió para volver a valorarla. El vestido negro cubría un cuerpo delgado y saludable que prometía recompensas más allá de las espirituales. Ella disfrutaba de su aprecio.

Peter había conocido a muchas mujeres hermosas. Sabía lo que esperaban, los encantadores dictados que imponían en todas sus relaciones desiguales. Pero de algún modo no creía que su experiencia le fuera de mucha ayuda con Sandaji.

—Es Peter Russell —anunció Jean Baslan—. Representa al señor Joseph Adrian Benoliel.

Sandaji entrecerró los ojos, como un gato que se acomoda para echar una siesta.

—¿Qué tal está el señor Benoliel? —preguntó, devolviendo la mirada a la mesa—. Es una pena que no nos reunamos esta noche. Entiendo que tiene una pregunta que hacerme.

—Así es —replicó Peter.

Sandaji miró alrededor de la estancia, con la punta de la lengua rosada entre los dientes.

—Ese es un buen sitio para sentarnos —dijo, señalando el sofá de color verde bosque situado contra la pared, detrás de una mesa de cristal, elementos en los que ahora reparaba Peter—. Por favor, póngase cómodo.

—Los dejaré solos unos minutos —anunció Jean Baslan guiñando un ojo, como si fuera una carabina liberal que confiara su protegida a la educación de un caballero. Cerró la puerta a su espalda.

Peter se sentó en el sofá verde, con las rodillas extendidas de forma cómoda y las manos descansando en ellas; el modo de sentarse de un trabajador, no de un caballero, y por primera vez fue agudamente consciente de esta diferencia. Sandaji volvió a alisar su vestido con un movimiento descendente de la mano y volvió a su silla de madera. Se sentaba erguida, con las rodillas juntas, no como dictaban los modales pero igualmente cómoda. Sus largos dedos seguían trazando suaves y precisos movimientos, bajando un dedo el terciopelo mientras en la comisura de su boca aparecía una pequeña contracción. «Humana», decía esa mueca; «no importa lo que veas y sientas, soy meramente humana».

Peter no estaba tan seguro. No podía apartar los ojos de ella, que parecía totalmente en paz. Mantenía su mirada fija.

—Hago algunos trabajos para el señor Benoliel —dijo Peter—. Me pidió que viniera aquí.

Era obvio que Sandaji apreciaba el efecto que producía en los hombres y probablemente en otras mujeres, pero en el balance final aquello no parecía significar mucho para ella. Enarcó las cejas con una expresión que decía «qué bien».

—Hay mucho dolor que aliviar, mucha confusión que guiar hasta tornarla energía útil. —Su voz estaba afinada como un violonchelo. Peter podía imaginarse nadando en ella.

—Estoy seguro —dijo él. Entonces, sin desearlo, añadió—: Hoy murió mi mejor amigo.

Sandaji se inclinó hacia delante y aguantó la respiración un instante antes de exhalar delicadamente a través de la nariz.

—Lamento oír eso —dijo.

—Era escritor, como yo —añadió Peter.

—Ambos tienen cualidades —dijo Sandaji—. Alcanzo a ver que es usted muy valorado. Mucha gente, mujeres en particular, creo, han puesto en usted una fe extraordinaria. Eso es algo especial, Peter.

—Gracias. Me gustan las mujeres —dijo—. Y parece que yo les gusto a ellas. Y a mi alrededor, bueno... No puedo... —No podía dejar de hablar, estaba azorado. Las manos se aferraron a las rodillas.

—Comprendo —dijo Sandaji—. Aquí yo me comprometo solo con mi trabajo.

Eso confunde a algunos que necesitan esa clase de amor que no podemos permitirnos dar, por distintos motivos.

Peter rió entre dientes, incómodo.

—Bueno, no será por el éxito y la devoción que yo siento por mi propio trabajo.

—¿No?

—Es más como si no hubiera llegado a madurar.

—En la juventud hay encanto, y también dolor —dijo Sandaji—. Dejamos escapar nuestra juventud a un gran precio. La vida no ofrece ese precio a todos.

Ah, pensó Peter, sintiendo cómo recuperaba parte de su control. Empiezo a calarla. Es muy buena, pero no impenetrable. Aunque sigue siendo muy buena.

—Lo siento, estoy divagando —dijo—. No he venido aquí a hablar de mí.

—Ya veo.

—Mi empleador tiene una pregunta.

—Tenemos tiempo...

—Michelle ya me dijo eso antes. La señora Benoliel.

Una arruga se formó en el ceño pálido de Sandaji.

—Se preocupa por su marido.

—Como todas las esposas ricas —dijo Peter, sintiéndose ahora a la defensiva, y no porque pretendiera analizar a Michelle. Podía sentir el foco de la atención de Sandaji moviéndose alrededor de su paisaje personal, tocando puntos que él podía no querer ver iluminados.

Ella miró a la izquierda de Peter antes de echarse hacia atrás en la silla.

—Su hija —dijo entonces, y la arruga de la frente se profundizó.

Peter se agarrotó hasta que le dolió el cuello.

—No he preguntado por mi hija.

Sandaji abrió y cerró las manos antes de descansarlas en su regazo, formando un camanance en el terciopelo. Parecía agitada.

—Le aseguro que no soy una psíquica, señor Russell.

—Estoy aquí en nombre del señor Benoliel. ¿Por qué me habla de mi hija?

—Por favor, haga... su pregunta. —Elevó la mirada al techo, frunciendo al ceño como crítica a sí misma—. Lo siento mucho, no pretendía inmiscuirme. Se lo ruego, perdóneme.

Peter elevó también la mirada. Las luces parpadeaban, como si se reflejaran en un estanque de agua en alguna parte de la sala.

Sandaji se movió (se sacudió, en realidad, como si la hubieran sorprendido) y la luz se desvaneció.

Aquello, junto con la mención de su hija y la inesperada incomodidad de Sandaji, puso nervioso a Peter. La casa ya no era acogedora, y el encantamiento de aquella mujer se había evaporado. De repente parecía frágil, como la porcelana cuarteada.

Era el momento de superar aquella charada.

—Por favor —insistió Sandaji—. La pregunta...

—El señor Benoliel pregunta si un hombre puede vivir sin alma.

La mujer bajó la vista para mirar por encima del hombro de Peter, antes de volver a concentrarse poco a poco en él.

—Pregunta si un hombre... —La arruga entre las cejas se convirtió en un profundo valle. Comenzaba a aparentar todos sus años, y más—. ¿Vivir sin alma?

—No —se corrigió Peter, azorado—. Para ser exactos dijo «alguien». No «un hombre», sino «alguien».

—Por supuesto —respondió Sandaji, como si se tratara de la pregunta más evidente del mundo. Peter parpadeó. Por un instante una sombra pareció inundar la estancia, barriendo las paredes y el techo antes de ocultarse tras el mobiliario.

Sandaji pareció aturdida y asustada. Dejó de alisarse el vestido.

—Le pido perdón —dijo—. No esperaba... No me siento bien. ¿Podría llamar a mi ayudanta?

Peter comenzó a levantarse del sofá. Antes de que pudiera llegar hasta ella, la mujer se desplomó hacia delante como una bailarina moribunda. Sus manos quedaron laxas sobre la gastada alfombra oriental. Un brazaletes de cobre cayó hasta alojarse en su muñeca. El pelo gris se derramó a su alrededor. Peter se arrodilló y decidió que lo mejor sería no tocarla. Parecía conmocionada, medio consciente.

—¡Socorro! —gritó.

Jean Baslan entró con un aspecto recatado y pálido, y juntos devolvieron a Sandaji a la silla.

—Aquí no, no es muy cómoda —observó Baslan, con una tensa máscara de preocupación en la expresión. Levantaron a la mujer por los brazos y la llevaron al sofá, donde se recostó con suficiente elegancia. Estaba muy pálida y despeinada.

—Por supuesto... —dijo Sandaji, y abrió los ojos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Baslan a Peter.

—Solo dijo unas palabras y se desplomó. Debe de haber perdido el sentido.

—La he visto —dijo Sandaji. Ladeó la cabeza para mirar directamente a Peter. Sus ojos verdes eran intensos—. No soy una psíquica —repitió—. No tengo visiones.

—¿Le ha dado algo? —acusó Baslan a Peter—. ¿Le ha echado algo en el agua?

—¿El agua? Claro que no —insistió él ante la mirada persistente.

—¿La vio usted? —preguntó Sandaji. Ambas mujeres miraron a Peter.

—Hubo un reflejo. Eso es cuanto vi.

—Es hora de que se marche, señor Russell —dijo Baslan.

Sandaji hizo un esfuerzo y se incorporó.

—Lo siento tanto... Nunca me había sucedido esto. Normalmente soy una mujer fuerte y saludable. —Trató de recobrar el control, pero sin mucho éxito.

—Vamos —insistió Baslan a Peter. Lo cogió del brazo y comenzó a arrastrarlo.

—No, su pregunta —la interrumpió Sandaji.

—Puede esperar —dijo Baslan. Peter asintió, ansioso por marcharse de aquella casa, por alejarse de aquel sinsentido. Se preguntó hasta qué punto estaba todo

aquello preparado. No hubiera sido muy difícil escarbar hasta dar con sus hijas. Un buen conjurador o médium siempre estaba preparado.

—No, es una buena pregunta, debería responderla. —Sandaji se enderezó en el sofá e inspiró profundamente. Levantó los hombros y arqueó el cuello, antes de exhalar poco a poco. Los miró con intensidad renovada y su voz recuperó la entonación de un rico violonchelo—. Muchos viven sin alma —dijo—. Son intensos de un modo que la mayoría no puede comprender. Es gente motivada y hambrienta, pero está vacía. No hay nada que ni usted ni yo podamos hacer por ellos. Aunque trataran de alcanzar la iluminación, seguirían siendo barcos a merced de una tormenta. —Sus labios se movieron un momento sin emitir sonido, como si practicara una frase antes de concluir—: Una pregunta curiosa, pero extrañamente importante. Una vez mi bienamado gurú habló largamente de este asunto, pero usted es el primero que me lo ha preguntado a mí. Y ahora yo me pregunto por qué.

—Era la pregunta equivocada. —Baslan fulminó a Peter con la mirada.

—Me siento mucho mejor —dijo Sandaji, intentando levantarse. Volvió a caer hacia atrás con una expresión disgustada—. Lo lamento mucho, señor Russell.

—Ya tiene su respuesta —insistió Baslan.

—Seamos educadas, Jean —la reconvino Sandaji suavemente—. Pero estoy cansada. Y la noche comenzó tan bien... Creo que debería irme a la cama.

Baslan escoltó bruscamente a Peter hasta la puerta principal.

—La verja se abrirá automáticamente —le dijo, con la expresión aún tensa y los ojos entrecerrados, como una gata que protegiera a sus cachorros.

Peter salió al porche y bajó los escalones, antes de girarse para ver cómo se cerraba a puerta. Se quedó allí un momento, sintiendo cómo regresaba la ansiedad y se quedaba sin aliento. Durante un instante creyó ver algo oscuro en el bambú, como una serpiente ondulante. Pero desapareció, no era más que un efecto de la luz.

Buscó en el bolsillo y sintió el suave teléfono de plástico (el Trans, se corrigió) y el rollo de billetes de cien dólares.

El donativo.

Durante un momento pensó en largarse y quedarse el dinero. Qué desperdicio, de otro modo. Con diez mil podía pagar un montón de facturas, en particular las de Helen. Lindsey comenzaría pronto el colegio y necesitaría ropa. Podía decirles a Joseph y a Michelle que la gente de Sandaji mentía, que le había dado el dinero a Baslan.

Pero nunca en su vida había robado dinero. Al menos desde que era niño, cuando cogía alguna moneda del cuenco de suelto de su madre. Y no era un buen mentiroso. Quizá por ese motivo siempre había odiado a los mentirosos y a los ladrones.

Sus pies provocaron al regresar unos suaves ruidos de succión sobre la madera sólida del porche. Llamó con los nudillos.

Baslan abrió rápidamente.

—¿Qué tal está? —preguntó él.

—Algo mejor —respondió ella con sequedad—. Se ha ido arriba para descansar.

—Le hice una pregunta en nombre del señor Benoliel, y tengo mi respuesta. Por eso vine, no por ningún otro motivo. Cualquier otra cosa, como una... lectura no solicitada estaba de más. Usted le hace el trabajo de documentación, sin duda. No me gusta que le haya hablado de Daniella, solo quería que lo supiera.

Le entregó el rollo de billetes. Baslan, cuya cara asumió el color de una uva pálida, lo tomó con un movimiento instintivo de la mano.

—Yo no hago «trabajos de documentación» —saltó—. No le he dicho nada. Sandaji no hace «lecturas» ni se comunica con los espíritus. A usted ni siquiera lo conocemos, señor Russell. —Se giró hacia la izquierda para poner el dinero a un lado. Oyó un tintineo en un jarrón u otro recipiente cerámico—. No somos charlatanes. Ya puede marcharse.

Con Baslan fuera del umbral, Peter podía ver claramente a través del arco que daba al comedor, a unos diez metros de la entrada. Allí había un chico pequeño, con una camisa con volantes y calcetines hasta las rodillas. Parecía enfermo; enfermo no, muerto; peor que muerto, irreal, deslavazado. Su cara giró en la dirección de Peter, con la piel tan pálida y fría como la leche. La cabeza parecía unida al cuerpo como la de una muñeca. Los ojos grises lo atravesaron directamente, y de repente su contorno se difuminó, con la misma precisión que si el chico hubiera quedado desenfocado por el objetivo de una cámara.

A Peter le ardían los ojos.

Baslan se enderezó. Agarró el borde de la puerta y preguntó con aspereza:

—¿Necesita un recibo?

Peter tenía de punta el vello de la nuca. Negó con la cabeza y se quitó las gafas, como si fuera a limpiárselas.

—Pues entonces buenas noches. —Como no se movía, Baslan lo miró con agitada preocupación y añadió—: Ya estamos, ¿no? —Se preparó para cerrar la puerta, y su movimiento volvió a revelar el arco y el comedor. El chico ya no estaba a la vista. No podía haberse desplazado, no sin ser visto.

Simplemente ya no estaba. Quizá nunca había estado allí.

Baslan le cerró la puerta en las narices con un golpe sólido.

Peter se quedó en el porche, aturdido. Le ardía la cara como a un chiquillo que reacciona ante un truco cruel. Se obligó a abrir los puños.

—Esto es una mierda —murmuró, poniéndose de nuevo las gafas. Para empezar, no había querido ir allí. Bajó rápidamente los escalones y recorrió el serpenteante camino de piedra entre los bambúes, hasta llegar a la verja. Las pisadas de sus zapatos resonaban en el muro de piedra a su izquierda. La puerta se abrió con un zumbido y lo expulsó de la casa, del jardín: un indeseable violador de la paz.

Ya en la calle se limpió el sudor de la frente con un pañuelo, abrió la puerta del coche y se sentó. Arrancó, escuchó el calmante y familiar ronroneo y trató de recordar la respuesta que Sandaji le había dado a la pregunta de Joseph; a pesar de

todo, permanecía en su cabeza con claridad. Repitió las palabras varias veces, memorizándolas antes de meter la primera velocidad del Porsche.

Poco a poco recuperó el aliento y los músculos de su pecho se relajaron. No obstante aún le ardían los ojos, como si estuvieran descargando en su cráneo un calor húmedo.

Sin duda eran unas charlatanas. ¿Por qué si no habían desarrollado toda aquella desagradable charada en el cuarto de atrás, y después habían sacado a un chiquillo disfrazado de Buster Brown? Ambas cosas no eran más que trucos para engañar a los incautos, para hacerle a uno realizar más preguntas y pagar más dinero. Aquella era una explicación perfectamente razonable.

Peter se alegró de dejar Pasadena. Sus manos gruesas y fuertes apretaron tan fuerte el volante que tuvo que relajar los dedos.

—¡Ah, Dios! —gritó, de nuevo disgustado con toda la parafernalia Nueva Era, con todo lo místico. Estaba la vida, y aquella Tierra, y todos los placeres sensuales que uno tenía al alcance, y después no había nada. Vive y aprovecha tu tiempo cuanto puedas, y olvídate de lo demás. Aquella clase de locura podía acabar con uno.

Entonces, ¿por qué le hablé de Phil?

Conduciendo solo, el trabajo terminado, el tráfico de la 210 maravillosamente fluido para ser aquella hora de la noche, mientras volvía a su casa en las colinas, pensó en la sonrisa lastimera y congraciadora de Phil. Las lágrimas comenzaron a fluir. Sus hombros se sacudieron.

Y la preciosa niñita de jersey azul y pantalones cortos rosas. No te olvides de ella nunca jamás.

La pesadumbre y la ya vieja y detestada lástima de sí mismo se amontonaron hasta derramarse. Aquello era cuanto podía hacer para no romperse con un aullido acongojado.

Casi cuanto podía hacer para no dar un volantazo y estrellarse contra el lateral de la autopista.

Peter se revolvió en las sábanas enredadas y abrió los ojos para encontrarse con un paisaje desenfocado. Parpadeó ante la confusión de ornamentos de satén que sobresalían de la manta marrón de lana, se frotó los ojos y observó con detenimiento otro borrón manchado de blanco: una almohada arrugada a la que se le salían las plumas por una costura. Seguía medio dormido.

Su mano tanteó la mesilla en busca de las gafas.

Una lanza de sol caía sobre una esquina del dormitorio desde el tragaluz, se reflejaba en el espejo de cuerpo entero y se proyectaba sobre el espacio junto a su cama. Podía ver las motas de polvo en el haz, que dazaban movidas por su aliento.

Qué ganas tenía de tumbarse y dejarse vencer por el sueño. La cabeza se desplomó sobre la almohada.

Ojos cerrados. Deliciosa negrura.

Los pájaros cantaban en el patio.

Volvió a abrir los ojos, le picaba un brazo. El rayo de sol había variado y las motas se arremolinaban como la crema cortada en el café. Ante su mirada legañosa adoptaron una especie de forma alongada. Creyó poder distinguir dos piernas y un brazo. El brazo se estiró, lo que sumó una confusión con forma de mano. Estaba a punto de formarse una cara cuando Peter abrió del todo los ojos y dijo, aturdido:

—Muy bien, ya me despierto. —Se inclinó y dispersó el polvo del rayo solar con una mano.

Le dolía la mandíbula. Estaba sucio y apestaba. Salió de la cama y se estiró, pasándose una patilla de las gafas alrededor de la oreja.

La noche había sido desarticulada, llena de fragmentos dispersos de sueño, recuerdos extraídos de un mar profundo como los peces en una red. Todos los sueños habían tenido una cualidad angulosa y surrealista, como si los hubieran escrito unos demonios inquietos que llevaran demasiado tiempo encerrados.

—El arte, el esperma y la cordura no son fáciles de conservar —dijo al rostro del espejo.

Pensó en ello durante un momento antes de entrar en el cuarto de baño para abrir el grifo del agua caliente y darse una ducha. Los viejos azulejos blancos estaban cuarteados y tenían moho. El cuarto olía a humedad. Era una suerte que el aire de las colinas fuera seco, o el suelo habría echado raíces hacía mucho.

Mientras se vestía, sus ropas se convirtieron en una especie de armadura, como una manta que cubre los ojos de un niño. El mundo de la vigilia estaba lleno de trampas diseñadas para hacerle sentirse mal, y no quería volver a tener aquellos sentimientos.

Se calzó las viejas zapatillas y se arrastró hasta la cocina para hacerse café en la

cafetera francesa, el único modo en que le gustaba. Mientras presionaba el émbolo de plástico rojo hasta el fondo, un sonido de campana llegó desde el salón. No era el teléfono de su casa y sin duda tampoco su móvil, pues ambos sonaban como amorosos insectos. Soltó el émbolo y se fue a mirar. Unos grandes cojines con patrones persas cubrían un viejo sofá *beige*. Dos elegantes sillas de los sesenta, compuestas de parábolas de alambre de acero forradas con un lienzo púrpura, soportaban dos enormes cojines verdes como si fueran unas manos alienígenas que ofrecían caramelos de menta. El gran ventanal frontal miraba a un jardín que llevaba los últimos nueve meses descuidado, y al que le iba bastante bien sin la atención de Peter. El jazmín y la madreselva competían con los viejos rosales de Helen por perfumar el aire, y las salpicaduras rojas, amarillas y rosas resultaban muy alegres a aquella hora tardía de la mañana.

La campana volvió a sonar. Miró hacia el salón, oscuro en contraste, y recordó. Había dejado la caja de los Trans en la mesa, junto a las puertas francesas. También se había llevado uno a la casa de Sandaji, en Pasadena.

Abrió la puerta, cruzó el empedrado de ladrillo hasta el viejo armario-barril y rescató su chaqueta. La unidad seguía en el bolsillo. La abrió y la pantalla se iluminó ante su toque.

—¿Diga? —preguntó a la pequeña rejilla.

—Peter, soy Michelle. Siete timbrazos. Espero no haberte despertado.

—Solo estaba despejándome.

—Bien. Weinstein me dejó un mapa que conducía a otros diez teléfonos escondidos en una caja, detrás del sofá. ¿No te parece divertido?

—Divertidísimo —dijo Peter.

—Así que ya tengo catorce. Estaba intentando recordar cuál te metiste en el bolsillo. ¿He marcado el número correcto?

—Probablemente no «marcaras» nada —respondió Peter, mirando el círculo de gráficos sombreados de la pantalla táctil, numerados de cero a doce.

—Sí, ya. Listillo. Bueno, estoy fuera de la casa, en el paseo. Parece que aquí funciona bien.

—Genial —dijo Peter, añorando su café.

—Joseph tiene curiosidad por oír lo que te dijo la mujer.

—Puedo ir ahora —respondió Peter, esperando no sonar muy sincero.

—Ahora está en su sesión de hidroterapia. ¿Qué tal a mediodía? Para entonces estará listo y relajado; y además, ya sabes que es su mejor hora del día.

—Allí estaré —dijo Peter, y sofocó la pequeña necesidad de decir «meneando la cola».

—¿Te alegra saber que el teléfono funciona?

—El Trans —la corrigió Peter—. No quepo en mí de gozo. Se lo diré a como se llame.

—Weinstein. No, se lo diré yo, una vez convenza a Joseph. Y le diré que tú me

convenciste a mí.

Peter estaba recogiendo las otras unidades de la caja, solo para tener ocupadas las manos. Cada aparato era de un color diferente: negro opalescente, azul oscuro, rojo, un elegante castaño metálico y el que sostenía, de un verde oscuro y metálico. Parecían sacados de una película de ciencia-ficción. Algo procedente del catálogo de piezas de This Island Earth.

—Será nuestra pequeña conspiración —dijo Michelle—. Además, ni a ti ni a mí nos perjudicará el que Joseph haga otra montaña de dinero.

Las pocas acciones de telecomunicaciones que Peter había poseído se habían hundido tiempo ha, echando por tierra sus planes de jubilación.

—No te preocupes —dijo Peter—, ya hablaré yo con Weinstein cuando llegue el momento.

—Si insistes... A mediodía, entonces. ¿Cómo se corta una llamada con esta cosa?

—Cierra la tapa —sugirió Peter.

—Bien.

Un chasquido, después silencio. Peter apartó la unidad y después volvió a llevársela a la oreja. El silencio de la estancia pareció hacerse más profundo. Lo intentó con la otra oreja. Igual.

Estaba de verdad impresionado. Nunca había oído voces tan claras en un teléfono. Michelle bien podría haber estado con él en la casa.

Puede que Weinstein sí que tuviera un caballo ganador.

Mientras bebía café y se tomaba un tazón de Trix, Peter abrió el Trans verde sobre la encimera y pulsó el único botón, etiquetado «Ayuda», debajo del círculo de números.

Bienvenido a Trans, decía la pantalla. El mensaje se deslizaba de lado a lado antes de encogerse para llenar la pantalla táctil, con flechas en la parte baja que señalaban a izquierda y derecha.

Trans tiene un sistema de reconocimiento vocal. Realice una pregunta sencilla o diga una palabra clave.

—Marcado —dijo Peter con tono monótono. Había trabajado lo bastante con ordenadores como para saberse la cantinela: hablar como un robot para que la máquina pueda entenderlo.

¿Quiere marcar un número?

—¿Cómo marco? —preguntó Peter.

Trans funciona con un sistema en base 12: el 10, el 11 y el 12 son tratados como dígitos. Cada unidad Trans tiene un número de identificación individual de siete dígitos de longitud. No hay ni códigos provinciales ni nacionales. Para comunicarse con otro usuario, marque el número de identificación de la unidad con la que desea conectar. Recuerde que un guión antes de 10, 11 o 12 significa que debe pulsar uno de estos botones, en vez de introducir cada una de sus cifras constituyentes (1, 0 o 2)

con botones separados. ¡Trans usa base 12!

Peter puso cara exasperada y se preguntó si alguien que no fuera un chalado de los ordenadores llegaría a comprender aquello.

—¿Cuál es mi número? —preguntó.

El número de su unidad Trans es -10-1-0-7-12-3-4. Su unidad ha sido empleada una vez para recibir una llamada. Aún no ha realizado ninguna llamada propia. Por favor, use Trans tan a menudo como desee para llamar a cualquier parte de la Tierra. ¡No sea tímido! Con Trans no hay costes adicionales.

—Mi interociter personal —murmuró Peter, levantando la unidad para mirarla de arriba abajo. No había orificios para un alimentador o un auricular. Salvo por la tapa superior, no había mella alguna.

La campana Soleri tañó con fuerza en el exterior. Aún con la bata, Peter recorrió el suelo de pizarra hasta la puerta para mirar a través de una sección libre de cristal. Hank Wuorinos (treinta y un años, piel amarillenta, el pelo corto y engominado de punta, como el astroturf blanqueado) estaba en el patio. Levantó una mano tatuada para jugar con una rama de jazmín desprendida del resto. Peter abrió los cerrojos.

—¡Ey! —saludó Wuorinos—. Tengo una peli, una de Jack Bishop. Me largo a Praga. Deséame suerte.

—Felicidades —dijo Peter, y se retiró para dejarlo pasar. Hank había comenzado, aún adolescente, como iluminador de algunas de las sesiones fotográficas más decorosas y elegantes de Peter. Las chicas lo llamaban Worny, un mote que odiaba pero que a ellas les toleraba. Ahora era todo un profesional, con carné de la IATSE incluido.

—¿Tienes café? —preguntó.

—Media taza, pero puedo hacer más.

—Los pedigüeños no estamos para elegir. —Hank lo siguió a la cocina. Se sirvió lo que quedaba de la cafetera y llenó la taza hasta el borde de leche, antes de tragárselo casi todo de un tirón.

—Nunca he estado en Europa. ¿Algún consejo?

—No he estado en Praga.

—He oído que es de lo más sensual, lleno de mujeres guapas ansiosas por largarse de la Europa Oriental.

—Ten cuidado —le aconsejó Peter con cierta envidia.

Hank meneó el meñique extendido y el pulgar.

—No puede ser peor que un día normal en casa de Peter Russell.

—¿Te contó Lydia lo de Phil?

La sonrisa de Hank se apagó.

—No... ¿Qué?

—Murió ayer.

Hank era demasiado joven para saber qué decir, qué sentir o incluso qué creer.

—Dios. ¿Cómo?

—Un ataque al corazón o un infarto cerebral.

La muerte era nueva para Hank. Trató de encontrar algo apropiado, algún sentimiento, y su rostro recorrió toda una gama de expresiones durante algunos segundos.

—¿Vas a ir al funeral?

—Aún no sé si habrá —dijo Peter.

—Lydia lo querrá —afirmó Hank con confianza—. O al menos un velatorio. Pero me marcho mañana, no podré ir. Podría...

Phil había presentado a Peter y a Hank. Cuando era muy joven, Hank había pasado algunas semanas con Phil y Lydia. Había sido un momento vital para Hank Wuorinos, joven fugitivo de Ames, Iowa. Era probable que Lydia le hubiera birlado la virginidad. Phil nunca se lo había tenido muy en cuenta a Hank. Lydia era como era. Una auténtica carrera en Hollywood, después de una presentación así en Los Ángeles, era una señal de persistencia y genuino talento.

—Vete a trabajar —dijo Peter—. Phil lo entendería.

—Además, no podría enfrentarme a Lydia —añadió Hank.

—Querría que te quedaras a consolarla —dijo Peter.

—Mierda —respondió Hank, cariacontecido—. Sí, sabes que sí.

Peter abrió la caja de cartón.

—Necesitarás uno de estos para mantenerte en contacto —le dijo—. Escoge.

Hank echó un vistazo.

—¿Qué son, huevos de Pascua japoneses?

—Se llaman Trans. Son como un teléfono móvil, pero gratis. Te encantarán. Usan un sistema numérico en base 12.

—¡Vaya! ¿Funcionan de verdad?

—Yo acabo de recibir una llamada con uno igual.

Hank cogió la unidad roja y la inspeccionó con deleite. Sus emociones negativas eran maravillosamente transitorias. Tenía un trabajo y estaba a punto de ver mundo, y aquello superaba fácilmente la muerte del pobre y desdichado Phil.

—¿No cuesta más por larga distancia?

—De momento no. Son de prueba.

—Pues probemos.

Peter le dejó. El tener a Hank cerca lo alegraba. Le enseñó el botón de ayuda y apuntaron el número de todos los teléfonos en dos trozos de papel. Después intentaron llamar a las distintas unidades desde varias estancias de la casa, como niños con vasos de yogur unidos por hilo. Sonaban con claridad cristalina. Hank estaba entusiasmado.

—Son geniales —dijo—. Son como un interociter.

—Eso mismo pensé yo —respondió Peter.

—¿Cuántos puedo coger?

Peter superó un extraño destello de avaricia.

—Llévate dos —dijo—. Uno para tu novia.

—No tengo novia —respondió Hank con seriedad—, pero me echaré una en Praga. He estado leyendo a Kafka para meterme en el ambiente. Los folletos turísticos dicen que se supone que Praga es la ciudad con más fantasmas de Europa. La ciudad de los fantasmas. Una iglesia hecha de huesos. Eso es lo que me dijo el delegado de personal. ¿Y a quién vas a llamar? —Las emociones oscuras volvieron y Hank levantó su taza de café a modo de brindis—. A Phil. ¿Esto es hacerse mayor? ¿Que tus amigos empiezan a morirse?

—Algo así —dijo Peter.

Después de que Hank se fuera, Peter comprobó el contestador de la cocina. Un «1» rojo destellaba en la pantalla. Rebobinó la cinta (era una unidad muy vieja, raramente compraba nuevos aparatos) y escuchó.

Era Lydia. Su voz era parecida a la de Joanne Woodward de joven, miel, seda y aliento de bebé. Le decía que ya estaba en Marin (había tomado el tren) y que había terminado con las formalidades. Le informaba de que estaría en casa de Phil y le dio la dirección y el número de teléfono. El velatorio sería al día siguiente por la noche. «No habrá funeral. Phil quería ser incinerado. Solo unos cuantos amigos, la mayoría de cuando estuvimos casados».

Volvió a escuchar el mensaje. Doble sorpresa: Lydia había usado un teléfono y Phil tenía una casa en Marin.

—¿Quién lo hubiera dicho? —preguntó Peter. Su voz sonaba infantil, incluso petulante, como si le molestara el que Phil se hubiera guardado secretos. Phil había ocultado secretos a su mejor amigo y después lo había dejado tirado.

Empezó a preparar la maleta.

Joseph se estiró en el sofá con una toalla de flores extendida sobre las piernas. Escuchaba el informe de Peter con expresión gris y silenciosa. Ni siquiera el sol que brillaba a través del cristal del solarium, sobre la piscina, mejoraba su palidez. Parecía impasible, como un viejo rey que ya lo hubiera visto y hecho todo.

Cuando Peter acabó, Joseph comenzó a dar golpecitos con el pulgar sobre su rodilla cubierta. Peter no le contó el resto de la historia. Aún no había sacado nada en claro de aquellos acontecimientos.

—¿Sandaji aceptó mi dinero? —preguntó Joseph.

—Su ayudanta —respondió Peter.

—Todos los hijos de Dios necesitan dinero —dijo Joseph con claudicante desilusión. Peter nunca había oído de ese hombre aquel tono de derrota.

—En realidad me olvidé de dárselo y tuve que volver —confesó Peter—. Pensé en quedármelo. —A veces Joseph se alegraba con las confesiones de avaricia y de debilidad humanas.

—Yo lo hubiera hecho —dijo—. ¿Qué querría decir con esa respuesta?

Peter se encogió de hombros.

—Ya sabes que no estoy muy metido en los asuntos del espíritu.

—Yo antes tampoco. Pero ahora me rondan bastante la cabeza.

—Nos hacemos viejos —simpatizó Peter.

—Qué cojones, tú todavía puedes darte una carrerita alrededor de la casa y follar cuando quieres. Para mí, ir al baño ya es una aventura.

—Chorradas.

—Sí —respondió Joseph—. Chorradas de viejo. Aún puedo levantarla, pero me olvido de que quiero.

Se quedaron un minuto en silencio.

—He llevado una vida aviesa, Peter —dijo Joseph—. He hecho daño a la gente. He enredado cuanto he podido. Y a pesar de todo, aquí estoy con el sol y el mar y las colinas y las frescas brisas nocturnas, viviendo en ocho hectáreas de paraíso. Eso te hace pensar. ¿Cuál es la contrapartida? ¿Cuál el merecido castigo?

Peter dejó pasar la pregunta. No estaba de humor para discusiones trascendentales.

—¿Adónde vamos todos? —preguntó Joseph con un susurro cascarudo.

—Yo voy a Marin —dijo Peter—. A un velatorio. Es un buen desembriagador, ¿no crees?

—¿Era un buen hombre, tu amigo?

Peter se encogió de hombros.

—Mejor que yo, Gunga Din.

Joseph mostró una sonrisa seca.

—¿Era tu aguador?

—Me salvó la vida cuando estaba pendiente de un hilo. Y soportó de todo con tal de poder ver chicas desnudas.

—Parece que tenía al menos un buen amigo —dijo Joseph, ablandándose. Peter tuvo la sensación de que el sol fundía frente a sus ojos a aquel hombre gélido de cara grisácea. El sol y la idea de un velatorio.

—Te encantaría lo que vi anoche —dijo Joseph, sin venir a cuento de nada. Se quedó mirando al horizonte, al brumoso mar azul tras la hierba y las colinas—. ¿Crees en fantasmas, Peter?

—Sabes que no.

—Yo espero no volver a verlos nunca.

Peter no pudo evitar un escalofrío. No le gustaba aquello.

Otro silencio.

Joseph torció el gesto, como si esperara un dolor estomacal, e hizo un ademán con la mano.

—Le diré a Michelle que te dé una bonificación de quinientos dólares. Pásate a saludar cuando vuelvas.

Peter empezó a marcharse. Joseph habló desde el otro lado de la piscina.

—Michelle me ha dicho que esas malditas porquerías de plástico funcionan de verdad. Se las está pasando a sus amigos. Puede que echara demasiado pronto a ese cachorro hijo de puta.

Volvió a hacer otro gesto con la mano. Ya estaba todo dicho.

Michelle estaba inusualmente callada mientras le entregaba a Peter quinientos dólares en efectivo en el vestíbulo. Eran las once de la mañana. Peter pensó que toda aquella maldita casa estaba triste.

—¿Cuándo usarás una cuenta bancaria? —lo acosó, uno de sus temas favoritos. Peter había roto todas sus tarjetas de crédito y nunca había tenido talonario de cheques. Tenía una pequeña cuenta con sus ahorros, y nada más. Ahora trabajaba exclusivamente en metálico, y pagaba sus facturas en persona cuando podía. Helen se encargaba de las relaciones con el mundo exterior en lo que respectaba a los pagos de la niña.

—Cuando merezca de nuevo ser un *yuppie* —respondió.

—Mira que llegas a ser tozudo —dijo Michelle.

Mientras Peter se marchaba, ella le dio un rápido beso en la mejilla y una palmadita en el michelín, deseándole un buen viaje a Marin.

—No dejes que te deprima —le advirtió.

Peter ya había metido sus maletas en el Porsche. Descendió por la serpenteante carretera hacia la autopista de la costa y giró a la izquierda para encontrarse con un

tráfico poco denso. Ya había sufrido demasiadas penas, una pérdida insoportable y una expectativa esperanzada. Tras llegar a su punto más bajo, en el que la angustia maníaca y la bebida casi lo habían matado, resurgió con firmeza del lado del escepticismo abstemio. Se había puesto una armadura, se había envuelto con su manta.

Ahora, por motivos que no alcanzaba a comprender, la gente estaba tratando de toquetearlo a través de la manta. Primero Sandaji, ahora Joseph.

—Olvídalo —se dijo. Entonces miró por el espejo retrovisor y contempló unos ojos a los que el aire caliente y rápido había dado un aire cínico. Hizo con el labio superior una mueca felina y dijo «fantasmas» varias veces, imitando al León Cobarde de Bert Lahr en el bosque de Oz.

Se encontraba a ochenta kilómetros al norte de Grapevine, conduciendo por la 5, adormilado por la carretera, y un silencio extrañamente consolador y directamente selectivo inundaba el Porsche. Aún podía oír el ruido del aire, el ronroneo del motor, el temblor de las ruedas sobre las estrías de la carretera. Pero el silencio estaba allí. A veces pasaba eso. Estaba en una sala silenciosa y el ruido ambiente parecía apagarse, reemplazado por un zumbido lejano y agudo que se disipaba lentamente en un nuevo silencio. Recordó escuchar el susurro del aire cuando era un chico, en la época en que su oído era mucho más sensible.

Se tanteó instintivamente el bolsillo y sintió el Trans verde.

Comenzó a divagar a medida que el tráfico perdía densidad y la carretera se volvía recta y monótona. Algún día, musitó, antes de que todas sus pasiones se apagaran en aquel mundo de comunicaciones de alta tecnología, su propio amor verdadero lo llamaría y su voz se elevaría sobre el ruido ambiente de todas las demás mujeres. Aquella era ahora su búsqueda sobrenatural: la mujer perfecta, una belleza que lo contemplara con diversión desde detrás de los pensamientos y recuerdos de él, elusiva y descaradamente sensual.

Peter solo había conocido a una mujer que se acercara a ese ideal imposible, una modelo y en ocasiones actriz llamada Sascha Lauten. Sascha, de carnes prietas y alegremente comprensiva, era lo bastante vulnerable, y su vida lo bastante triste, como para derretir el corazón de Peter. Phil le había advertido acerca de ella: «Sabe todo lo que piensas», le había dicho. «Tus encantos no apaciguan sus magníficos pechos». Sascha había terminado rechazando su proposición y se había casado con un vendedor de culo respingón y problemas de piel. Ahora vivían tranquilamente en Compton.

Sacó la mano por la ventanilla medio abierta para sentir la velocidad. Sobre el viento cantó:

—I hate this crap, burn up the road, I hate this shit, burn up the ROAD.

Peter cruzó el Golden Gate a medianoche y subió por la larga colina de Marin antes de girar hacia el interior. De algún modo se había saltado un giro. Sentado en una gasolinera, usó el Trans para llamar a Lydia. Cuando respondió, la voz de ella sonaba como la de una niña pequeña. Dio a Peter la dirección de la casa de Phil en Tiburon.

—Esto está lleno de cajas —le dijo—. Dios, lo guardaba todo.

Peter estaba cansado. Le dio las gracias a Lydia y cerró el Trans. Muchas veces se había preguntado dónde había metido Phil todos los libros, revistas y películas viejas que había comprado a lo largo de las décadas. Al parecer, durante algunos años había estado transportando sus bienes terrenales hacia el norte en el Grand Taiga, siguiendo un plan a largo plazo para escapar de Los Ángeles. Y a Peter no le había dicho ni una palabra.

Durante los últimos kilómetros siguió una carretera serpenteante y oscura bajo un cielo negro salpicado por diez mil diamantes. Una hierba umbría y casas caras flanqueaban el camino. Más allá acechaban más colinas encorvadas. Cuando encontró el último giro y entró en una calle sin salida llamada Hidden Dreams Drive, miró hacia el sur y vio San Francisco encendido como un feliz carnaval al otro lado de la bahía.

La casa cortaba tres largos rectángulos negros en el cielo estrellado, entre siluetas de árboles nudosos y podados. Se detuvo junto a uno de los nuevos Volkswagen Escarabajo. Mientras echaba el freno de mano vio a Lydia sentada en un columpio en el porche delantero. Su pelo corto era como una vírgula oscura sobre la cara pálida. De su mano colgaba la luz naranja de un cigarrillo. No saludó.

Dios, pensó Peter. Solo el estacionamiento debe de costar un millón de dólares. Se quedó en la gravilla, al pie de dos escalones de madera.

—Bonita noche —dijo.

—No voy a quedarme —anunció Lydia. Se levantó del columpio y apagó el cigarrillo en una lata de atún. Después tiró la colilla a la oscuridad. Peter se sobresaltó al pensar que podría provocar un incendio. Pero era Lydia.

—¿Debería entrar? —preguntó Peter.

—De ti depende. A él probablemente le gustaría —dijo ella secamente—, aunque solo fuera para que revisaras sus cosas. Para que fueran las tuyas las últimas manos que tocaran lo que más quería en el mundo. Sin duda a sus mujeres no las quiso ni una pizca.

Peter no mordió el anzuelo. Lydia se estiró. Tenía cuarenta y ocho años y aún conservaba su elegancia. La falta de grasa corporal desde la juventud y las arrugas del fumar habían disminuido sus otros encantos naturales, pero la gracilidad persistía.

Llevó su maleta al porche. Ella le entregó tres llaves unidas con una trenza sucia.

La trenza estaba atada a un trocito de madera de balsa, oleoso por el contacto humano. El trozo de madera quedó colgando de su mano, balanceándose de un lado a otro.

—El forense encontró mi dirección en la agenda de Phil —dijo Lydia—. Vinieron unos policías a visitarme. Dijeron que llevaba muerto un par de días. —Le abrió la pantalla de la puerta—. ¿Sabías algo de esta casa?

Peter negó con la cabeza y entró en el pasillo oscuro. Dejó allí la maleta.

—A mí ni una puta palabra, eso seguro —siguió Lydia—. Tampoco aparecía en el acuerdo de divorcio. ¿Cuánto crees que valdrá?

—No tengo ni idea —dijo Peter.

—Agua pasada. Da igual. Lo tengo en un crematorio de Oakland. Creo que lo encontré el cartero. Llevaba muerto unos pocos días.

—Ya me lo dijiste —la cortó Peter con un gesto.

—La funeraria lo traerá mañana de vuelta. Entrega en mano. El velatorio será en el patio trasero. He invitado a algunas personas que lo conocieron. Y a algunos de mis amigos, como apoyo.

—¿Cuándo llegaste?

—Esta mañana. Lo he dejado todo tal y como lo encontré. Peter, espero que comprendieras a Phil. Espero que alguien lo comprendiera. Yo no, sin duda.

Peter no sabía qué responder a aquello.

—¿Sabes?, a pesar de todo, era el tipo más dulce que he conocido —dijo Lydia. Dio un golpecito a Peter en el pecho—. Y eso te incluye a ti. Nos vemos mañana, hacia la una. Si traen pronto a Phil, ponlo en la repisa de la chimenea. Y, oh... —levantó una mano—. No tengo ni idea de dónde guardaba el dinero. Yo lo he pagado todo. Se acepta de buen grado cualquier donativo.

Peter buscó la cartera y sacó los quinientos dólares que Michelle le había dado en Malibú. Estaba a punto de apartar varios billetes cuando Lydia metió la mano con velocidad serpentina y le arrancó todo el fajo.

Lo contó rápidamente.

—Ni siquiera llega para cubrir la mitad del coste —dijo, y le dio unos golpecitos en la mejilla barbuda—. Pero gracias. —Recorrió la gravilla hacia el Volkswagen, trazando un ocho con sus caderas enjutas, enfundadas en unos vaqueros.

El coche se desvaneció en la oscuridad tras las estrellas.

Aquello dejó a Peter con diez dólares, insuficiente para pagar la gasolina con la que volver a casa.

La casa estaba en silencio. En el exterior no había ni la menor corriente de aire. Un pasillo más allá del recibidor conducía al salón, a un baño, a la cocina y a tres cuartos más en la parte trasera.

Encendió las luces del recibidor y el pasillo y rodeó dos cajas claramente etiquetadas con su nombre y su fecha: «Unknown Worlds 1940-43», «Startling Mystery 1950-56». Unas estanterías de pino hechas a mano, llenas de ediciones baratas de novelas de misterio y de ciencia-ficción, cubrían la pared detrás de la puerta, se arqueaban por encima del dintel, doblaban la esquina e invadían el salón, donde más estanterías enmarcaban la amplia ventana frontal. Bajo la ventana, los vinilos y unos viejos laser discs ocupaban una única estantería. Podía distinguir aún más estantes que se perdían en las sombras de un comedor, y más cajas apiladas en el lugar que hubiera ocupado una mesa.

En el salón, un solo sofá raído miraba a una mesita mellada y a la gran ventana. La mesilla de café, vista desde arriba, tenía el contorno de un cuadrado abombado, como el tubo de un viejo televisor en blanco y negro. En los cincuenta, aquella conjugación de curvas había sido la forma del futuro. Peter pensó en los patrones de prueba de los jefes indios, en la Casa Monsanto del Futuro de Disneylandia, en cómo aquellos sueños curvilíneos se habían convertido en parte de un pasado profundo y olvidado.

Su pasado.

Las películas que más le gustaban a Phil eran las de blanco y negro. Su gusto musical era aún más conservador que el de Peter: Bach, Haydn y Mozart, nada de *rock*, solo big bands y *jazz* de los cincuenta hasta el primer Coltrane. Ni siquiera Monk.

Por alguna razón, le costaba acostumbrarse a la idea de que tenía la casa para él. No dejaba de pensar que Phil aparecería con una sonrisa y una disculpa, y que después le enseñaría el lugar, sacaría libros de los estantes, retiraría las bolsas de plástico para acariciar sus muchos y pequeños tesoros.

Materialismo, con una diferencia. Dame ideas, historias, música. Olvida el alcohol y los diamantes, olvida a las mujeres. Las páginas llenas de palabras impresas y los vinilos llenos de armonías son los mejores amigos que uno puede tener. Eso le había dicho Phil una vez.

Encontró la cocina. Llenó un vaso de plástico con agua del grifo. En el escurridor estaban los platos limpios, bien apilados. Nada de gatos o de perros, aquello era una bendición. Phil nunca había sentido mucho entusiasmo por las mascotas. La mayoría de los armarios de la cocina estaban llenos de viejas revistas pulp, como *G-8 and his Battle Aces*, *The Shadow* y gruesos compendios de *Amazing Stories*. Un pequeño

estante esquinero quedaba reservado para las cajas de cereales y otros tres vasos de plástico. En la nevera había seis latas de cerveza barata, tazas de pudín de vainilla, yogures, sopa de pescado con almejas en recipientes de plástico. Comidas blancas.

A Phil le encantaba el puré de patatas.

Buscó café o té. Necesitaba algo caliente. Por fin encontró un frasco con café instantáneo y una taza, juntos sobre el alféizar de la ventana al lado del fregadero. Puso una cacerola de agua a calentar y después acercó un anticuado taburete con reposapiés y se sentó con un resoplido. Trató de disipar el cansancio de la conducción limpiándose los ojos con una toallita húmeda. No quería dormir en la casa, pero no le quedaba dinero suficiente para un motel. El sofá no parecía acogedor. Ya no era capaz de dormir en cualquier parte, y los músculos se le agarrotaban si no adoptaba una postura correcta. Finalmente, con la taza en la mano, encendió todas las luces de la cocina, el pasillo y los dormitorios traseros, e inspeccionó cada pieza hasta que llegó al dormitorio de Phil. Más estanterías, en su mayoría nuevas y vacías, como si esperaran a ser colmadas. El lugar no era un lío, sino que estaba bastante ordenado. Espartano. Alguien había hecho la cama de matrimonio.

Phil nunca se hacía la cama.

Apretó los dientes. Lydia no le había dicho dónde habían encontrado a Phil. La habitación no olía mal, pero decidió no dormir allí. Cogió mantas del armario del pasillo y, reluciente, se acomodó en el sofá. La ventana daba desde cierto ángulo a la bahía de San Francisco, enmarcada por dos sauces carretera abajo. Era una hermosa vista.

—Dios mío, Phil —dijo—. Si vuelves te arreo un puñetazo. Te juro por Dios que te arreo en toda la cara. Deberías haberme dicho que estabas enfermo.

Estaba muy cansado. Contra todo su rigor intelectual, contra sus mejores intenciones, aún esperaba encontrarse a Phil en alguna parte de la casa. Ansiaba poder pasar un último minuto juntos.

—¿Dónde estás, compañero?

Se terminó el café frío. La cafeína no le hacía mucho efecto, pero no creía que durmiera mucho aquella noche.

—Vamos, Phil —suplicó, con una voz que era la de un pajarillo en aquel gran salón—. Una última vez. Aparece y provócame un infarto. No me dejes tirado.

Se recostó y se cubrió con una pequeña manta de lana. No dejó de revolverse entre los viejos cojines, estiraba las piernas cuando las rodillas se le cansaban. Llegó el sueño, pero fue intermitente. Finalmente, despierto de nuevo y con la vejiga llena, se levantó, se abrió paso como pudo entre las cajas y recorrió el largo pasillo. No tengas miedo de la oscuridad. Nunca lo has tenido. Vacía oscuridad. Tanteó el camino hasta la puerta del cuarto de baño y giró a la derecha.

Una pequeña luz nocturna iluminó una bañera con patas, un retrete de loza de tapa redondeada y un lavabo sin mueble que debía de ser de los años diez o veinte. Levantó la tapa del inodoro, se bajó la cremallera y orinó. Suspiró ante el alivio del

agudo malestar. No estaba tan mal como otros con su edad, pero andaba cerca. Trazó círculos con el chorro con intención infantil y encrespó la superficie. Las pequeñas cosas que se hacían al enfrentarse a las grandes, a las imponderables... Cantó en voz baja una canción de los Doors, «This is... the end... beautiful friend».

El chorro se cortó por fin y se sacudió las últimas gotas, siempre complicadas de extraer, una pequeña indignidad sin importancia alguna al compararla con aquella otra, tremenda y definitiva.

«My only friend... the end».

Algo pasó delante de la puerta abierta, negro contra la oscuridad menos profunda. Las últimas gotas de orina salpicaron el suelo. Medio dormido, miró el charquito con desmayo, se subió rápidamente la cremallera y se inclinó para limpiarlo con un poco de papel higiénico.

¿Qué?

Miró a la izquierda y empezó a bajar la tapa. Los dedos le resbalaron y la tapa cayó con estruendo sobre la taza cerámica.

Mierda. Venga, que se entere todo el mundo.

Asomó la cabeza y miró hacia un lado y otro del pasillo. La vista le estaba jugando una mala pasada. Deseaba que Lydia, alguien, quien fuera, apareciera y le gritara «¡bu!», solo para mostrarle lo ridículo que parecía. Para enseñarle hasta qué punto estaba traicionando sus votos de escepticismo.

Puede que se estuviera engañando otra vez, esperando más allá de toda esperanza, más allá del mundo material; y si seguía por ese camino, si se deslizaba hacia aquel retiro doloroso y esperanzador de lo irracional, sabía a dónde llegaría: directo a un nuevo caso de chifladura.

Tratando de encontrar al responsable. Preguntando por Daniella. Una última conversación con mi hija, oh Dios mío.

Algo se movió de nuevo en el pasillo y provocó no tanto un sonido claro como un cambio en el volumen del aire. Ahora Peter estaba convencido: alguien había entrado en la casa mientras él dormía. No Phil, claro; un ladrón. Buscó en el bolsillo del pantalón el cuchillo que a veces llevaba, pero no lo encontró. Debía de habersele caído en el coche o en el sofá.

Abrió la puerta del cuarto de baño con un fuerte golpe (esta vez deliberado) y salió al pasillo, mirando en ambas direcciones. Oscuridad a la izquierda, oscuridad a la derecha.

—Sea quien sea, salga inmediatamente —dijo, con los puños apretados.

No soportaba a los ladrones. Ya le habían robado demasiadas veces, cuatro en su casa y tres en el coche. La gente que robaba no merecía misericordia, por lo que a él respectaba.

Encontró un viejo interruptor y lo pulsó. El pasillo se iluminó. Vacío. La puerta al otro extremo, la que conducía al dormitorio de Phil, estaba meramente entornada. Se quedó quieto un instante, escuchando.

Alguien lloraba. El sonido podía proceder de fuera, de otra casa. Pero no había casas lo bastante cerca para ello en aquel extremo de Hidden Dreams Drive. Podía sentir cómo el calor volvía a sus ojos, humeante. Tropical. Qué sensación más rara.

Cuando terminó de recorrer el pasillo reparó en que tragaba aire con pequeños hipidos. El dormitorio de Phil. El cierre de la puerta había sido bloqueado por unas perchas de alambre colgadas de la coronación de la hoja. Le sorprendió la claridad con que lo veía todo con las luces del pasillo: el papel pintado con flores de color pastel y con patrones de diamantes, el rodapié llenó de manchas oscuras, el viejo suelo de roble, la larga y gastada alfombra de diseño oriental que se enrollaba en un extremo, cajas a la izquierda apiladas casi hasta el techo, «Weird Tales 1933-48», de nuevo la puerta del dormitorio y las perchas, la oscuridad más allá de la rendija.

Sonaba como el llanto de una mujer, sollozos suaves, sedosos, una voz como la miel polvorienta. Entonces no era Phil, por supuesto, y probablemente tampoco un ladrón. Una niña perdida, quizá. Una drogadicta puesta hasta arriba en medio de la noche. Peter se obligó a frenar la respiración. Puede que fuera una conocida de Phil, una amante que hubiera regresado para recoger su cepillo de dientes, su ropa interior y sus joyas, por improbable que pudiera parecer. Aunque Phil se había reservado muchas cosas.

Asumió una postura de esgrima en el pasillo, en garde.

—Estoy aquí fuera, no quiero hacerle daño —dijo con la mano extendida—. No tenga miedo, no pasa nada. —Sabía, podía sentir como un hecho tangible, que el dormitorio estaba vacío, pero a pesar de todo oía los sollozos a través de la puerta.

Esbeltas líneas de oscuridad se congregaron en la periferia de su visión como un borrón de tinta. Mientras trataba de enfocarlas, se fundieron en sombras esquinadas, como hebras de una telaraña. A pesar de todo, fuera de su visión directa las líneas borrosas corrían hacia la puerta del dormitorio, retorciéndose como oscuras anguilas confusas, ansiosas por entrar.

Estoy sufriendo un infarto cerebral, como Phil.

Pero no se sentía enfermo. Físicamente estaba bien; era la casa, el dormitorio, lo que andaba mal.

Era el dormitorio el que estaba sollozando.

Peter no era un cobarde. Eso lo sabía. Podía sentir miedo y actuar a pesar de ello, pero lo que ahora notaba no era miedo, era una falta de voluntad para saber, y eso era muy distinto. No era posible ignorar ciertas cosas una vez las descubrías: la infidelidad, la muerte de los seres queridos. Lo que averiguabas te cambiaba en un instante, te cortaba en pedacitos.

No quería descubrir lo que había en el dormitorio.

Sin embargo, empujó la puerta con un dedo rígido. Se inclinó poco a poco hacia delante y tanteó buscando el interruptor de la luz. El aplique del techo se encendió lentamente hasta brillar con un amarillo estéril. Las sombras huyeron de la pieza como pequeños ciclones de carbonilla.

Se aferró a la jamba de la puerta.

A los pies de la cama de Phil había una mujer. Había enterrado la cara en unas manos grises, pero Peter pudo reconocerla por la oscura vírgula de pelo negro y por la calidad suave y sedosa de su llanto.

—Dios mío —dijo, y sus hombros se desplomaron. Exhaló el aliento retenido y comenzó a sonreír—. Lydia, me has asustado.

La mujer dejó caer las manos. Se giró con la cabeza inclinada, escuchando; se volvió lentamente y siguió atenta, como si oyera una música lejana y desagradable.

De repente, atravesando su alivio, la lengua de Peter se movió involuntariamente y se la mordió. El dolor estalló en su cabeza. Con los ojos cuajados de lágrimas, boqueando, se sintió vulnerable y muy, muy ridículo. A través de sus lágrimas vio que la cara de la mujer era como una lámina lisa de madreperla. Sus ojos se abrieron para revelar unas intrigantes oquedades. Era menos que sólida y recordaba a una muñeca de papel deshilachada, mal recortada. Peter alcanzaba a distinguir cómo sus bordes se enrizaban. Al tratar de retirarse chocó contra la puerta, la cerró, y por un instante sintió cómo algo tiraba de su cabeza, de su lengua palpitante, de sus nervios.

Los ojos vacíos de la mujer vibraron. No parecían mirar directamente en su dirección, sino atravesarlo y enfocarse en un punto que hubiera más allá. La imagen se infló como un globo y asumió una soledad falsificada y temporal.

No es Lydia. Pero se parece a ella.

La imagen movió los labios. Como si atravesara gelatina, el sonido llegó con retardo a sus oídos.

—Phil, ¿cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has podido morirte? —Lo alcanzó el agudo gemido de seda, solo un poco más fuerte que el zumbido de una mosca.

Las anguilas de sombras atravesaron la puerta y entraron en el dormitorio como halcones cayendo en picado. Peter podía sentir cómo rozaban sus hombros como las puntas de unos dedos fríos y húmedos. La figura se sacudió en una horrible simulación del miedo, tratando de escapar, esquivando más rápido que la carne, como en una mala película. Pero la huida era imposible.

A Peter se le secó la boca de golpe. Quería apartar la mirada, bloquear su visión con una mano. Viejos y profundos instintos le indicaron que estaba a punto de ser testigo de algo privado, de un espectáculo que ningún humano debería ver jamás, pero no fue capaz de obligarse.

Miró. La piedad lo retenía. Y la curiosidad.

Las anguilas umbrías se arremolinaron para atacar y acosar a la imagen, arrancando pedazos afestonados y trozos desterronados. La mujer levantó las manos como débil defensa, estremecida por un asombroso y seco simulacro de dolor. Fuera lo que fuera, su hora había llegado. A medida que la imagen de la exmujer de Phil disminuía y se desinflaba, su gemido se volvió metálico y desesperado. Se deshilachó por completo, pelándose y disolviéndose en trizas como los recortes de un pañuelo de papel metidos en un cuenco de agua. En pocos segundos, los últimos restos de su

contorno borroso se desintegraron y desaparecieron. Saciadas, las sombras huyeron, evacuándose como el agua alrededor de sus pies. La habitación pareció expulsar con un temblor a las últimas de ellas, dejando solo la cama, bien hecha e inalterada, así como la alfombra raída y los estantes vacíos.

La imagen, el delirio, el reflejo o copia de Lydia (fuera lo que fuese) ya no estaba allí. Peter apoyó el hombro contra la jamba. No podía moverse. Durante un momento no fue capaz siquiera de girar la cabeza. La sangre le palpitaba en los oídos. Sufrió un calambre en los gemelos y apretó los dientes. Aun en sus peores días de encalabrinado pesar, nunca había visto nada que se acercara siquiera a aquello.

Lastimoso, algo que queda atrás, tirado como un pañuelo usado.

Su corazón comenzó a frenarse. El calor tras sus ojos empezó a disiparse. Por fin tuvo que parpadear. Aquel instante con los ojos cerrados lo aterraba, y sintió cómo el cuello se le tensaba y los intestinos se le retorcían.

No apareció nada. Nada lo tocó. Silencio, quietud. El dormitorio era inocente.

En realidad no había pasado nada.

Nada real.

Por fin fue capaz de girarse. Echó un pie hacia delante, como si estuviera volviendo a aprender a andar, luego otro, y dejó poco a poco el dormitorio, tanteando con dedos insensibles y torpes para cerrar la puerta. Las perchas lo impidieron. No podía cerrar del todo, así que dio un furioso portazo. Las perchas se sacudieron. Una cayó y rebotó en el suelo de madera con una resonancia metálica. El zumbido del alambre le hizo apretar los dientes. Sonaba demasiado parecido a la voz.

Se rindió y caminó sobre lo que le parecían muñones hormigueantes hacia el sofá del salón. Se sentó con las manos dobladas sobre el regazo. Ni siquiera intentó relajarse. Observó el carnaval de la ciudad al otro lado del agua, más oscuro en aquellas horas. Tenía el cuello agarrotado, y así se quedó.

Seguía vivo y no estaba seguro de querer estarlo, no si tenía que pensar en lo que acababa de ver.

Contempló cómo la luz del amanecer se reunía poco a poco sobre San Francisco, antes de estallar en las colinas orientales, reflejando oro sobre los rascacielos y los bancos de niebla, en la imagen más hermosa de todas: el día.

Estaba tomando una gran decisión, la decisión de un hombre maduro. Solo había un modo de reaccionar (tenía que haber sido un sueño) y dos cosas que hacer. Se dirigió a la cocina y se sirvió un tazón de Cheerios, que másticó de forma refleja de cucharada en cucharada. La leche llevaba en el frigorífico desde la muerte de Phil y estaba a punto de estropearse, pero le servía.

Se obligó a darse una ducha en el gran cuarto de baño, se quitó la ropa con precaución felina, se metió en la bañera y echó la cortina, remetida lo suficiente para que el agua no salpicara al suelo y para que permitiera, a la vez, una visión clara de la

puerta abierta. Aquello requirió una enorme voluntad pero era necesario hacerlo, y hacerlo de ese modo. El agua estaba muy caliente y le picaba la espalda. Phil no creía en las duchas para debiluchos. Nada de válvulas reguladoras.

Nada de válvulas de Bergson.

Mientras se frotaba con la pastilla de jabón Ivory de Phil, trató de recordar lo que era una válvula Bergson. Algo que había visto en los años 60, leyendo *Las puertas de la percepción*.

This is the end... beautiful friend.

Aldous Huxley. Algo acerca de drogas que abrían puertas. ¿O eran espitas? Dejaban que los grifos de la realidad fluyeran con libertad. Tendría que consultarlo cuando volviera a casa. O puede que Phil tuviera un ejemplar.

Tras secarse se vistió en el salón, se puso sus pantalones buenos de lana, una camisa negra de manga larga y la chaqueta barata, preparado para cuando llevaran a Phil, o para cuando (y no sabía cómo reaccionaría a esto) la verdadera Lydia volviera a aparecer en el porche.

Fregó el tazón en la pila y, de repente, comenzó a reír entre resoplidos. No duró mucho. En realidad no tenía gracia. Era triste.

—En ocasiones veo vivos —dijo, y comenzó a resoplar de nuevo hasta que tuvo que quitarse las gafas para limpiarse la nariz y los ojos.

Aquel día era el velatorio de su mejor amigo y no era capaz de controlarse lo bastante como para dormir sin problemas. Tenía que empezar a ver cosas. Y dos noches seguidas, el muy tarado. Quizá estuviera llamándose la atención; pobre Peter, enloquecido de nuevo por su pérdida.

Pero qué triste.

El odio a sí mismo se acumuló como los negros nubarrones antes de una tormenta. Entonces estalló y desapareció. El estado normal de Peter era el de una reposada alegría; en ocasiones acumulaba una gran energía, pero le costaba enfurecerse. A veces, sin explicación aparente, revertía al estado cuando las cosas estaban realmente mal, y no tenía solución para ello; los nubarrones terminaban regresando antes o después. Tenía que soportarlos. Pero no ahora.

—No me pareció un sueño —se dijo. Estaba limpio y bien vestido, llevaba su chaqueta de seda *beige*. Se había convertido en una figura de calmada y masculina dignidad, con gafas, barba gris, ojos amplios y amables. Solo le faltaba la pipa.

Vamos.

Se sentó en el columpio del porche a disfrutar del sol, del aire fresco.

—Qué gran casa, Phil —dijo—. De verdad.

Un camión azul oscuro sin marca alguna llegó por la carretera, seguido por una nube de gases y polvo. Se detuvo sobre la gravilla junto al Porsche y un hombre con un traje marrón oscuro salió del interior, portando una caja cuadrada de cartón.

—¿Es Phil? —preguntó Peter desde el porche.

—Entrega para la señora Lydia Richards —dijo el hombre, sosteniendo la caja

con ambas manos. Tenía un espeso y teatral cabello gris ondulado, y hablaba y caminaba con una dignidad hastiada pero profesional. Una vez Peter había conocido a una bailarina de *striptease* que se había casado con un director de pompas fúnebres. Todo se reducía a la carne, en definitiva.

—Yo lo cogeré —dijo Peter.

—¿Está usted autorizado por la familia para recibir los restos mortales del señor Philip Daley Richards? —preguntó el hombre digno.

—Soy de la familia —dijo Peter, y firmó por las cenizas de Phil.

Peter colocó meticulosamente la caja sobre el manto de la chimenea. Apenas cabía.

Las explicaciones de la mañana no tenían ya mucho sentido.

—Lydia, ¿dónde murió Phil? —ensayaba en alto, de pie frente a la chimenea—. Lydia, no creo que muriera en la casa. ¿Moriste tú en la casa, Lydia? Porque no era Phil el que se me apareció esta madrugada, en la oscuridad.

Se frotó los labios como si quisiera limpiarse la potencial conversación. Era mejor dejar que el velatorio discurriese. Al contrario que Peter, Phil no se había hecho abstemio. Él hubiera agradecido que se bebieran algunas copas a su salud. Los discursos solemnes y las hileras de gente furtiva vestida de negro lo hubieran aburrido.

Se miró las manos. Temblaban. No estaba hecho para perder gente. No estaba hecho para enfrentarse a la muerte de los seres queridos, y había querido mucho a Phil. Puede que no estuviera destinado a ser un amigo o un esposo o un padre o cualquier clase de ser humano serio. Cuando más feliz había sido, pensó con un verdadera punzada de dolor, era cuando se enfrentaba a las verdades más blandas de la carne joven, a la obscenidad y a los cuerpos desnudos, a las fiestas tras las sesiones de fotos, que a veces se convertían en felices orgías. Tanta diversión, tantas risas, paseándose con una gran libreta y un bolígrafo, vestido solo con un ancho sombrero shakesperiano, abocetando a sus actores mientras declamaba como Richard Burton; conversaciones agradables y besos y sexo oral y polvos y comida, todo amable y fácil, solo entre amigos.

En los sesenta y principios de los setenta se había alejado todo lo posible de cuanto fuera serio y sombrío.

Le hubiera encantado embarcarse en aquella Escapada-Acampada para Viejos de haber habido tiempo; bien habría podido hacer aquello con Phil. Esto otro no creía que saliera bien.

—Lydia, ehm... ¿quemas incienso, practicas la proyección astral?

Se rindió.

A mediodía, aún solo en la casa, paseando, mirando el tapete sobre la repisa de la chimenea, comprendió que la caja de cartón no era decorosa. Se acercó y bajó la caja hasta el hogar de ladrillo. Dentro había una urna de plástico de color bronce de aspecto cutre, pero decididamente más apropiado. Sacó la urna de la caja y la centró, creando dos: una sobre el tapete y otra en el espejo que había al lado. Phil y anti-Phil en el País de las Maravillas.

Hacia la una, Peter ya no estaba en absoluto nervioso o preocupado por lo que diría, sino irritado. Hacia las dos ya estaba furioso. Abrió una lata de judías cocidas del fondo de un armario y se las comió frías. Se tragaba las legumbres ahumadas y

dulces y el pequeño trozo de grasa de cerdo mientras pensaba en la comida ordinaria que Lydia, sin duda, traería.

Mientras se terminaba la última cucharada, el Trans sonó en su bolsillo. Contestó.

—¿Sí?

—¿Estoy hablando con quien creo estar hablando?

—¿Quién es? —preguntó Peter.

—Stanley Weinstein. La señora Benoliel me ha dicho que estaría usted en la Bahía. Llamaba para darle las gracias.

—¿Por qué?

—Por convencer al señor Benoliel para que invirtiera en nuestra compañía.

—¿Ha aceptado?

—Así es. Estamos encantados. Quería invitarle a venir a la Gran Casa para conocer al equipo. Tenemos aquí su gratificación y, si le interesa, podríamos tener también un trabajo para usted. He estado haciendo mis averiguaciones. No sabía que había conocido a un hombre famoso.

Peter miró la ciudad a través de la ventana.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Michelle me ha dicho que está usted en Marin. No andamos muy lejos, si es así. Y no tengo modo de saberlo, porque las unidades Trans no pueden ser localizadas, son totalmente privadas.

—Me encuentro en Tiburon —dijo Peter.

—Eso es estupendo. Estamos a menos de media hora de distancia. Déjeme darle la dirección. No tiene pérdida. ¿Sabe dónde está la vieja penitenciaría de San Andreas?

—Nunca he estado.

—Ahora tiene ocasión. El Departamento Correccional de California cerró la prisión hace tres años para vender el terreno. Muy mono, doscientas hectáreas con grandes vistas de la bahía.

—No lo sabía —dijo Peter.

—Tenemos alquilada el ala de los condenados. Está justo al lado de la cámara de gas. ¿Cuándo puede acercarse por aquí?

—Hoy hay un velatorio. ¿Mañana, quizá?

—Siento lo de su amigo.

—Gracias —respondió Peter.

—Necesitará algo de tiempo, obviamente. ¿Por qué no nos reunimos mañana a las once de la mañana? Si no es demasiado pronto.

Peter reparó en que el dinero le vendría bien para volver a casa.

—Gracias. Allí estaré.

Weinstein le dio su número de Trans, y el terrestre de emergencia de la oficina.

—Aún tenemos algunos cuelgues —le explicó—. Es solo temporal.

Peter escribió los números en un trozo de papel con un bolígrafo.

—Aguardo nuestro encuentro. Creo que disfrutará de toda la experiencia. —
Weinstein cortó la llamada sin ruido alguno.

El silencio junto a la oreja de Peter se hizo más profundo. Cerró la unidad y dio la vuelta al papel. Phil había cortado un viejo manuscrito en trozos más pequeños. Siempre tan ahorrador.

Leyó el diálogo truncado.

—¿Te gusta algún juego? —le preguntó Megan, pasándose la lengua por los labios.

—No, no se me dan bien —replicó Carlton con voz ronca.

—¿Por qué? ¿Tienes algo contra las reglas?

Dobló el papel y se lo metió en el bolsillo de la camisa, antes de bajar al camino por quinta vez en las dos últimas horas para ver si venía algún coche. Durante un instante se preguntó si Lydia había muerto en un accidente y lo que él había visto la noche pasada era su espectro. Quizá se había suicidado, se había llevado sus quinientos dólares para después conducir hasta la playa y ahogarse en las frías aguas de la bahía. Era una locura. Un sinsentido. Allí estaba él, viendo cosas, casi sin blanca, esperando ansioso un pago de Stanley Weinstein porque no tenía dinero suficiente para volver a casa.

Su imaginación ya se había desbocado tensa y furiosa cuando por fin vio coches que se acercaban por Hidden Dreams Drive. El primero, un Escarabajo nuevo de color verde, llevaba a dos personas. Lo conducía Lydia. Detrás llegaban otros tres coches.

Peter se arregló la chaqueta y volvió a la casa.

Qué demonios, pensó mientras entraba en el porche. Phil, puede que esto te hubiera gustado. A mí desde luego no, pero en cierto modo tiene tu toque.

Lydia parecía cansada y pálida pero saludable, y ciertamente se comportaba como si no hubiera sucedido nada extraño. Presentó a los invitados a Peter. A dos los había conocido hacía tiempo y eran escritores de un grupo al que Phil había pertenecido durante casi treinta años, los Mysterians. Peter había acudido a varias reuniones y le gustaban bastante. Escritores de misterio, reporteros, un par de polis. Los dos a los que Lydia había invitado eran varones de buen porte, de unos sesenta años. Tuvo la impresión de que eran homosexuales y vivían juntos.

Dos mujeres a las que Peter no conocía (elegantes, recién llegadas a los cuarenta) llevaban recipientes de plástico con ensalada de patata y vegetal, y una bandeja de aluminio con lasaña, que depositaron en la cocina. Otros cuatro rostros desconocidos desfilaron y fueron presentados, todos varones de entre cincuenta y sesenta años. Los invitados le daban la mano, se quedaban incómodos en el salón y circulaban junto a la urna de plástico, lanzando miradas de reojo.

—Me alegro de que Phil haya aparecido —le susurró Lydia a Peter en la cocina. Él la miró fijamente—. Lo tuvieron dos días antes de llamarme —dijo—. No sé por qué no te llamaron a ti.

—Porque conservaste su apellido —respondió Peter. Lydia le cepilló el hombro con el brazo. Olía a frescor y nervios bajo la bruma del tabaco. Si no se hubiera pasado treinta años fumando aún podría ser hermosa. Lo miró directamente y su expresión se tornó preocupada.

—Tienes mal aspecto, Peter. Quizá no debieras haberte quedado esta noche.

—No ha sido una noche agradable —admitió Peter.

—¿Pasaste miedo? —le preguntó, fascinada.

Él recompensó el golpe con una pequeña sonrisa.

—Dudo que fuera Phil —dijo Lydia—. Se fue hace tiempo. Este mundo nunca fue para él. Y yo tampoco. Pero ya sabes, aun así..., en cierto modo lo perdí ayer —confesó de repente, con la mirada brillante—. Tuve un pequeño ataque. Comencé a gritar su nombre en la casa. ¿No es extraño? Toda mi pena estalló de pronto, y después me sentí mejor. No sabía que aún me importara.

La mirada de Peter recuperó la calidez.

—¿Dónde estabas cuando sucedió?

—En su dormitorio. Mirando todas esas estanterías vacías. ¿Por qué?

—¿De pie, a los pies de la cama?

—¿Qué más da?

—Nada —dijo Peter.

—Acabemos con esto —respondió Lydia, encogiéndose de hombros.

Llamó a los invitados al salón. La pieza no estaba atestada. Tres de los hombres

se acercaron a la urna y ofrecieron descripciones a medias precisas del finado, breves y falsos homenajes literarios. El segundo lo definió como un talento descuidado. El tercero habló con amor de un relato corto que en realidad no había escrito Phil.

Lydia les dio las gracias en silencio. Peter habló un momento acerca de su amistad; vio cómo los ojos se vidriaban y la emoción le hizo un nudo en la garganta. Ninguno de ellos había conocido bien a Phil. No era lo bastante famoso como para querer pasar mucho tiempo con él, y no se acercaba lo bastante a la ciudad como para dejar una fuerte impresión; ninguno sabía nada de la casa.

Después se quedaron un rato comiendo sándwiches y ensalada de patata en platos mellados de la cocina de Phil. Los dos escritores homosexuales aprovecharon la ocasión para salir al porche a fumar.

Los cuatro hombres a los que Peter no conocía se marcharon rápidamente cuando se dieron cuenta de que no había alcohol. Phil también se hubiera ido, pensó Peter. Los dos del porche volvieron y quisieron echar un vistazo por la casa, examinar las reliquias, las viejas revistas de misterio y los libros de Phil, pero Peter los detuvo educadamente diciendo que lo mejor de la colección ya estaba en cajas, y que no había mucho que ver. A Phil no le hubiera gustado que unos extraños manosearan sus preciadas posesiones. Parecieron agraviados. Lydia los acompañó de buenos modos hacia el camino, de vuelta a su coche.

Las dos mujeres se quedaron para recoger. Peter ayudó a apilar los platos viejos en el escurridor junto al fregadero. Solo entonces se presentaron. La mujer pelirroja de cara regordeta y agradable era Hanna; la de pelo de ratón, con expresión de pacífica ausencia, era Sherry.

—Solo lo conocíamos de hablar alguna vez —dijo Hanna. Sherry asintió—. Era majo. Sherry quiere escribir, pero ninguna de las dos ha publicado mucho.

—Llevamos diarios —explicó Sherry.

—No escribimos libros de verdad, como Phil —añadió Hanna.

Lydia regresó a la cocina y se sentó en la banqueta.

—Ya está —dijo.

—¿Dónde murió Phil? —preguntó Peter.

—¿Pero qué más da? Por Dios, Peter. —Se lo quedó mirando con unos ojos grandes e inexpresivos—. No me lo dijeron. Los ayudantes del forense, me refiero. Tampoco los policías. —Se frotó los dientes superiores con la lengua, cogió un trozo de lechuga con una uña y concluyó en voz baja—: Supongo que en ninguna de estas habitaciones.

Hanna y Sherry se miraron con labios torcidos.

Peter se llevó a Lydia aparte, al salón.

—¿Hiciste ayer, aquí, algo que debiera saber? —le espetó.

—Otra pregunta extraña. Estás pero que muy raro, Peter.

—Dame el gusto.

—Hice preparativos, ya te lo dije. Tuve mi momento de bajón, mi estallido de

llanto, y después me preparé para lo que ha resultado ser una celebración de lo más triste. Cuando llegaste estaba totalmente agotada. ¿Qué es lo que te pasa?

—No lo sé —dijo Peter. Hanna y Sherry intercambiaron miradas desde un rincón del comedor.

Lydia sintió un escalofrío.

—No me asustes más —dijo—. Esta casa ya es lo bastante inquietante por sí sola. No quiero quedarme más de lo estrictamente necesario.

Peter también podía notarlos. La misma cualidad que había sentido, o no sentido, mientras conducía hacia el norte, en el Porsche. El silencio más profundo que hacía que el silencio normal pareciese estruendoso.

—¿Crees que Phil sigue aún aquí? —preguntó Sherry suavemente, intentando parecer delicada sin conseguirlo. Sus mejillas se sonrosaron.

—Le hubiera gustado quedarse con sus libros y revistas, ¿no creéis? Es una estupenda colección —observó Hanna.

—La casa es silenciosa, no ruidosa. ¿No es así, Peter? —preguntó Lydia.

—Sí.

Lydia entrecerró los ojos.

—Fuera lo que fuese Phil, no era una persona silenciosa —dijo, acercándose a la chimenea. Tocó la urna con un dedo largo—. Si estuviera aquí, estaría hablando sin parar de esto y aquello.

Volvieron a la cocina, donde las otras dos mujeres recogieron los cuencos y platos.

—Ya está —dijo Hanna, previendo aburrimiento en su futuro inmediato. Dobló y escurrió la bayeta—. Deberíamos ir pensando en irnos. He venido con Lydia, pero puedo volver con Sherry.

—Marchaos —dijo Lydia—. Yo tengo que seguir hablando con Peter.

El cielo crepuscular sobre las colinas se difuminaba, distante y sereno, a través de sombras azules. Tras la marcha de la curiosa pareja, Lydia se sentó en el columpio del porche y encendió un cigarrillo. Peter se quedó junto a la barandilla.

—No dejó testamento —dijo Lydia—. Nunca he sabido nada de ninguna familia. No sé a quién pertenece todo esto. Supongo que al final se lo quedará el estado, así que deberías llevarte todo lo que pienses que es tuyo por derecho. Yo podría intentar vender sus libros en la ciudad y enviar el dinero a quien creas que deba quedárselo. No quiero nada, ni los libros ni el dinero.

Peter nunca había hecho testamento, y no podía reprochar a Phil el descuido.

—Deberías contratar a un abogado —sugirió.

—Soy su ex, no su mujer. Supongo que parte de esto es propiedad de la comunidad, pero no sé el qué, y desde luego la casa no. Nunca había visto este lugar. Solo quiero cerrarlo.

—Te entiendo —dijo Peter.

—Deberías echar un vistazo. Puede que haya una llave o una combinación escrita en un trozo de papel. Puede que dejara algún documento en una caja de seguridad de algún banco, y todo te pertenezca. Eso estaría genial, un peso que me quito de encima. —Trazaba círculos con el pitillo en la oscuridad, cada vez más profunda.

»Aquí hay algo que no marcha bien —añadió un minuto después—. No te lo tomes por el lado equivocado, Peter, pero... ¿eres tú? Porque la casa no despedía esta sensación antes de que tú llegaras.

Peter negó con la cabeza.

—No soy más que un amigo bien jodido del muerto —dijo.

Lydia se quedó mirándolo en la penumbra.

—¿Y qué te creías que estaba haciendo yo en la casa, liar porros? ¿Agitar mis varitas mágicas para exorcizar al pobre Phil y mudarme aquí?

—Lo siento. Fue una pregunta brusca y maleducada.

—Tengo muchas cosas pendientes, pero ninguna tiene nada que ver con esta casa. Solo con Phil. No éramos buenos el uno para el otro. Pero tú me pediste un motivo. Te conozco bastante bien, Peter.

Peter no tenía valor para describir lo que había visto. Así que buscó un compromiso.

—Anoche sentí tu pesar —dijo—. No tengo poderes psíquicos, pero estaba aquí. Y de forma bastante obvia, además. Eso es todo.

—Que me aspen, Peter Russell. Al final vas a ser un hombre sensible y todo.

—Si hasta una vez fui a ver a un médium... —dijo Peter pusilánime, cavando un poco más profundo.

Lydia apagó el cigarrillo. Esta vez dejó la colilla en la lata llena de arena.
—¿De verdad? —preguntó, saboreando la brecha en la muralla—. Cuenta.
—Fue hace mucho.
—¿Después de Daniella?
—Sí.

Lydia asintió.

—Aprendemos de nuestras lecciones. Phil fue una de las mías. No se me dan bien los hombres agradables y nerviosos. Capullos y confiados, ese es mi estilo.

—Ayer vino a visitarme Hank Wuorinos. Se marcha a Praga para un rodaje.

La expresión de Lydia se endureció.

—¿Por qué lo mencionas?

—Se acuerda de ti y de Phil.

—¿Te dijo que me lo follé? —preguntó ella.

—No.

—Yo estaba loca, Peter. Odiaba a Phil. Odiaba a los hombres en general. Phil no hablaba de nada que no fueran tus putas películas y tus sesiones de fotos y tus modelos, tus invitaciones a la mansión *Playboy*, de la chorrada aquella de los dibujos animados, de cuando le presentaste a Hef y de cuando conoció a *Miss Octubre*, o quien fuera. Aquello era lo más importante para él. ¿Te imaginas cómo me hacía sentir?

—No —dijo Peter, cruzándose de brazos.

—Como las sobras putrefactas. Entonces llega a casa ese joven inocente, guapo... Y no sé dónde lo encontró Phil, pero lo sacamos adelante. Y era tan dulce... Me dije que podía comenzar desde el principio de nuevo, que podía sentir algo con aquel muchacho. Fue una temporada muy mala, Peter. Espero que Hank me recuerde con cariño, porque aquel fue el principio del fin para mí y para Phil.

—Lo siento —dijo Peter.

—Pobre Phil —musitó Lydia, empujando los labios con la lengua—, comiéndose con los ojos a las chicas desnudas de Peter Russell. —Se quitó una hebra de tabaco de la lengua—. ¿Cómo puede nadie competir con tu vida de fantasía? —Dijo aquello con una sonrisa triste pero radiante. Nunca la había visto así, resplandeciente, con el efímero fulgor de una bombilla a punto de fundirse. Lydia se levantó y lo abrazó—. Hijo de puta encantador —le susurró al oído. Después salió rápidamente del porche—. Es toda tuya, Peter. —Abrió la puerta del Volkswagen y se giró para saludar alegremente hacia la casa—. ¡Adiós, Phil! ¡Esto es todo, de momento!

Con dos rápidos bocinazos dio marcha atrás, giró en redondo (a punto estuvo de chocar con el Porsche) y rugió carretera abajo, rodeando los sauces.

Aparecieron las estrellas.

Peter se apartó con un empujón de la barandilla y dejó escapar el aliento. No podía quedarse una noche más en aquella casa. Sin embargo, al oír a Lydia lo había asaltado una idea. No era una idea agradable, pero era más que un presentimiento.

Antes de irse, tenía que explorar.

Bajó los escalones, marcando con sus pisadas un ritmo hueco en la oscuridad.

Sabía a dónde habría ido Phil a morir.

El terreno tras la casa se extendía cientos de metros antes de encontrarse con una bamboleante alambrada, el fin de la propiedad, presumía Peter.

La noche era hermosa, no muy fría. Dejó la chaqueta en el coche.

La tierra irregular estaba cubierta de hierba de avena y matojos. Un camino compactado pasaba junto a un depósito de herramientas en pésimo estado y se abría paso hacia una vieja cuadra de cubierta inclinada, gris y destartada. En aquella propiedad alguien había tenido caballos alguna vez. Tras la cuadra se alzaban unas colinas bajas y un amplio lienzo de estrellas alrededor de una Luna brillante y naranja.

Peter siguió aquel camino roturado y reparó en unas viejas manchas de aceite en el montecillo central. El viejo Grand Taiga siempre había sido incontinente. Encontró la autocaravana estacionada detrás de la cuadra, fuera de la vista de la casa y medio cubierta por una lona azul. La mitad trasera expuesta resplandecía, blanca. Peter siempre había tenido buena visión nocturna, a pesar de su miopía; podía distinguir la matrícula, el toldo enrollado contra la esquina superior, la puerta. Una larga tira de cinta plástica de la policía yacía en el suelo junto a la puerta.

Ahora estaba seguro. Phil había ido hasta allí para morir. O quizá había planeado dormir en la caravana antes de hacer otro viaje al sur para recoger más cosas. Puede que unos días después, al llamar a la puerta para entregar un paquete, un cartero hubiese descubierto que estaba abierta. Hasta en la campiña de Tiburon era una locura no cerrar las puertas.

El cartero habría llamado varias veces y habría rodeado la casa para comprobar la parte trasera...

El frío picaporte metálico del Grand Taiga giró sin oposición. Abrió la puerta del todo y contuvo el aliento un momento, antes de olfatear. El interior olía mustio, algo sazonado, como si no se hubiera vaciado el depósito de residuos. Se retiró y se apoyó contra el lateral metálico, pensando.

El pistón cerró la puerta automáticamente.

Peter miró a través del campo, hacia la casa. Una brisa procedente de la bahía enfriaba rápidamente la región. Ocultos en la alta hierba, los insectos trataban de reunir algo de entusiasmo.

Abrió la puerta de nuevo, agarró un asidero metálico vertical y se ayudó para subir. El olor no era tan malo, parecía más una flatulencia débil. Desde luego, no bastaba para echarlo de allí. Encendió las luces interiores. En el suelo había huellas de botas embarradas y paja. Phil siempre había mantenido su autocaravana inmaculada, de modo que aquellas eran las huellas de los policías, forenses, médicos: los violadores oficiales de una privacidad que ya no era necesaria, abandonada junto

al cuerpo. Venga, mirad. Ya es oficial, me he largado de aquí.

El olor era más fuerte en el rincón tras el horno y el frigorífico, y era aún más intenso a medida que avanzaba hacia los grandes asientos forrados de pana azul.

Desbloqueó el asiento del conductor con el pie y lo giró. Unas manchas marcaban el cojín inferior, más oscuras que las de agua, y más sugerentes.

Peter cerró los ojos y dejó esfumarse el sueño, la Mayor Escapada-Acampada para Viejos Chochos. Se derrumbó sobre el asiento del pasajero y se acarició la barba corta. Miró a través del parabrisas. La autocaravana crujió por la bajada de la temperatura, aunque el interior seguía caliente tras haber estado todo el día al sol. ¿Cuánto tiempo se había pasado Phil sentado detrás del volante, muerto? ¿Cuánto le había llevado morir?

Se levantó del asiento. No tenía ánimo para buscar papeles. Todo había terminado. Solo quería alejarse del Grand Taiga, de aquella casa llena de recordatorios de que, cuando mueres, todas tus preciadas posesiones no te valen de nada; solo quería volver a su coche y conducir a otra parte, a cualquier sitio. Estaba a punto de abrir la puerta metálica cuando reparó en algo que había sobre una mesilla detrás de la cocina, oculta en las sombras. Phil ponía allí a menudo la máquina de escribir cuando trabajaba en la autocaravana. Buscó otro interruptor, y una pequeña lámpara brilló con una calidez anaranjada en el pasillo. Mientras se dirigía hacia la parte trasera vio que lo que había en la mesilla no era una máquina de escribir, sino un tablero de madera y un juego de piezas de ajedrez.

Lo recordaba. Había sido una de las posesiones favoritas de Phil, y le había costado la mayor parte del adelanto de un libro: era un juego original de Dale Enzenbacher creado en bronce y plata, y mostraba a los héroes y villanos arquetípicos de la ficción pulp. A un lado, fundidos en plata, estaban los héroes: el rey, un gallardo aventurero con botas, pantalones de montar y chaqueta hasta la cintura, empuñando lo que podría ser un arma futurista o una pistola de cañón largo. La reina era Dejah Thoris, en toda su pulcra desnudez. Los caballos eran detectives privados, con el sombrero bien calado, el cuello de la gabardina levantado y las pistolas asomando de sus pequeños bolsillos. Los alfiles eran monjes asiáticos, sabios y calvos, con largas túnicas y las manos dobladas con oriental humildad, sin duda esperando atormentar e instruir al cruel y obcecado Lamont Cranston. Las torres eran pirámides achaparradas coronadas por ojos múltiples y radiantes.

Los peones en el bando de los héroes eran fantasmas, espectros y aparecidos, y por primera vez Peter encontró aquello extraño. ¿Sombras del lado de los héroes?

Los villanos, fundidos en bronce de pátina oscura, estaban formados por Ming y otra princesa, probablemente Ardala; la chica vestía poco más que su mohín mimado. Los alfiles eran científicos locos, con monóculo y diminutas probetas de cristal; los caballos eran secuaces malignos, enanos y jorobados; las torres, castillos sobre una colina rodeados por relámpagos. Los peones de este bando eran monstruos con tentáculos y múltiples ojos, y sin duda se desplazaban al margen de nuestras

habituales dimensiones.

Había varias páginas de un manuscrito apartadas detrás del tablero; Phil siempre había preferido la máquina de escribir al procesador de textos. Sacó las últimas páginas y las leyó con los ojos entrecerrados. Era la gran novela de misterio de Phil, de la que llevaba años hablando: un joven agente del FBI que investigaba la corrupción en Salt Lake City. La última página terminaba a mitad de una frase.

Phil era capaz de escribir más de noventa palabras por minuto con su vieja Olympic portátil. ¿Dónde estaba aquella herramienta esencial? Buscó en el dormitorio de atrás. La máquina de escribir había sido depositada, sin su tapa plateada, en medio de la cama. La policía, sospechaba Peter, no había tocado nada de todo aquello, ansiosa por cerrar un caso evidente y sencillo. Broche final para una vida demasiado corta y demasiado desorganizada.

Volvió a la mesa y al juego de ajedrez. Se quedó con las manos en las caderas, tratando de imaginar el alcance y el orden de los acontecimientos sobre la base de los hábitos de su amigo. Encima de la mesilla había un armarito en el que Phil guardaba lápices y sujetapapeles. Lo abrió. Dentro había dos vasos bajos medio llenos de un líquido ámbar. Levantó cuidadosamente uno de ellos y lo olió: *whisky* escocés. Lo depositó en medio del tablero de ajedrez, junto a un monstruo que lo miraba de soslayo, y levantó el segundo, bajo el cual había una página arrancada de un cuaderno o un diario. Era la letra malhumorada de Phil:

Peter:

¿Eres tú, compañero? Espero que seas tú quien encuentre esto, y no los polis, y cualquier otro. Mi última voluntad y testamento. Quédate con lo que te apetezca, yo ya no voy a necesitarlo. Deja todo lo que no quieras en la casa.

Por fin lo comprendo. Este mundo es abominable, es arte del malo. Algunos de nosotros no encajamos porque siempre intentamos mirar más adentro. Hay algo debajo, algo maravilloso y lleno de color. Es un lugar feliz que tiene sentido. Puedo sentirlo. Un dios cruel y pretencioso ha pintado encima de una antigua obra maestra colmada de alegrías. Bueno, pues ya me he cansado. Me marcho a explorar.

Nos vemos, viejo amigo.

A Phil, el mundo de ficción (héroes y monstruos, villanos y mujeres exóticas) siempre le había parecido mucho más cómodo que la realidad. Igual que a Peter, ya puestos. Phil había descubierto que se estaba muriendo, lo había sabido durante al menos una hora. Había ido hasta allí para acabar el trabajo, rendido al dramatismo aun en su agonía, dejando pistas en los armarios de su casa rodante.

Peter releyó el mensaje, con lágrimas en los ojos.

No éramos más que niños defraudados.

Al fin dobló el papel y se lo metió en el bolsillo de la camisa. Después levantó el

vaso del tablero, brindó al aire y se lo bebió de un trago. Aun después de pasar allí algunos días, el escocés tenía un sabor estupendo (humo y fuego y turba, un toque de roble y de vainilla), y al instante le produjo un efecto demasiado agradable. El segundo vaso parecía tentador, pero no era para él. Era para los fantasmas. Lo dejó en el armario y cerró la puerta. Después rebuscó en la cocina y encontró una caja pequeña.

Uno a uno, colocó dentro los trebejos de plata y bronce de Enzenbacher, y los envolvió en papel higiénico del baño.

Siempre le había gustado aquel ajedrez.

Puso la caja en la maleta y la llevó al coche. Sacó el Trans del bolsillo de la chaqueta, que había dejado en el asiento del pasajero del Porsche.

La unidad descansaba verde y elegante sobre la palma de su mano.

La noche era fría. Se puso la chaqueta y sopesó pensativo el Trans. En el Grand Taiga había habido un silencio natural, pero ahora, una vez más, bajo aquella habitual quietud se ocultaba un silencio más profundo. ¿Otra ilusión? Puede que al día siguiente preguntara a Weinstein al respecto.

Volvió para cerrar con llave la casa. Algo parpadeó en la periferia de su visión. Miró hacia la izquierda, hacia el salón a oscuras. Unos charcos de luz jugaban en las paredes, bailaban en el espejo sobre el hogar de la chimenea; reflejos, parecía, que se filtraban desde la ventana frontal. Pero hacía días que no llovía, el suelo estaba seco. No había charcos. Además, la Luna estaba demasiado alta como para poder provocar aquellos juegos.

Las luces resplandecían en el espejo y se reflejaban en la urna.

Las cenizas de Phil. Sus últimos restos.

Peter entró y cogió el recipiente, resuelto. Las dispersaría en algún lugar hermoso. A falta de un verdadero testamento, sabía que eso sería lo que Phil hubiera querido, para quedar esparcido en las olas del Gran Sur.

Para devolver su carbono a la papelera de reciclaje de la Tierra.

A ver si ahogo a algún pez.

Casi podía oír a Phil diciendo aquello, sonaba adecuado. Claro que aún tenía en su interior un poco de la voz de su amigo. Con la urna bajo el brazo, se quedó un momento junto a la puerta viendo los reflejos. Su expresión se tornó perpleja. Le llevó veinte segundos ver que las luces estaban cerca de las paredes, no en ellas, y que flotaban justo debajo del techo, en el medio de la estancia.

No eran reflejos. Se movían con excesiva libertad. Eran fuegos fatuos y producían un sonido casi inaudible, como grandes polillas.

Contemplantos era igual que tragarse una taza de café solo: se sentía conectado, cargado de energía, curioso. Pero las luces menguaron, hasta que la estancia quedó oscura y vacía. Ahora se sentía solo. La energía de hacía un momento quedó

reemplazada por algo gris y desagradable, como la bajada después de una gran excitación. Pensó en volver y acabarse la copa de Phil. O en buscar la botella. A Phil no le importaría. Unos pocos minutos de solaz...

Cerró la puerta a su espalda antes de dejar las llaves de la casa colgadas de un clavo, bajo las cerchas de la veranda. Se dirigió al coche, acomodó la urna junto a la maleta, cerró la capota con un sonido seco y se inclinó para fijarla.

Solo cuando estaba a punto de encender el contacto reparó en que Lydia no le había hablado del clavo, ni le había dicho dónde podría estar, o que ahí era donde iban las llaves. El clavo no era visible salvo que se mirara desde un ángulo extraño y determinado.

Simplemente lo había sabido.

Al igual que Lydia, al parecer.

La noche era fría en Marin y no le apetecía conducir hasta el sur, solo para volver por la mañana. Además, tenía que conservar sus escasos diez dólares, de modo que se detuvo en una gasolinera y le preguntó a la dependienta nocturna, una joven asiática encerrada en una cabina azul fosforescente, cómo encontrar San Andreas.

Ella lo miró desde su pequeña isla con aire interrogativo.

—¿Falla o prisión? —preguntó.

—Mañana tengo que ir a la prisión —dijo Peter.

La chica inclinó la cabeza a un lado, coqueta.

—No parece hombre malo —dijo—. Usted maduro, no punk —añadió—. Prisión cerrada. Construcción.

—Eso es —dijo Peter—. Edificios de oficinas muy modernos.

—No saber. —La chica buscó las direcciones en una guía Thomas Brothers, contenta de tener compañía a aquellas horas de la noche y aparentemente agradecida porque fuera Peter. A menudo tenía aquel efecto en la gente y especialmente en las mujeres. Lydia lo había clavado. De ser un poco menos encantador, hubiera podido llevar una vida muy diferente, y más productiva.

—Además, necesito una buena playa —dijo—. Olas bonitas.

—Esto la bahía, no olas —dijo la mujer.

Peter se encogió de hombros.

—¿Hay algún sitio cercano?

—Quizá Point Reyes.

—Eso está bien. ¿Hay algún YMCA cercano?

—¿YWCA más divertido, sí? —Se atusó el pelo negro y cubrió su risita con una mano—. Pero creo que uno en San Rafael. Busco. —Y lo consultó en Internet desde el ordenador de su cabina—. Tan aburrido después de las diez, me muero —dijo—. Yo navego por Red. Dueño no importa. Él mi hermano. ¿Me sienta aquí con hombre agradable? ¡No! Yo trabajo, trabajo y trabajo, muchas horas. Salgo tarde. —Miró esperanzada a través del plástico antibalas.

Peter la recompensó con una sonrisa retorcida.

—Llevo en el maletero las cenizas de mi amigo —dijo—. Me lo llevo a la playa.

Aquello desembriagó al instante a la chica, que se lo quedó mirando como una lechuga mientras él volvía al coche con la dirección del YMCA en Los Gamos Drive.

Primero, sin embargo, con la Luna aún alta y la noche brillante, con gasolina suficiente en el depósito, era momento de devolver los últimos restos de Phil a la naturaleza.

El viento procedente del Pacífico levantaba la arena de la playa en capas traslúcidas y la lanzaba contra los arbustos y los árboles bajos. La Luna estaba en su punto más alto y Peter podía distinguir claramente las olas, largos rollos que se alejaban rezongantes de una infeliz cinta de mar negro. La arena se le metía en los ojos. Había pensado en situarse sobre una roca y dispersar puñados de la ceniza de su amigo sobre un amplio frente del océano, pero era evidente que aquello no sería práctico.

—Hay que ahogar a los peces, no a mí —murmuró, mientras se subía el cuello de la chaqueta para apartar la arena de sus ojos.

Con la urna de Phil bajo el brazo se acercó cuanto pudo a la orilla, antes de volver bailando cuando la espuma siseó hacia él con inesperada energía. Tras algunos intentos encontró una buena posición de compromiso, se inclinó, desenroscó la gruesa tapa de plástico y esperó a que el burbujeo espumeante del océano remitiese. La mejor técnica, pensó Peter, sería echar un poco cada vez. Si vertía todo el contenido del recipiente al mismo tiempo dejaría un pegote gris y pegajoso, como la colilla mojada de un puro. Y eso no parecía adecuado.

Dispersó las arenosas cenizas en pequeños puñados. Después de cinco minutos le dolían los tobillos y las rodillas. Pensó en todos los males de Phil: ardor de estómago; el comienzo de un enfisema después de tantos años; un lunar en la barbilla y otro junto a la nariz; un herpes; nervios en situaciones sociales.

En 1987, en la mansión *Playboy*, Phil estaba hecho una ruina feliz y lasciva. Para calmarlo, Peter lo había sentado en una mesa y había sacado un cuaderno. Juntos habían hecho una competición de dibujos hasta bien pasada la medianoche. Los personajes de Phil eran pobretones trazados con premura, con largas narices y ojos inteligentes. Peter dibujaba diablos hastiados más detallados, con pequeños cuernos y expresiones maliciosas. Los dibujos eran entregados a izquierda y derecha a una multitud creciente de mujeres hermosas y hombres envidiosos. Hefner se había sentado algunos minutos con ellos, y más tarde había publicado algunos de los dibujos. Los cheques habían totalizado más de seis mil dólares. Phil decía que aquel había sido su mejor momento.

Sufría un desorden obsesivo-compulsivo. No se lavaba las manos una y otra vez, pero sí se aseguraba de que todas las luces estuvieran apagadas, y tenía que desenchufar todos los aparatos que pudieran calentarse. Una vez Peter había tenido que esperar veinte minutos mientras Phil revisaba su apartamento, abriendo y volviendo a cerrar con llave la puerta diez veces. La cafetera, el televisor, los radiadores, todo tenía que estar apagado y desenchufado, porque nunca se sabía dónde podía comenzar un fuego eléctrico, y Phil era un fanático a la hora de proteger sus cosas.

Echó otro puñado a la espuma, protegido del rechazo de las cenizas por parte del viento, que cantaba sobre las olas. Después empezó a caminar hacia atrás. Otro puñado, otro paso.

Se había documentado acerca de la cremación para la película de terror que Joseph se había negado a financiar. En los viejos crematorios a menudo había que girar, menear y sacudir los cuerpos para que ardieran hasta no quedar más que cenizas. Era un trabajo duro y mal remunerado el de coger unas tenazas y darles la vuelta a los cadáveres humeantes. En ocasiones era necesario recoger el corazón, o un trozo duro de músculo, para aplastarlo o quemarlo por separado.

O eso le habían contado algunos encargados de funerarias mientras tomaban unas copas en un bar de Cahuenga.

—Dios —murmuró, y se inclinó para que la espuma le limpiara la mano—. Las cosas que he hecho por ti, Phil. Te lo juro.

Pero estaba bien. Merecía la pena. Podía imaginarse a Phil liberado de los nervios, del dolor y los malos recuerdos. Pero las olas también disolvían el humor extraño de Phil y aquellos ojos que resplandecían cuando contaba cómo había encontrado material pulp raro y en excelente condición, en Collector's Bookstore. La fría agua salada, cuajada de burbujas siseantes, también absorbía al Phil que gesticulaba y reía mientras discutían las paradas de su gran Escapada-Acampada para Viejos Chochos. «Pismo Beach. Albakoykee, Lompoc y Cuc-A-MONGA-a».

Desaparecía también la experiencia interior que había llevado a Phil a expresarse acerca de la pérdida de Peter con lágrimas en las mejillas. «Joder, Peter, nunca mereciste nada tan horrible, jamás». Peter casi se había derrumbado de dolor en brazos de Phil. Dos hombres hechos y derechos, abrazándose y llorando.

La espuma brillaba pálida mientras arrastraba los lodosos restos de Phil hacia el mar. Peter se limpió la arena, el agua salada y las lágrimas de los ojos y volvió hacia el estacionamiento. Eran las cuatro de la mañana. Salvo por el Porsche, el lugar estaba vacío. Estaba demasiado cansado y alterado para llegar al YMCA. Condujo hasta alejarse de la rociada de agua y se detuvo en un risco. Entonces rodeó con los brazos el reposacabezas y apoyó la cabeza sobre un pequeño cojín que a veces llevaba para sentarse.

Sin Phil, ya no tenía prácticamente a nadie con quien hablar. Esta soledad era la peor clase de fracaso, algo que siempre había intentado evitar, normalmente con éxito considerable. Antes de su matrimonio había habido, por supuesto, muchísimas mujeres, pero también muchísimos amigos. En ocasiones ambas cosas coincidían.

Sin embargo, Phil siempre había estado allí en los peores momentos. Pero ya no. Se acabó.

Soñó a vívidos trompicones con lo de las llaves atadas al cordel. Colgaban frente a él, suspendidas de la mano de alguien (de un hombre, no de Lydia), perfectamente nítidas, atrapadas en una luz dorada. Incluso el cordel sucio era de un rojo Tiziano.

Despertó y se giró para ver el alba brillar sobre las colinas detrás de la autopista.

Sus gafas estaban cerradas en el salpicadero. Todo el mundo exterior era un borrón. El océano parecía grisáceo y frío. Tenía un aliento horrible. Apestaba a agua de mar. Ya había coches en la carretera. No podía salir y ponerse a orinar allí delante.

Oyó un golpecito en su ventana, leve como una mosca que se posara. Un hombre de pelo cano se inclinaba para mirarlo.

—Bonito coche —le decía el viejo.

Peter parpadeó y se frotó los ojos.

—Gracias —murmuró, buscando sus gafas. Se le resbalaron entre los dedos y acabaron perdidas entre los dos asientos.

—Un Porsche, ¿no? —La voz del hombre parecía proceder de kilómetros de distancia.

—Sí —replicó Peter, con el vello de la nuca erizado. Volvía a sentir aquel tirón, aquella misma urgencia que había notado que emanaba de la imagen de Lydia, en el dormitorio de Phil.

—Es una hermosura, qué donosura. Y su trasero parece toda una ricura. ¿Qué tal un paseíto?

El viejo no dejaba de hablar. A Peter, aún incapaz de encontrar las gafas, le llevó varios segundos comprender que, aunque el estacionamiento, el océano y los árboles circundantes se veían borrosos, el viejo presentaba de hecho una nitidez cristalina, con una riqueza de detalles casi dolorosa. Tras él había tres niños. Estos parecían desvalidos, enjutos y pálidos, como si apenas estuvieran allí.

Uno de ellos se subió al pretil e hizo algunos equilibrios, antes de saltar al aire y dispersarse como humo.

—Los pequeñuelos llegan de tres en tres —observó el viejo—, en cuanto te despistas ahí los ves.

Peter tanteaba frenético entre los asientos, mientras al mismo tiempo intentaba mantener la mirada en el viejo, que sonreía con sardónica benevolencia.

—Aquí fuera se está muy solo, ¿no cree? —dijo el hombre—. Lo que necesito es un poco de ese Smoky Joe, liado, cortado o mezclado. ¿Tiene algo para un amigo desesperado?

Peter sentía ahora el tirón con la claridad de un anzuelo clavado en el pecho. Su mano encontró las gafas y estiró las rodillas, incorporándose bruscamente en el asiento.

—Ah, mundo cruel. Smoky Joe debes tener. Te ayuda a ver lo que debes saber.

Peter se puso las gafas rápidamente y casi se sacó un ojo con una patilla. La escena en el exterior se invirtió de forma enfermiza: el paisaje cobró nitidez y claridad mientras el hombre y los niños perdían detalle de repente. Parecían harapos, no sus ropas sino sus formas, muertos pero no descompuestos; no eran en absoluto cadavéricos, sino que más bien semejaban estatuas de mármol, rostros suavizados por largos años de lluvia ácida.

Los ojos del hombre eran sombras grises, la nariz un chichón de dibujo animado.

—¡Váyase! —gritó Peter. La voz se le quebró—. ¡No está usted ahí!

El viejo apoyó unas manos de arcilla informe contra la ventanilla. El tirón apremiaba a Peter con tanta fuerza contra la puerta que le hacía daño en el brazo.

—Vamos, Peter —dijo el hombre gris, su voz como insectos que trataran de atravesar el cristal—. Aquí el egoísmo no cabe. Deme Smoky Joe y que esto acabe. Todos sabemos lo que usted no sabe.

Entonces comenzó otra vez desde el principio, exactamente como un disco rayado que salta al comienzo de la misma canción vieja.

—«Bonito coche».

«El chico se subió al pretil e hizo algunos equilibrios, antes de saltar al aire y dispersarse como humo».

Estaban a punto de repetir toda la escena, con las mismas frases, mientras tiraban, tiraban, chupaban lo que él era y lo que conocía como si fuera una piruleta, colocándose con su azúcar, con su dulzor. Los pensamientos de Peter se hicieron lentos, fríos. Necesitaba alejarse, enfriar el calor detrás de sus ojos antes de que lo escaldara.

Giró la llave. El motor sonó como una vieja lata de aceite que giraba. Cada cilindro ascendía laboriosamente en su oquedad circular, comprimiendo una espuma gaseosa antes de (¡BANG!) bajar disparado para expeler humo muerto. Era capaz de distinguir cada una de las piezas de la maquinaria metálica que se movían en su secuencia. Sus oídos parecían llenos de gelatina.

Mientras metía la marcha atrás y soltaba el embrague, las figuras sufrieron un «salto» y aparecieron balanceándose ante él, como superposiciones transparentes sobre una pantalla de cine.

La adrenalina tomó el control y el tiempo se aceleró. Las ruedas giraron y se adhirieron al suelo; la parte trasera de Porsche se sacudió, provocando una lluvia de gravilla. Pisó el pedal a fondo y entró rugiendo y dando sacudidas en la carretera, y esquivó por poco a una camioneta roja y a un gran Buick. Los conductores tocaron sus respectivas bocinas y le hicieron gestos obscenos. Le daba igual. Condujo rápido (130, 140 kilómetros por hora) durante quince kilómetros, surcando el tráfico matutino con chirridos de neumáticos y rastros de humo negro, algo impropio de Peter Russell.

Dos colisiones apenas evitadas le devolvieron la razón.

Se detuvo en una antigua gasolinera con cuatro surtidores redondeados y un viejo Pegaso rojo. Puso el coche en punto muerto, echó el freno de mano y trató desesperadamente de dejar de temblar. Luchó contra el cinturón de seguridad.

El motor ronroneaba calmado ante él. Del tubo de escape surgían pequeñas bocanadas de humo azul. Pronto necesitaría gasolina, pensó. El mundo normal regresaba, pero ahora parecía más... afilado. Todo el coche olía a rancio. No podía ir así a una reunión de negocios. Estaba empapado. Gracias a Dios, no se había cagado en los pantalones. A pesar de todo, respiraba bien. Estaba intacto, no esparcido por

toda la carretera, hecho pedazos debajo de las ruedas de un tráiler.

Estaba vivo.

Tenía que ponerse presentable. Su cerebro trabajaba a toda velocidad, usando la energía que le había dejado el miedo.

Cogió el Trans, pronunció un número (un teléfono fijo) de memoria. Tuvo que decirlo dos veces, tan temblorosa era su voz. Los momentos desesperados requerían humillación y retribución, probablemente en ese orden.

Respondió una voz de mujer gutural y somnolienta.

—Jessie, soy Peter. Perdóname. Necesito que me ayudes.

—¿Perdonarte? —respondió Jessie con languidez, como si se estuviera echando en la cama—. Jamás, eres una sabandija irrecuperable. ¿Dónde estás?

El mundo del espectáculo había enseñado hacía mucho tiempo a Peter que algunos hombres y mujeres no deberían envejecer. Quizá fuera el mirarse al espejo y predecir tendencias lo que había llevado a Marilyn y a Elvis a las drogas y a la muerte: inspecciones críticas de la línea del cuello, el torso, los brazos superiores, la barriga, los muslos. Para los dolorosamente hermosos, demasiado dependientes del amor de un público caprichoso, ganar unos pocos kilos otoñales antes de la llegada del inminente invierno era mucho más horrible que sentir cómo ponían los clavos de tu propio ataúd.

«Está gorda».

«Está muerta».

Muerta era mejor.

Para una mujer como Jessie EnTrigue, la regla no se aplicaba. La personalidad había pisoteado a la edad. Peter la había conocido cuando era una encantadora jovencita de diecinueve años recién llegada al negocio del cine erótico, una cara nueva con un cuerpo hermoso y suplicante, y cabeza suficiente para elegir un buen agente y empezar a rodar películas serias. Había pasado sin problemas de ser princesa del porno blando a establecer una duradera reputación como reina del terror.

En 1970 había protagonizado uno de los mejores esfuerzos juveniles de Peter, Estrella emergente. Habían vivido juntos durante seis memorables meses, y después ella había hecho las maletas y había pasado a hacer mejores papeles con mejores directores. «Ya no se lleva lo cerdo», le había dicho ella una vez.

Por «cerdo» quería decir interesante y un poco perverso.

Décadas más tarde, cada vez con más pecho y más muslos, había usado su madurez como activo y se había convertido en la matrona de película de terror más sexy de la industria. Después lo había dejado todo, cuando aún podía asegurar que había sido decisión suya. Todavía le ofrecían papeles. Peter se la había encontrado varias veces desde entonces en festivales de cine psicotrónico, el último camino para un viejo talento, o para un talento que nunca había llegado a pasar el corte. Una o dos veces habían intercambiado felicitaciones navideñas.

Aun ahora, de pie en el umbral de aquella pequeña casa recién pintada en uno de los barrios menos caros del condado de Marin, se veía que Jessie envejecía con hermosura. Pero entonces ella saludó levemente con el brazo para invitarlo a entrar; aquello bastó para que no importara su edad. Los adolescentes aún ponían sus fotografías en las paredes de sus cuartos. El carisma no hacía sino mejorar con la edad.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó a Peter, mientras entraba en el salón vestida con un caftán púrpura y naranja.

Peter la seguía dos pasos por detrás.

—Hasta ahora bien, pero creo que estoy perdiendo la chaveta.

Ella lo miró con cautela.

—Apesta como si te hubieras peleado —le dijo, no sin ternura.

—Necesito darme una ducha —admitió él.

—Dios, Peter. Son las nueve de la mañana. De todas las duchas del mundo, tenía que ser la mía. ¿Quieres café?

Veinte minutos después lo miraba como una gata aburrída, mientras él se sentaba en el sofá grande y acogedor. Peter se había lavado el pelo y ahora tenía la cabeza fría. Llevaba la bata larga de terciopelo grueso de ella, y reposaba las manos educadamente en el regazo. Jessie había recogido en la puerta del baño su camisa y su ropa interior, que ya daban vueltas en la secadora.

La actitud solo en parte amistosa de Jessie no proporcionaba mucha calidez.

—¿Te persigue alguien? —preguntó a Peter.

—He estado en un velatorio —dijo él—. Ahora voy a una entrevista de trabajo. Necesitaba ducharme. Gracias, por cierto.

—De Nader, como dicen en General Motors. ¿Quién se ha muerto? ¿Alguien a quien conozca?

—Phil.

—¿Phil Richards? —La simpatía recorrió su cara, pero la expresión pasó rápidamente a una de vigilancia.

Peter asintió.

—Anoche esparcí sus cenizas en Point Reyes. —Explicó como pudo la historia evitando su mirada, para no empezar a llorar. Le habló de Lydia y de su dinero, pero dejó fuera lo del viejo ajado y los tres chicos transparentes—. Fue jodido.

—Recuerdo a Phil —dijo Jessie—. Un buen tipo. Ojos hambrientos. No sabía cómo entrar a las mujeres, pero vaya si quería. Ya te digo.

—Era mi mejor amigo —respondió Peter, con una llana simplicidad que los sorprendió a ambos. Él apartó la mirada.

—Es duro perder a los amigos. Tenía tu edad, ¿no?

—Dos meses menos.

Jessie era seis años más joven que Peter.

—Más tarde voy a Oakland a un festival de cine —le dijo—, pero voy a hacerte un desayuno y a prepararte para tu entrevista. Después tendrás que irte. —Se marchó por el pasillo y Peter se acomodó. Hubiera pagado por verla caminar; era música pura.

—¿Es algo de cine? —preguntó Jessie desde el lavadero.

—La verdad es que no —le dijo Peter—. Promociones, quizá más anuncios. Una compañía de telecomunicaciones. Voy a la cárcel.

—¿A San Andreas? No intentes ese chiste con la gente del lugar. —Volvió y le dio sus ropas secas, antes de mirarlo con reproche—. Toda esa gente de las telecomunicaciones debería ir a la cárcel, pero de verdad. Se han llevado por delante mi jubilación.

Le preparó unos huevos y unas tostadas mientras él se vestía en el cuarto de baño. Peter se miró en el espejo mientras se afeitaba las mejillas y el cuello con la maquinilla eléctrica de ella. Se peinó. Estaba bastante presentable. Comenzaba a sentirse humano de nuevo, aunque no había recuperado la confianza.

Jessie estaba sentada en un taburete junto al hueco que comunicaba la cocina con el salón; descansaba el mentón en las manos y los codos en la formica. Aún tenía aquellos ojazos verdes, y lo observaba mientras comía como un gato saciado miraría a un canario.

—¿Por qué debería perdonarte? —preguntó—. ¿Qué es perdonar?

Peter pretendió no poder hablar con la boca llena. Por fin, ante el silencio expectante y paciente de ella, respondió:

—Simplemente saltó.

—Yo te dejé a ti, ¿recuerdas? Me escapé con...

—Lo recuerdo —dijo él.

—Eras un tipo que necesitaba variedad. No me costó verlo.

—Pues yo no lo sabía, de verdad.

—No estarás aquí para intentar retomararlo, ¿no?

Peter negó con la cabeza.

—Porque tengo un amigo. Un tipo bastante bueno, algunos años más joven que yo. Lo conocí en un festival de cine. Cree que soy una diosa. Le ponen las rellenitas. ¿No es maravilloso?

—Sí que lo es —dijo Peter.

—Yo sabía que para ti el cerebro lo era todo..., siempre que viniera con unas piernas largas y un buen par de tetas. Algo me dijo que no envejecería a tu lado. —Pasó las manos frente a su busto y sus caderas generosas. «Mírame ahora».

—Eso no es justo para ninguno de los dos —dijo Peter.

—No, pero sí que te perdono. —Ahora lo miraba con distancia. La visita comenzaba a alargarse. Él no era lo bastante cerdo—. Cuéntame por qué estás perdiendo la chaveta.

Peter se quitó las gafas y se las limpió con una servilleta de papel.

—No.

—Ingrato —dijo Jessie, pero le sopló un beso desde el otro lado del mostrador—. Ahora vete. A Gerry no le gusta que confraternice con fotógrafos conocidos.

—He visto cosas —dijo Peter. De nuevo la desesperación; no quería estar solo, en ningún sitio. Aquello lo asustaba casi tanto como el viejo y los niños.

—Oh... —El fulgor cerdo iluminó los ojos de Jessie.

Le habló del simulacro de Lydia en la casa de Tiburon y después, más reluciente,

de los visitantes matutinos en Point Reyes.

Jessie estaba absorta en el relato cuando terminó. Peter se estaba convirtiendo en una diversión, una historia que podría contarles a sus amigos. Lo miró intensamente, buscando con sus ojos verdes y felinos.

—Es maravilloso —dijo llanamente mientras llevaba el plato al fregadero—. Fantasmas de los vivos. Doppelgangers. Una vez hice una película sobre eso.

—¿Estoy loco? —preguntó Peter.

—Más allá de toda duda —dijo Jessie antes de torcer el gesto con desdén—. ¡Peter! Venga ya, tú no estás loco.

—Entonces, ¿qué estoy?

—La gente ve cosas constantemente.

—Yo no, nunca.

Jessie ignoró el comentario.

—Los fantasmas de los vivos se llaman aparecidos. Los de los muertos, espectros. Ojalá yo pudiera ver algo. La vida por aquí es muy aburrida. Podrías llevarnos a Gerry y a mí a Tiburon, y celebrar una sesión espiritista. Pensándolo mejor, déjalo. El espiritismo sí que es aburrido de verdad, y Gerry es ateo.

Rodeó la encimera y dio un rápido abrazo a Peter.

—Ahora en serio, deberías irte.

Él valoró su masa a través del caftán y se preguntó por Gerry, tratando de imaginárselo.

Mientras se dirigían hacia la puerta, echó un vistazo por el estrecho pasillo, buscando no sabía el qué. Residuos de los malos tiempos, quizá. Apariciones de Gerry que pedían simpatía entre sollozos. Peter había olvidado lo difícil que había sido sacarle a Jessie siquiera un poco de buen humor.

Nada. Las habitaciones parecían limpias, normales. Una vida tranquila y calmada. De vuelta en el Porsche, abrió la puerta y se colocó tras el volante.

Jessie le sonrió y lo saludó desde la puerta.

El Trans se apretó contra su cadera al abrocharse el cinturón de seguridad.

Desde la carretera no era posible ver la mayor parte del viejo presidio. La construcción de San Andreas había comenzado en 1854. El complejo había sido abandonado hacía dos años, pues la franja de magníficas tierras frente a la bahía valía mucho más para el estado como tierras en venta.

Ahora, unas altas unidades de demolición móviles dismantelaban o derribaban la mayoría de los muros, apartando enormes trozos de hormigón y marañas de cadena y alambre de espinos. Al este, las torres de hormigón derruidas se apilaban de tres en tres, como viejos tronquitos de queso, agrietadas y grises, con frentes de ladrillo aún aferrados como un moho rojo. Los escombros de ladrillo, piedra y cemento se alzaban en montañas de treinta metros tras el vallado de la obra. Las embarradas carreteras de gravilla, roturadas por las ruedas de los camiones, cuajaban una amplia tierra de nadie aún coloreada por pentágonos dentados de hierba.

Todavía estaba intacta la infame Puerta Norte, santificada por las películas y por la televisión, con su enorme arco de ladrillo. Varios lemas habían popularizado aquel lugar terrible a lo largo de los años, incluyendo el tremendo «El dolor es vuestro último derecho constitucional. Bienvenidos a San Andreas». También estaba «No te rindas a la desesperanza. Simplemente ríndete». Todas las viejas admoniciones habían sido reemplazadas por resplandecientes estandartes de plástico que rezaban «Parque empresarial San Andreas, de Hampton. Alquileres disponibles».

La nueva garita acristalada estaba al mando de guardias jurados que vestían sencillos uniformes negros. Comprobaron su nombre en el libro de visitas.

—Va a ver a los chicos de Trans —musitó el jefe de seguridad, de buen porte y rostro agradable, mientras consultaba una agenda electrónica—. Llevan todo el día recibiendo gente. Jaleo y más jaleo. ¿Tiene alguna identificación fotográfica?

Peter mostró su carné de conducir y el guardia usó la agenda para escanearlo. Después le devolvió la cartera y desapareció dentro de la garita.

Peter casi había ido a la cárcel una vez. Un juicio por obscenidad en Los Ángeles, en 1973, había terminado con división en el jurado. Y aunque hubiera sido condenado, no habría acabado en San Andreas. Aquel era el lugar que se encargaba de los peores elementos del mundo del crimen.

—Escoria de la escoria —murmuró Peter nervioso, justo cuando el guardia salía de la garita.

—¿Disculpe? —preguntó el guardia.

—¿Trabajó antes aquí?

—Yo no —respondió el guardia—. Pero conocí a algunos tipos que sí. Terrible. Yo soy libertario. —Le dio a Peter una pequeña tarjeta inalámbrica—. Puede pasar, señor Russell. Este es su pase electrónico. Si sale de su zona la tarjeta pitará y

aparecerá usted en nuestra pantalla. Entonces tendremos que ir a buscarlo. Si pierde el pase nos causará toda clase de problemas. Va usted al viejo edificio del corredor. —Le entregó a Peter un nítido mapa de papel y le trazó el camino con un rotulador fosforescente—. Justo en el corazón de San Andreas. Muy exclusivo. —El guardia sonrió, mostrando una perfecta y falsa dentadura.

La puerta, una ordinaria barrera de madera, se levantó. Peter entró muy despacio.

—Parece usted muy serio —dijo Weinstein mientras él y Peter recorrían el largo y pulimentado suelo de hormigón entre las galerías, con tres alturas a cada lado. A Peter le desagradaban las celdas. Se habían eliminado los barrotes y los trabajadores se afanaban ahora a lo largo de las pasarelas, transportando escritorios, sillas y cables.

—Es un lugar de aspecto serio —explicó Peter. No le gustaba precisamente la decoración, pero Weinstein parecía complacido. Agotado, pero complacido; incluso un tanto exultante.

Weinstein devolvió a Peter una mirada inyectada en sangre.

—Solo tenemos unos pocos cubículos en este bloque, para los desbordamientos puntuales, ya me entiende —dijo—. Nos quedamos con la guinda del pastel. Nos lanzamos al principio y logramos el corredor.

—¿El corredor? —preguntó Peter.

—El corredor de la muerte. El de los muertos vivientes. El complejo justo al lado de la cámara de gas.

—Vaya.

—De la muerte llega la vida, y de una cárcel unos magníficos terrenos. Ambos producen beneficios, y a las mujeres les encanta. No podría ni decirle cuántas veces en el último mes... —agitó la mano alrededor de la muñeca.

—¿Por qué prefieren esto a, pongamos, Sausalito?

—Aquí hay una historia —dijo Weinstein—. Mi despacho está ahí delante. Está bastante cerca de la vieja cámara. Tenemos todos los derechos de la cámara, ¿sabe?

A Peter no le gustaba el modo en que las paredes parecían acercarse entre sí. Decidió que se trataba de un truco de la perspectiva... o quizá era un diseño deliberado. Después de todo, las cárceles se construían para castigar.

Weinstein prosiguió, sin perder el aliento.

—En la cámara hay una mesa con correas y tubos, no una silla. Inyección letal. Hace mucho que dejaron de usar gas.

Atravesaron una puerta abierta de gruesos barrotes pintados con un desagradable tono verde amarillento.

—Por aquí. —Weinstein señaló hacia la izquierda, hacia otro bloque más corto en el que los trabajos habían progresado hasta el punto de que las celdas ya tenían inserciones de cristal y puertas holandesas. Pasó su tarjeta de identificación frente a una placa de seguridad y sonó un cierre. Abrió la puerta—. Bienvenido al despacho del campeón de la financiación. Ese soy yo. Gracias, por supuesto, a usted y al señor Benoliel.

La celda estaba equipada con un escritorio, un armario, un ordenador y un pequeño frigorífico. Las paredes se habían pintado de un gris elegante pero neutro, y

mostraban un tablero blanco y un pequeño corcho cubierto de tarjetas comerciales. Por el suelo y el techo culebreaban cables y conductos.

—Hace unos pocos años las «telecos» se fusionaron, ¿recuerda? —dijo Weinstein guiñando un ojo. Abrió el frigorífico y ofreció una Pepsi-cola a Peter. Este abrió el tapón y se sentó en la silla frente al escritorio, que ocupaba la mitad de la celda—. WorldCom, algunas filiales de Enron y otras grandes iban a transformar San Andreas en un gigantesco parque empresarial, con bloques de apartamentos y tiendas que cubrirían todo el frente de mar. Doscientas veinticinco hectáreas de terreno justo delante de la costa, ¿puede creerlo? Las mejores vistas de todo Marin. Bueno, pues estaban entrando en tratos por valor de cinco mil millones de dólares cuando se hizo evidente que sus dirigentes lo que se merecían de verdad era la antigua cárcel. —Weinstein sonrió feroz y se reclinó en su sillón—. Los federales cortaron todo el asunto, pero la cárcel era suya y podían hacer lo que quisieran; además, venía acompañada por una suculenta oferta fiscal de Marin. De modo que alguien tomó una rápida decisión. ¿Y cuál es la diferencia entre los cubículos de Dilbert y el sonido de las tristes armónicas en la Gran Casa?

—No mucha —dijo Peter.

Weinstein asintió con decisión.

—Algunos supervivientes arribistas pujaron por el espacio. Google lo quería, pero nosotros llegamos primero. —Levantó su Pepsi y brindó en dirección a Peter—. Le pido disculpas. Me llevó mucho tiempo darme cuenta de que era usted el director de Estrella emergente y de Las vidas privadas de Helena de Troya.

Peter sonrió.

—Historia pasada.

—Me encantan esas películas. Le dan patadas a John Waters. Cuando puedo voy a festivales psicotrónicos, aunque últimamente no es muy a menudo. Lo que quiero decir es que para las jóvenes generaciones es usted una leyenda.

—No lo sabía —dijo Peter. Y tampoco lo creía.

—Bueno, es una carta que podemos jugar en la campaña. «Del antiguo presidio llega una campaña publicitaria dirigida por Peter Russell, el mejor director erótico de todos los tiempos». —La expresión de Weinstein se tornó seria—. Y, para ser sincero, Russ Meyer declinó la oferta. Pero lo recomendó a usted: un Russell por otro.

—Me alegro de que Russ me eche un cable —dijo Peter. Miró hacia la puerta por encima del hombro. El despacho era sorprendentemente pequeño.

—Era el destino. —La mirada de Weinstein cambió—. Celdas para los condenados —dijo con un temblor apenas perceptible—. Intento salir cuando tengo ocasión. Una ruta distinta cada vez, por si acaso. —Se alejó del escritorio. Su sillón chocó contra la pared de hormigón—. Le vendrían bien unos canarios, ¿no cree?

Peter rió entre dientes, pero no había mucho humor en el ambiente.

—Vayamos a conocer a nuestro Nicola Tesla —dijo Weinstein—. Si los dos se esfuerzan a tope seremos imparables. Por cierto, ¿lleva su Trans?

Peter sacó la unidad del bolsillo de la chaqueta.

Weinstein la metió en un cajón del escritorio.

—Esto es lo máximo que los acercamos al transmisor. Saltan... chispas. Y no solo de energía. De información. —Weinstein forzó otra sonrisa, esta vez excesivamente seca—. Unos efectos fascinantes.

Peter se encerró en sí mismo mientras seguía automáticamente a su anfitrión por los inacabables corredores. El hablar de Russ Meyer lo había ensimismado.

Weinstein lo guió por un bloque circular de celdas construido con grandes ladrillos ocres. Allí los habitáculos eran más grandes. Pasaron una hilera tras otras de despachos ocupados por jóvenes ansiosos que contemplaban sus monitores.

Peter salió de su ensueño en el momento en que atravesaban una puerta de acero, y entraban en la celda más grande que habían visto hasta entonces: al menos tres metros por tres y medio, paredes de hormigón pintadas de verde y azul pálido, un elegante escritorio circular cubierto de esquemas y un ordenador portátil. Ni carteles ni fotografías. La morada de un monje de la alta tecnología.

Weinstein le presentó a un hombre muy grande, parecido a un oso, vestido con camiseta de golf y vaqueros negros, que se levantaba desde detrás del escritorio.

—Peter Russell, le presento a Arpad Kreisler.

El oso le tendió la mano y apretó lo bastante fuerte como para hacerle daño, pero su expresión de ansiosa amigabilidad resultaba infantil.

—Es un placer conocerlo —dijo Kreisler con rastros de algún acento centroeuropeo. Medía más de metro ochenta y era de facciones grandes y cuadradas, con hombros anchos. El cabello negro y hebroso colgaba sobre unos ojos muy oscuros. Su postura revelaba una fuerza torpe pero inconsciente, y una gracia extrañamente juguetona para un hombre de su imponente tamaño—. Stanley me dice que nos ha salvado el culo.

Peter puso expresión alegre y decidió hablar lo menos posible. No tenía ni idea de dónde encajaba en todo aquello. Pasaron algunos segundos antes de que comprendiera que se esperaba de él una respuesta.

—Gracias, pero en realidad no hice mucho. De la persuasión se encargó la señora Benoliel. Siento el despiste —añadió—, pero últimamente no he dormido bien.

—Ninguno durmiendo mucho por aquí —dijo Kreisler, desenfocando momentáneamente la mirada—. Demasiado trabajo. Pero estamos en ello, estamos en fase de ajustes.

Peter sentía tensión, pero no podía determinar de qué clase: la emoción del comienzo, la brillantez llevada al límite, o simplemente un exceso de trabajo y la necesidad de cogerse un año de vacaciones. No pasa nada, trató de convencerse, ignorando la otra voz que insistía en que debía irse de allí, y cuanto antes mejor.

—Es maravillosa oportunidad trabajar con usted —dijo Kreisler—. ¿Le ha

contado Stanley lo que estamos haciendo? ¿Lo que Trans puede hacer por comunicaciones en el mundo?

—Te lo dejé casi todo para ti, Arpad —dijo Weinstein—. Tú eres el corazón y el cerebro.

—Y riñón, y bazo —añadió Kreisler inexpresivo—. Antes trabajaba para Xerox, que me contrató directamente en Ucrania. Pasé a investigación de Microsoft, ¿sabe? Soy el mejor. —Se atornilló el dedo en la sien y guiñó un ojo—. Aunque un poco loco.

Weinstein soltó una risita.

—Sin duda.

—Así que no me encargo de dinero ni de relaciones públicas —siguió Kreisler, enarcando las cejas para leer la reacción de Peter.

Este logró sonreír.

—Puede que no debiera contarme demasiado —advirtió—. No he firmado ningún, cómo se llaman, acuerdo de confidencialidad, ni nada así.

La sonrisa de Kreisler era aviesa.

—No problema —dijo—. Estamos cien años por delante. Podríamos enseñarlo todo y repetir todos los cálculos delante de usted, y saldría como entró.

—Un Mundo Feliz —dijo Weinstein.

—Aún tenemos que decir al mundo lo feliz que es —repuso Kreisler—. Quizá usted pueda hacerlo por nosotros.

Peter se recompuso.

—Miren, Stanley, Arpad... Es Arpad, ¿no?

Kreisler asintió como un niño que esperase una reprimenda.

—No hemos hablado de dinero, cierto...

—Ni hablar. Hace veinte años que no ruedo una película. Mis habilidades son más artesanales que el estilo MTV. Con el dinero de Joseph pueden contratar a quien quieran. ¿Por qué a mí?

—No es del todo cierto —dijo Weinstein—. Ya nos lo hemos gastado casi todo.

—Facturas —dijo Kreisler, torciendo el labio y haciendo más profunda su voz por el disgusto.

—Estamos buscando algo distinto —siguió Weinstein—. Distinto de verdad. No algo «retro», pero sí inesperado. ¿Por qué no vender tecnología sexy del mismo modo que antes vendía usted el sexo, a la antigua usanza, refrenándonos un poco? Tenemos mucho que refrenar, y mucho que ofrecer. Sus técnicas son naturales. Comparado con el Hollywood actual, el suyo es cine inocente. Como nosotros. Pero también tenemos un caballo ganador. Una verdadera bomba.

—Quizá sea como corbatas anchas y pantalones de campana —sugirió Kreisler—. Le sacan del armario cada treinta años, de moda otra vez.

—Ehm, Arpad... —dijo Weinstein, meneando el dedo a modo de advertencia.

Peter escuchaba en preocupado silencio. No iban a aceptar un no por respuesta.

Allí había más de lo que dejaban ver. Arpad parecía amigable, pero Peter comenzaba a escamarse, y no solo por la atmósfera del presidio. Tenía miedo de volver a caerse de bruces. No podía permitirse otro fracaso. Y por ese motivo iba a perder un trabajo si no reaccionaba y pensaba bien las cosas.

—Quizá... —murmuró.

—¿Es muy caro? —preguntó Kreisler.

Peter rió.

—En absoluto —dijo—. Necesito el dinero, y desde luego me vendría bien el trabajo. Solo quiero ser honesto.

Kreisler pareció conmovido.

—Hace cinco años, seis de los nuestros, una mi mujer, hermosa señora, desaparecen con cincuenta millones de dólares. Nos hicieron favor: no éramos nada cuando las acciones de las tecnológicas y las telecomunicaciones se fundieron. Dos trillones de dólares que se evaporan, ¿y a mí qué? Pero nos retrasan años. Así que no tan bien. La verdad es algo que valoramos. Creo que es nuestro hombre, señor Russell.

—Ayúdame, Obi-Wan Kenobi —dijo Weinstein, llevándose las manos a las orejas.

—Le digo más —siguió Kreisler, con voz aún más baja—: cuando Stanley me dice que lo ha conocido, yo estaba encantado. Usé sus libros para aprender a leer inglés cuando joven, en Kiev. Novelas de series americanas de televisión. Soy fan. Le digo a Stanley que es usted famoso. Es honor conocerlo.

—¿Y yo qué sabía? —confesó Weinstein.

Peter entrecerró los ojos. A pesar de sí mismo, estaba conmovido.

—Stanley ya le cuenta lo básico, ¿no? —preguntó Kreisler—. Estamos aquí para solucionar una crisis inminente.

—Amén: salvar el mundo y hacer algo de dinero en el proceso —replicó Weinstein.

Kreisler sonrió indulgente.

—Tres mil millones tendrán teléfono móvil y ordenador portátil en 2030. Casas, coches, frigoríficos, televisores, relojes, gafas, pendientes, todo hablará con centros de información y recibirá noticias, consejos, ocio, mejoras de servicios esenciales. Las compañías venderán sensores corporales para transmitir datos a doctores y hospitales de todo el mundo. Nadie volverá a estar solo o en peligro. Eso nos prometen. Pero la verdad es muy otra. En menos de veinte años el mundo se queda sin ancho de banda. Radio, televisión, móviles, inalámbricos, todo se parará en seco. —Sonrió—. Pero problema tiene solución. Yo he logrado.

Kreisler se levantó y comenzó a mover los brazos, lentamente al principio y describiendo arcos cada vez más amplios.

—No necesidad de ondas, ni radiación. Yo descubrí nueva fuente de ancho de banda, canales prohibidos de información, no radiación, desconocida hasta ahora.

Canales en lo que llamo «continuo de Bell», por John Bell. Es un famoso físico. Trans es como los fotones y electrones y átomos, todo lo diminuto: se cantan unos a otros todo el día, todos los días, se dicen quiénes son, dónde están, para cuadrar los libros y obedecer las leyes y que todo sea real. Nosotros mandamos nuestros mensajes en canales similares. Esto quiere decir que puedes usar Trans donde sea. No hay degradación con distancia.

Los ojos de Peter volvían a jugarle una mala pasada. Cada vez que parpadeaba seguía viendo los contornos del despacho, de la antigua celda. Pero el nuevo mobiliario no estaba allí. Solo veía un catre, un inodoro y un lavabo de acero encastrados en la pared, así como unos pequeños estantes: la celda de un presidio. El habitáculo estaba vacío y tranquilo, salvo por una gruesa capa de polvo.

Entre parpadeos, el polvo se movía.

—De hecho, para Trans —continuó Kreisler— distancia no significa nada. Además, por lo que podemos medir, nuestros datos viajan al instante. —Su voz había alcanzado un tono melodramático. Ahora se hundía hasta convertirse en un susurro íntimo—. Desde ahora, nada es igual.

—Ya puedes asegurarlo —dijo Weinstein. Fuera cual fuera la tensión a la que se veían sometidos, Peter podía ver que para ellos Trans era mucho más que dinero. Era su aire y su alimento, por no hablar de su religión.

—¿Es más rápido que la luz? —preguntó Peter, frotándose las manos contra los pantalones. Una vez más se lanzaba hacia delante y se ocultaba detrás de unas alucinaciones, con tal de evitar la palabra más temida: fracaso.

—Sí, puede representar problema filosófico —dijo Kreisler—. Pero eso dice lo que medimos. La evidencia es todo, ¿sí?

Con los ojos cerrados, Peter veía la celda como si estuviera dibujada con tinta azul brillante sobre papel negro. Si los mantenía cerrados más de un segundo, lo que por desgracia las circunstancias no permitían, los colores comenzaban a variar hacia el tono de la carne herida.

Se esforzaba por seguir escuchando.

—Como teléfonos móviles, unidades Trans siempre se unen en red. Siempre están encendidas. Y lo que es más importante, mientras funcionan cambian espacio circundante, quizá de forma permanente. Alteran la permeabilidad de la información. ¿Conoce, permeabilidad?

—No —dijo Peter, y entonces recordó sus clases de electricidad durante los tres años que pasó en el Ejército. Trató de recuperarse, de parecer competente y calmado—. ¿Es como la capacitancia? —El pecho comenzaba a dolerle. Quería meterse los dedos bajo las costillas, pero se limitó a realizar inspiraciones cortas. El sudor no tardaría en llegar. Estoy bien jodido.

—Sí, pero usamos término como metáfora —dijo Kreisler—. Un condensador acumula carga. El espacio acumula información, pero con tiempo se apaga, se disipa. Cuando Trans accede a canales prohibidos, aumenta permeabilidad del espacio.

Información no se apaga, aumenta hasta que salta como una chispa. Esto ya sucede a veces en la naturaleza. Como si espacio fuera clima y corrientes de permeabilidad lo barrieran. A medida que unidades Trans cargan el espacio, se hacen más eficaces. En menos de un año nuestro transmisor portará muchas, muchas más señales que ahora. Miles de millones de unidades, grandes y pequeñas, harán que nuestra revolución de información sea eterna. Trans para todos en la Tierra, no hay problema. Y no usarán más energía que moscas al zumbir. Quizá, con el tiempo, incluso portemos energía. Trans es capaz, ¿sabe? Energía sin conducto físico. Una industria totalmente nueva. Y tenemos todas las patentes.

Había huellas en el polvo, junto al catre inferior, las marcas de unos viejos y enormes zapatos de suela lisa. Peter no podía soportarlo. Bajó la cabeza y se frotó los ojos, solo para poder mirar mejor, fueran cuales fueran las consecuencias. Las huellas se movieron, deslizándose lentamente sobre el hormigón. Levantaban nubecillas bajas y oscuras. Apartó las manos. Las huellas no eran ni de Kreisler ni de Weinstein.

Zapatos distintos, un tiempo distinto.

—Espacio cambiante. Más rápido que la luz. No es imposible... ¿Pero es peligroso? —preguntó Peter abruptamente, esperando no parecer un completo imbécil.

—Nosotros no creemos —dijo Kreisler—. Trans llega bajo nuestro mundo, por debajo de las redes usadas por átomos o partículas subatómicas, donde hay gran silencio. Ahí abajo hay un silencio más profundo que nosotros podemos imaginar, un gran vacío. Un ancho de banda inmenso, una capacidad quizá infinita. Pude soportar todo nuestro ruido, nuestra cháchara, todo cuanto tenemos que decir, durante toda la eternidad. Aunque nos expandiéramos para colonizar la galaxia, no hay esperanza de saturación. —Se acercó a la pizarra blanca con un rotulador en la mano—. ¿Es matemático, señor Russell?

Peter pensó que él había oído ese silencio, apaciguador y pacífico.

—No lo bastante como para que no se diera cuenta —respondió después de una pausa. Le picaban los ojos. Weinstein se estaba dando cuenta de que sucedía algo, pero parecía decidido a no fastidiar su negocio.

Kreisler dejó el rotulador con una expresión de divertida tolerancia.

—¿Acepta nuestra palabra?

—¿Por qué no? —respondió Peter. A pesar de las ilusiones, de las huellas, de sus intentos de sabotearse a sí mismo, sabía que aquella era su última posibilidad de lograr el premio gordo. Y en la actitud de Kreisler había algo que lo atraía.

—¿Tiene un abogado que se encargue de su parte del trato? —preguntó Weinstein.

—Tengo un agente —respondió Peter, evitando a duras penas un hipido. Weinstein lo vigilaba como un halcón—. Lo siento, pero aún no tengo una imagen clara de lo que buscan. ¿Anuncios? ¿Presentaciones para ferias? ¿Un documental?

—Quizá todo, con tiempo —dijo Kreisler, animado—. Primero empezamos con

vídeo promocional de bajo presupuesto. Algo para presentar a compañías con que queremos colaborar. Quizá después editamos anuncio emocionante, treinta segundos. Hacemos hincapié en necesidad universal, utilidad, solidez de las patentes. —Sonrió—. Nunca hemos diseñado una campaña. Nos gustaría oír conceptos.

—Comenzaremos con una única y breve pieza multimedia, y con el tiempo desarrollaremos toda una campaña —dijo Weinstein, aún concentrado en Peter—. Como dice Arpad, hay que convencer a socios e inversores. Durante un mes aproximadamente va a haber problemas de liquidez. Aunque tendrá su gratificación por su ayuda, claro... Le daremos su cheque antes de que se marche. Bastante sustancial, cinco de los grandes.

—Diez —corrigió Peter.

—Claro. —Weinstein no perdió el ritmo—. ¿Podrá tirar de eso por un tiempo? Durante la fase conceptual. Una vez asentemos nuestra relación y firmemos el contrato, podremos movernos en un terreno más profesional.

A Peter no le gustaba aquella clase de arreglos, pero no tenía elección. Odiaba la desesperación, y odiaba aún más el tener que suplicar.

—Puedo aguantar un tiempo, sí —dijo—. Pero necesitaré un adelanto, estoy bastante pelado. —No dijo: «he ayudado a pagar la cremación de un amigo».

La tensión pareció espesarse, y entonces Kreisler comenzó a reír disimuladamente. Terminó por romper en una carcajada, a la que se unió Weinstein.

Genial, pensó Peter. Con los ojos rojos, actuando como un loco o un borracho, voy y les pido un préstamo. Ya soy como todos los de por aquí, el verdadero olor del viejo Hollywood.

—Tenemos muy poco dinero —dijo Weinstein cuando su risa remitió. Levantó las manos para explicar a Kreisler—: La semana pasada murió un amigo suyo. También vino aquí para asistir al velatorio. Ha sido una época difícil.

—Lo siento —dijo Peter.

—En absoluto. Nosotros sentimos —replicó Kreisler—. Perder un amigo, eso es peor.

Weinstein abrió la cartera y le dio trescientos dólares.

—No puedo darle más, o no tengo ni para cenar hoy.

Kreisler sacó su propia cartera.

—Es más que suficiente, gracias. —Peter dobló los billetes de veinte, nuevos—. Volveré a casa y me pondré a trabajar. ¿Cuándo volvemos a reunirnos?

—Pronto. Podremos contactar con usted con el Trans, ¿no?

—Por supuesto.

—Y para nuestra próxima reunión, en una semana más o menos, le enviaremos billetes de avión. Clase turista, me temo.

Kreisler se despidió antes de volver a su mesa y a sus montañas de papeles. Weinstein acompañó a Peter fuera de las celdas y el bloque de despachos.

—Le gusta usted a Kreisler —dijo—. Eso está bien, puede ser un tipo espinoso.

Es tan, tan difícil enseñarle a la gente grande a hacer cosas grandes... —Weinstein se dio unos golpecitos en la cabeza y lo miró de forma conspirativa—. ¿Quiere ver algo realmente increíble?

Condujo a Peter hacia las profundidades del edificio, recorriendo un largo corredor flanqueado por ventanas cubiertas con rejas de grueso alambre. Pasaron junto a otros empleados de Trans sentados en sus celdas reformadas, reunidos alrededor de mesas en antiguos puestos de guardia, compartiendo cajas abiertas de *pizza*. Había un discreto zumbido de charla y actividad. Weinstein intercambió saludos con algunos hombres y mujeres jóvenes que marchaban atareados de un lugar a otro. Todos tenían ojeras.

—Es parte de nuestro bloque; se encuentra en el centro de todos nuestros espacios, estaba disponible y, en fin, vacía —dijo Weinstein—. Bulle de historia. Sería un maravilloso material de promoción. Además, no sabíamos qué más hacer con ella. Y no vamos a abrirla a los turistas, ¿no?

A Peter le picaban los ojos por el esfuerzo para no parpadear. Siguió a Weinstein, que ya realizaba otro giro. Pasaron una vieja puerta de acero con la leyenda «Solo supervisor médico». La siguiente puerta, situada en el exterior de una suave curva, tenía una placa que rezaba «Observadores». Una tercera inmediatamente adyacente, también en la curva, estaba marcada «Gobernador/Alcaide». Las tres disponían de cerradura de código.

—Aquí tenemos la granja de servidores —dijo Weinstein—. Sacamos un dinero extra con la gestión páginas de empresas y compañías publicitarias.

—¿*Spam*? —preguntó Peter.

—*Spam* —confirmó Weinstein sin el menor asomo de vergüenza.

Se acercaron a una cortina portátil de privacidad que se desplazaba sobre ruedas. Weinstein apartó la cortina, levantando una pequeña polvareda. Tras atravesar un pesado portón de hierro, que podía asegurarse con una cadena además de con la clave numérica, pasaron a un pequeño vestíbulo. Al entrar, Weinstein tocó la cadena con un barrido de la mano. Más polvo.

—Un buen sitio para gastar bromas de Halloween, ¿no cree?

Peter se detuvo cuando el vestíbulo se abrió abruptamente a un espacio de techo alto. Miró hacia los lados, hacia arriba, y giró poco a poco hasta trazar el círculo completo, contemplando la torreta octogonal de unos veinticinco metros de diámetro y casi treinta de altura, coronada por una alta cúpula. Unas vigas de hierro oscuro soportaban la cubierta de cobre inclinada. Entre las vigas, unas pequeñas ventanas perimetrales permitían que la luz difundiera el aire superior.

Las motas de polvo flotaban sobre los rayos lejanos.

—A esto lo llamaban el presbiterio —dijo Weinstein, adoptando un tono reverente poco característico en él. Dio un paso a un lado—. Es como un antealtar. ¿Es usted católico?

Peter apartó a regañadientes la mirada del pequeño derramamiento de luz diurna.

Cerca de la pared opuesta, descansando sobre un cimiento de hormigón, casi perdida en las sombras, había una cámara hexagonal con su propia cubierta inclinada, como una extraña y diminuta capilla. Una barandilla de hierro formaba un semicírculo alrededor de la cámara. El suelo tras la barandilla estaba dividido por desagües enrejados de hierro negro, un siniestro borde ornamental. Las paredes de la cámara eran placas de acero remachado y pintado de un verde enfermizo. Tres gruesas ventanas de cristal instaladas en marcos empernados permitían ver el oscuro interior. Alguien había pegado en la ventana central una pegatina que decía: «Toca el claxon si amas a Jesús». Peter no vio nada más dentro de la cámara, salvo unas pocas luces parpadeantes rojas, blancas y verdes.

A la izquierda, y encarados con la cámara, tres largos ventanales de un solo paño dominaban el muro interior de hormigón. Todos tenían cortinas, que en ese momento estaban echadas. Peter dedujo que las puertas en el exterior convexo del muro se abrían a las salas que había tras aquellas cortinas. Imaginó a los visitantes especiales entrando allí, concentrando su visión hasta que solo vieran la cámara. Enfocándola en la muerte próxima.

—Voilà —dijo Weinstein—. ¿Qué podemos sacar de esto? «Adiós al bárbaro pasado; bienvenido, brillante y resplandeciente futuro». «De la muerte surge la comunicación». Algo así. Usted es el artista.

Peter alzó la mirada, se metió las manos en los bolsillos y volvió a girar. No sabía qué decir.

—Trataban este lugar como si fuera una iglesia —siguió Weinstein, todavía con un brillo en la mirada—. Salvo que los sacerdotes llevaban cinturones Sam Brown y treinta y ochos, y los penitentes vestían con trajes naranjas y cadenas. Procesiones. Solemnidad, un paso tras otro. Todo, salvo la música de órgano. Ahora es nuestro. Bueno, o al menos lo tenemos alquilado.

Peter trató de imaginarse aquel lugar horrendo como la última parada de alguien en la Tierra, la última visión que un prisionero tendría de este mundo: vetusto, levemente corroído, colmado de cruda y científica eficiencia.

—Derribarlo —dijo, tragando saliva.

—¿Disculpe?

—Yo traería la bola de demolición. Lo haría pedazos.

—¿No cree que podamos usarlo?

Peter descompuso la expresión. Sabía un poco acerca de la pena capital, había leído al respecto mientras se documentaba para sus películas de terror. Vio cómo Susan Hayward era llevada a esa misma cámara, o a una muy similar reconstruida en un plató de Hollywood. Quiero vivir. Pagaban a empleados estatales para convertir a seres humanos en carne inerte.

Por un momento olvidó que no debía parpadear. Al cerrar los ojos buscando el bendito alivio de la sequedad, del dolor, de la cámara, vio...

... nada.

Solo la pálida luz descendente del sol, enrojecida por la sangre que seguía latiendo en sus párpados.

Pero bajo la calma, como el magma bajo el volcán dormido...

Déjalo ya, mierda. Parpadeó varias veces. Nada. Aún nada. Inspiró profundamente. Ver la cámara de ejecuciones lo colocaba todo, a la fuerza, en una perspectiva brutal. Sigues vivo. Asúmelo.

—Bueno, joder, ¿y qué haces con un sitio así? —preguntó Weinstein—. Yo opté por el camino de la alta tecnología. Así que pusimos aquí nuestro corazón, el corazón de Trans, el equipo electrónico más avanzado de la Tierra, el transmisor de Arpad. Ni siquiera tuvimos que adecuar la instalación eléctrica. ¿Y sabe qué? Nunca llegaron a usar la silla eléctrica. Solo la horca, el gas y la inyección letal. —Se paseaba por la sala y daba unos golpecitos a la gruesa ventana—. Casi puede verlos ahí, ¿a que sí?

Peter apartó la mirada.

»Atándolos. —Los ojos de Weinstein se abrieron pensativos y su garganta se sacudió—. Dejando caer las cápsulas... ¿No era así como lo hacían entonces? El gas surgía de los tanques de ácido. Cianuro. O te ataban a la mesa y veías cómo el doctor te pinchaba la arteria, cómo insertaba la aguja. ¿Dolía? ¿Usaban alcohol antes del pinchazo para limpiar la piel? ¿Para qué? El paciente no tenía que preocuparse por la infección, ¿no? —Estaba emocionándose.

Con apuro, Peter observó que en el pantalón de Weinstein se marcaba una pequeña pero evidente protuberancia.

Weinstein señaló los arcos de hierro.

—No creo que llegaran a ahorcar a nadie.

—Aquí no —dijo Peter, que se sentía enfermo—. Los patíbulos eran exteriores.

De vuelta en el despacho de Weinstein, el joven le preparó el cheque de adelanto, le devolvió su unidad Trans con una floritura de mago y le dijo que volverían a hablar pronto.

Tenían un trato.

Ya fuera, Peter parpadeó con normalidad mientras Weinstein lo escoltaba hasta la garita de guardia. Bajo la luz del día no era capaz de percibir el difuso mundo negro y azul. Se dieron un firme apretón de manos y Peter devolvió su pase al guardia.

—Debemos ser valientes —proclamó Weinstein.

—Así es —respondió Peter.

—El Trans es como caminar sobre la Luna. Eso es lo que dice Arpad. —Weinstein sacudió la cabeza con admiración casi frenética—. Debería usted escribir eso. Es una genialidad.

Con dinero en el bolsillo y el depósito del Porsche lleno, corrió hacia el sur por la 5 con la intención de llegar a Los Ángeles tan pronto como pudiera. Los insípidos kilómetros de la autopista y el ronroneo controlado del motor deberían haberlo apaciguado, como la soledad y la música, pero Peter estaba convencido de que estaba perdiendo la cabeza. Cuanta más carretera devoraba menos sabía si iba o venía, si buscaba o huía.

Discutió la situación consigo mismo, mirándose a los ojos en el espejo retrovisor, antes de cansarse de repasar los hechos, o su percepción de los mismos.

Todo había comenzado con Sandaji, en Pasadena. O incluso antes, en Salammbo.

Todo había comenzado con Phil.

El asfalto marcado por los camiones interpretaba un ritmo infernal con sus ruedas. Sandaji, Salammbo. Sandaji, Salammbo.

Las emociones proyectadas de Lydia, como si incluso los vivos pudieran fabricar fantasmas.

Las anguilas umbrías, tan ansiosas por entrar en el dormitorio de Phil.

La figura erosionada y los niños espectrales en la playa.

Trató de canturrear una melodía. De repente necesitaba música. La radio llevaba años estropeada, pero solo ahora echaba de menos la cháchara y el ruido del atareado mundo exterior, los debates, la música pop, los sermones religiosos. El aire estaba lleno de información, y lo único que se necesitaba era un receptor. Pero su radio estaba rota.

Hasta ahora.

—No sé qué cojones estoy intentando pensar —gritó, y bajó la ventanilla para sentir cómo soplaba el aire de Central Valley. El interior del Porsche se convirtió en unas entrañas resonantes, palpitantes—. No soy una radio. No estoy sintonizando otro mundo.

Se detuvo en un área de descanso y salió del coche para darse un respiro; estiró las piernas mientras veía cómo la gente paseaba a sus perros en la zona de hierba designada. Trató inquieto de evitar mirar nada durante demasiado tiempo.

¿Y si algunas de las cosas que ves todos los días no están ahí de verdad? ¿Y si solo parecen normales? No sueles comparar lo que percibes con nadie, ¿no? No coges una cámara de vídeo y grabas cada minuto de tu vida diaria para comprobar si las cosas que has visto existen realmente.

Agachó la cabeza. Estaba volviendo a hacerlo.

—Oh, mierda —murmuró con aliento entrecortado—. Todo esto no tiene el menor sentido. Estoy perdiendo el juicio. No quiero volver a ese pozo.

Apretó los dientes cuando una mujer mayor se acercó a él. Tenía el pelo blanco,

llevaba un vestido estampado de flores y antiguos zapatos blancos de enfermera. Usaba audífonos rosas en ambas orejas, como pequeñas setas de plástico. Un perro lanudo, atado con una correa corta y tensa, tiraba de ella.

—Buenos días —dijo la mujer, asintiendo amablemente. La lengua del perro colgaba fuera mientras miraba frenético los arbustos, ansioso por seguir adelante. La anciana miró a Peter con expresión maternal, con una sonrisa bobalicona en la boca, y asintió levemente mientras miraba hacia un punto más allá del brazo izquierdo de él. El perro olisqueaba y jalaba. La mujer devolvió la mirada a Peter con una expresión llena de felicitación femenina.

—Adorable —dijo, y entonces, con un tirón de la correa que hizo atragantarse al perro, siguió adelante.

Peter se detuvo y se giró. La mujer era sólida, real. El perro era lanudo, naranja y ridículo. Se quedó allí un momento de pie, hasta que la desesperación explotó. De las profundidades de su pecho surgió una risita suave. La vida era demasiado extraña. Buena mano para las mujeres. Phil lo hubiera visto de inmediato. Casi podía oírlo dentro de su cabeza. Le recuerdas a alguien. A un antiguo pretendiente, quizá. El mejor orgasmo que tuvo en su vida, hace sesenta años. Serás hijo de puta.

Y respecto al resto de la mañana:

Nada inusual: solo pasarelas de hormigón, césped, árboles pequeños, edificios de ladrillo, un puesto de café llevado por dos individuos de aspecto sano, de su misma edad, aunque parecían mayores y más felices; gente paseando, perros paseando, niños corriendo.

Un área de descanso real, sólida. Nada más.

Sintió ganas de cuadrar los hombros, pero inspiró profundamente. Tenía un trabajo. Al fin, un trabajo decente que podía volver a colocarlo en lo alto.

Puede que se hubiera saboteado a sí mismo, puede que no. Pero fuera como fuese, era posible que todo eso hubiera terminado.

El Porsche estacionado en el garaje (había hecho el largo viaje con estilo, estaba orgulloso de él, me hubiera gustado darle un buen morral de avena como premio), la casa en buen estado, sin robos, todo tranquilo, calmado; Phil dispersado en el océano, de vuelta al ciclo del carbono, lo mejor que nadie podía hacer ya por él; la mente de Peter vagando somnolienta entre distintos esquemas de promoción de una nueva clase de producto de telecomunicaciones (¿y no era genial?: se encontraba tan fuera de todo que podía volver a ponerse de moda, como las corbatas de lazo) y el porche olía a los jazmines de finales de verano; la pizarra junto a la campana Soleri sin ningún mensaje nuevo, su contestador automático en silencio y vacío de llamadas: nada que le impidiera, después de un largo viaje, quitarse la ropa y meterse en la cama, ni siquiera la necesidad de una ducha, no olía tan mal (aún olía al jabón de Jessie, de hecho). Estaba tan cansado... Tenía al viejo Phil en el corazón, maldita sea, se había portado con su amigo, lo echaría de menos y volvería a llorarlo quizá más adelante, pero aquella etapa de su vida tenía que acabar. Ya sin camisa, con los pantalones por las rodillas, se detuvo junto al espejo de cuerpo entero. El vello de su pecho era gris y llevaba *boxers* amplios en vez de *slips*, que le hacían daño en los testículos. Presentaba una leve barriga que se negaba a desaparecer, pero la vida no acababa por ello, ni mucho menos. Estaba cansado. Lo había hecho bien, maldita sea. Tenía un trabajo.

Trepó a la cama sin hacer y se dobló para quitarse los calcetines. Aún conservaba la flexibilidad. Podía llegar hasta los tobillos. Todavía era capaz de satisfacer a una mujer en la cama de cuatro o cinco formas distintas (y más, si se sentían creativos), y eso estaba bien.

Iba a volver. Todo lo que era bueno regresaba. Un segundo verano para Peter Russell.

Se tapó con la sábana, todo cuanto necesitaba en aquella noche calurosa. Fuera soplaba una brisa, fresca y bienvenida; las campanas de viento de atrás tintineaban. Se estaba tan bien en la cama... Estaba soñando con la construcción de un decorado y con unos actores cuando alguien llamó a la puerta principal, antes de tañer la campana Soleri. Tenía el sueño ligero. Era cuestión de necesidad, pues la casa era vieja y fácil de allanar. Odiaba a los ladrones.

Se puso una bata y fue a contestar, caminando descalzo primero sobre el parqué y luego sobre las baldosas. Vio a través del cristal a Carla Wyss, se frotó los ojos y abrió la puerta.

Carla le devolvió la mirada antes de bajar los ojos hacia el suelo, como una niña perdida.

—Ese hijo de puta... —dijo—. Se acabó.

—¿Qué se acabó?

—Soy una idiota. Soy demasiado vieja.

—No eres demasiado vieja —le aseguró Peter, bostezando. Abrió más la puerta—. ¿Qué ha sucedido?

—Lo que sucede siempre. Esta vez, estúpida de mí, hasta lo veía venir y estaba lista. Le pegué. Le arañé la mejilla. Grité. Me puse hecha una fiera, Peter. —Comenzaron las lágrimas, humedeciendo sus carrillos mientras permanecía de pie sobre el suelo de baldosas, con su minifalda de cuero, su blusa blanca, las medias de encaje de nylon y los zapatos negros de tacón alto—. ¿Tan mala soy?

—Solo cuando es necesario —dijo Peter, aún esperando. No iba a echarla. Había sido su amante, todavía era su amiga y no sabía lo que necesitaba, y mucho menos lo que quería.

—Tú eres el único hombre que ha sido decente conmigo —dijo Carla con labios trémulos—. Y te traté tan mal...

—No es así como lo recuerdo —respondió Peter.

Carla se encaró con él.

—No importa. Ya no importa nada, pero... ¿soy como... como una completa bruja?

—Eres un encanto. Lo sabes.

—Me siento como una bolsa de basura a la que han dejado en la calle. Intento ser optimista —añadió tras un gimoteo—, pero el mundo no hace más que darme un palo detrás de otro. —Hablaba de forma suave y razonable. Las manos en los costados. La cara pálida.

Aquello lo hizo saltar. No le gustaban las caras pálidas.

—Té —anunció Peter.

—¿Qué?

—Necesitas un té caliente.

La mirada triste y dura de Carla se fundió y se limpió las mejillas con el dedo. No hay manchas de pintura, gracias a Dios.

—Oh, sí. Y chocolate. ¿Tienes chocolate?

—¿Te sirven Godivas?

Carla alzó la mirada deleitada, parecía más que nunca una niña pequeña.

—¿De verdad? ¿Tienes Godivas?

—Té, el mejor chocolate y simpatía.

—Oh, Peter. —Trató de sonreír traviesa—. Soy la vampiresa del chocolate, y tú eres mi víctima. Eres el mejor. —Entonces las lágrimas brotaron de nuevo. Peter le pasó un brazo por los hombros y la condujo hasta la cocina.

—Lo tengo bajo llave —dijo—. La chica de la limpieza me lo roba.

Era evidente que Carla no quería sexo, y Peter descubrió rápidamente que, a pesar de

la añoranza inicial, estaba demasiado cansado como para que eso lo molestara. Se alegraba de tener compañía. Ella sacó un BlackBerry del bolso (equipo esencial para los actores a la espera de una llamada o un correo electrónico de sus agentes) y apagó la sección del teléfono. Se quitó la ropa en el cuarto de baño, se puso una de las viejas camisas de Peter (algo que él solía encontrar extremadamente estimulante en una mujer) y se tumbó a su lado, con una expresión que acabó con su ya tímida erección. Parecía total, fatalmente perdida.

Se acurrucó contra ella.

—Nada de sexo —le recordó Carla.

—Claro.

—Pero abrázame —le dijo. Lo hizo—. No aprendo nunca —dijo unos minutos después, justo cuando él comenzaba a dormirse. Las letras rojas del reloj indicaban que eran las cuatro de la madrugada. Aunque Carla le diera la espalda, sabía que tenía los ojos muy abiertos.

—¿Podemos hablar más tarde? —preguntó Peter—. Ha sido un día muy largo.

—Ajá.

Se despertó de golpe a las nueve, junto a Carla, que roncaba y había rodado hasta quedarse casi toda la sábana. En camiseta y calzoncillos, Peter salió de la cama y se arrastró hasta la cocina, estirando un brazo para rascarse entre los omoplatos. Puso una tetera en el fuego e inspeccionó el frigorífico. Había cinco huevos. Olió el paquete abierto de bacón, plástico blanqueado por la grasa fría; aún estaba bueno. La leche no era reciente, pero se podía beber. La crema en el cartón más pequeño se había convertido en una masa láctea. Dos manzanas, mermelada, algo de pan del que se podrían sacar unas buenas tostadas después de rascar un poco de moho. Pensó que había suficiente para un desayuno sorpresa.

Se quedó mirando el horno; tenía algunas costras de carbón, pero por lo demás estaba limpio. El horno limpio de un solterón. Algo comenzó a tañer levemente, muy lejos, pero no era la campana Soleri. Se preguntó de qué podría tratarse y recordó el Trans en el bolsillo de su chaqueta.

Entre la búsqueda de la chaqueta (la había dejado sobre la silla púrpura) y el intento torpe de abrir el Trans, se puso al séptimo tono.

—Soy Peter. —Esperaba a Michelle, quizás a Weinstein.

—¡Ey, Peter, soy Hank! Pensé en llamarte, o como se diga con este trasto. Estos chismes suenan de miedo. ¡Se te oye claro como una campana!

—Sí, a ti también —dijo Peter, agradecido por oír otra voz masculina—. ¿Qué tal Praga?

—Húmeda. Toda la ciudad está hasta el culo de un agua sucia. Las inundaciones han afectado a seis producciones, la nuestra incluida. Pero mañana volvemos al tajo. Colgué luces grandes en el comedor del hotel y las enchufé al generador de la

compañía. Nos pasamos la noche cantando y bebiendo café y cerveza. Con el calor de los focos esto parecía el Sahara. Los del hotel venían aquí a secar las cosas. Todo el mundo se lo pasó bomba.

—Suenan genial —dijo Peter. Añadió algo de gris a su tono—. El velatorio de Phil fue bien. Estuvo Lydia.

—Ah —respondió Hank.

—Esparcí las cenizas de Phil en la playa de Point Reyes.

—A él le hubiera gustado.

—Sí. Puede que aún me quede un poco debajo de las uñas. ¿Quieres que te guarde algo?

Hank rió nervioso.

—Preferiría a Phil en forma de diamante, ya sabes, todo apretujado. Se puede hacer.

—Sí, bueno, él era una joya.

—Cuando era chico —dijo Hank— oí la palabra «cremación», y pensé que se referían a que te convertían en crema.

Peter gruñó.

—Qué malo —dijo—. Carla está aquí. Se las vio con otro de sus agentes.

—¿Le has dado Godivas?

—Y té. Está dormida. Le voy a preparar el desayuno. Me alegro de oír tu voz. Está bien saber que hay alguien trabajando.

—Cuando baje el nivel del agua estaré trabajando. Ahora mismo estoy sentado en una habitación de hotel, leyendo una pila de Asterix que le he pedido a un italiano con el que hago las pruebas de luces.

En su tiempo Phil había tenido todos los volúmenes de Asterix, en francés y en inglés. Era posible que aún estuvieran en su casa, metidos en cajas.

—Puede que yo también tenga trabajo —dijo—, haciendo anuncios y promociones para Trans.

—¡Eso es genial! ¿Metálico o crédito?

—Metálico, dicen. He vuelto, me siento genial.

—Oye, cuando estabas fuera tampoco estabas mal. Aquí todos tienen un Trans —dijo Hank—. Deben de haber saturado Los Ángeles, porque te lo juro, todo el equipo los lleva. Encaja a la perfección. Hasta Bishop tiene uno. Llama a su mujer todos los días para decirle que le envíe calcetines secos.

—Te envidio, parece toda una aventura.

—Sí, bueno, envíame después de que meta los cables en un charco y electrocute al de personal. Es un hijo de puta, un tipo verdaderamente siniestro. Nos tiene a todos pegándonos a los bordes en las curvas. No sé si me quedarán ruedas cuando acabe la semana.

Peter detectó las típicas expresiones que los equipos inventaban durante los rodajes. Las películas eran pequeñas guerras, y todos los equipos tenían sus frases de

combate, sus cicatrices y sus medallas.

—Pero, ey, Praga es genial. Aunque no hay fantasmas. Estamos todos bastante defraudados.

—Dales tiempo —dijo Peter, sin mucha alegría.

—Justo...

Entonces, de repente, una descarga de chirridos ásperos interrumpió la llamada.

—¿Hank?

Sin respuesta. Se había cortado la conexión.

Peter oyó aquel silencio más profundo y se apartó la unidad de la cabeza.

—No hay nada perfecto —musitó, y oyó a Carla moviéndose por el dormitorio. Cerró la unidad y la dejó sobre la mesa del comedor.

—Desayuno para la bella durmiente —le gritó—. Café descremado, bacón y huevos revueltos.

Carla apareció, todavía vestida con la vieja camisa Pendleton.

—Tío, qué sueños —dijo.

—Siéntate, come —la invitó Peter. Carla revisó la mesa con ojos tristes y sabios.

—Eres el mejor —dijo.

—Dime algo que no sepa.

Se movió y se sentó lentamente, como si estuviera atravesando fango. Peter reconocía los síntomas a la perfección.

—¿Por qué estás tan deprimida? —le preguntó, mientras se colocaba al otro lado de la mesa para darle espacio en el que tomar sus propias decisiones, a su propio tiempo.

—Estoy tan jodida... —dijo ella, colocando ambas manos en la mesa. Aún era increíblemente guapa, aunque no en el sentido que busca un anuncio de tarjetas de crédito.

—Shh —la cortó Peter—. Estás pronunciando en vano el sagrado nombre del sexo.

Ella negó con la cabeza, como un juguete que se estuviera quedando sin cuerda.

—Tengo cuarenta y dos años. Nunca me he casado. Ya no tengo carrera. A veces duermo fuera, y por lo que he aprendido no hay nadie que no quiera follar conmigo, pero tampoco hay nadie que quiera quedarse conmigo más de una semana.

—Yo lo hice.

—Entonces era más joven, y trabajaba para ti —dijo Carla, enfrentándolo con un ligero ceño. Sus cejas se alzaron levemente pero con determinación sobre unos ojos azules oscuros, y buscaron la frente amplia, aunque no agresiva. Aquellas cejas seguían emplumadas en los extremos, como las de una chica sin maquillaje. Peter observó su cara con apreciación profesional, pensando automáticamente en cómo la iluminaría, dónde colocaría los difusores y el paraguas, dónde los proyectores

portátiles para acentuar la luz. Debajo de la camisa no llevaba ropa interior, eso estaba bien. No había líneas rojas ni marcas de sujetador que suavizar. Y era por la mañana; su vientre seguiría liso por haber estado tumbada muchas horas. Hacia mitad de la tarde había que cambiar la iluminación y ajustar cuidadosamente los ángulos para minimizar los estragos de la gravedad.

—Es tan horrible, Peter... —dijo Carla, que de repente levantó las manos para cubrirse la cara; no para llorar, sino para esconderse—. Me gustaría no haber entrado nunca en este negocio.

—Durante un tiempo estuvo bien.

—Es un callejón sin salida.

—No para algunos.

—Para ti y para mí, sí.

—Oh —respondió Peter—. Bueno.

—No fue lo bastante bueno, ni duró lo suficiente.

—Solo necesitas encontrar una clase mejor de persona. Juega duro si quieres resultados. Eres un bombón.

Aquello le hizo bajar las manos.

—Soy honesta —dijo—. Confío en los hombres y me gustan. ¿Es que tiene eso algo de malo? Tuve un padre maravilloso, y eso me malacostumbró.

Peter nunca había oído ese ángulo. Sonrió.

—Nunca sé qué esperar de los hombres —acabó Carla.

—Yo nunca te traté mal —empezó Peter. Antes de que ella pudiera protestar, añadió—: Los huevos se enfrían.

Carla tomó un bocado. Parte de la tristeza y la furia desaparecieron con el sabor de la comida. Bebió de su taza e hizo una mueca.

—*Mr. Coffee* —dijo—. Maxwell House.

—Folgers. No soy rico, Carla.

—Prefiero el Kona, o el expreso.

—Y yo.

Se quedaron un momento en silencio mientras ella terminaba los huevos y comenzaba con las tiras de bacón. Peter sabía que la tristeza de Carla, incluso cuando era así de intensa, no duraba más que unas pocas horas. Era una optimista nata.

—Anoche tuve unos sueños rarísimos —dijo Carla, levantando la mirada hacia la ventana de la cocina, con la boca llena.

—¿Sí?

Terminó de masticar.

—Soñé que te despertabas empalmado. Habías estado soñando con chicas, con sexo. Pero los sueños seguían allí, colgados de ti como... como viejos globos desnudos.

Peter puso cara de disgusto.

—Eso es verdaderamente... —No podía encontrar la palabra adecuada.

—Y no es todo. Entonces los libros de tus estanterías comenzaban a expulsar unos sacos blancos. Miré alrededor y los había por todas partes, esos sacos, como condones, o como, ya sabes, como cuando sacas la piel de la leche caliente con una cuchara.

—Agh —dijo Peter, y se levantó para llevar los platos al fregadero. Carla nunca había demostrado un talento creativo o surrealista. Encontró aquellas imágenes perturbadoras; podía imaginarlas con claridad.

Rascó la sartén durante un momento, sintiendo los ojos clavados en su espalda.

—Era tan real... —dijo Carla. Volvió su mirada pensativa—. Te levantabas para ir al baño. Yo giré en la cama y te observé. Arrastrabas a todas aquellas mujeres desinfladas a tu alrededor, y algo oscuro cayó y se las comió, así como te lo cuento. Te las arrancó. Tú ni te diste cuenta. Dios, lo estoy recordando con tanta nitidez... ¿A que es un sueño raro?

Peter se había levantado dos veces para ir al baño. Quedarse tumbado junto a Carla sin moverse no había sido fácil, pero no recordaba haber tenido sueños lúbricos.

Por eso no recuerdas la mayoría de los sueños. Son devorados, como las emociones desprendidas de Lydia.

Peter saltó como si lo hubiera picado una avispa.

Carla saltó a su vez.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —dijo Peter, y se giró para mirar los restos de clara de huevo en el fregadero. Lo empujó todo hacia el desagüe y se inclinó para accionar la trituradora.

—Mierda, te he cortado el rollo —dijo Carla cuando el ruido terminó—. Menuda estoy hecha.

Peter se secó las manos. No le había cortado ningún «rollo». Si acaso, detrás de la insensible expectación ante las rarezas que estuvieran por llegar, estaba aún más caliente que antes.

Carla se acercó a él.

—¿Puedo? —dijo, y lo cogió de los hombros y lo giró—. Necesito a un buen hombre, aunque solo sea para equilibrar las cosas. Pongámonos en serio, Peter.

Mientras hacían el amor, Peter no podía evitar pensar que lo que tenía, fuera lo que fuese, era contagioso. No importaba. Las sensaciones de su cuerpo eran tan frenéticas y agudas que se sentía como si volviera a tener dieciséis años y pudiera aguantar todo el día. Llevaba seis meses sin acostarse con una mujer. Peter Russell, sin una mujer. Durante seis meses. No se había pasado tanto tiempo sin sexo desde que perdió la virginidad.

Eso era, sin duda. Aquello lo explicaba todo.

Las campanillas de viento cantaron bajo la ventana del dormitorio, despertándolo de la modorra. Miró las letras rojas en el reloj de la mesilla. Las dos de la tarde. Se sentía totalmente descansado.

Todo comenzaba desde aquel punto. El sexo siempre le hacía sentir así. Mirar a una mujer desnuda siempre lo había llenado de asombro, privilegio, lujuria y algo que se encontraba un poco aparte y que le hablaba de su propio valor. Peter se medía con el gozo de sus mujeres.

Se giró.

Carla se sentó en la cama. Suspiró y sonrió. Su sonrisa revelaba más dientes y encías en la parte derecha, y eso la hacía extraordinariamente hermosa.

—¿Es verdad que una mujer te pidió una vez que fueras a su casa y enseñaras a unos adolescentes algo de sexo oral? —preguntó ella.

—Sí.

—Asombroso.

—Eso fue en los sesenta —dijo Peter.

—Pero no deja de ser muy audaz. ¿Tenía, no sé, notas de autorización de los padres?

Peter puso su almohada junto a la de ella.

—No lo sé —dijo—. Pensaría que era su deber cívico. Si esos jovencitos mantenían felices a sus mujeres, sus matrimonios durarían más.

Carla lo estudió.

—Yo necesito a alguien que me mantenga feliz, y nunca serás tú. Aunque me alegras.

—Gracias. Supongo. Tú también me alegras.

—Tenía miedo, por la cara que pusiste cuando te conté...

Peter se retorció y apoyó un dedo contra los labios de ella. Carla tendía a estropear los buenos momentos con su cháchara. Era un defecto menor, pero estaba disfrutando demasiado de aquel nuevo comienzo.

Ella le mordisqueó la punta del dedo.

—Apuesto a que les enseñaste bien. ¿Pero cómo..., es decir, cómo lo hiciste?

—Con tarjetas —dijo Peter, realizando un amplio barrido con el brazo—. Y carteles de anatomía. Llevaba toga y birrete. —Extendió un brazo rígido, bajó un mapa imaginario y comenzó a señalar—. Labios, vulva, clítoris, id a buscar agua, coged el toro por los cuernos, llevad miel para el té. —Gesticuló con dedos ágiles, que extendió para hacer una demostración. Carla pareció sorprenderse y se apartó con una risita.

Peter levantó la cabeza.

—Fue años antes de que todas las películas porno de la Cristiandad enseñaran a los jóvenes cómo se chupa un coño.

—Y los chicos, ¿se casaron y fueron felices?

—No lo sé.

—Me siento mucho mejor —dijo Carla—. Muchísimas gracias. Y ahora tengo que irme. —Salió de la cama y recogió su ropa del cesto, donde la había dejado de madrugada. Valoró a Peter con intención mientras se ponía las medias de rejilla negra—. Calla.

—¿Qué?

—Piensas demasiado fuerte.

—Tus piernas son demasiado largas.

Carla se puso la blusa, después la falda, subió la cremallera por delante y la giró después. Dobló una rodilla y se calzó los zapatos de tacón alto, antes de echar a Peter una mirada tímida y pasarse los dedos por el largo pelo negro.

Peter sonrió.

—¿Y bien? —dijo ella.

—Vuelve a la cama.

—Tú no podrías, y yo no debería —respondió Carla, sonriendo con dulzura. Le envió un beso—. Adiós —dijo remilgada mientras atravesaba la puerta del dormitorio.

En el salón, el sol se derramaba a través del gran ventanal sobre la parte trasera del sofá, creando una cuña amarilla en el suelo. Carla se quedó un momento junto a la puerta principal. Peter se acercó a ella cubierto con la bata y se inclinó para besarla con la misma timidez.

—Aún me gustaría que me encontraras esas fotos —le dijo, ahora todo negocios—. No me queda ni una copia.

—¿Los novios? —preguntó Peter.

Ella le puso una mueca.

—Agentes y rateros. Algunos fueron novios. Llevarse recuerdos... ¿No es una perversión?

—Supongo.

Carla abrió la cerradura y la puerta. Peter oyó pasos de otra mujer.

—Lo siento —dijo Carla, dando un paso atrás.

Helen atravesó la puerta y barrió el salón con la mirada, vio a Peter con su bata, inspeccionó a Carla de arriba abajo. Sonrió, sin parecer en absoluto molesta.

—Hacía mucho, ¿no, Peter? —espetó Helen mientras Carla murmuraba algo ininteligible y salía por la puerta—. ¡No corras con este calor, no te vaya a sentar mal! —le dijo. Entonces, tras cerrar la puerta, inspiró y añadió—: O corre, me da igual.

Helen parecía disfrutar con la incomodidad de su exmarido. Se sentó en el sofá con los brazos echados hacia atrás y contempló a Peter, que con las manos metidas en los bolsillos de la bata aguardaba en medio del salón.

—¿Sigues sin beber cerveza? —preguntó ella.

—Sigo. ¿Dónde está Lindsey?

—En el colegio, ¿tú qué crees? Pero hoy es mi noche. Necesito de tus servicios urgentes. Traeré a Lindsey hacia las nueve. Este podría ser el definitivo, Peter.

—¿Un tipo nuevo?

—Llevamos un año viéndonos de vez en cuando. Hemos apartado algunos obstáculos, él está necesitado... Esta noche podría incluso traer una cajita de terciopelo.

—Felicidades. Buena suerte —dijo Peter.

—¿Estarás aquí?

—Helen, hace meses que no veo a mi hija. Me encantaría que se quedara.

—Porque a veces una nunca sabe.

—Estaré aquí.

—No te irás a Salamambo a hacer recaditos para Michelle y Joseph...

Helen estaba convencida de que había algo entre Peter y Michelle, de que estaba traicionando a su viejo jefe. Solo había visto una vez a Michelle, hacía tres años, y al instante había sospechado. Aunque Helen sospechaba de cualquier mujer que estuviera al alcance de Peter.

Pero había sido ella la que lo había engañado y se había marchado en la hora más tenebrosa de sus vidas. No sin excusas, por supuesto. La locura y la pesadumbre se habían cobrado su precio.

—Esta noche no. Tengo trabajo que hacer aquí. ¿Vendrá cenada?

—Cenará antes.

—Estaré aquí —repitió Peter, apretando los dientes.

—Un poco mayor para ti, ¿no crees? —preguntó Helen, señalando la puerta con la nariz—. Aunque es guapa. ¿Cómo se llama? ¿Es modelo?

—No, sí, Carla Wyss, y sí. No encuentra trabajo, no del tipo que ella quiere.

—Ni hombres, apuesto. Pero tú le sirves en un apuro.

Peter necesitaba llevarse bien con Helen. Ella rara vez mostraba furia directa, pero era capaz de guardarse las cosas los meses que hiciera falta, aunque no le incumbieran. Hacía tiempo que Peter había aprendido que, en lo que a él respectaba, Helen prefería las opiniones negativas, y que le encantaba poder confirmarlas.

Le lanzó una sonrisa deliberadamente tonta, de niño pequeño.

—Soy como soy —se disculpó.

Helen lo sorprendió. Miró hacia el suelo de baldosa y dijo:

—Me estás ayudando. Lo siento. No tengo derecho. Es que estoy tan nerviosa...

—No pasa nada. Trae a Lindsey. Esta noche a las nueve, ¿de acuerdo?

—Está pasando una mala época. No es de extrañar, yo no doy para todo. Necesita un padre —dijo Helen, aún mirando el suelo.

Los dos se giraron ante el sonido de un camión de reparto que se detenía fuera. Helen, que no podía sacar su coche hasta que se marchara el transportista, vio cómo su exmarido firmaba la recepción de un paquete de Marin.

Como si recordara algo, Peter sacó el cheque de Weinstein de la cartera y lo sostuvo frente a ella.

—Trabajo de verdad —le dijo. Helen mostró una expresión sorprendida y aprobatoria.

—Estoy impresionada —le dijo.

—Lo pondré a tu nombre. Coge los dos meses siguientes de Lindsey y pásame el resto.

—Puede tardar una semana. No tengo bastante en mi cuenta para cubrirlo.

—Sobreviviré. —Le firmó el cheque. Después, sintiéndose generoso, levantó un dedo para que esperara un momento y sacó un Trans de la caja del vestíbulo—. Pour vous —dijo—. Llamadas gratis, desde cualquier parte a cualquier parte del planeta.

—¿Qué es este trasto? —preguntó Helen.

—Solo dura un año. Después, si eres buena conmigo, quizá te dé otro.

Helen miró la unidad, pero no la cogió.

—Muy bonito —dijo—, pero no me gustan los compromisos.

—Nada de compromisos, son unidades de promoción. Solo para los mejores.

Ella torció el gesto, cogió la unidad y se la metió en el bolso. Atravesó la puerta y salió al porche.

—Felicidades por el trabajo —le dijo por encima del hombro—. Pero recuerda: Lindsey. Tu hija. Nueve de la noche.

Peter la vio marcharse. Ahora el coche de Helen llevaba una pegatina que proclamaba que, de tener que elegir entre los hombres y los perros, se quedaba con los segundos. Peter se negaba a creer que él la hubiera hecho así. Estaba bastante seguro de que, a pesar de todo, en lo que a compañía masculina se refería, él seguía siendo lo mejor que Helen había conocido en su vida.

Y, por supuesto, era el padre de sus hijas.

De su hija.

Abrió el paquete y se quedó mirando el contenido: un grueso contrato, cartas de Arpad y Stanley, varios bocetos cogidos con un sujetapapeles (de los despachos del presidio, de la cámara de gas, de hombres y mujeres sonrientes que usaban sus Trans). Alguien había escrito etiquetas con rotulador plateado sobre tres croquis de la cámara de gas, creando una secuencia. Los textos rezaban: «Hace unos años, las “telecos” fueron ejecutadas por Wall Street. / ¡Ahora vuelven de entre los muertos, dispuestas a trabajar para ti! / Trans».

Peter contempló varias veces la serie, sobrecogido.

La nota de Stanley decía: «Hemos contratado a Throughput, una gran agencia de Palo Alto. Trabajarán con usted en el diseño de vídeo, la maquetación y demás; entre ambos decidirán el contenido y el guión. Estamos muy emocionados».

Arpad había escrito: «Se lo paso todo a Stanley y a usted. Unos fallos imprevistos en el sistema absorben mi tiempo. Estos bocetos son solo ideas. Malas, creo».

—No me digas —musitó Peter. En todo proyecto llegaba el momento del doloroso desfloramiento. Se preguntó cuánto iba a cobrar Throughput por darle el coñazo.

Bueno, igual podía evitarlo. Cualquier cosa que se le ocurriera no podía ser peor. Arpad parecía tener sensibilidad, incluso creatividad; sabía distinguir lo bueno de lo malo. De repente, de un modo perverso, sintió cómo recuperaba el entusiasmo. Aquello era exactamente igual que en el mundo del cine: había que ir acumulando estiércol hasta que creciera una flor.

Había vuelto al juego.

Cogió una llave de bronce ennegrecida por la edad y abrió la puerta que daba a su despacho del sótano. El suelo y parte de una pared trasera rezumaban humedad cuando había llovido intensas, y los había cubierto de plástico. La cinta que mantenía el plástico pegado al hormigón se había despegado, y la lámina estaba revirada. El agua había estropeado una caja llena de periódicos viejos. En el pasado, Peter lo guardaba todo: revistas, periódicos, cualquier publicación interesante, con la esperanza de revisarlas y organizarlas más adelante, señalando citas, curiosidades y filosofías con las que crear una colección a largo plazo. Aquello había terminado dos años atrás.

Hacía un año que no entraba allí.

Una gran mesa metálica, excedente militar, ocupaba una esquina. Sobre ella descansaban un viejo ordenador IBM y una Olivetti portátil, así como resmas de papel también cubiertas de plástico. Tras el escritorio se alzaba una estantería de madera retorcida llena de libros en edición de bolsillo, algunos de ellos hinchados por la humedad. Todo olía a húmedo. Abrió un ventanuco alto en la pared norte para que entrara algo de aire.

Contra la pared sur, sobre su enorme tablero de dibujo, aún descansaba la maqueta de un tebeo fotográfico en el que había estado trabajando. Los bocadillos de diálogo se habían desprendido y habían caído sobre el reborde metálico del tablero. Ahora creaban divertidas yuxtaposiciones: «Ey, este se ha prendido//Con toda la pasión//una cebolla cocida».

«Tienes pinta de//estruendoso metal en la autopista».

«No te preocupes, tío//deja tus dolores».

Peter se quedó mirando el viejo trabajo. Historia pasada. Sabía que por alguna parte tenía una libreta con papel para storyboards de televisión, sin duda anticuado pero aún útil. Rebuscó entre cuadernos mustios y libretas para acuarela. Encontró lo que buscaba y limpió el tablero de dibujo, guardando los diálogos sueltos en una bolsita. Metió la página inconclusa en un alto archivador metálico para planos que había en la esquina. Encendió la lámpara y la luz iluminó el tablero.

A los dieciséis años había huido de Buffalo, Nueva York, a San Francisco, para escapar de los horrores de su casa y el instituto. Allí había conocido el caos sórdido de Haight-Ashbury. La maravilla, el horror narcótico y el sexo lo habían dejado profundamente impresionado, y le habían enseñado las habilidades básicas de supervivencia que tan bien le sirvieran desde entonces.

Sin blanca, y negándose su padre a aceptar las llamadas a cobro revertido que en cualquier caso no quería realizar, Peter canceló su prórroga de estudios, de la que en

realidad no hacía uso, y se presentó en la Oficina de Selección de Servicio un lluvioso día de noviembre de 1966. Lo enviaron a hacer la instrucción a Camp Lejeune, Carolina del Norte. Con la típica organización militar, después había sido devuelto a California para pasar dos años y medio en Fort Hunter Liggett. Un sargento relativamente inteligente que compartía el gusto de Peter por los tebeos lo había alistado en la Escuela de Historia y Periodismo, un pequeño programa diseñado para formar escritores que contrarrestaran el veneno cultural de los contestatarios *hippies*.

Peter se encontró rodeado por los hijos mimados de la burguesía demócrata de la Costa Este, en su mayoría de Nueva York. Lejos de considerar a los *hippies* un veneno, él se pasaba todo su tiempo de permiso en Berkeley y Oakland. Allí había evitado cualquier droga más fuerte que la cerveza y la marihuana, y había vivido con una sucesión de treintañeras confusas con inclinaciones artísticas. La mujer que le había vendido su primera cámara (una Nikon usada, con dos lentes machacadas) había sido su maestra en comida sana y cunnilingus. La cámara había pertenecido a su prometido, un reportero gráfico asesinado en México. Peter le había dado veinte dólares por ella.

Aún la conservaba, en alguna parte.

En un viejo apartamento de Oakland, frente a un gran ventanal, había posado para él aquella belleza improbable: ágil, elegante, un rostro pálido y patricio, grandes y profundos ojos negros, pelo crespo y rojizo, un cuerpo a medio camino entre Klimt y la bulimia. Las fotografías de Peter le habían hecho parecer enigmática y deliciosa.

Había descubierto un talento. Empaquetó su primera novela, aún inconclusa, y comenzó a enviar muestras de su trabajo fotográfico. La mujer, impresionada por la sensibilidad de Peter, por su capacidad para convertir a «una vieja esquelética en un clásico sueño húmedo», usando sus propias palabras, había llamado a tres amigas que sentían curiosidad por la «fotografía artística». Había animado a Peter a practicar con todas ellas tanto la fotografía como el arte del sexo.

Una mujer asombrosa. Una época asombrosa.

Murió en un accidente de coche en 1969. Un día de aquel mismo año, licenciado del Ejército, sin trabajo y ahora también sin casa, Peter había acabado sus vagabundeos en un estudio de cine clandestino en un almacén del Tenderloin, una ventosa caverna cuya oscuridad quedaba interrumpida por la luz de los focos. Allí anduvo entre los actores desnudos, que esperaban sus escenas calzados con zapatillas de baño y fumando porros, y culebreó entre las mamparas que conformaban el improvisado escenario.

Era el segundo día de rodaje de una película porno cutre. Por primera vez, mientras el cámara dormitaba en una esquina, borracho como una cuba, Peter había mirado a través del visor de una Arriflex de dieciséis milímetros. Se ofreció para cargar la película, asegurando que había rodado mucho en el ejército. No era cierto. El productor (un hombrecillo delgado que vestía un Stetson y se hacía llamar Brock

Werst) le sugirió entre toses y maldiciones, y no sin cierta ironía, que quizá también querría hacer de grip, encargarse de mover los focos y ser el cámara, y por qué no el director de fotografía.

Al día siguiente el director no apareció, y Peter también asumió esta tarea. Werst estaba bajando de un colocón de cocaína y lidiaba con su perenne hemorragia nasal, así que le entregó el guión de diez páginas para que se hiciera cargo.

Aquella noche, sentado en una diminuta habitación de hotel en Shattuck Avenue, Peter había engordado el guión hasta las treinta páginas y había abocetado el storyboard en un cuaderno de pintura Walter T. Foster. Al día siguiente apareció en el almacén con una gorra blanca de béisbol en la que había escrito «Yo dirijo esto» por delante y «Peli de folleteo» por detrás. A los actores les había encantado, y Werst se había hartado de reír, proclamando: «Joder, eres la hostia».

La dirección de la película fue atribuida a «El rey regente». La siguiente, rodada una semana después, se distribuyó con la firma «Rey Regente».

Aquellos fueron malos tiempos para el cine erótico, legalmente hablando, y las cosas no harían sino empeorar; pero era posible ganar dinero, llevarse mujeres guapas a la cama, divertirse moviendo a los actores bajo las calurosas luces y, por supuesto, participar de la perenne flor de Hollywood: el soñar con cosas más importantes.

Peter había rodado veintiuna películas entre 1969 y 1983, quince de ellas con su propio nombre. Durante el mismo periodo había vendido más de cien sesiones fotográficas, al principio para «revistas de sótano» masculinas como GRR y Tuff. Entonces habían llegado dos páginas en Rogue. En 1972 siguieron dos reportajes para Oui. Aquellas ventas, y tres películas que le habían pagado en efectivo y que fueron distribuidas en el mismo mes, le ayudaron a comprar su Porsche usado y su casa en la colina Glendale.

Las mujeres de grandes pechos y piernas largas habían llegado a la vida de Peter, en mayor número del que podía hacerse cargo, atraídas por el poder, por cualquier poder, y desesperadas por cualquier cosa que recordara al encanto. Pero todo aquello, comparado con los sueños de Peter, no parecía más que una bagatela.

Entonces llegaron sus tres meses con Sascha y, al mismo tiempo, los cargos de obscenidad en el Tribunal Superior del condado de Los Ángeles. Aquello obligó a Peter a darse cuenta de que su ola comenzaba a romper. Era poco más que un pececito varado que serviría como ejemplo a los tiburones que aguardaban aguas adentro. El porno duro comenzaba a dominar la industria erótica, y traía consigo una represión legal tan dura como fútil, y la sombra de las mafias.

También había logrado vender cinco dibujos a *Playboy*, pero todas las novelas e historias que había enviado, escritas durante las pausas en los rodajes o en casa, habían sido rechazadas. Al final, con demasiada energía almacenada y demasiadas facturas que pagar, había aceptado novelar una popular serie de televisión, Planeta Canino.

«En Planeta Canino, los perros gobiernan y los hombres son esclavos...».

Al menos aquello había aparecido con su propio nombre.

Quitó el polvo a la banqueta y se sentó con un suspiro. El storyboard esperaba ciego y mudo frente a él, con sus hileras de anticuadas plantillas para televisión.

Trató de imaginar el comienzo de un anuncio sobre Trans, conjurar alguna referencia que le sirviera de base. Pensó en el sueño de Carla. Bosquejó muñecos que arrastraban bocadillos llenos de palabras y dejaban rastros de conversación.

Haciendo lo que hacen los humanos. Hablar es humano. Escuchar es divino. Hacerlo del modo más barato es simplemente inteligente.

Sonrió, negó con la cabeza y realizó un rápido dibujo al estilo de Phil: un tipo de aspecto lastimero, con una enorme y estúpida sonrisa, que tenía en las manos un montón de bocadillos de conversación que iba entregando a la gente que viajaba en taxi, en metro, en bicicleta. Hombres y mujeres que charlaban con grandes sonrisas, intercambiando bocadillos de conversación. Phil y él sabían imitar el estilo del otro, y ahora el de su amigo muerto parecía la mejor opción.

Hablar es lo que hacemos. Vamos. Tócalos con tu voz antes de que sea demasiado tarde. Habla con tu madre, con tu padre, con tus amigos...

Antes de que se marchen.

Aquello lo detuvo. Se quedó mirando al tipo de Phil: una nariz larga y una sonrisa amplia, que repartía furtivo bocadillos de conversación. Comunicación sin límites.

Se pasó diez minutos trazando un círculo de puntos en el borde del papel. Entonces levantó la mirada hacia el ventanuco del sótano y escuchó los pájaros en el patio. Pasó una hora. Con un tarareo corto y hosco, se bajó del taburete y dejó el lápiz.

No sabía por dónde comenzar. Habían pasado décadas. Aquellas ideas no se parecían en nada a las películas que hacía antes. Si querían al viejo Russell, cutre y sorprendente, les estaba fallando a base de bien. Aquel hombre había desaparecido hacía mucho.

Negó con la cabeza y subió las escaleras. En la cocina, el contestador automático indicaba que había dos llamadas. Desde el sótano no había oído el teléfono. Acercó un taburete, algo falto de aliento, y presionó el botón de reproducción.

«Señor Russell, soy el detective Scragg, de la Policía de Los Ángeles. Algo me ha hecho pensar en usted y en la señora Russell. Hace bastante que no hablamos. He estado aquí, revisando algunos papeles, y pensé en llamar para ver qué tal les va. Nada nuevo, solo he estado pensando en ciertos detalles y tenía alguna pregunta más que hacerles. Deberíamos hablar. Le llamo desde...».

Peter cerró los ojos y detuvo la cinta. El siguiente mensaje también era de Scragg. Habían pasado seis meses desde su última conversación, y entonces no había habido nada nuevo. Un caso en punto muerto. Peter no quería más pensamientos negativos. Borró ambos mensajes y se alejó de la máquina, como si el viejo teléfono de la cocina pudiera estar contaminado. Cogió el Trans y tecleó un número fijo. Esperaba que aún estuviera operativo.

Hacía años que no hablaba con Karl Pfeil.

Pfeil medía un metro noventa. Su largo cabello rubio le cayó sobre los ojos cuando se inclinó sobre la mesa de cristal para darle la mano a Peter.

—¡Ocho años! Lo he mirado. No hablamos desde hace ocho años —dijo Karl—. Cómo pasa el tiempo, joder.

Las paredes del largo despacho sin ventanas estaban cubiertas de carteles enmarcados, fotografías y tres grandes pantallas de plasma, dos de ellas apagadas mientras la otra mostraba animaciones básicas, bucles gráficos de ordenador de una especie de lagarto reptante.

—Te va genial —dijo Peter con genuina admiración.

—No mires —le advirtió alegremente Karl, que pulsó un botón del escritorio para apagar la pantalla—. La nueva película de Jim Cameron. Bueno, es posible. Top secret. ¿Qué te trae por Santa Monica?

—Estoy viejo —dijo Peter.

Karl hizo una mueca.

—Gilipolleces.

—Llevo tanto fuera del negocio que no sé distinguir una lente de un píxel. Necesito consejo profesional.

Karl se sentó y apoyó los codos sobre la mesa.

—Si puedo devolverte cualquier favor...

Uno de los primeros trabajos de Karl había sido la última película de Peter, Q. T., el Sexaterrestre, en la que había fotografiado dos secuencias con muñecos. Karl había animado, prácticamente gratis, un monstruo alienígena anatómicamente correcto que provocaba el caos en un campus, al perseguir a alumnas que habían tomado demasiado LSD.

Ahora estaba al cargo de uno de los mejores estudios de efectos digitales de la Costa Oeste.

—Me han hecho un encargo —dijo Peter.

Karl estaba bastante moreno y vestía una camisa de seda y pantalones de lino. Su pelo y su cara de fanático de los ordenadores eran ahora parte de su estilo particular. De repente, Peter sintió frío en el pecho.

—Preveo que voy a tener que rodar en vídeo de alta definición —siguió, con la lengua estropajosa—. Nunca he usado una Betacam, o lo que se emplee ahora. Me gustaría ver algo de equipo, solo para saber lo que tengo que alquilar.

Karl se encogió de hombros.

—Qué coño, con lo que hay ahora mismo en Circuit City podrías comprar, no alquilar. Por un par de miles te llevas auténticas maravillas.

Peter negó con la cabeza.

—Es profesional, Karl.

—Eso te estoy diciendo, Peter. Algo del tamaño de tu mano, colocado en un trípode de cien dólares, te da unos resultados fantásticos. ¿Qué presupuesto tienes?

—No se ha fijado, pero es para anuncios de una nueva «teleco».

Karl se esforzó por no hacer ningún gesto.

—¿Es que ahora les ha dado por el psicotrónico? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Probablemente —dijo Peter.

—Ah. Entonces querrán textura de cine, con mala corrección del color. Raspaduras y manchas, como en los viejos tiempos. En mi ático tengo una Arri Super 16 fantástica cogiendo polvo. Es tuya si la quieres.

Peter asintió como agradecimiento y paseó por el despacho, estudiando los carteles.

—Vi tu última película. Un trabajo excelente.

—No fue un gran reto —confesó Karl—. Convertimos a Robin Williams en un elefante parlante. ¿Sabes que es aficionado tuyo?

Peter rió.

—No, de verdad —insistió Karl—. Me citó algunas frases de Q. T.

—No lo sabía.

Karl echó hacia atrás la silla y se levantó.

—Ven, voy a enseñarte algo. Los efectos digitales van a dejar en el paro a todas tus bellezas.

Karl le mostró todo el lugar. Caminaban por un pasillo decorado con más carteles y pasaron junto a una sala de proyección de cincuenta butacas. Karl abrió una pesada puerta blanca de metal y entraron en una sala silenciosa y en penumbra, con largas hileras de cubículos.

—He aquí nuestros genios —dijo Karl.

Weinstein tenía razón: había poca diferencia entre un cubículo y la celda de una prisión. Dentro de cada uno había una mesa con un monitor de veintiuna pulgadas, un trackball y un teclado. Los estantes estaban llenos de libros, manuales y juguetes de plástico. Una joven vestida con vaqueros y camiseta manipulaba bloques de color alrededor de una figura humana lisa y amarilla. Agarró una extremidad y la colocó a su antojo, antes de girarse en la silla y recostarse para saludar a Karl con una sonrisa llena de dientes.

Karl le devolvió benévolo la sonrisa. El jefe y su esclava.

—Tracy, este es Peter, un viejo amigo.

—Encantada —dijo Tracy. Tenía los ojos vidriosos. Bostezó y se estiró—. Lo siento, llevo aquí trabajando desde las cuatro de la mañana.

—Date un respiro.

—Estoy bien —respondió Tracy, regresando a su pantalla con fatal lentitud. Hizo que la figura animada pusiera una mueca.

—Tracy tiene veintidós años —dijo Karl mientras se dirigían hacia el final del pasillo, entre los cubículos—. Recién salida del MIT, y una de las mejores en nuestro edificio.

—¿El MIT? —preguntó Peter—. ¿No es de la USC?

—Se dedica a depurar nuestros programas Slicer y NextMove —respondió Karl.

Llevó a Peter por unas escaleras hasta un espacio alargado con más carteles, figuras de dinosaurios y dragones, y un robot esquelético, forrado de cromo, de tamaño natural.

—Soy hierro palpitante —entonó el robot cuando pasaron a su lado. Giró la cabeza y agitó los brazos amenazador—. Ráscame la espalda.

—Sheila, mi mujer (estoy casado, ¿puedes creerlo?), me lo regaló por mi cumpleaños —dijo Karl. Se desplomó sobre una silla de cuero rojo y encendió un monitor plano de cuarenta pulgadas—. Esto es alto secreto. Ni siquiera Sheila lo conoce, solo algunos de los chicos. Te va a encantar. —Se puso un micrófono de recepcionista con auricular.

Jean Harlow cobró vida en blanco y negro, vista desde los hombros para arriba, su cabello una cascada plateada. La rodeaba un halo brillante, cristalizado.

—Hooooo, Jean —dijo Karl—. ¿Dónde has estado toda mi vida?

Harlow se giró para encararlo.

—¿Eres tú, Karl? —preguntó, recompensándolo con una sonrisa aburrida.

—El mismo. Quiero que conozcas a Peter.

—¿Es rico? —preguntó.

—Mucho.

Harlow miró a Peter directamente a los ojos. Peter rió nervioso cuando la imagen le guiñó un ojo y le lanzó un beso.

—¿Por qué no bailamos, tú y yo, y dejamos a Karl con sus monstruos? Llevo encerrada en esta caja todo el día.

—Dios mío —dijo Peter—. Parece real. ¿Hay una...?

—¿Una modelo en otra habitación? —terminó Karl, y tosió—. ¿Tanto dinero crees que tengo? —Se dio unos golpecitos en la nariz—. Jean, ¿puedes traernos a Jane?

Harlow se echó el pelo hacia atrás e indicó con una mueca que le importaba un bledo. Se hizo a un lado y apareció Jane Russell. Karl giró la rueda del ratón para alejarse. Russell ocupaba un escenario con una máquina de viento; el fondo era un anochecer nublado. Llevaba la blusa y el sujetador que había hecho famosos en El forajido.

—Jane, cariño, ¿qué tal un poco de escote?

La figura se encogió de hombros, dijo «cómo sois los chicos» y comenzó a

inclinarse hacia delante. Con las manos en las caderas y los codos hacia fuera, rió entre dientes. El movimiento pendular resultante era muy convincente.

—Todas son anatómicamente correctas, y de lo más voluntariosas —dijo Karl—. Tenemos a Marilyn, a Bettie...

—¿Davis? —preguntó Peter.

—No, gracioso, Page. Y unas doce más. Todas comparten motor gráfico, y ni siquiera yo sé por dónde van a salir.

—Maravilloso —dijo Peter, pero no sonaba convencido. De hecho, comenzaba a sentirse incómodo.

Karl trajo a Bettie Page a la pantalla, con su característico corte de pelo. Vestida con una falda de leopardo, Page estaba dejando unas medias de rejilla en un ropero lleno de prendas exquisitas. Detrás de ella había un sofá rosa. Levantó la cabeza para mostrar una sonrisa veraniega.

—Vaya, es Karl —dijo—. ¿Quién es tu amigo? —Se acercó hasta que su cara llenó toda la pantalla—. Chicos, ¿podéis ayudarme a mover unos muebles?

—Esta noche no, Bettie. Está bien, ¿eh? —dijo a Peter en un aparte—. A continuación... ¡Sascha Lauren! Es nuestro premio. Tengo que decir que tus fotos nos inspiraron, Peter. Es la modelo mejor documentada que tenemos, de hecho. Si lo que hiciste puede llamarse documentación.

Sascha apareció en la pantalla antes de que Peter pudiera protestar. Y es que era Sascha hasta en el modo en que doblaba los brazos. Karl siempre había sido un maestro captando sutilezas. Vestía únicamente una gasa transparente. Peter sintió cómo se ruborizaba.

—Me alegro de verte, Sascha —dijo Karl.

—Me alegra que me vean, en especial ojos tan talentosos.

—Peter Russell quiere saludarte.

—¿Eres tú de verdad, Peter? ¡Menuda sorpresa! —Estaba sentada recatadamente en una silla que parecía de oficina, bajando el borde de la gasa. Sascha había sido su modelo más hermosa: guapísima, de gran pecho, elegante, con una mirada de «ven aquí» que no solo parecía natural, sino también accidental. En las fotografías de Peter aparecía sorprendida y encantada al mismo tiempo por que alguien pudiera encontrarla sexy, lo que le daba una vulnerabilidad ingenua que escondía sus amplios encantos.

—Saltémonos a Sascha —rogó Peter, pero Karl estaba ocupado y no lo escuchó. La imagen estaba congelada, y unos brillantes píxeles rojos marchaban como hormiguitas por la parte baja de la pantalla.

—Mierda —dijo Karl, pinchando en una serie de botones para seleccionar diversos remedios digitales—. Tracy se niega a depurar estos programas, y eso nos coloca en desventaja.

Peter no podía apartar los ojos del rostro de Sascha.

—Hombre blanco roba alma —dijo, con la boca seca. Incluso congelada parecía

saludable y natural. Y en aquella pantalla no era mayor que la última vez que Peter la había fotografiado—. Lo digo en serio, Karl. Por favor.

Karl levantó la mirada.

—Dios, tienes un aspecto horrible —dijo—. ¿Estás bien?

—No quiero verla así.

—Lo siento —replicó Karl, atónito—. Déjame limpiar el buffer. —Tecléo algunas órdenes y, de repente, la imagen parpadeó y los bordes se corrompieron. Los ojos se hicieron lechosos antes de desaparecer por completo, dejando oquedades negras. Peter vio cómo Sascha se desintegraba. Sus colores se esfumaban como si la hubieran lavado con lejía. La copia miró a Peter (directamente a los ojos) con aquellos pozos negros, y dijo a través de sus labios rotos, con voz aguda y aflautada:

—No deberías dejarme sola aquí dentro. Soy una chica muy necesitada. ¿Dónde has estado, Peter? ¿Por qué me dejaste sola?

Peter sintió un terrible dolor en las muelas que le bajó hasta el brazo. Se llevó la mano al hombro y dio un paso al frente.

—Lo siento, está atrapada en un bucle. —Karl tecléaba con desesperación. Hizo otro barrido con el ratón y se acercó al monitor para apagarlo. Antes de que pudiera hacerlo, la imagen saltó, rehizo sus últimos movimientos y se quedó de nuevo congelada. Karl dejó el dedo al alcance del botón, intrigado por lo que fuera a suceder a continuación.

—Vaya —dijo—. Chica mala... Bueno, ya está. Mierda. —Apagó el monitor—. Mis disculpas. ¡Buenas noches, señoras!

Peter se alejó del monitor, aún conmocionado.

—¿Me puedes dar un poco de agua?

De vuelta en el despacho, Karl le dio una botella de Evian y una aspirina, y se sentó en el borde del escritorio mientras Peter se masajeaba el brazo.

—Pareces revuelto, Peter, si me permites hacerte la observación. ¿Te duele el brazo?

—Estoy bien.

—Mi padre padecía dolores de angina en la cabeza y los brazos. Tenía que...

—Solo es indigestión —le aseguró Peter, mientras se tomaba la pastilla con un buen trago de aquella agua de sabor neutro. Odiaba el agua Evian, pero el líquido le sentó bien a la garganta.

—¿Te has hecho un electrocardiograma?

—El mes pasado —mintió Peter—. Hoy he comido demasiado y no me ha sentado bien.

Después de un momento, Karl pareció abatido.

—No pruebas a nuestras señoras —dijo.

—Son encantadoras —respondió Peter. Demasiado encantadoras. Imágenes,

recuerdos de los muertos, salvo por Bettie Page y Sascha, aún vivas pero ahora perturbadoras aparecidas, pedazos de información obligados a bailar en un infinito ciclo de sueños húmedos: la lujuria masculina elevada a la enésima potencia. Sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Era demasiado parecido a una distorsión perversa de todo su trabajo, de sus películas, de sus fotografías.

Otra reunión importante que se va a pique.

—Me hace sentir como una quinta rueda, nada más —dijo—. Solo pensar en lo que gente como tú puede hacer hoy en día me pone nervioso.

—Claro —dijo Karl, poco convencido—. Bueno, las chicas no están a la venta, son para disfrute particular. Los raritos siempre seremos raritos. Ni siquiera tenemos la licencia de las imágenes. —Lanzó a Peter una mirada inquisitiva, como si lamentara toda aquella tarde—. Si alguien se enterara podríamos tener problemas, ¿sabes?

—No te preocupes.

Karl rodeó el escritorio y le puso una mano en el hombro.

—Ey, te quieren, tío. Y no buscan una versión MTV de Ridley Scott. Quieren aquello que hiciste tan bien, y no hay razón para que no puedas hacerlo de nuevo, ¿eh?

Peter asintió, apretando la botella de plástico.

Karl no podía ocultar su alivio mientras acompañaba a Peter hasta el estacionamiento subterráneo. Junto al Porsche, dijo:

—Si necesitas equipo, lo que sea, házmelo saber. Tenemos material por toda la ciudad. Me encantaría ayudarte.

—Gracias.

Peter abrió la puerta del coche. Karl se moría de ganas de volver al trabajo.

—Tío, ha sido genial que vinieras —dijo mientras Peter se sentaba tras el volante—. Como en los viejos tiempos. Ey, ¿recuerdas aquella clase que impartías?

Peter levantó la mirada.

—¿Clase?

—Lecciones de sexo oral. Cunnilingus.

—No te recordaba en ellas —dijo Peter.

Karl sonrió tímidamente.

—Tenía dieciséis años, era virgen y totalmente imbécil. Te veíamos como a un dios. Tío, lo sabías todo. Bueno, pues funciona. Sheila y yo llevamos dieciséis años casados. Gracias, tío, te la debo.

Pero Peter estaba convencido de una cosa: la próxima vez que llamara, Karl no se pondría al teléfono.

Se marchó y estacionó en los muelles de Santa Mónica. Eran las seis; tenía tres horas antes de que Helen se presentara en casa.

Bajó la ventanilla e inspiró profundamente.

El sol caía lento y rico sobre el agua, con esa luz especial que la costa lograba vestir como un traje de seda.

Debería hacerse un electrocardiograma. Después de todo tenía responsabilidades, y llevaba demasiado tiempo inventando excusas diversas. Además, aquella había sido una semana excepcionalmente dura. Con aire ausente sacó su agenda del bolsillo interior de la chaqueta y pasó las páginas, buscando a viejos colegas peor colocados que Karl, menos ocupados: la rancia e imprevisible red de contactos de un viejo que se negaba a crecer.

Entonces, cerrando los ojos, dejó la agenda a un lado y sintió una oleada de desesperación. Asúmelo.

¿Asumir el qué? ¿Qué se suponía que tenía que asumir? ¿Su fracaso? Aún no había comenzado; no había tenido tiempo de fracasar. ¿La falta de confianza? Incluso en sus mejores tiempos, Peter nunca se había sentido confiado al comienzo de un proyecto.

No podía quitarse de encima las imágenes descompuestas de Sascha. Expuesta a todo el mundo de ese modo, en esa pantalla, obligada a hacer lo que cualquiera quisiera, por los siglos de los siglos... ¿Y si cada fotografía que Peter había hecho en su vida, cada fotograma de celuloide que había rodado hubiera robado una fracción del alma de sus protagonistas? ¿No explicaría eso por qué tantos actores y modelos parecían difuminarse, hacerse con el tiempo más excéntricos y desesperados?

¿Tan necesitados?

¿No serían acaso llevados, con el conocimiento de la cámara, a un punto en el que no tenían nada más que dar, nada más que pudiera ser absorbido?

Disgustado por su propia imaginación (había pensamientos que no merecían el tiempo que se les dedicaba), se abrochó el cinturón de seguridad. Ya no tenía nada que hacer antes de la noche. Volvería a casa pronto, haría algo de cenar y esperaría a Helen y a Lindsey. Ver otra vez a Lindsey le ayudaría.

Y en esos momentos necesitaba toda la ayuda que pudiera reunir.

Un enorme atasco taponaba la 5 y se derramaba hasta la 10. Peter se encontraba en su bajísimo asiento detrás de un enorme todoterreno urbano, un Porsche, comprobó haciendo una mueca de disgusto, con el aspecto de un taco de discos de *hockey* sobre hielo. ¿Es que no había nada sagrado?

No podía mirar hacia delante para saber si debía echarse a la derecha y tomar la salida más próxima. Cuando maniobró un poco para reconocer el terreno vio que las calles aledañas también estaban atascadas y que allí, si acaso, el tráfico era más lento que en la autopista.

La interminable conga de pilotos rojos tardó una hora en trazumar como la melaza fría hasta la conmutación. Echó un vistazo al reloj (un viejo y mellado Bulova bañado en oro que tenía desde el instituto), y vio que ya eran las ocho y media.

—Mierda —dijo, apretando con fuerza el volante. Helen llegaría a casa antes que él. No tendría nada para el desayuno de Lindsey, ni un helado por si quería un poco antes de acostarse. De nuevo volvía a ser un perdedor y cumplía con las ansiadas expectativas de Helen.

De repente odió Los Ángeles, las autopistas, su ineptitud por no prever aquel contratiempo. Llevaba viviendo allí casi toda su vida, pero en realidad hacía años que no se enfrentaba a la hora punta del viernes por la noche, pues su vida social era la que era. Me cago en Los Ángeles. Me cago en todo y en todos.

Después de diez minutos de iracunda duda, el Porsche logró al fin superar la terrible causa del atasco. El tráfico culebreaba hacia la derecha. Unas luces púrpuras creaban un proscenio alrededor de un escenario de restos retorcidos, como la luz de gas en un teatro infernal. Los bomberos y la policía agitaban linternas rojizas para que el tráfico no se detuviera. Dos de los coches accidentados, aún humeantes, habían sido rociados con espuma blanca.

A pesar de prometerse no mirar lo hizo, y pensó por un horrible instante que el coche de Helen podría estar entre los afectados; podría verlas a las dos atrapadas, o en una camilla. Dos cuerpos cubiertos eran subidos a una gran furgoneta blanca y cuadrada. Los coches se habían detenido para permitir a una ambulancia abrirse paso hacia la autopista.

El accidente quedó atrás, pero el tráfico no aceleraba. Cambiaba de marcha sin parar, pisaba el embrague y revolucionaba en primera, o desembragaba y giraba el volante ángulos imperceptibles, mientras observaba cómo la aguja de la temperatura se acercaba poco a poco al rojo, como hacía siempre con la conducción lenta prolongada. Se arrastró a paso de tortuga el último kilómetro y medio, hasta que al fin pudo meter la segunda en la salida.

Cinco minutos más tarde tomaba Pacific y lanzaba un suspiro de alivio, al ver

cómo la aguja de la temperatura volvía a una posición normal. El tráfico era fluido. Aún podía conseguirlo.

Ascendió las colinas, y ya le quedaba poco más de un kilómetro cuando la presión del aceite bajó a cero. El Porsche hizo un desesperado ruido de engranajes y tosió una vaharada de humo azul. El motor murió misericordiosamente. Gracias a que puso el coche rápidamente en punto muerto fue capaz de llevarlo hasta el bordillo.

Eran las 21:05.

Levantó el capó y miró el motor, pero ya sabía que no era ningún problema que él pudiera arreglar, ni allí ni en ese momento. Sería necesario que una grúa llevara el coche a un taller para realizar una costosa reparación. El Porsche no le había dado esa clase de problemas desde que le recompusieran el motor cinco años atrás.

Con cuidado, como si estuviera depositando una mascota muerta en su tumba, bajó el capó y lo aseguró, antes de llamar con el Trans al móvil de Helen. La red de ella estaba ocupada. Lo intentó con el número del apartamento, pero solo logró una serie de pitidos zalameros. Se había dejado en casa su propio teléfono móvil. Después de tres intentos más, y con el ceño sombrío, subió la ventanilla del coche, cerró las puertas y comenzó la larga caminata.

A las 21:37, sin aliento pero afortunadamente sin dolores en el pecho (¿no era eso prueba de que no había sido más que una indigestión?), subió la asfaltada cuesta de acceso y pasó junto al hueco negro del garaje. Los grillos estaban atareados y el aire era suave, adorable y fresco; la casa estaba a oscuras y silenciosa, parecía vacía.

Pensó que habrían llegado y se habrían marchado. Ni siquiera les había dejado encendida la luz del porche. Su tristeza al pasar junto a las trenzas de jazmines era profunda, una decepción que no solo tenía que ver con Helen y Lindsey; era la pesadumbre de haber llegado al fondo, la suma de una vida indulgente con demasiadas deudas pendientes como para arrojar un balance positivo.

Peter Russell en bancarrota.

Sacó la llave, y a punto estaba de introducirla en la cerradura de bronce cuando vio que la puerta francesa ya estaba abierta. Helen se había marchado y había dejado la puerta sin echar la llave, esperando quizá que lo robaran. ¿No le serviría aquello de lección?

¿Y qué se iban a llevar los ladrones, libros? ¿Discos de vinilo? Un viejo televisor y un equipo estéreo que quizá valieran cien dólares, eso podría ser. ¿Pero las revistas, incluso más antiguas? ¿Los armaritos del sótano, llenos de vetustas fotografías mohosas, menos sugerentes que lo que se podía sintonizar cualquier noche en la televisión por cable?

Abrió la puerta con un pequeño chirrido de la bisagra superior y esperó un instante. Escudriñó el salón a oscuras: el silencio caluroso después de un día de nubes, el vago mal olor de unas esquinas llenas de polvo que siempre se escabullía de sus poco intensos esfuerzos de limpieza. Una vida vacía, una casa vacía.

Sintió un temblor en los hombros. Recorrió el pasillo sin preocuparse por

encender las luces. En su dormitorio, tras tropezar con unas zapatillas de deporte, se rindió y tiró del cordón que encendía el aplique de la pared. La luz inundó la habitación. Luz normal, una noche normal.

Había colocado el ajedrez de Enzenbacher en su cómoda, bajo el espejo, con todas las piezas cuidadosamente colocadas y la partida preparada. En el espejo, desde donde se encontraba, la copia de Alicia del tablero se mostraba invertida. Dio un paso adelante y miró el tablero real. En el bando de las piezas de plata, el de los buenos y los fantasmas, el peón de rey había sido avanzado dos casillas. La apertura favorita de Phil. ¿Había movido él mismo aquel peón después de colocar los trebejos? Recordaba claramente que lo había dejado todo en sus posiciones de partida.

Quietud, silencio; y entonces el crujido de una viga del techo al ajustarse, una pausa casi risible seguida del claro crujido de un mueble o un clavo en una pared, en alguna parte, sonidos que había oído desde hacía décadas, a menudo a esa hora de la noche. Trozos de madera apoyados contra otra madera, disfrutando de unos breves momentos de relax en aquel calor.

Desde el dormitorio de las gemelas le llegó el frufrú del lino.

El corazón le dio un vuelco y la garganta comenzó a picarle cuando oyó desde el pasillo: «¿Papá?».

De repente todo cambió, y se sintió más feliz de lo que había sido en muchos años. Todas sus deudas se levantaron y sus fallos escaparon volando por el tejado, hacia las estrellas y las nubes.

Helen había llegado y había dejado a Lindsey en casa, metiéndola en la cama.

—Estoy aquí, preciosa —dijo, recorriendo el pasillo, abriendo la puerta y entrando con cuidado en el cuarto de las niñas. Lindsey había elegido la cama de la derecha; su cara asomaba desde debajo de las sábanas, una pequeña luna en la negrura sobre el pálido borrón gris que era la colcha, y sobre la banda de gris más claro del cobertor. Sobre este veía dos brazos delgados. Tumbada en aquella cama, en la oscuridad, parecía más pequeña y joven. Y también sonaba más joven, quizás asustada por la oscuridad, esperando a que volviera a casa.

El que Helen hubiera dejado sola en casa a la niña con la puerta cerrada sin llave le daría algo de fuerza frente a ella. ¿Es que había alguna cita tan importante que mereciera la pena correr tal riesgo?

Entonces ella contraatacaría diciendo que por qué no estaba él allí para empezar, cuando más lo necesitaba, traicionándola de nuevo.

Peter apartó todo aquello de la cabeza y se arrodilló junto a su hija.

—¿Dónde has estado?

—En un atasco —dijo él, acariciándole el pelo oscuro sobre la frente. La piel de la pequeña era suave y fresca—. Era como una monstruosa bestia gigante que me tenía atrapado. Ninguna otra cosa podría haberme impedido estar aquí.

—Tráfico —repitió ella con el mismo tono de voz—. Una bestia. —Se giró para mirarlo. Peter deseó poderla ver más claramente, pero el mero hecho de tocarla le

provocaba un estremecimiento en el brazo y en todo el cuerpo. Eran los niños lo que importaba, el sexo que los creaba no significaba nada; eran los niños los que hacían que uno se sintiera tan excelso e indigno. Quería apoyar la cabeza en el regazo de su hija y suplicar perdón, derramar sus penas, pero era un padre. Ni hablar.

Allí estaría cuando ella despertara por la mañana. Se acercaría al mercado para buscar leche y cereales. No; esperaría para hacerlo juntos.

—Tu madre te dejó aquí —dijo.

—Sí.

—Bueno, no pasa nada. Estás aquí, que es lo que importa. Te he echado de menos.

—Y yo a ti —dijo Lindsey—. Ha pasado mucho tiempo.

—Ahora duerme.

Ella asintió con un amplio movimiento de la cabeza. Peter se puso en pie a regañadientes y la contempló durante un instante tan largo como adorable, desaparecida toda soledad. De nuevo a tope, en la cima.

Entonces se giró y miró hacia la izquierda, hacia las formas que sugerían una cama vacía en las sombras menos profundas de ese lado del cuarto. Casi nunca entraba ya en aquella habitación, pero de algún modo, con una cama ocupada, la otra, vacía, se hacía más tolerable.

Era una condición de la vida que en ocasiones los padres perdían a sus hijos; saberlo no mitigaba el dolor, pero con Lindsey allí se sentía bien. Podía creer que la vida seguiría adelante.

—Que duermas bien —susurró, y cerró la puerta con un crujido.

Peter estaba sentado en la cocina, deseando por un momento tener una única cerveza. Solo un deseo.

Nada de cerveza, nada de alcohol, nada de drogas. No es que le hubiera dado mucho a las drogas ilegales. Trabajando en su ramo, sometido al escrutinio federal y estatal que se podía uno imaginar, las drogas no parecían ser un paso inteligente, y la verdad es que nunca le habían llamado mucho la atención.

No, era el alcohol el que había parecido un refugio seguro, aunque después le había mostrado su verdadero rostro y, lentamente, había acabado borrando seis meses de su vida. Phil lo había encontrado en aquella misma casa solo, inconsciente, tumbado en la bañera con el pijama puesto. Días antes, Helen había cogido a Lindsey y se habían marchado. Phil había sentido simpatía y disgusto a partes iguales. «Por Dios, Peter, aún tienes una mujer y una hija».

«Tenía una mujer. Tenía otra hija».

«Bueno, cojones. Aún tienes una hija, y eso es lo único que importa».

Aparte del *whisky* en la autocaravana de Phil (totalmente excusable), Peter no había probado el alcohol en dieciocho meses. Puso una tetera al fuego para hacer un

té. Echó con una cuchara un poco de Earl Grey en el filtro de rejilla que había en el fondo de la taza y vertió el agua caliente.

Dios, echaba de menos aquellos tiempos, con todos en casa. Todo se había fastidiado de mil formas distintas: culpa suya, culpa de Helen... y de ninguno de los dos.

Pensó en volver al dormitorio para poder mirar a su hija, pero decidió no molestarla. Simplemente bebió el té a sorbitos y disfrutó del momento, de no sentirse un desperdicio; qué palabra. Un perdedor. Un hombre que no podía poner su vida en marcha. Pero al menos, y lo que era más importante, un padre.

De momento.

Helen había logrado la custodia haciendo que su abogado le dijera al juez cómo se ganaba la vida. No es que Peter hubiera querido litigar. Después de todo, mira cómo se ganaba la vida.

A pesar de todo sonrió con el primer sorbo. Era una vida ridícula, pero era la suya. Y era ridícula. Después de la boda había encerrado todo su archivo fotográfico en el sótano, y Helen consideró que aquello ya se había acabado.

A finales de los noventa, para complementar sus ganancias de los Benoliel y ocupar el tiempo libre, Peter había vuelto a escribir adaptaciones literarias de películas y series de televisión, de las cuales había llegado a escribir una o dos al mes. Tenía planeada una novela de misterio, y habían hablado de la posibilidad de que dedicara todo su tiempo a escribir. Helen había vuelto a la construcción, esta vez en oficina, y durante un tiempo lograron juntar dinero más que suficiente. Habían comenzado a crear su nido, un fondo para la universidad... Una carrera literaria parecía plausible.

Eran una familia. Eran felices, aunque inquietos. Siempre intranquilos.

Qué no habría dado por volver atrás durante una hora.

El dolor hirviente no era ya más que una quemazón, más fría que la tetera ahora que comenzaba a apagarse su pitido.

—Mañana llamaré a la grúa —dijo—. Volveré a encauzar mi vida. Se acabaron los atascos. Se acabaron las excentricidades. Se acabó la autodestrucción.

Se terminó la taza y pensó en irse a la cama. Aunque primero podía bajar al despacho del sótano para mirar sus notas, ahora que tenía la cabeza despejada y se sentía bien. Era la depresión la que lo había mantenido abajo, la que le había impedido pensar con claridad y ser creativo. Con ese obstáculo retirado del camino podía por fin avanzar, aunque solo fueran unos cuantos pasos.

Feliz.

Dios, era feliz de verdad.

Bajó descalzo las escaleras hacia el sótano y abrió la puerta. Justo cuando encendía la luz, arriba sonó el teléfono. Subió los peldaños de dos en dos antes de que el teléfono despertara a Lindsey. Sin aliento y con el rostro enrojecido por la irritación, levantó el auricular de la cocina.

—Diga.

—Peter, soy Helen.

—Siento no haber estado aquí —dijo rápidamente—. Está...

Helen lo interrumpió.

—Iba a llamar antes. El hijo de puta me ha dejado plantada. Que se vayan todos a tomar por el culo, Peter. Que los hombres se vayan a tomar por el culo. Es la historia de mi vida. Ya no soy la misma belleza deslumbrante y encantadora, ¿no?

—Bueno, me alegro de que...

Helen lo interrumpió de nuevo con un tono aún amargo, aunque estaba intentando refrenarse.

—A Lindsey le fastidió no haberte podido ver, pero estoy hecha un manojo de nervios, y desde luego no estoy en condiciones para conducir. Ahora está viendo la tele. Está muy enfadada conmigo. Bueno, puede que te la lleve este fin de semana. Podríamos ir todos a algún sitio, a celebrar un picnic. Estaría bien. ¿Estarás libre?

»¿Peter?

»¿Peter?

»Maldita sea, Peter, no es culpa mía.

Colgó.

Peter había dejado el teléfono colgando del cable. Caminaba con rigidez y deliberada lentitud por el pasillo que conducía al cuarto de las niñas. Las excentricidades no se habían acabado. Solo estaban esperando a que bajara la guardia.

Lindsey siempre dormía en la cama de la izquierda. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

Daniella siempre había dormido en la derecha.

Algo lo detuvo en el pasillo. No se atrevió a encender la luz para comprobar qué era. Podía sentirlo observándolo, como parte de la oscuridad general. Casi tenía forma, casi era capaz de olerlo: una adujada seca de anguilas, un nido de largos reptiles resbaladizos, unidos por su olor a hulla y a tierra húmeda.

Muchos con la forma de uno.

Era muy antiguo, pero había nacido, o renacido, en esa casa. Estaba hambriento pero era paciente. Peter no se atrevía a moverse o a volver al cuarto por miedo a excitarlo y exponer a su hija (a su hija muerta, se recordó) al peligro que pudiera representar.

Comenzó a sudar por todos los poros. Sintió algo en la mano y se dio cuenta de que había cogido el trozo de ferralla que guardaba en la esquina de la cocina, oculto por el horno, siempre a punto en caso de allanadores. ¿Contra qué esperaba tener que defenderse? De los ladrones no, al menos no aquella vez.

¿Contra qué podría proteger ahora a su hija?

Se reunieron como un enjambre para alimentarse. Devoraron la imagen de Lydia. Predadores.

No.

Carroñeros. Los carroñeros van tras los muertos y todo cuanto dejan atrás.

Los pensamientos de Peter eran nítidos y gélidos. Dio un silencioso paso hacia delante y sintió cómo las tinieblas al final del pasillo se contraían de forma refleja. El olor a hulla se hizo más terroso, como el de un tablero de yeso húmedo y enmohecido. Lo que esperaba en la esquina, fuera lo que fuese, estaba imitando como camuflaje los olores hallados en una casa vieja. Peter podía distinguir las diferencias, como si viera los colores de un jaguar que tratara de ocultarse en la jungla.

Se aclaró la garganta constreñida.

—Sé que estás ahí —dijo—. Vete. Lárgate de aquí. —Casi podía sentir cómo las espirales enroscadas se tensaban, cómo se apretaban los carroñeros contra la esquina. ¿Cómo puede una sombra crisparse? ¿Cómo puede una sombra saber que estoy aquí? Y no le gustaba que Peter la estuviera mirando, que le hablara. Por una vez Peter sintió algo de poder. La barra de hierro no serviría de mucho, pero mientras él estuviera allí el predador no atacaría.

No podría ir tras su hija.

Su hija muerta.

En algún lugar de la casa, otro clavo o viga, o quizá fuera el mismo, emitió un audible crujido, como el de un disparo de pistola. Una pausa, y luego el mobiliario replicó.

Como si una puerta se hubiera cerrado de un portazo, todo cambió de golpe. El

pasillo estaba de repente vacío; no había nada agazapado, enroscado en la oscuridad. El olor a barro, hulla y moho dejó paso al seco y familiar olor de una casa vieja erigida al final de una calle de la colina Glendale. Se frotó la cara con el dorso de la mano. La furia y el miedo resplandecieron en su cabeza como un relámpago. Estiró los dedos y rozó el interruptor de la luz, antes de pulsarlo con un movimiento nervioso. El mecanismo pareció subir a cámara lenta, alcanzó la posición de encendido y la luz se movió como una ola de aceite desde el plafón de vidrio lechoso del techo, derramándose contra las esquinas, inundando las paredes y salpicando hasta cubrir todo el pasillo. La luminosidad se vertió como una gruesa capa de pintura, pero Peter seguía sin estar tranquilo; la pintura podía cubrir las cosas, pero estas seguían allí. Así que esperó un rato hasta que solo pudo oler la casa y hubo dejado de sudar.

La puerta del cuarto de las niñas estaba casi cerrada.

La abrió y entró.

—¿Cariño? ¿Preciosa?

Ambas camas, reveladas por la luz procedente del pasillo, estaban cuidadosamente hechas. Las colchas de Harry Potter idénticas estaban tensas, tal y como Helen las había dejado hacía dos años, con alguna arruga provocada por Peter al limpiar de vez en cuando.

Dejó caer la barra, que aterrizó sobre una punta antes de detenerse sobre la alfombra de retales que había entre las dos camas, con un sonido pesado y metálico. Inspiró trémulo y se acuclilló.

—Estoy aquí —le dijo a la habitación—. Por favor, Daniella, dame otra oportunidad.

Por supuesto, no hubo respuesta.

El mundo había vuelto a ser real.

A veces lo único que nos salva es una fantasía, un recuerdo, algo robado de una biblioteca del pasado, de un pasado cuya fecha llegó hace mucho, pero que conservamos de todos modos, agradecidos, ajenos por completo a todo sentimiento de culpabilidad.

Peter se dio una ducha matutina, se vistió y trató de pensar a pesar del esfuerzo que le representaba. Estoy bien. Estoy bien.

Lo que podría, lo que debería haberlo destruido, no había logrado nada ni remotamente parecido. No estaba viendo cosas y no estaba loco. No pensaba darse esa clase de crédito artístico; pues, de hecho, en todos los meses en que había deseado poder visualizar claramente a Daniella en su memoria, en sus sueños (poder verla sin mirar sus fotografías), había fracasado.

No era la imaginación lo que le había devuelto a su hija. Daniella estaba en la casa. Estaba en alguna clase de apuro y había acudido a él. Con su padre cerca estaría bien; le proporcionaba protección. Todo era vago (vago, nebuloso y poco convincente), pero bastó para mantener a Peter en movimiento toda la mañana. Llamó a una grúa y después a su taller de Porsche preferido. Iría a buscar el coche durante el día; de día no podía sucederle nada malo. Quizá el día fuera la noche en ese otro lado del mundo, y que entonces allí todo durmiera o se escondiera. Comenzaba a tener sentido. Quizá la muerte de Phil o la llamada telefónica de Lydia lo habían comenzado todo, lo habían llevado a él al otro lado de la línea.

Cuando era adolescente le encantaba *The Twilight Zone*, y disfrutaba con la medio creencia de que hubiera algo más que aquella vida ordinaria. Bueno, pues allí estaba. Tenía pruebas suficientes para desequilibrar su propia balanza. El escéptico Peter Russell había vuelto a la credulidad, pero esta vez disponía de evidencias reales, aunque fueran totalmente subjetivas; ya no tenía que luchar desesperado para alcanzar a ver unas pajitas, sino que se veía obligado a reconocer los gruesos troncos que flotaban frente a él.

Desarrolló todas sus actividades necesarias en una espesa confusión, esperando la noche y otra oportunidad para pasar algunos momentos con Daniella. Para protegerla como no la había protegido antes.

Bajó la colina y vio el Porsche, intacto donde lo había estacionado (un pequeño milagro), y reparó en el adhesivo de la policía y la fecha y número de infracción marcados con tiza en el parabrisas trasero.

Bajo el sol de la mañana se apoyó contra el techo del Porsche mientras esperaba a la grúa. Era un día muy similar a aquel en que había recibido la llamada de Lydia, despertándolo a una realidad mayor. Visualizó la luz del sol derramándose a través de la casa, incluso sobre las esquinas del pasillo, manteniendo alejados a los carroñeros.

Escondiendo a su hija, poniéndola a salvo.

La grúa llegó a la hora acordada y Peter pasó algunos minutos hojeando el grasiento y ajado manual del 356C para recordar dónde estaba el gancho de remolque y cómo se utilizaba.

Tras una cena temprana, Peter cogió la silla de caña más pequeña del patio trasero y la colocó al final del pasillo. Allí se sentó con su barra de acero corrugado, esperando.

Había dejado entreabierta la puerta del cuarto de las niñas, pero no demasiado. Quizás aquellos al otro lado fueran asustadizos como los venados, como los cervatillos temerosos de perder su cobertura. Confiaría en sus instintos. Confiaría en que su hija supiera lo que era más adecuado.

—Cuando quieras, cariño —murmuró—. Estoy aquí por ti.

Alrededor de las diez en punto se quedó dormido en la silla. Despertó al amanecer, dolorido pero descansado. No se sentía ni alarmado ni triste. De haber sucedido algo, sabía que se habría despertado. De haber llegado alguien... o algo, hubiera saltado totalmente alerta.

La casa había guardado silencio.

No podía esperar milagros todas las noches.

Se estiró, se duchó y después bajó al sótano, donde comenzó a dibujar de forma aparentemente automática. Las compuertas se abrieron. Las ideas le parecían muy buenas.

A las once recibió la llamada del taller. Intentó no sentirse afectado por la estimación de 2.400 dólares y la larga lista de piezas y servicios necesarios.

En aquel momento no podía abandonar nada por culpa de la angustia. Tenía que preservar su pasado, cualquier parte de él. Dijo al mecánico que adelante, que arreglara el coche, que le iba a entrar dinero y que le pagaría la semana siguiente. Llevaba veinte años usando el mismo taller; ellos le habían reconstruido el motor la última vez y lo conocían bien. Nunca había dejado una factura sin pagar. Una relación que conservaba en su vida, gracias a Dios.

Para las cuatro en punto tenía treinta hojas de bocetos y veinte páginas de guión. Como en los viejos tiempos. Preservar el pasado había vuelto a despertar a otro, a un joven Peter Russell, más flexible y confiado. Con satisfacción hizo un montón con las páginas, las selló y las metió en una carpeta negra. En realidad, ¿era distinto ser visitado por espectros que caer en otro mundo mientras escribía, mientras vivía brevemente en otro espacio u otro tiempo? Quizá el arte y la escritura fueran como ver otra clase de realidad.

—Claro —dijo con una risita—. Planeta canino. Perros que van en moto cazando a mujeres con bikini de pieles.

Mira, fíjate, se dijo. Tienes perspectiva. Puedes distinguir las ideas estúpidas de las que tienen sentido.

El que mi hija haya vuelto tiene sentido.

Mi hija muerta.

Trabajó hasta bien entrada la noche, durmió un poco y reanudó la labor el domingo por la mañana, desarrollando decenas de dibujos, resmas de guiones y propuestas de escenarios. Una verdadera riada de ideas.

Solo por un momento se sintió perdido, desesperadamente frágil.

Esto es demasiado bueno. No puede durar.

A las cinco y media de la tarde del domingo, como había predicho, el extraño santuario privado de Peter Russell se vino abajo.

Ya había estado en aquella situación, lleno de desesperada esperanza en que fuera posible reclamar el pasado, o al menos una fracción de él. Una noche, hacía dieciocho meses, había bebido casi hasta el letargo y había persuadido a Phil para que lo llevara a Sherman Oaks a visitar a un parapsicólogo. La noche le había costado quinientos dólares y había terminado siendo un completo desastre.

Phil lo había devuelto a casa hecho una piltrafa que lloraba descontroladamente. Una vez allí, se había preparado una taza del café de Peter y se había sentado con él toda la noche, hasta el amanecer.

Peter no podía permitir que aquello volviera a suceder.

A medida que el cielo se oscurecía y los teléfonos y el Trans no sonaban, a medida que pasaba el domingo sin una llamada de Helen, se sentó en el patio trasero, derregado sobre la solitaria silla de caña (la otra seguía en el pasillo) con las manos dobladas sobre el estómago. El cielo declinaba desde el azul de un huevo de petirrojo hasta la parda oscuridad, pasando por una serie de polvorientas sombras intermedias.

Detrás de la casa tintinearón unas campanas de viento.

Todos los razonamientos parecían débiles.

—¿Qué viste? —se preguntó con tono plomizo—. Puede que no la vieras a ella. Imaginaste lo que deseabas ver.

Pero la había confundido con Lindsey. Lindsey era una buena aproximación, pero no exacta. Lindsey y Daniella no habían sido gemelas idénticas. Después del nacimiento (con una diferencia entre ambas de tres minutos) los doctores le habían hablado a él, y a Helen cuando salió de la anestesia general por la cesárea, acerca de un tercer tipo de gemelo, ni idéntico ni fraternal. El resultado era que ambos padres (y Phil, y muchos de sus amigos) siempre habían sido capaces de distinguir a Lindsey de Daniella, incluso siendo bebés, aunque fueran vestidas igual.

¿No era posible, pues, que se tratara de una aparición de Lindsey, de una imagen residual de sus emociones de años pasados, de un momento inmediatamente posterior al funeral?

Peter asintió ante aquella sombría lógica. Aunque estuviera cuerdo, aún estaba por ver a un fantasma de verdad, a un espectro, a alguien muerto. ¿Pero qué había del viejo horadado por la arena y de los niños, cerca de Point Reyes?

Pero, en la memoria de Peter, la cara pálida que vio tan claramente sobre la colcha en sombras del cuarto de las niñas era indiscutiblemente la de Daniella. El que esperara encontrar a Lindsey había alterado su percepción.

Ni siquiera una aparición de Lindsey hubiera dormido jamás en la cama de su

hermana.

Su tristeza y confusión se hicieron más profundas.

A las siete en punto subió el pequeño tramo de escaleras hasta el porche y entró en la cocina por la puerta de atrás. Escuchó un momento los chasquidos y crujidos de las maderas que se asentaban, todos ellos suaves. Nada de pistoletazos que anunciaran las vacaciones de sus sentidos, o el cambio del mundo por algo nuevo.

No tenía hambre, así que se dirigió a su dormitorio y rebuscó Las puertas de la percepción en las estanterías. Encontró el libro de Huxley, un volumen delgado con cubiertas de cartón azul y lomo de tela negra, sin protector de papel. Las páginas estaban muy sobadas; lo había comprado en una librería alternativa de segunda mano en Laguna Beach, en 1969, y lo había leído una vez, pero el anterior dueño lo había dejado casi desencuadernado. Se sentó en una esquina de la cama y hojeó las páginas hasta que encontró la referencia a la válvula del filósofo Henri Bergson que impedía que el cerebro fuera inundado por las minucias de lo real. La válvula nos mantenía libres de ridiculeces metafísicas, preservaba nuestra cordura y nos mantenía concentrados en lo que de verdad importaba en la vida: concentrados en lo que podía matarte, no en lo que simplemente te distraía.

Huxley había muerto el mismo día en que dispararon a JFK, el 22 de noviembre de 1963, dejando un trozo de papel en el que había garabateado tres únicas letras: «LSD». Quizá había tomado LSD sólo para seguir explorando. Para mantener abierta esa vieja válvula de Bergson incluso después de la muerte.

Pero aquella teoría no parecía correcta. Lo que le sucedía a Peter no era tanto la apertura de una válvula como la presencia de un sello mal ajustado en un grifo: el plic, plic, plic de una química mental incorrecta, mundana y triste. Su tío por parte de madre había sufrido esquizofrenia. Peter nunca había tenido los síntomas... hasta ahora. Pero ya había saltado antes de un precipicio. Ya había intentado descubrir, aprender el modo de traer algo de vuelta desde el otro lado.

Bajó el libro y se quedó mirando la pared, las fotografías de las niñas allí colgadas en sus simples marcos de bronce. Daniella, en el último año de su vida, mostrándole una sonrisa adorable mientras con el dedo índice se apretaba la mejilla regordeta. Lindsey, el mismo día, más seria, con grandes ojos azules y los labios tendidos en una línea firmemente neutra.

No, no estás loco, se dijo, y no estás buscando excusas. Eres un padre desconsolado y eso es algo con lo que cuesta mucho vivir, pero ves cosas de verdad. Estás tratando de comprender lo que son esas cosas, y qué es lo que tiene más sentido.

Entonces se preguntó, con una mueca retorcida: Y en ese caso, ¿por qué eres tú el único que está viendo cosas, tarado?

El libro de Huxley estaba abierto sobre la cama, y no parecía ser una gran ayuda.

Desde la cocina sonó el teléfono fijo. Recorrió el pasillo y levantó el receptor, tirando del largo cable espiral para acomodarlo en su oreja.

—Russell.

—Señor Russell, soy el detective Scragg. Robos y homicidios. Llamé antes. Hace un tiempo que no hablamos. Espero que sea un buen momento para hacerlo, o por lo menos que no sea malo.

Peter se giró. La cocina estaba a oscuras; la única luz procedía del porche, a través de la ventana que había sobre el fregadero. Una persiana veneciana de madera proyectaba barras de sombra sobre los armarios y la encimera.

La voz al otro lado prosiguió:

—Solo quería concertar una cita para volver a vernos. Me gustaría hablar de algunas cosas, si a usted no le importa.

—Es domingo por la noche —dijo Peter.

—Sí, bueno, la verdad es que para mí no existe el fin de semana. Reviso casos abiertos, casos parados. Eso hago. Algún día aprenderé, pero todavía no. La señora Russell no responde a mis llamadas.

—Ajá. —A Peter no le apetecía hablarle a Scragg del divorcio.

—No la culpo, pero hay algunas cosas que necesito contrastar con usted. No se trata de nada nuevo, solo para refrescar mi memoria, para volver a darle cuerda al reloj.

Peter no sabía a qué reloj se refería.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Sabe?, es el segundo aniversario.

Peter miró el calendario de la pared. Sus dedos se cerraron con fuerza alrededor del teléfono.

—Solo quería hacerles algunas preguntas que quizá ya les haya hecho, aunque también es posible que no. Nuevas perspectivas. Los polis cambian y crecen. Puede que esta vez vea las cosas de un modo un poco distinto.

Dos años desde la muerte. De repente Peter pudo visualizar a su hija con toda claridad andando por el porche, riendo con Helen mientras doblaban la colada, enfadada después de una pelea con Lindsey. Intentaba volver a hacerla real en su mente. Eso era, ¿no? Hacerla totalmente real, como si no hubiera desaparecido. El esfuerzo le dolió.

—¿Nada nuevo? —preguntó.

—No, señor. No hay novedad —respondió Scragg—. Nada concreto, en cualquier caso.

Peter giró lentamente en la cocina a oscuras, enroscando el cable en el brazo.

—Si puedo ayudarlo...

—Estoy seguro de que sí, señor Russell. Siento insistir. Lo que quería preguntarle era si se nos pasó por alto entrevistar, hablar con alguien, con quien fuera, aun con aquellos libres de cualquier sospecha, que tuvieran algún interés en... máscaras. Es

una suposición muy vaga.

Peter cerró los ojos. El asesino había pintado una máscara de mapache alrededor de los ojos y la nariz de Daniella con una mezcla de polvo y sangre. Sintió cómo su propia sangre se frenaba dentro de su cuerpo y se convertía en un río espeso y frío por todas sus venas, salvo detrás de los ojos.

Los ojos...

—Hemos buscado algo similar por todas partes y no hemos encontrado nada, señor Russell. Pero estamos convencidos de que esta persona ya había matado antes. ¿Puede pensar en algún aficionado, un coleccionista quizá, alguna clase de artista, alguien que lo conociera a usted, que lo hubiera mirado con una especial atención? Quiero decir alguien que hubiera matado antes pero que hubiera ocultado sus crímenes. Necesitaría un lugar seguro en el que esconder los cuerpos, quizá muchos...

Peter siguió tratando de ver a su hija tal como era cuando estaba viva, como una defensa contra las horrendas imágenes que estaba reviviendo. Dejó de escuchar la voz de Scragg. No podía concentrarse en aquella fuente particular de insoportables verdades.

Abrió los ojos y deshizo su giro, liberando el cable del teléfono.

En el umbral que conducía de la cocina al pasillo estaba la sombra crepuscular de una niña de diez años. Era Daniella, no Lindsey, con el pelo más largo, más pequeña y delgada, más joven; de ello estaba convencido. Su silueta era nítida, su forma tenía claras dimensiones. En la parte central del torso parecía descansar un punto de pálida luz amarillenta. La sombra lo observaba, expuesta a su atención.

Scragg seguía hablando, un murmullo lejano de comprensiva pero cruel realidad.

Daniella levantó un brazo, como si quisiera señalar. Peter se quedó mirándola; el calor detrás de sus ojos era como una descarga de aire tropical. La observación la hacía más real.

La voz de Scragg atrapó perversamente su atención.

—... alguien que ella conociera, alguien a quien reconociera —decía el detective—. ¿Puede pensar en alguien con quien no hablaríamos?

—Se lo preguntaré —dijo Peter.

—¿Disculpe?

—Está aquí. Ha vuelto —murmuró Peter atónito.

No era solo la reaparición de su hija, era aquello en lo que se había convertido: traslúcida, insustancial, hermosa como un trozo de cristal. Peter no podía combinar lo que oía con lo que veía. El detective hablaba de muerte, de sospechosos y asesinatos, pero Daniella estaba allí, demandando su atención.

La niña sonrió.

Peter frunció el ceño y negó con la cabeza, decidido a concentrarse. Si no lo hacía, podría dejar pasar la imposibilidad más importante para él.

—Ahora no puedo hablar.

—Señor Russell...

Peter colgó.

La imagen no era solo Daniella vista desde fuera, no era solo un fantasma del exterior; a medida que pasaban los segundos podía ver más profundo, a través de las volutas de lo que podrían haber sido unas ropas pensadas a última hora; más hondo todavía, bajo la piel, estaban las siluetas abocetadas de huesos y órganos, mantenidos en su sitio por una cierta esclavitud a la forma mortal, pero sin duda alguna carentes ya de función alguna. No eran necesarios. Igual que el exterior. Daniella parecía la maqueta cristalina de una clase de anatomía. O, más correctamente, era como una diatomea humana, traslúcida y nacarada.

—Los fantasmas tienen huesos —murmuró Peter.

La niña miró a la izquierda, vagamente preocupada por algo que la esperaba en el pasillo, y después devolvió la mirada a Peter.

—Hola, Daniella —dijo—. ¿Sigue... eso ahí? —preguntó con tono amable, como si le hablara de una araña u otra pequeña sabandija que la hubiera inquietado. Espera un minuto, voy a por un frasco para echarla a la calle.

Ella asintió con un gesto infantil de la cabeza: seguía allí, fuera lo que fuese. Peter se preguntó si Daniella podía disentir de cualquier cosa que él dijera. Era posible que los fantasmas fueran como títeres, obligados a hacer o creer lo que se les sugiriera.

Pensó en varias cosas que decir: te quiero. ¿Dónde estás, cariño? ¿Qué te sucedió?, y se preguntó si ella era capaz de captar lo que pensaba. Se había pasado años hablando con Daniella en su cabeza, diciendo todas las cosas para las que no había habido tiempo mientras estuvo viva.

Por fin se decidió:

—Dime si eres real.

Ella lo recompensó con un paso adelante. Al parecer, fuera lo que fuese lo que había en el pasillo, no la preocupaba demasiado... si es que era capaz de sentir preocupación. Ha dejado atrás todas las preocupaciones mortales, ¿no? ¿Pero qué hay de las otras, de las postmortem?

¿Qué demonios significaba aquello?

Peter se sentía como si se hubiera tomado seis tazas de café cargado. Su pulso corría desbocado, pero no sudaba; no sentía angustia, solo una excitación casi más allá de las palabras, más allá del sentido común. Estaba alborozado.

—Te quiero tanto... —le dijo—. Gracias por darme otra oportunidad. Gracias.

Unas pequeñas motas de luz flotaron desde el suelo y encontraron su lugar en ella. Cuanto más se acercaba Daniella, más sólida parecía. Peter casi era capaz de estirar la mano y tocarla, abrazarla.

No.

—Eres real —dijo Daniella. Su voz era como instrumento de viento que tuviera que atravesar metros de paño grueso, una mala conexión a través de mares imposibles. La niña levantó la cabeza y extendió los dedos, como si los quisiera posar

sobre el pecho de su padre. Una vez más Peter notó el fulgor, como una luz que cayera sobre su torso, como si Daniella contuviera una pequeña nube luminosa, una puesta de sol dentro de un fantasma.

—¿Qué es lo que quieres, cariño? —preguntó Peter.

—Mira —demandó ella, y dio otro paso. Esta vez, mientras se movía, él pudo ver claramente la discontinuidad, un salto, como si fuera un vídeo en avance rápido. Detrás del rostro de la niña era capaz de discernir el contorno de venas y arterias, los dientes tras los labios, el cráneo bajo la piel. No me extraña que creamos que los muertos vuelven encogidos, descompuestos. Pero está hecha de cristal. Es hermosa, no fea y rota.

Daniella estaba ahora a su alcance. Con un gemido, Peter se inclinó hacia delante. Sintió resistencia, como si quisiera unir el polo del mismo signo de dos imanes. La piel le cosquilleó. Ella se apoyó contra su pecho, suspiró (el eco de un suspiro), cerró los ojos y lo abrazó con brazos traslúcidos.

De cada punto de contacto fluía una fatiga de bienvenida, más profunda que el reposo, la caducidad de la muerte al filtrarse; tristeza y distancia y pérdida, pérdida de motivación, de utilidad, de conexión. Sus músculos quedaron laxos. Demasiado tarde comprendió que aquello no estaba bien. No funcionaría.

Buscó aire.

—Papá —dijo Daniella, y se extendió a su alrededor.

En México nadie se ríe de los muertos, sino que se los aplaca con cráneos de caramelo.

Las tribus antiguas disponían de chamanes entrenados en condolencias y magia para apaciguar a los difuntos. Los rodeaban y confundían con sus rituales, separándolos delicadamente de la vida y de los vivos, intentando asegurarse de que no volverían, o que de hacerlo lo harían sin poder. Su oscuridad era más profunda que la nuestra, sus noches más largas; vivían verdaderamente en la sombra de la Tierra, y en algunas noches, en las noches malditas, el mismo sol era reluctante a mostrar de nuevo su rostro.

Para los vivos es amor. Para los muertos que aún no han partido es un aferrarse, una terrible necesidad. Las viejas costumbres hablan de necesidades peligrosas que no es posible satisfacer o saciar. Las madres sabias protegían a sus niños contra el mal occhio, la irracional afección y deseo tanto de los vivos desesperados como de los muertos envidiosos.

Él debería haber preparado y protegido a su hija.

Mal occhio.

Mal de ojo.

El tiempo ha perdido pie; él ha perdido pie y ha caído.

La vio claramente. Estaba allí.

Casi le encontró el sentido. Los muertos no pueden volver a sus antiguas casas del mismo modo. Necesitan liberación, olvido. Libertad.

(La puesta de sol dentro del fantasma...).

Las lágrimas no acabarán jamás.

Peter simplemente quiere recuperar a su hija.

Estaba en la calzada en el exterior de la casa, contemplando una costra de aceite seco manchada de barro. El pulso le latía en los oídos, la sangre bombeaba como la gasolina en un motor atascado. No recordaba haber salido ni haberse caído, pero tenía los nudillos y las rodillas despellejados. No había dolor; el dolor hubiera sido bienvenido.

Su cara estaba húmeda por la emoción, pero al principio no podía recordar por qué, y se preguntó si por fin había sucedido, si la angina de pecho o lo que fuera había partido de una vez sus tejidos en dos.

Giró y se quedó mirando el cielo gris. ¿Crepúsculo o alba? El brillo era cada vez mayor. Debía de estar amaneciendo. ¿Llevaba allí fuera toda la noche?

El teléfono sonó dentro de la casa. No era el Trans, sino el viejo teléfono fijo. Comunicación. Habla de tierras lejanas. Contó siete timbrazos antes de que se parara. Se puso rígidamente de rodillas sobre el camino, se encaró hacia la casa como un penitente a punto de arrastrarse hacia una capilla. Poco a poco regresaron los recuerdos. Estaba repitiendo una y otra vez el nombre de su hija. Miró hacia abajo. Tenía la camisa y los pantalones cubiertos por una delgada capa de polvo, pero no era de la calzada. Era blanco, grisáceo. Estaba en sus dedos, polvo de interior, como si se hubiera arrastrado debajo de una cama. Se incorporó y se olió las uñas. El olor que había asociado con Daniella desde su infancia se aferraba inconfundible a él, dulce y primordial.

—Dios mío, ayúdame.

Se inclinó contra la pared del garaje. Su pulso se calmó poco a poco y respiró con mayor facilidad, recobró la vitalidad. Sintió un bienestar peligroso, esa sensación de alivio que sigue a un vuelco del corazón. Quería más. Quería regresar a la casa y ver si Daniella seguía allí. Sabía que si volvían a tocarse no despertaría nunca. Y no le importaba. Aquello le parecía bien.

El teléfono volvió a sonar.

Aún aturdido, Peter se dirigió hacia la casa. Tuvo un pequeño tropezón en el bordillo de la calzada. Cruzó el patio, se golpeó el dedo gordo del pie, trastabilló y tanteó la campana Soleri. La llave se liberó de su cinta y cayó sobre los ladrillos con un tintineo seco. Se quedó mirándola, dejando sonar el teléfono.

La llave estaba cubierta de polvo.

Peter se inclinó, la recogió, la olió y la devolvió al bolsillo de su pantalón.

Levantó el receptor al décimo timbrazo.

—Me siento fatal —espetó Helen sin esperar a que él dijera nada—. No fue culpa tuya. Entiendo que estés cabreado. —Cuando vio que no contestaba, siguió—: Peter, maldita sea, ¿estás ahí?

—No estoy enfadado —dijo Peter.

—¿Y por qué no contestas al teléfono? Sé que estás enfadado.

—No me encuentro bien —dijo Peter. Podía verse en el cristal de un armario de la cocina y, francamente, pensó que tenía un aspecto luminoso.

—Queremos compensarte —dijo Helen.

—Me encantaría veros a las dos —respondió Peter. Tenía preguntas, muchas preguntas que hacer a mucha gente.

—Creo que lo del picnic sería una idea muy buena.

Con cuidado, como si estuviera tratando de alcanzar un salvavidas, Peter preguntó:

—¿Puede quedarse Lindsey aquí esta noche?

—Claro —respondió Helen algo cortante, su agresividad aún presente. Se sentía culpable pero justificada. Aquello le haría sentirse mejor. Peter obtendría todo cuanto pudiera, cualquier cosa que lo alejara de aquel lugar oscuro y peligroso que lo había secuestrado durante tantas horas.

—¿Por qué llamas tan temprano? —preguntó.

—¿Qué? Son las diez, tonto.

Peter miró afuera. El sol brillaba.

—El reloj se ha quedado sin cuerda.

—¿El reloj eléctrico?

—Supongo que se ha ido la luz.

—¿Va todo bien?

—Creo que sí.

Por el teléfono oyó el zumbido de la secadora.

—Lo siento, es solo un momento. —La voz de Helen se apagó mientras llamaba —: Lindsey, ven a saludar a tu padre.

Una breve pausa y un chasquido. Lindsey cogió el teléfono.

—Hola, papá, tenemos que hablar —fue lo primero que dijo.

—Claro.

—Mamá está recogiendo la ropa en la otra habitación —dijo Lindsey, bajando la voz—. Tenemos que hablar pero no puedo decirte por qué.

—Ya lo sé —respondió Peter—. Te echo de menos, Lindsey.

—Algo está cambiando, papá —susurró. Después, más alto—: Aquí está mamá.

Famélico, Peter se hizo una tortilla como desayuno tardío. Mientras comía sentía cómo los nutrientes se abrían paso por su torrente sanguíneo, calientes y sensuales como gotas de salsa tibia sobre un puré de patatas. Tras tocar a los muertos, hasta una tortilla podía resultar pecaminosa.

Al fondo del armarito encontró una vieja caja de Tang y se preparó una jarra, desliendo los pegotes fosilizados de naranja en agua de grifo y agitando sin parar con la cuchara, antes de llenar tres vasos puestos el uno junto al otro y vaciarlos de un tirón. El azúcar era como la electricidad. Podía sentirlo todo con una nitidez que era al mismo tiempo excitante y preocupante.

Lindsey necesitaba hablar con él.

Dejó la cuchara, sintiéndose de repente enfermo. Pasaron unos minutos antes de que se convenciera de que el desayuno no iba a volver por donde había venido: el fantasma del desayuno. No podía comer más. Miró el teléfono, el contestador automático sobre la encimera de azulejo, con la luz quieta, sin mensajes. Y no era de extrañar, pues había desactivado el modo contestador. No recordaba haberlo hecho.

Extendió la mano y volvió a activarlo.

Se preguntó si Daniella le dejaría mensajes como un fantasma en un episodio de *The Twilight Zone*, llamando desde el cementerio a través de una línea telefónica derribada por una tormenta. Aunque, por supuesto, Daniella no estaba enterrada. Helen había hecho incinerar sus restos. Había una urna en un nicho. No. No sigas por ahí.

Nunca he estado allí. No hice por ella lo que hice por Phil: devolverla al mar. Helen me prohibió que devolviera a mi hija a la naturaleza.

Scragg. El detective Scragg. Después de todo aquel tiempo, aún comprobando el caso. Mirando el calendario, dos años. Solo una coincidencia. Qué devoción, qué dedicación. Gente en la que no hemos pensado. Sospechosos todos.

Se inclinó sobre la mesa de desayuno, agarró el borde de metal, y se quedó mirando la superficie brillante de linóleo a imitación del mármol, nada en concreto.

Se mordió el labio, después el interior del carrillo.

Llevaba desaparecida y muerta tres semanas cuando un corredor la encontró oculta bajo un montón de hojas, en una zona de hierba muy alta.

«La hija de diez años del antiguo director de películas eróticas Peter Russell ha sido hallada muerta en el parque Griffith».

Quienquiera que la hubiera secuestrado y asesinado se había limitado a rascar una zona de hierba y tierra, y la había tirado allí. La niña había recibido numerosas puñaladas, todo un frenesí. Su único y triste solaz (el de Peter, el de Helen) era que no había sido violada.

Los fantasmas no reflejaban la violencia que habían sufrido en vida, la enfermedad, el asesinato.

El tiempo parecía haberse detenido, con tal velocidad se derramaban aquellos pensamientos desde su sima.

No, nada de eso. Murió de leucemia. Llevaba meses enferma, no fue asesinada. No seas gilipollas.

Murió en un accidente de coche, un accidente de autobús.

Murió al caerse de una roca durante una excursión escolar, se rompió el cuello; estaba preciosa, allí tumbada en su ataúd, con todas aquellas flores.

¿Quién en este repugnante mundo querría asesinar a una niña tan adorable, y después dejarla ahí tirada para que se pudriera?

A veces, raramente, los chicos desaparecidos aparecen con vida, y entonces las cámaras de televisión también vuelven. Cuando los chicos regresan muertos, ¿quién lo va a creer? «La hija de Peter Russell vuelve desde el otro lado. Todo el país estalla en júbilo. Tras la angustia, un padre feliz».

Aquellas tres semanas terribles de no saber, de oír a Helen chillar en el baño, arañándose los brazos hasta hacerse sangre... Lindsey escondida en su habitación o debajo de las escaleras que conducían al sótano, demasiado joven a sus once años para comprender la muerte. ¿Y quién, a cualquier edad, puede llegar a comprender o a aceptar la muerte de un ser querido?

«A continuación, en Oprah, ¿pesar u olvido? ¿Dolor o locura?».

Semanas que se hicieron meses.

Cuando la policía no pudo hacer nada ni encontrar nada, Peter empezó a salir por su cuenta. Compró libros sobre la resolución de casos. Volvió al lugar una y otra vez, soportando el sol de octubre, la lluvia de diciembre, regresando a casa con los zapatos embarrados, sumido en una furia optimista por lo que podría hacer al día siguiente, por lo que podría investigar.

Se tumbaba por la noche junto a Helen y leía sus libros, hasta que ella cogió la manta y se fue a dormir al salón.

Y al fin aquel último paso hacia la locura, la visita al parapsicólogo. Y mientras tanto el beber sin parar, solo para tener la esperanza de sentirse normal durante cinco o diez minutos de un día intolerable.

Trabajando con el piloto automático. Volando a ciegas.

¿Quién te hizo esto, cariño? ¿Y por qué?

Mientras sollozaba en silencio, con los hombros trémulos, frotándose el esternón con un dedo rígido, buscó aliento.

—Hora de Humpty Dumpty, Peter Russell —dijo.

Peter ascendió a pie la colina desde el pequeño colmado, cargado con dos bolsas de papel llenas de leche, ingredientes para ensalada, carne, pan y seis latas de Ginger ale. Vio un Mercedes 500SL rojo estacionado en la pendiente junto a su casa y se detuvo, antes de ajustar el peso de las bolsas y continuar.

La matrícula de California del Mercedes rezaba «TRANS4U2».

Stanley Weinstein, que paseaba nerviosamente por el porche, se detuvo para golpear la campana Soleri con un capirotazo. Saltó cuando Peter lo saludó.

—No lo oí llegar. Qué bonita casa. Muy clásica. Espero no interrumpir nada interesante.

Weinstein era un manojito de nervios, pero no de energía nerviosa. Las bolsas bajo sus ojos se habían oscurecido desde su reunión en Marin.

—No hay problema —dijo Peter, abriendo la puerta frontal—. Pase, voy a dejar esto. ¿Quiere un ginger ale?

—¿No tendrá vino blanco? ¿O *whisky*?

Peter negó con la cabeza.

—No tengo nada de eso en casa —respondió—. Además, tiene que conducir, ¿no?

—Un tipo responsable —dijo Weinstein, mientras lo seguía adentro. Abrió la tapa de la caja de cartón en el pasillo—. Veo que aún tiene algunas unidades.

—Algunas —admitió Peter—. No salgo mucho. Pero ya he repartido entre algunos amigos.

—Entonces estupendo —dijo Weinstein, una respuesta no totalmente apropiada, pensó Peter. Como si el joven no lo estuviera escuchando con mucha atención—. Esta noche me reúno con más posibles inversores de Santa Mónica. Hay mucho dinero en juego. La obtención de fondos es muy similar a la industria del espectáculo, ¿no cree? Consiste en ver y ser visto.

—Toda la industria del espectáculo se basa en la obtención de financiación —convino Peter, mientras llevaba las bolsas a la cocina.

—Lo cierto —siguió Weinstein— es que también quería ver qué tal va su trabajo. Ha habido... cuestiones.

—¿Qué clase de «cuestiones»? —preguntó Peter, lavando la lechuga en un escurridor abollado.

—Cabezas más templadas me indican que he asumido muchos riesgos. Algunos de nuestros nuevos inversores se preguntan si es usted la mejor elección. He venido para llevarles munición, muestras conceptuales. ¿Ha mirado el trabajo de nuestra compañía de diseño?

Peter llegó desde la cocina, secándose las manos con un trapo.

—Es horrible —dijo.

Weinstein resopló.

—Pues pagamos una bonita suma por su valoración. Ellos están entre la gente que duda de usted, para ser sinceros.

—Bien, la sinceridad es sana —dijo Peter, sintiendo el color en sus mejillas. Vigila tu boca. Es un momento delicado. No te sigas sabotando.

—No pretendía ofender —dijo Weinstein—. Pero tenemos que seguir adelante.

—¿Hay más dificultades? —preguntó Peter.

—Aparte de conseguir que todos vayamos en el mismo barco, ninguna —respondió Weinstein, pero sin mirarlo a los ojos—. Los genios no son los mejores compañeros de negocios, no dejan de salirse por la tangente. Se pierden en la teoría. Consideremos esto, consideremos lo otro. Ya se sabe la historia. Historia de terror, he de decir.

—Aún no tengo mucho que enseñar. Arpad me envió una nota con los bocetos del equipo de diseño, y a él tampoco le gustan.

Ahora Weinstein lo miraba directamente, con lo que pretendía ser una mirada acusadora.

—Bueno, sí, Arpad. Sin duda nuestro Tesla, ¿no? Y más o menos con su mismo sentido comercial. Si voy a pelear por usted, necesito algo de genuino Peter Russell. Algo inspirador.

—¿Si va a pelear? —preguntó Peter.

Weinstein inclinó la cabeza a un lado para aliviar una contractura en el cuello. Durante un momento su mirada pareció enloquecida.

—Tenemos una semana para demostrar nuestra capacidad, ni una hora más. Si consigo mantener a Arpad de buen ánimo, si consigo que nuestros inversores no se conviertan en una manada de hienas... Por favor. Cualquier cosa.

Peter decidió que Weinstein no era mucho mejor que la mayoría de los productores para los que había trabajado. Cuanto menor era el presupuesto, más se quejaban. Pero él casi siempre había cumplido, e intentaría hacerlo ahora.

—Regalar bocadillos como los de los tebeos —ofreció, con el trapo de cocina en el brazo como un camarero.

Weinstein enarcó una ceja.

—¿Cómo dice?

Peter hizo como si estuviera descorchando una botella de champaña y simuló servirse en el puño.

—Gente por la calle que lleva bocadillos de conversación, como en los tebeos, y se los intercambian. Se los llevan a casa y los bocadillos revientan, y de ellos salen mensajes: «solo somos humanos. Hablar es lo que hacemos».

—Suena hasta contraproducente —dijo Weinstein—. No parece *sexy*, ni... tenso.

—Estoy trabajando en ello —respondió Peter—. Bailes con abanicos. Hombres y mujeres desnudos, con bocadillos de conversación delante de sus partes, bailando por

la calle.

Weinstein soltó una risita.

—Bueno —dijo, reservado—. Bueno. —Paseó junto al ventanal frontal, con la mano en el mentón.

—Actores aficionados —dijo Peter—. Jóvenes y viejos, no todo chicos guapos. Desnudos algo colganderos, pero todos se lo pasan bien. Puede que los desnudos sean demasiado obvios. En súper ocho. O puede comprarme una Arriflex Super 16 de segunda mano, da más control y podemos rodar en el laboratorio. Unos treinta mil. Más barato que el alquiler si vamos a hacer varios anuncios o piezas de promoción al mismo tiempo.

Peter no podía pedirle un préstamo a Karl Pfeil, no en ese momento.

—¿Y qué tal el vídeo digital? —preguntó Weinstein, algo afectado por la suma.

—No tiene la textura que me dijeron que querían. Aunque igual han cambiado de idea.

—No, no —respondió Weinstein, retirándose. Torció los labios—. Podemos alquilar...

Peter percibió aquiescencia.

—Deme un presupuesto y monto un equipo. Puedo hacer maravillas con cincuenta mil. Si alquilamos. Y eso son exclusivamente mis honorarios. Veinte mil por cada pieza promocional, cincuenta mil para un anuncio. Si trabajamos rápido, en dos semanas puedo darles algo corto. —Peter inspiró profundamente y con disimulo.

Weinstein comenzó a pasear de nuevo.

—No puede imaginarse la presión. Ayer dimitieron seis de nuestros hombres clave. Estamos que vemos doble.

—Quizá la prisión no sea el entorno de trabajo adecuado —sugirió Peter.

Weinstein le lanzó una mirada que Peter no supo leer, y después se apartó.

—Su agente —dijo.

—Trabajo con un abogado —respondió Peter. Aunque hacía siete años que no hablaban.

—Bien —dijo Weinstein—. Deme los papeles. Así que no le gustan las otras ideas, ¿eh?

—Querían usar la cámara de gas —indicó Peter.

—Lo sugerí yo. Psicotrónico, ¿eh?

—Suicida —dijo Peter, sintiendo cómo volvía su vieja fuerza—. Está usted vendiendo conversación, no videojuegos. Aunque si solo quiere venderles el Trans a los adolescentes de vuelta de todo...

Weinstein consideró aquello con expresión neutra.

—Muy bien —dijo, y extendió la mano, agitando los dedos como un mendigo—. Una muestra, lo que sea. Estoy desesperado.

Peter cogió un bloc de dibujo y un rotulador y dibujó a cuatro de los tipos de Phil, sosteniendo los bocadillos delante de sus partes nobles.

—«No dejes de hablar» —dijo, repartiendo las palabras entre los bocadillos. Después, sobre el conjunto, escribió: «Cuando comunicarse es fácil la vida es hermosa. Esa es la verdad desnuda». Le entregó la página a Weinstein, que le echó un vistazo y torció el gesto.

—¿Desnudos fondones? ¿«La verdad desnuda»? ¿Sabe usted la clase de gente a la que me enfrento, Peter? No ven más allá de lo «hipermolón». Compiten entre ellos para comprar los coches deportivos más supercaros, solo por el afán de competir. Sus mujeres encajan en las medidas perfectas, como si las pidieran por catálogo. Huelen la sangre en el agua a kilómetros de distancia. Saborean el fracaso, como las anguilas saborean la enfermedad y la muerte.

¿Por qué ha dicho eso?, se preguntó Peter.

Las mejillas de Weinstein se tensaron para formar profundos hoyuelos alrededor de sus labios, pasando de largo la furia para entrar directamente en la desesperación.

—Si dejo que nuestros inversores conozcan a Arpad ahora mismo, tal y como está, estoy hundido. Todos nos vamos a pique. Está pasando una crisis.

—¿Qué clase de crisis? —preguntó Peter.

Weinstein ignoró el comentario.

—Necesito seguridad, calma, estabilidad, savoir faire. No creo que los chistes malos y los desnudos fondones me sirvan de mucho.

—Entonces, ¿por qué hablaron conmigo? —dijo Peter, con la voz rota—. Ya conocen mi reputación. En eso es en lo que he sido bueno. —Ya había tenido suficiente.

—Porque pensé que aún podría tener algo más que añadir —respondió Weinstein. —Peter hizo un ademán de romper el papel por la mitad, pero Weinstein se lo quitó de las manos—. La hostia. Reunión esta noche, más dinero del que puede siquiera imaginar Benoliel... y esto. —Enrolló rápidamente el papel—. ¿Tiene una goma elástica?

Media hora después de ver cómo Weinstein salía por la puerta, Peter estaba sentado en la cocina, vibrando de furia y preguntándose si sabía qué demonios estaba haciendo, con Weinstein o con cualquier otra persona en su vida. Trató de dar un trago a un ginger ale, pero le temblaba tanto la mano que el líquido se derramó. Sonó el teléfono.

Se quedó un momento mirándolo, cansado de hablar, antes de dejar el vaso y levantar el auricular.

—Diga.

Era Michelle.

—Joseph está mal —dijo—. Quiere hablar contigo. No me ha dicho para qué. ¿Puedes venir?

Peter se recompuso.

—Claro —respondió—. Tengo el coche en el taller. Me acerco a recogerlo y voy para allá.

El taller le envió un *jeep*. El Porsche ya estaba listo para rodar, pero Peter tenía que estar de vuelta en su casa antes del anochecer.

Si se atrevía.

—Gracias a Dios que estás aquí —dijo Michelle mientras Peter subía los escalones.

Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una silla de mimbre rojizo, en la larga veranda sombreada. Eran las tres en punto y tenía un martini en la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Peter.

Ella se encogió de hombros.

—No me lo quiere decir. Emocionalmente lleva una semana cuesta abajo —dijo, y añadió con los labios apretados—: A veces me pregunto si lo conozco siquiera. —Entonces se incorporó y dejó el vaso sobre una mesa redonda de cristal—. Entre tú, yo y el alcohol.

—Por supuesto —dijo Peter. Junto al vaso vio que había dispuesto varias chinchetas plateadas con las que había formado la cara de un payaso sonriente.

—Debería dejarlo —dijo ella, levantando de nuevo el vaso—. No bebo mucho, pero debería dejarlo del todo. El modo en que quita el estrés es falso, ¿no es cierto? Porque la tensión sigue ahí.

—Solo que no la sientes tanto —respondió Peter.

—Tú lo dejaste hace mucho —dijo Michelle, levantando hacia él sus inquisitivos ojos verdes, muy maquillados. Nunca la había visto usar tanto maquillaje: mejillas rosadas, pestañas postizas, máscara de ojos. Bordeaba lo grotesco.

—Hubiera acabado conmigo —replicó.

—Eres fuerte. —Michelle cambió de expresión, se iluminó. Donde antes parecía sombría, ahora era amigable y curiosa—. ¿Qué tal tu entrevista?

—Tengo trabajo —dijo Peter sonriente—. Gracias a ti.

—Hago lo que puedo —respondió Michelle distante—. A Joseph le gustaría saberlo. Ya sabes que le gustas mucho.

—Lo sé. No me gustaría defraudarlo, ni a ti.

—¿Cómo demonios ibas tú a defraudarnos? —preguntó Michelle, atónita.

—Puede que esté perdiendo la chaveta —dijo Peter—. Es como si intentara sabotearlo todo.

—¿Como la última vez? —preguntó Michelle, inclinándose hacia delante.

—Peor. Veo cosas.

Michelle se acercó y le rozó el dorso de la mano. Una de sus largas uñas rascó brevemente la piel, dejando una marca blanca.

—¿Qué te hace pensar que te estás volviendo loco? Joseph ve cosas constantemente. —Sonrió, como si aquello pudiera ser un chiste... o no—. No confía en mí. Es como si pudiera sentir una tormenta que se avecina, pero... No sé de dónde procede. Habla en sueños, algunas veces. Supongo que todos nos hacemos viejos.

Peter miró al otro lado del jardín, avergonzado.

—Bueno, lo mío es más grave.

La sombra de las nubes recorría la finca.

—Cuéntame —dijo Michelle. Se echó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y lo miró fijamente—. Me importas, Peter. Ya te he escuchado antes, y lo haré ahora.

—No sabría ni por dónde empezar.

—Comienza por ayer. En un momento tan bueno como cualquier otro.

—Lo peor no es lo que veo o dejo de ver —dijo Peter—. Lo peor es el patrón. Es preocuparse por algo, y perderlo, y después venirse abajo. Nunca tengas hijos, Michelle.

—No lo haré —prometió ella.

—Por muy hijo puta y egoísta que puedas creerte, llegan los niños y te desmantelan, te reconstruyen. Pones en ellos todo cuanto eres, todas tus esperanzas y miedos. Es como si tuvieras que dar un paso al frente y protegerlo todo: a toda la familia, a todo el mundo. A veces me quedaba tumbado en la cama temiendo la pérdida de una de mis hijas, de ambas, temiendo lo que ello nos haría a Helen y a mí.

—No sé, eso debe de ser bastante común —observó Michelle.

—Sí, pero a pesar de todo no hacía caso, no escuchaba mis propios miedos. Perdí la concentración. Estaba de viaje..., documentándome para un libro. Un librito estúpido que no iba a ninguna parte, por mucho que investigara. Y una parte del mundo oscuro llegó y se la llevó.

La llamada de Helen, Daniella ha desaparecido. Vuelo de vuelta a casa en un charter desde San Francisco. Llegar al aeropuerto Burbank, recogerlo Helen, correr a casa... para sentarse y esperar, para hablar con los agentes de policía, para buscar fotografías, para redactar descripciones destinadas a la Alerta Amarilla, ascendiendo poco a poco en la cadena hasta llegar cuatro días más tarde al detective Scragg.

Solo cuatro días y ya estaban hablando de Robos y Homicidios.

—¿Mundo oscuro? —repitió Michelle, incrédula—. ¿Diablos y demonios? Fue asesinada, Peter.

—Es una metáfora. Kipling —dijo Peter. Aquello no lo llevaba a ninguna parte.

—Me gustaría saber qué es lo que estás viendo. Puede que me ayude a comprender a Joseph.

Peter entrecerró los ojos mientras miraba el césped.

—No te entiendo —dijo—. No tiene la menor importancia porque no puede ser real, ¿comprendes?

Ella se encogió de hombros.

—A veces camina en sueños. Grita en medio de la noche. El doctor dice que puede ser una reacción a los medicamentos para la presión sanguínea. De noche es peor, pero ahora también sucede de día. Cuando tú no estás. Pero cuando vienes recupera su mejor talante. —Michelle le frotó las manos y se quedó mirándose los nudillos—. Habla de ti como de un hijo. —Su expresión se hizo neutra—. Así que

supongo que eso me convierte en tu madre, y eso me hace responsable de los dos. ¿Ves? Yo también sé sentirme responsable.

—No me ha dicho nada de todo eso.

—Normal en él, ¿no crees? Parte de mi trabajo es aguantar ese peso en particular cuando te marchas. —Se sentó en la silla con mirada de acero—. No creo que nadie se esté volviendo majareta. Ni tú, ni Joseph. Pero sí que hay un misterio. Dos recios varones comienzan a preocuparse por su cordura y a gastarse enormes sumas en gurús de Pasadena. —Se puso de pie. Con aquella blusa de manga corta y los pantalones cortos plisados parecía una protegida de Howard Hughes a punto de interpretar a Amelia Earhart. Ella misma podría haber sido un fantasma, una actriz que visitara Salammbo desde el pasado, desde los años treinta—. Ve a verlo.

—Claro. —Peter se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta.

—Sigo sin conseguir que mi Trans funcione dentro de la casa, pasada la veranda —decía Michelle a su espalda—. Pregúntale a Weinstein qué pasa.

—Lo haré.

Joseph estaba sentado frente a las ventanas francesas abiertas, en la habitación de arriba. Vestía un jersey y lo que parecían pantalones de esquí.

—¿Buena caza? —preguntó Joseph cuando oyó cerrarse la puerta. No se giró para mirar.

—Bastante decente —dijo Peter—. Me van a dar trabajo. Os lo debo a ti y a Michelle.

—Michelle es la que hizo el trabajo, pues es la de mayor talento en ese departamento. Ven, siéntate. No me hagas girar el cuello. Hoy estoy agarrotado.

—¿Por qué no sales y haces algo de ejercicio? —preguntó Peter.

—Porque estoy... —Por un momento Peter creyó poder anticipar lo que Joseph estaba a punto de decir: «perdiendo el juicio». Pero Joseph retiró sus palabras y las corrigió—. Esa mujer, la ayudanta de Sandaji, no ha dejado de molestarme desde tu visita.

—¿Quiere más dinero?

—No. Al parecer impresionaste a su sirvienta, o como se llame.

—Jean Baslan —recordó Peter—. Dudo que estuviera impresionada.

—Bueno, a alguien impresionaste. Sandaji nunca llamaría directamente, ni siquiera a mí, su benefactor.

—¿Recela del sucio lucro? —ofreció Peter.

—Disfruta de su dinero. Pero pasa demasiado tiempo tratando con gente preocupada, y probablemente le guste su intimidación. ¿Qué te parece como análisis, Peter? —Joseph le ofreció una sonrisa anémica.

—Bastante bueno.

—Mis instintos de productor. Ahora alégame. Cuéntame algo acerca de tu

trabajo.

Peter describió las generalidades del encargo y le relató las espantosas ideas de los consultores de Palo Alto, además de narrarle el peligroso encuentro con Weinstein en la casa de Glendale. No sentía la menor inclinación a hablarle a Joseph de sus fantasmas. Allí, en la vieja y limpia habitación, con su mobiliario caro y oscuro, con el interminable jardín como paisaje, de nuevo en Salammbó, se sentía normal. Podía convencerse a medias de que todo estaba en su cabeza. De que era psicológico. De que volvía a caer en un viejísimo surco. Bueno, ya había sobrevivido antes a aquello, y podría hacerlo otra vez. Siguió el relato, contándole su visita a San Andreas.

—Dios mío —dijo Joseph cuando hubo acabado. Torció el gesto—. ¿De verdad tienen la centralita esa en la cámara de gas?

—Están orgullosos de ello, de un modo retorcido. Estoy tratando de convencerlos de que como reclamo es demasiado juvenil para el mercado general. Cuando vas a por todas hace falta guardar un mínimo de respeto.

—Hablas como todo un rey del cine erótico —dijo Joseph—. ¿Y qué tal los científicos chiflados?

—Parecen tener aptitudes sociales. Ese Arpad Kreisler... es bastante interesante.

—¿Tiene la cabeza sobre los hombros?

Peter asintió.

—Es toda una novedad.

—Puede ser.

—Bueno, es posible que por aquí no te necesitemos dentro de poco —dijo Joseph—. Eso te liberaría para que vigilaras mi inversión. —Tragó saliva—. La inversión de Michelle.

—Aún puedo seguir ayudando aquí cuando haga falta —dijo Peter, repentinamente inquieto, como si estuviera a punto de despertar de un sueño agradable—. Gratis. Los dos habéis sido muy buenos conmigo.

Joseph le hizo un gesto para que moviera su silla y se situara directamente frente a él, en el remanso de sol que atravesaba la ventana.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Joseph.

—Claro. —Peter podía confesarle sus preocupaciones a Michelle, pero no a Joseph; así eran las cosas.

Joseph lo estudió con ojos entrecerrados y, durante un segundo, Peter se preguntó qué estaba sucediendo. Aquella mirada parecía decir: «¿y tú qué sabes?».

—Muy bien —dijo lentamente Joseph, cancelando su escrutinio—. Un último encargo, después del cual me gustaría que dejaras atrás todo esto. Que cruzaras esa puerta y no volvieras.

La sorpresa hizo a Peter guardar silencio.

—No tiene que ver contigo —continuó Peter—. Mi pasado está a punto de regresar y sentarse en mis rodillas, y no va a ser agradable. He cometido errores bastante graves, uno en particular. Debería haberlo sabido, el instinto del productor...

Pero mandaron los cojones*.

—Señor Benoliel, está usted un tanto espeluznante.

—Como dije antes, no es algo que te deba preocupar —dijo Joseph suavemente, como si hablara con un niño predilecto—. Haz esto por mí: vuelve a ver a Sandaji. Al parecer tiene algunas preguntas que hacerte, su sirvienta fue muy vaga al respecto. Puede que necesite tus servicios masculinos. Hasta la Madre Teresa habrá tenido sus momentos.

—Eso lo dudo mucho —dijo Peter, juntando el ceño.

—¿Tienes tiempo para ir a verlas, por mí?

—Claro —dijo Peter.

—¿Esta noche?

—Muy bien.

—¿Y qué harás si te dan la pista de algún misterio cósmico, si amplían la respuesta a mi pregunta original?

—Contártelo todo. Si no has cerrado con llave.

—Para ti las puertas nunca estarán cerradas, Peter. Pero ha llegado el momento de que sigas adelante. De todos modos, si te dan algún indicio... —asintió y fijó la mandíbula—, entonces llámame. Y si algo me sucediera... vigila a Michelle.

—Por supuesto. Pero no va...

—Lo digo de verdad —le cortó Joseph—. Prométeme que harás caso a un anciano. La vigilarás.

Peter asintió, sin tener ni idea de qué hacer continuación. Joseph lo despidió con un gesto y se quedó mirando ausente por la ventana.

—Atar los cabos sueltos. Y... gracias, Peter.

—Es un placer —respondió Peter.

Y mientras abría la puerta, Joseph, como era su costumbre, pronunció unas melodramáticas palabras de despedida:

—No creas lo que lees en los periódicos.

—De acuerdo.

Michelle miró otra vez a Peter mientras bajaban los largos peldaños bajo la veranda.

—Joseph y yo no nos acostamos desde hace años, Peter. Eso no me preocupa. Ya he tenido sexo de sobra en mi vida. Pero esto otro, este ensimismamiento... Esto me preocupa.

—Gracias por compartirlo —dijo Peter.

—Qué, ¿te asusta el destino que aguarda a todos los ancianos?

Peter sorbió por la nariz.

—Asumo que no tardarás en ir a ver a esa tal Sandaji. ¿Puedes acercarme a «Jesús Lloró»?

—Claro —dijo Peter—. Pero si quieres paseamos.

Ella alzó la mirada.

—Va a llover. Esa mujer da miedo, ¿no crees?

—No sé —respondió Peter, detectando una traza de codicia que nunca antes había oído en Michelle. ¿Es que todo mundo está estos días algo fuera de sus casillas? Phil fue el pistoletazo de salida. Después Sandaji. Después yo. Ahora Joseph y Michelle. Estamos todos en el País de las Maravillas.

—Bueno, tú llévame y márchate desde allí. Ya volveré andando. Quiero tu opinión.

—Peter se preguntó cuánto tiempo pasaba Michelle en la otra casa. Aquella era la primera ocasión en que lo invitaba a ver lo que estaba haciendo, cómo ocupaba su tiempo cuando Joseph estaba en sus momentos bajos.

A pesar de sus gustos en mujeres (no le avergonzaba pensar que entre los veinticinco y los treinta era la edad perfecta), nunca había tenido mucha fe en las relaciones con tanta diferencia de edad.

Peter le abrió la puerta del Porsche.

—Siempre me ha encantado este coche —dijo ella, deslizándose en el asiento con elegancia, y metiendo las piernas—. Odio nuestro Arnage. Es un paquebote. —Torció el gesto—. Me avergüenza conducirlo.

—Véndelo —le aconsejó Peter—. Puedes comprar diez o veinte de estos, y a mí me vendrían bien como piezas de repuesto.

Michelle sonrió. Una ráfaga de viento le levantó el pelo. Un frente de nubes oscuras se movía hacia el interior. Ya caían gotas cuando rodearon las colinas bajas y giraron alrededor de la enorme estatua de bronce del Cid que ponía el punto al largo signo de exclamación de setos de adelfas. Se acercaron a la casa de estilo misión por una cuesta asfaltada.

—¿Sabías que una adelfa tiene veneno suficiente para matar a todo un pueblo pequeño? —preguntó Michelle—. Anótalo para tu siguiente historia de misterio.

—Hace años que no escribo una —dijo Peter. Aquel era el fuerte de Phil. Misterios complejos, prolijos, con lo que para el lector medio parecía un gran número de cabos sueltos. No se habían vendido bien.

—Yo podría ayudarte —se ofreció Michelle. La mirada que le lanzó mientras se detenían junto a la hilera de cinco puertas de garaje era al tiempo inquisitiva y neutra. Se echó hacia atrás el pelo de un modo que, Peter sabía por experiencia, significaba que la mujer estaba considerando hacer un intento. La neutralidad, sospechó, era una combinación de no querer mostrar demasiado pronto su mano y de no estar segura o contenta con sus planes. No obstante, algo parecía impelerla—. Deberías hacer lo que sea necesario —le dijo—. Hace años que te conozco. Somos viejos amigos, y digo literalmente lo de «viejos». El tiempo se acaba.

Sin duda estaban en el País de las Maravillas. Por primera vez, Peter se sentía claramente incómodo con Michelle. Hacía tiempo que había aprendido a rechazar los ofrecimientos, tanto abiertos como soterrados, de mujeres de toda clase sin crear

demasiados resentimientos. Sin embargo, el mero hecho de que en ese momento estuviera revisando su catálogo mental de rechazos educados resultaba perturbador. Siempre había pensado que Michelle era demasiado lista o demasiado elegante como para jugar su pequeña carta.

Joseph lo olería en ambos, aunque el asunto no pasara de un sencillo lance; lo sabría sin duda alguna: el instinto del productor.

Sin embargo, en lo que a mujeres respectaba, Peter siempre había sido peligrosamente curioso. Siguió a Michelle por los dos tramos de escaleras hasta una inmensa puerta de acero colado. Ella la abrió con un empujón de su mano fina, de largos dedos; no estaba cerrada.

—Bienvenido a mi bestia —le dijo. Entraron en la mansión. Sus pasos sobre el suelo de baldosas negras, afilados por el recuerdo de las recientes palabras, se convirtieron en la sugerencia de unas cuchillas—. Es que no logro aclararme con lo que quiero hacer en este sitio. Cuanto más tiempo dedico y más lo intento, más feo se vuelve.

Desde las altas ventanas se filtraba la luz suficiente sobre la puerta principal para iluminar su camino, pero el vestíbulo circular seguía siendo oscuro y poco acogedor. Unas escaleras ascendían bruscamente a ambos lados. Las barandillas metálicas de las escaleras y la balaustrada eran una maravilla del mal gusto.

Michelle barrió la balconada con el brazo.

—¿Ves lo quiero decir? Podría poner luces klieg ahí arriba, y seguiría deprimiéndome. Pero tú debes de haber visto cómo estaba antes. El fuego lo destrozó todo. He tirado paredes, he abierto habitaciones, he pintado, he arreglado los suelos... Como con las mujeres mayores, puedes levantar y estirar cuanto desees, pero no es posible esconder una mala osamenta. A pesar de todo, siempre he pensado que tiene potencial. ¿Tú no?

Peter trató de ocultar su inquietud.

Michelle se acercó al centro del recibidor. Su voz pareció dispersarse y proceder de todas partes.

—Una vez Joseph me dijo que aquí sucedió algo terrible, pero no me dijo el qué.

—Un asesinato tenebroso —sugirió Peter.

—Sí, bueno, más bien una orgía que se salió de madre. Inocencia perdida, drogas, botellas de Coca-cola... Cosas en plan Fatty Arbuckle —sonrió—. Pero no está en los libros de historia ni en los periódicos, así que no hay modo de averiguarlo. Puede que tú puedas sacárselo. —Entonces hizo una mueca—. Aunque pensándolo mejor, olvídalo. Ahora no está para historias tristes.

Joseph no le ha hablado del fin de mi cometido, pensó Peter.

—¿Sabes lo del túnel entre las casas? ¿Que tiene raíles y vagones?

—Nunca he estado ahí abajo.

—Creo que vamos a arreglarlo. Vamos a limpiarlo para volver a ponerlo en marcha. —Michelle le lanzó otra mirada neutra. Por primera vez Peter sintió que

estaba mintiendo, y no podía empezar a comprender por qué—. Ven a la cocina — sugirió Michelle—. Es el mejor espacio.

—Mejor no —respondió Peter. Su curiosidad se había evaporado—. Tengo un encargo que hacer.

—Pues nada —replicó Michelle con tono ligero, regresando para estar cerca—. ¿Te has traído tu Trans?

No.

—Creo que están teniendo problemas con la red —dijo. Lo cierto es que simplemente se lo había olvidado al salir de casa.

—Bueno, quizá eso lo explique. No se lo he dicho a Joseph, pero las unidades no funcionan dentro de ninguna de las casas. No quiero que piense que ha apostado por un caballo cojo. ¿Estás bien?

—Solo tengo frío. Debería ponerme en marcha —dijo Peter.

Michelle se abrazó.

—Hace frío, sí. Y esto tiene mejor aspecto cuando hay sol.

Fuera, volvió a convertirse en la Michelle de Joseph, recta y amistosa. Le dio unos golpecitos en el brazo.

—No dejes que esa mujer te la juegue —le aconsejó, de pie junto a la puerta del conductor mientras Peter se abrochaba el cinturón—. Estoy segura de que Sandaji ha convertido a Joseph en una gragea que tragarse. Apuesto a que quiere sacarle más dinero. No me gusta.

Peter dijo que haría lo que estuviera en su mano para proteger a Joseph de las gurús predadoras. Trató de sonreír pero su cara se negaba a cooperar, así que le mostró un gesto seco y le guiñó el ojo. Después dio marcha atrás y dejó a Michelle de pie en el largo camino de asfalto cuarteado, frente a la vieja y enorme casona con su alta cumblera estilo Álamo, y las hileras de estrechas ventanas negras en la segunda planta.

No parecían ojos. Parecían los huecos entre unos dientes manchados.

Jean Baslan abrió la puerta. Sin decir una palabra lo dejó entrar y le hizo un gesto para que esperara en el salón. Peter se sentó cuidadosamente en una antigua silla Morris y cruzó los brazos. Oyó los tacones bajos y duros repiqueteando mientras cruzaban el comedor y el pasillo.

Giró la cabeza ante un pequeño ruido a su espalda. Había un hombre extremadamente viejo junto a un pilar cuadrado que sostenía la mitad de la arcada que daba al salón. Vestía un cardigan azul abotonado a la altura del cinturón, amplios pantalones abolsados y una camisa blanca. El pelo era un cepillo gris sobre la frente amplia. Unas gafas redondas cubrían unos ojos grises y legañosos. Los hombros estrechos estaban caídos como unas alas plegadas, y los brazos largos colgaban con los codos ligeramente doblados, aferrando las manos a lo que parecía un palo de golf imaginario.

Con una pequeña sonrisa tímida, el hombre rodeó con cautela un gran jarrón lleno de flores secas y recorrió el borde de la mesilla de café.

—Sandaji se nos unirá en breve —dijo con voz suave y profunda—. Me llamo Edward Schelling.

—Encantado de conocerlo —dijo Peter, levantándose para ofrecerle la mano.

Schelling sacudió la cabeza a modo de disculpa: «nada de tocar».

—Huesos frágiles —dijo—. Comparado con usted, soy como un trozo de cristal. —Se sentó cuidadosamente en el sofá con una liberación de sus articulaciones bloqueadas y se inclinó alarmantemente hacia un lado antes de enderezarse. Logró hacerlo todo con gran dignidad—. Han pasado muchos años desde la última vez que hablé con Sandaji —dijo—. Ahora es casi un privilegio el que nos haya concedido audiencia.

—Hay gente a la que le cuesta bastante —dijo Peter.

Schelling enarcó sus cejas blancas y pobladas como asentimiento.

—Para ser una mujer tan espiritual, la seguridad es muy importante en la vida de Sandaji. Pero no seamos maliciosos. —Hizo una pausa y echó la cabeza hacia atrás para inspeccionar el artesonado del techo—. ¿Recuerda que le hayan dicho que no es una psíquica?

—Lo recuerdo. —Peter necesitaba comprender lo que estaba sucediendo allí. ¿Seguía representando a Joseph, o esa relación había quedado a un lado?—. ¿Es usted un viejo amigo?

—No soy un acólito, si esa es su pregunta —replicó Schelling. Levantó los hombros brevemente antes de dejarlos caer de nuevo. Parecían enganchados a unos muelles, o lastrados por el peso del tiempo—. En el pasado estuvimos casados, en otra vida. Lo siento, no estoy siendo claro. En esta vida, pero antes de que fuera

Sandaji.

Peter abrió la boca en silencio. «Ah».

—No se quedará mucho por aquí. La casa y lo que contiene se han convertido en demasiado para ella. A pesar de todo, el traslado será una gran inconveniencia. Esta es una época muy importante del año, hay muchos visitantes.

—Lamento oírlo —dijo Peter.

—¿Puedo hacerle una vieja pregunta? —Peter levantó las comisuras de la boca—. ¿Es usted psíquico?

Peter se echó hacia atrás.

—No.

—¿Ha experimentado usted recientemente sospechas, cosas extrañas..., sensaciones? ¿O las ha inducido en otros?

—Lo siento, señor... —Peter había olvidado su nombre.

—Schelling. —La mirada del anciano era muy brillante. A Peter le recordaba en cierto modo a un Dashiell Hammett muy envejecido, o quizá a Faulkner.

—No estoy seguro de la intención de su pregunta.

Los dos giraron la cabeza. Sandaji entró con lenta dignidad en la habitación, como si buscara distancia y tiempo para inspeccionar a Peter. El cuello de Schelling crujió. El anciano echó hacia atrás los hombros con mayor convicción y se incorporó. Peter lo imitó.

Sandaji vestía un traje de terciopelo verde con cinturón oscuro de color bronce, como si probara suerte con el papel de Ofelia en una versión geriátrica de Hamlet, y parecía más delgada y vieja; el hermoso resplandor de su primera entrevista había disminuido. A pesar de todo, aun así reducida la fuerza de su presencia, a Peter le llevó varios segundos reparar en Jean Baslan, que estaba a su lado con las manos firmemente entrelazadas.

Tras realizar su inspección, Sandaji terminó de entrar en el salón y le ofreció la mano a Peter.

—¿Lo está sometiendo Edward al pertinente tercer grado? —preguntó, traicionando su tono (ligero y animado) con su postura. Peter le dio la mano y sintió cómo una corriente de consuelo parecía pasar entre ellos. Inquieto, rechazó la idea sin pensar. Ya se las había visto antes con mujeres carismáticas; también las había visto desnudarse y adoptar posturas poco dignas.

Schelling observó el contacto con ojos tristes y nublados.

Sandaji rodeó la mesita y se dirigió al sofá. Tomó asiento mientras su exmarido se hacía a un lado con un crujido de sus rodillas huesudas.

—Nos llevamos fenomenalmente —dijo Schelling. Se quedaron mirando a Peter con los labios apretados, las manos en el regazo, como niños en el despacho del director: dos chiquillos tímidos e inteligentes, una perfecta pareja. Figurillas de una extraña tienda de antigüedades.

—Joseph Benoliel me pidió que fuera a visitarlo —dijo Sandaji—. Tras mi

problemática experiencia con usted aquí, señor Russell, me pregunté si era inteligente acceder.

—El señor Russell dice que no es psíquico, mi amor —explicó Schelling—. Asumo que eso significa que no es el responsable de las continuas perturbaciones.

Sandaji levantó la mano en una orden bastante brusca y se concentró en Peter, inclinándose un poco hacia delante y manteniendo la espalda recta.

—Durante los dos últimos días he estado viendo fantasmas —dijo, fijando sus hermosos ojos en Peter—. Recuerdos que se dispersan como el humo, pero persistentes. Impresiones del exterior de esta casa, retazos de diálogo interior, no tanto palabras como imágenes u olores, raramente sonidos. Y otras sensaciones que no puedo explicar en modo alguno. Mi cuerpo siente momentos de exaltación y tristeza que se mueven conmigo, desde otros momentos de otras vidas. También hay apariciones de otros cuerpos, sensaciones dentro de mis órganos, de mis músculos, de mi piel. A menudo siento hormigueos sin razón alguna. Puede ser muy embarazoso.

A pesar de su escondida desazón, o quizá por ella, Peter no podía evitar reírse.

—Pues sí que es raro —dijo.

Sandaji se unió por un momento a su risa de un modo encantador; después, con un largo aleteo de sus pestañas, recompuso su expresión.

—Me he visto a mí misma tal como seré o he sido en esta casa. Eso me asusta por las historias que mi bisabuela me contó cuando yo era pequeña. Me advirtió de que verse a uno mismo indicaba que pronto morirías.

—Increíble —dijo Peter. Ya tenía el vello de la nuca totalmente de punta.

—El señor Benoliel me ofreció otra gran suma de dinero por ir a su mansión. Al parecer hay algo que lo preocupa. Después de tomar una decisión solicité la ayuda del señor Schelling. ¿Le ha dicho ya que él sí que es psíquico?

—Aún no hemos llegado a tales intimidades —dijo Peter. Miró a Schelling—. ¿Va usted también? —preguntó.

—Oh, ya hicimos nuestra visita. Fuimos ayer —dijo el hombre.

Peter se quedó mirando un punto entre los dos, con la boca abierta.

—Acabo de estar allí. Joseph no me ha dicho nada al respecto.

—Presumo que desea que todo esto quede en casa —dijo Sandaji—. Pero al enviarlo a usted aquí presumo que también nos ha dado permiso para hablar. Tiene confianza en usted. Recientemente se ha visto... perturbado, pero no era capaz de decirnos el porqué, ni por... qué.

—¿Qué es lo que vio? —preguntó Peter.

Sandaji enarcó una ceja ante aquella elección de palabras, pero no respondió.

—Sandaji no está sola, ni tampoco el señor Benoliel, en la percepción de perturbaciones —interrumpió Schelling—. Hoy, Jean y yo vimos a un niño aquí, en este salón. Tenía en las manos un camión de bomberos de juguete. Su ropa no era moderna, y sin duda alguna no estaba ni vivo ni físicamente presente.

Peter levantó la mirada hacia Baslan, que asintió con la cara blanca.

—Normalmente —siguió Schelling—, incluso con mis capacidades afinadas hasta su mayor grado no veo más que volutas, indicios, figuras por el rabillo del ojo. Sin embargo, esta vez era como si los dos nos hubiéramos puesto unas gafas nuevas. Nuestro muchachito era tan vívido como lo es usted ahora mismo. Lo que vi me dio ganas de llorar. Una intimidad, una verdad... —El anciano negó con la cabeza, sus ojos cada vez más acuosos—. De lo más increíble.

Peter tragó saliva. La pausa entre esta frase y la siguiente parecía insoportablemente larga, y no sabía si podía aguantar la espera, o si podría resistir el saber lo que saldría de los labios de Schelling.

La voz del anciano cayó hasta convertirse en un silencioso estertor. Ahora parecía enfadado, como si describiera una afrenta a su dignidad. Buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó algo oblongo envuelto en papel de aluminio, depositándolo en la mesa.

—Visitamos al señor Benoliel, y su mujer, hemos asumido que era su mujer, nos dio esto cuando nos fuimos.

Sus largos y finos dedos no podían reunir la destreza suficiente para desenvolver el objeto, de modo que Sandaji lo hizo por él. Antes de que retirara las tres últimas capas, Peter vio con claridad que se trataba de un Trans; una unidad de color rojo brillante.

—Es una especie de teléfono, ¿no? —preguntó la mujer a Peter.

—Sí. —Peter tenía la lengua entre los dientes—. Joseph invirtió en la compañía.

—Usted llevaba uno de estos encima cuando visitó a Sandaji, ¿no es así? —preguntó Schelling.

—Creo que sí —respondió Peter. Recordaba haber tocado el Trans en su bolsillo, junto al rollo de billetes de cien dólares—. Sí, lo llevaba.

—Eso explicaría muchas cosas —dijo Schelling, parpadeando lentamente—. Confirma usted mis peores sospechas.

—Está ocultando algo, señor Russell —dijo Sandaji—. ¿Está usted seguro de no haber estado viendo también fantasmas?

El anciano no aguardó a su respuesta. Se llevó el Trans a la oreja, como si estuviera escuchando una caracola, y lanzó una mirada aún más aguda a Peter.

—Estos cachivaches producen un efecto notable —dijo—. Un cierto... silencio extraordinario. Y después algo inesperado..., como la subida de un telón ante un escenario escondido. Por mi parte, tengo mucho miedo por lo que pueda estar sucediéndonos a todos.

Peter sintió cómo la lengua se le había quedado pegada al paladar. Todos ocultan algo. Y algunas cosas ya no se ocultan de nadie.

Baslan, ahora junto al codo de Peter, le ofreció cortésmente una botella de Evian. Peter abrió el sello del tapón y dio un trago mientras asentía a modo de agradecimiento. Por su parte, ella siguió tratándolo como si fuera un animal extraño y amenazador que hubiera quedado suelto por la casa.

Sandaji cogió a Schelling del codo y lo ayudó mientras cruzaban la cocina para salir por la puerta trasera. Peter los siguió. Se detuvieron junto a una gran linterna oriental de piedra, en el encuentro de dos caminos perpendiculares.

—Algunas personas especiales —dijo ella— tienen la capacidad de ver muy profundo en las aguas turbulentas. Unas veces se debe a lo que son, otras a que se han visto involucradas en acontecimientos extraordinarios.

Peter estaba recordando la sensación al abrir la puerta del dormitorio de Phil. No quiero saber.

Jean Beslan cerró la puerta del porche, se puso un jersey azul y corrió para unirse a ellos. La lluvia había parado de momento, pero el cielo seguía encapotado, amenazador. El gran patio estaba decorado con masas de hierbas altas y papiros cuidadosamente dispuestos en maceteros ondulantes de ladrillo. Una casa de té de estilo japonés se alzaba sobre la hierba en una esquina alejada, dispuesta de modo que mirara al jardín. Las puertas de papel de arroz estaban abiertas, y en el interior y en los peldaños de entrada ardían las linternas. Orden, belleza, calma; Peter no podía compartir en aquel momento ninguna de esas cosas.

—Es gente especial —dijo Sandaji mientras ayudaba a Schelling a subir los escalones de la casa de té—. Algunos son santos. Otros... no. Tienen habilidades extraordinarias, y algunos no son conscientes de lo que son capaces de hacer. Edward los ha conocido. Además, resulta ser uno de ellos.

Sobre el tatami se había dispuesto una silla en la que Schelling se sentó con rigidez.

—Aún no ha respondido a nuestras preguntas —dijo respirando con dificultad. Sandaji se sentó sobre unos cojines; Peter permaneció de pie, con los brazos cruzados como defensa, sintiendo miedo y azoro a partes iguales.

—No sabría qué decir.

—No somos enemigos, señor Russell —replicó Sandaji.

—Es que no sé lo que es real y lo que no.

Schelling enarcó las cejas y escrutó la cara de Peter.

Sandaji parecía acongojada.

—¿Por qué no confía en nosotros, señor Russell?

—Porque aceptan dinero de gente que está sola, de gente que sufre.

—Los hospitales y los médicos también aceptan dinero —contestó Sandaji—. Yo trato una clase distinta de enfermedad.

—Sí, pero usted lo envuelve todo con encanto y piedad falsos. Puede que ese sea el motivo por el que no confío en ustedes.

Schelling pareció dispuesto a levantarse para defender a su exesposa, pero

Sandaji lo detuvo con una mano en la rodilla, antes de que la articulación tuviera ocasión de crujir.

—Es un modo de ganarse la vida —dijo con una mirada intensa—. Yo creo en lo que le digo a la gente. De verdad alivio su dolor y les doy paz. ¿Y cómo se gana usted la vida, señor Russell?

—Hago fotos de mujeres desnudas —contestó Peter—. Y películas, también.

Schelling se quedó con la boca abierta. Tenía unos dientes notablemente recios, del color del maíz, y al parecer todos propios.

—Válgame Dios —dijo, y miró a un lado con indignación o apuro.

—Ya veo —añadió Sandaji, con el mismo aplomo que si Peter hubiera dicho que era abogado—. Edward, ¿recuerdas cuando posé para ti?

—Nos estamos apartando del asunto —protestó Schelling.

—¿Cuántos años tenías, cariño?

—Sesenta y dos —respondió Schelling, tragando saliva.

—Una época maravillosa —dijo Sandaji—. Yo era toda una joven belleza. Y tú, mi amor —de nuevo le palmeó la rodilla—, tenías mucho talento, como otro Edward al que conocí: Edward Weston. Sus fotografías, señor Russell, son para hombres jóvenes que carecen de compañía femenina —dijo, mirando a Peter como si fuera una colegiala—. ¿No sembramos los dos sueños de felicidad?

Peter podía imaginarse de pie, cruzado de brazos con la mandíbula soldada, como *Il Duce*; un genio maduro con camisa hawaiana y chaqueta *beige* salpicada por la lluvia. Aquella mujer podía ver claramente su interior, y hacérselo saber.

—Es arte por el arte —dijo Peter.

Sandaji rió. Edward, que aún miraba hacia un lado, comenzó a reír a su vez. Peter intentó mantener una expresión grave, pero la tensión y la situación (además del encanto de Sandaji) lo arrastraron.

Ya había comenzado con Michelle; ¿por qué no hablar con aquellas dos figuras antiguas, extraordinarias? Porque no son mejores que los que te leen la palma de la mano en la feria. No puedes volver por ese camino. Acabaría contigo.

Pero es que ya estás en ese camino.

—Quizá el señor Russell tenga razón al no confiar en nosotros, amor mío —dijo Schelling—. ¿Qué podemos ofrecerle que pueda necesitar?

—El señor Russell necesita hablar, y pronto, o reventará —respondió Sandaji—. Aunque quizá deberíamos empezar nosotros.

—¿Pero es que no hemos empezado ya? —preguntó Schelling, perplejo.

—No por tu comienzo, cariño. ¿Y cuánto te llevo revelar esta historia en particular?

—Décadas —contestó Schelling con dificultad.

Jean Baslan había vuelto a la casa y ahora regresaba con una bandeja, una tetera cubierta con un paño y cuatro tacitas de porcelana.

—Es evidente que usted sabe algo sobre la vida —dijo Sandaji a Peter. Baslan

depositó sin ruido la bandeja sobre una mesa baja de sándalo—. ¿Qué sabe sobre la muerte?

Comenzó a chispear de nuevo, y pronto la casa de té acabó rodeada por todo un aguacero. El tejado retumbaba y el agua caía en cascada desde los bordes de las tejas y los canalones, reuniéndose en feroces charcos y combando la hierba alta y el papiro. Hacía meses que no llovía con esa fuerza.

—Perdí a mi hija. Enterré a mi mejor amigo. No sé mucho más —respondió Peter al fin, absorbiendo con sus dedos fuertes y gruesos el calor de su taza.

—Ni yo —dijo Sandaji—. Pero Edward sí.

Aislado del mundo por las delgadas paredes grises del aguacero, bebiendo té con aroma de jazmín, Peter se sentía como un niño pequeño. A pesar de todo, se sentó con las piernas cruzadas sobre el cojín que había frente a Schelling y comprendió que aquellas dos personas le gustaban, y mucho; quizás hasta pudiera confiar en ellas.

En lo que no confiaba, y no volvería a confiar jamás, era en sí mismo; era falible, débil al enfrentarse a los absolutos.

—Primero, Edward, dile al señor Russell cuántos años tienes —sugirió Sandaji.

—Hoy es mi cumpleaños —replicó Schelling con una amplia sonrisa—. Tengo ciento cinco años.

Peter quedó correspondientemente impresionado. No podía imaginarse tan viejo. Ya puestos, le costaba asumir que tenía cincuenta y ocho.

Sandaji miró al anciano.

—Ahora cuéntale al señor Russell lo de Passchendaele. —Le apretó el codo, como si estuviera poniendo en marcha una grabadora.

Schelling comenzó su relato.

—Un hombre al que conocí sobrevivió a la Gran Guerra en Francia —dijo—. Era yo, por supuesto, en cierto sentido. Pero ya no soy aquel adolescente pimpante e idealista, así que discúlpeme si no empleo la primera persona. Este chico fue testigo de un horror indescriptible detrás de otro. Vio morir a miles. Durante semanas, él y sus camaradas de armas se ocultaron en las trincheras embarradas, a pocos metros de los cadáveres de amigos que habían muerto horas o días antes, segados por una interminable serie de avances abortados. A medida que los cuerpos se hinchaban y eran reducidos por las ratas, los que seguían vivos les daban nombres cómicos, inventaban chistes y hacían apuestas acerca de cuál de ellos estallaría por la descomposición, o sería hecho pedazos por una granada de mortero. Todo aquello tenía el fin de insensibilizar ante el horror. Durante un tiempo funcionó. Los humanos son asombrosamente resistentes.

»Pero después de una semana el tiempo cambió... No la lluvia, que era constante, sino otro tiempo. Este joven fue el primero en percibirlo. Quizá siempre había sido algo sensible. Al principio vio... volutas moverse sobre los campos, bajar a las

trincheras como hebras de niebla. En las horas siguientes, por la noche, pudo percibir la silueta de pie, en una postura familiar, de un amigo que llevaba mucho tiempo muerto. Después el contorno de un rostro sobre él mientras dormía, contemplándolo con ojos vacíos. Vio regresar a trompicones a las figuras completas de sus camaradas muertos, caminando entre los vivos, aparentemente tan reales como los que aún vestían su carne. Trataban de parecer normales, hacer las cosas que siempre habían hecho. La memoria es tenaz, señor Russell. Es el pegamento que mantiene unido el universo, y que ata a los muertos a sus amigos y a su familia... durante un tiempo.

»Otros también los vieron. Asumiendo quizá que en aquel lugar infernal todas las reglas habían cambiado (la clase y la etiqueta, el salvajismo y la bondad, la separación de los vivos y los muertos), algunos de los más valientes trataron de conversar con sus viejos camaradas. Al principio las apariciones eran poco cooperativas, “huecas”. Hablaban raramente, y cuando lo hacían se limitaban a repetir las palabras que se les decían reordenadas de forma incomprensible.

Schelling se quedó mirando la lluvia. La mano, que colgaba del brazo de la silla, temblaba.

—Mal asunto —dijo—, todo vuelve con demasiada claridad.

»Al final, estar entre aquellos espectros sin corazón le robaba a uno la voluntad de vivir. Después de pasar una larga noche tratando de lograr una respuesta de unos de mis antiguos camaradas (cuyo cadáver podía ver claramente, enredado en el alambre de espinos a treinta metros de allí), para recibir a cambio solo tristes ecos, me vine abajo. Empecé a correr solo, fuera de la trinchera. Algunos amigos rápidos y observadores me agarraron de los tobillos y me arrastraron de vuelta abajo. No se lo agradecí.

Dio unas palmaditas en el hombro de Sandaji, que lloraba en silencio en un pañuelo.

—Después de algunos días, los espectros se hicieron poco más que borrones y contornos, como si estuvieran sufriendo un nuevo ciclo de descomposición. Quizá lo más horrendo fue que ahora atraían sombras, gusanos del espíritu y la tiniebla, seres voladores, como alas sin cuerpo.

Schelling había atrapado a Peter, que se sentía incapaz de resistir, de moverse siquiera.

—En las trincheras, por la noche, tras un día de feroces bombardeos, oímos el gemido de cientos de heridos del bando alemán. Y entre aquellos gritos pudimos escuchar (todos nosotros, en aquellas trincheras, y quizá en ambos bandos) un indescriptible chillido, como el de un pájaro atrapado en una larga tubería de acero. En la oscuridad, bajo el abominable resplandor de las bengalas que caían flotando en sus paracaídas, vimos enjambres de sombras atormentado a los espectros. No había escapatoria. Aquel espanto duró toda la noche, y nadie se atrevió a dormir. Fue la noche más aterradora de una guerra inconcebiblemente pavorosa. Pero no duró eternamente. Los vivos resistieron. Por la mañana, todo había acabado.

»En toda la guerra no volvió a darse un episodio similar, ni para los demás jóvenes ni para mí. Pero ahora ha vuelto, más fuerte y extraño que nunca. Todos vemos fantasmas, y no solo en los campos de batalla. ¿No es cierto lo que digo, señor Russell?

Peter se cubrió las sienes y la frente con las manos. La tensión en la mandíbula le había provocado dolor de cabeza.

Schelling se sintió animado por su respuesta.

—Todos los que sobrevivimos a aquella guerra tremebunda regresamos rotos de un modo y otro, con las vidas cambiadas, y no para mejor. Yo quería creer que lo que vi no era más que la demencia del campo de batalla. Pero allá donde fuera desde entonces, así pasaran treinta o cuarenta años, los rostros de los muertos seguían nadando en mis sueños. En raras ocasiones me los encuentro en las calles, perdidos, buscando, observándome con ojos vacíos y hambrientos, como si yo pudiera ayudarlos.

»No sé por qué se me concedió a mí esta tercera visión, pero a veces me pregunto: ¿fue porque había presenciado un proceso que ningún ser vivo debería ver jamás? Lo que nos sucede cuando morimos. Y cómo morimos una segunda vez.

Miró a Peter con los labios apretados.

—No confunda la muerte con el sueño, señor Russell —dijo, con voz cada vez más ronca—. La muerte es más similar al nacimiento. Es una larga y dura rendición del calor a cambio de algo que no se conoce. A los vivos los rodea un hechizo desesperado, y por un tiempo los muertos creen seguir en el juego. Se aferran a cualquier recuerdo de sus vidas, cuanto más nítido y fuerte mejor. Los muertos se entristecen. Se entristecen por los vivos, por lo que han perdido: su lugar, sus posesiones, sus seres queridos, todo cuanto los definía en este mundo. Su funesta necesidad los ancla a la Tierra. Y así deben ser liberados, como las costras de piel muerta. —Al decir esto tembló, no delicadamente sino con una violencia que sacudió su taza de té. La taza cayó sobre el tatami, pero milagrosamente no se rompió. El anciano se agachó lentamente con un crujido de articulaciones, para mirarla con tristeza—. Si usted ha visto tales cosas —le dijo—, créame que comprendo su reluctancia a hablar de ellas.

Sandaji le devolvió la taza a la mano y los dos se quedaron mirando una linterna de piedra que había justo fuera de la casa de té. A medida que la noche se hacía más profunda la lluvia perdía intensidad. Cuando amainó por completo, las luces se encendieron automáticamente primero en el patio, después alrededor de los macizos bien arreglados y por fin dentro de la linterna.

—Por favor, cuéntenos lo que sabe —lo animó Sandaji—. Podría ser de la máxima importancia.

Peter giró el cuello para mirar el cielo cada vez más oscuro, las pocas estrellas, y se preguntó qué estaba a punto de hacer, y qué consecuencias tendría. La desconfianza de Michelle. El rechazo de Joseph.

La vi. Sé que es verdad. No estoy loco, y no es la vieja pesadumbre que ha regresado.

Es real.

Apretó los puños en un gesto amenazador y simiesco que hizo que tanto Schelling como Sandaji se encogieran.

—Duele demasiado para creerlo.

—¿Y qué hay de la verdad? —preguntó Sandaji.

Peter resopló.

—La verdad es una cazadora. La verdad es lo que te mata cuando rindes las mentiras.

—Una observación astuta —dijo Sandaji—, pero ¿va a ser su respuesta definitiva? Cuando esté preparado...

Peter la interrumpió.

—¿Qué cree que son las sombras?

—No lo sé —respondió Schelling.

—Si los recuerdos se desprenden como la piel muerta —siguió Peter—, bueno, serán los bichos que se comen la piel muerta, ¿correcto?

Sandaji le lanzó una mirada de reproche.

—Podrían ser carroñeros, como las ratas o las anguilas. O, como dijo usted, gusanos o buitres —siguió Peter en voz baja.

—Las ha visto... —dijo Sandaji.

—También podrían ser amigos disfrazados —intervino Schelling—. El sacrificio es liberación, señor Russell. Estamos hablando de un proceso y una condición de los que no sabemos casi nada, de modo que si sacamos conclusiones es casi seguro que estas serán erróneas. Y si interferimos, el resultado será casi seguro desastroso.

Estaba oscureciendo. Peter necesitaba volver a casa para proteger a su hija de las sombras. De regreso a la locura. Pero no podía convencer a su cuerpo para que se moviera. Permaneció sentado. Fuera lo que fuese aquello en lo que se había convertido, Daniella ya estaba más allá de su protección.

No sé cómo ayudarla.

Los grillos, seguros de que el aguacero había terminado, comenzaron a cantar en el jardín.

—Pongamos que los creo —dijo Peter con voz áspera—. Pongamos que he visto esas cosas. ¿Qué provocó el cambio? ¿Cómo podemos ayudarlos a escapar, a seguir adelante, a lo que necesiten hacer?

La expresión de Sandaji se volvió triste y radiante, consciente del progreso de Peter... y del dolor que causaría.

—Es algo difícil de comunicar —dijo Schelling—. Cuando morimos nos desprendemos al mismo tiempo de todos nuestros recuerdos: el equivalente psíquico temporal del cuerpo físico. Pero embebido dentro de esa piel inmaterial, como usted la llama, hay algo más que no es temporal, que es distinto. Este algo parte hacia otro

lugar, pero no siempre lo hace de inmediato. Yo solo lo he visto dos veces en toda mi experiencia en asuntos espirituales, pero me dejó una impresión duradera: una especie de fulgor dorado, como un crepúsculo interior.

—¿Y qué es? —preguntó Peter.

—Hay quien piensa que un fantasma puede seguir portando su alma, atrapada en recuerdos como un pájaro en un arbusto espinoso. El trauma (la guerra u otra violencia) puede obstruir la liberación. O quizá no puedan irse porque recuerdan a sus seres queridos con demasiada pasión. Este cambio del que somos ahora testigos, esta alteración del clima espiritual, no hace más que aumentar sus dificultades... y las nuestras. Si pudiéramos revertir el cambio...

Sandaji levantó el Trans envuelto. Peter se lo quedó mirando con una mezcla de maravilla y horror.

—Este dispositivo es el responsable, señor Russell —dijo Schelling—. Usted trajo uno a esta casa, y en ese preciso momento indujo las visiones de Sandaji. Estas visiones regresaron cuando la señora Benoliel nos dio otro. Con una experiencia de casi noventa años lidiando con lo espiritual, estoy convencido de que estos instrumentos de comunicación están excitando a los muertos y a su séquito sobrenatural, quizá incluso bloqueando las sendas de nuestra liberación final. Dígales a sus amigos, a los que construyeron estas cosas, para quien sea que esté usted trabajando, que deben detenerse. Puede que nos estén poniendo a todos en un peligro peor que mortal.

Peter se quedó mirando el ovoide de plástico.

—¿Cómo?

—Quizá se lo hayan dicho, y simplemente no haya realizado las conexiones pertinentes.

Canales prohibidos... Ahí abajo hay un silencio más profundo de lo que nosotros podemos imaginar, un gran vacío. Un ancho de banda inmenso, una capacidad quizá infinita. Pude soportar todo nuestro ruido, nuestra cháchara, todo cuanto tenemos que decir, durante toda la eternidad. Eso le había dicho Kreisler.

Pero parece que esos canales prohibidos no estaban vacíos.

No fueron las noticias de Phil, ni el miedo a un trabajo remunerado de verdad, sino la obtención del Trans.

Aquel había sido el pistoletazo de salida.

—Tal contacto íntimo con los muertos no es ni sano ni adecuado —dijo Schelling, su rostro más sombrío ante el largo silencio de Peter, ante su aparente obstinación—. He aconsejado a Sandaji que es hora de dejar esta ciudad, de abandonar la Costa Oeste. No es saludable.

Quizá Joseph estaba viendo fantasmas; Sandaji y Schelling también los veían. Si Peter estaba loco o enfermo, era contagioso. Pero todos ellos habían tenido unidades Trans.

—No solo aquí —dijo, con la boca seca—. Hay Trans repartidos por todo el

mundo.

Sandaji le apretó la mano.

—Entonces es extremadamente urgente. —Parecía aún más vulnerable de lo que él se sentía—. Su hija. La primera vez que nos visitó la vi junto a usted. Era solo una cara, evidentemente de una niña, un breve indicio, aunque había un claro parecido. Usted no es hermoso, si me permite decirlo, pero ella sí lo era. Así son los niños.

Las lágrimas afloraron a los ojos de Peter. Se las limpió rápidamente con el dorso del puño.

—Daniella... —fue cuanto logró decir. Las observaciones comenzaban ahora a agolparse. La anciana con el estúpido perro en el área de descanso, pensó. Sonrió a alguien que había a mi lado, como haría una abuela satisfecha.

—Fue un trauma para el que no estaba preparada —dijo Sandaji—. Antes de entonces nunca había visto un fantasma.

Schelling se inclinó hacia delante para aferrar el hombro de Peter. Así sujetándose formaron un pequeño círculo.

—Sea valiente —dijo el anciano—. Hemos vuelto a ver a la niña, pero no con usted, y no aquí.

—¿Dónde? —preguntó Peter.

—En Salammbo —respondió Sandaji. Su mirada le suplicaba comprensión—. Los dos la vimos. Edward y yo. Y vimos otros, tantos otros... Esa casa está atestada de muertos. Tememos por la chica, y por usted, señor Russell. En Salammbo hay una malevolencia grande y antigua, y está creciendo.

—¿Hizo alguna vez el señor Benoliel algo muy, muy equivocado? —preguntó Schelling—. ¿Algo... criminal?

Peter salió de la 10 para entrar en la avenida National, y se encontró vagando por Cheviot Hills. Llevaba una hora conduciendo sin rumbo, rodeando el tráfico nocturno. Estacionó en una calle amplia y echó el freno de mano. Soltó el aliento. Miró a través de la ventanilla, salpicada de gotas de lluvia. Escampaba después de la tormenta. Aquel era un barrio de bonitas casas antiguas, no demasiado ostentoso pero bien conservado y hermosamente decorado. Un lugar de orden y decoro. A Peter siempre le había gustado esa parte de Los Ángeles, un oasis de vecindad y cordura en los límites de la gris conurbación industrial.

Lo que añoraba era un lugar lejos de sus rutas trilladas, donde pudiera poner en orden lo que creía saber para decidir un curso de acción.

Durante todo el día había planeado estar en casa antes del anochecer. Ahora aquella idea lo asustaba. Una pequeña y hermosa sombra, siempre un paso detrás de él allá donde fuera, aguardaba para abrazarlo, para envolverlo. No quería terminar otra vez tirado en la carretera, con un trozo de su vida amputado.

Miró con un escalofrío el asiento del pasajero del Porsche. No había reveladoras depresiones en la tapicería, ni motas de polvo voladoras.

Confirmación objetiva. Ven las mismas cosas. Sabes que no estás loco, y desde luego no lo estás provocando para hacerte caer otra vez.

Cruzó los brazos y cerró los ojos.

Sabes lo que tienes que hacer. Si Schelling tiene razón, Daniella está atrapada...

Sintió un hipido repentino e inesperado. El centro efectivo de su problema inmediato bien podría ser Joseph. No tenía ni idea de qué hacer a continuación acerca de las unidades Trans que había por todas partes, pero sí podía volver a Malibú durante la noche, acercarse a Joseph en su habitación de arriba y preguntarle qué demonios estaba sucediendo. Preguntarle lo que sospechaba, interrogarlo si era preciso acerca de lo que sabía antes incluso de que las unidades Trans llegaran a Salammbo.

Ni Sandaji ni Schelling podían describirle a Peter la naturaleza de la malevolencia que habían percibido en Salammbo, solo que no querían tener nada que ver con ella. Un hombre que había visto horrores inimaginables durante la Primera Guerra Mundial, y que estaba en el fin de una vida larga y peculiar... asustado como un chiquillo.

Pero la pregunta clave costaba siquiera imaginarla: ¿por qué se había aparecido Daniella, en Salammbo, a unos extraños?

Scragg le había preguntado por gente a la que nunca hubiera mencionado durante la investigación. Gente más allá de toda sospecha.

Joseph.

Estaba temblando, aunque en el interior del coche hacía calor. También él sentía un miedo profundo y penetrante, el que imaginaba que sentirían los ratones y los conejos acosados; era un animalillo que aún esperaba poder escapar de las grandes y carnívoras verdades.

Pero no había lugar donde esconderse.

Aunque descubriera algo importante en Salamambo, seguía estando la cuestión de las unidades, de la propia Trans, bloqueando las sendas de los muertos..., fueran cuales fueran las implicaciones.

—¿Pero qué voy a hacer, en nombre de todo lo que es sagrado? —preguntó en voz alta. Pero hasta entonces no había visto nada sagrado. Sí había visto cosas sorprendentes, aterradoras, peligrosas, pero lo sagrado no parecía tener lugar en aquel esquema de las cosas. Lo que Peter más ansiaba, allí sentado en su viejo coche, en un vecindario próspero y ordenado, era un Dios gentil y fiable que le proporcionara respuestas y guía. El Dios de su niñez, de barba gris, afable y lleno de cálida comprensión.

No aquel abismo espiritual.

Su mano se acercó a la llave para arrancar. Había tomado una decisión: Salamambo no. Todavía no. Necesitaba estar mejor preparado, encontrarse en terreno más firme. Necesitaba volver al verdadero centro de su vida, a todo cuanto le quedaba.

Lindsey y Helen.

Surcó las limpias calles nocturnas, con sus viejas farolas lechosas que brillaban como lunas pequeñas y acogedoras, hasta que por fin regresó a la autopista. El tráfico era horrible después de la tormenta. Un carril tras otro, una carretera tras otra, todas atestadas de cláxones sonando, de gente que salía de sus coches para mirar lo que sucedía, de ventanillas bajadas para compartir quejas.

Tráfico atascado por todas partes.

No es un buen momento para morir.

Lindsey corrió a la puerta del apartamento ante el primer timbrazo de Peter. Estaban separados por la pantalla, e intercambiaron una mirada que confirmó lo que Peter ya había sospechado: las cosas habían cambiado en aquella casa (al menos para Lindsey) en un sentido muy similar a como habían cambiado en la suya.

La niña le lanzó una mirada molesta.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Ya estoy aquí, preciosa —dijo—. ¿Dónde está tu madre?

Helen apareció por la esquina de la cocina y encendió la luz de fuera. Se acercó a Lindsey y miró con suspicacia a Peter.

—Son las diez de la noche.

—Lindsey y yo tenemos que hablar.

—¿De qué? —preguntó Helen—. ¿Quién te ha invitado?

—¿No sabe nada? —preguntó Peter a Lindsey.

La niña negó con la cabeza.

—¿Saber qué? —exigió Helen.

—Tengo que hablar con mi hija —contestó Peter.

—Mamá, ¿puedes irte un rato a otro sitio? —pidió Lindsey.

Peter se encogió por dentro.

Helen centelleó.

—Soy yo la que manda en esta casa, señorita. ¡Nadie me dice que me marche de mi propia casa!

—No suelo aparecer por aquí de este modo —dijo Peter, intentando una sonrisa para congraciarse.

—Mamá, es importante. No es nada de lo que estás pensando.

Helen dio un paso atrás, atónita.

—¿Pero a quién le ha importado nunca una puñeta lo que pienso o dejo de pensar? Lo que está claro es que aquí hay algo no me has contado —dijo, pálida.

—Te asustarías —respondió Lindsey.

Ante esto, los ojos de Helen se abrieron como platos; metió a Lindsey de un tirón en casa y cerró con un portazo.

Peter las oyó gritar, pero se trataba de una recia puerta antirrobo y no alcanzaba a distinguir lo que se decían. Una parte de él quería marcharse como un miserable, pero metió las manos con firmeza en los bolsillos del pantalón y se apoyó contra la pared estucada.

Los gritos de dentro se prolongaron durante casi cinco minutos. Peter consultaba su reloj justo cuando la puerta se abrió de nuevo. Helen quitó el cierre de la pantalla y dejó que se enrollara.

—En mi casa mando yo —insistió, mientras se hacía a un lado y cerraba la puerta de un golpe tras ella. Estaba hundida, al borde de las lágrimas—. Es lo único que me queda. Que Dios me ayude si la pierdo, ¿me oyes? —Contempló a Peter lastimera, pidiendo ayuda del único modo que conocía: sin pedirla. Helen había pasado un infierno durante los dos últimos años; el almidón casi había desaparecido, dejando solo arrugas y cansancio. Peter no sabía qué más decir. No podía darle confianza cuando él tampoco la tenía. Pero debía intentarlo.

Se enderezó.

—Solo son unas cosas que tenemos que hablar, entre padre e hija. Tengo que ponerme al día. Ya lo sabes.

—Ya lo sé, sí —dijo Helen.

—No tienes nada de lo que preocuparte —añadió Peter con una sonrisa. Al escrutar esta sonrisa, Helen supo que todo cuanto pudiera decirle su exmarido en ese momento sería muy doloroso—. Cuando se acabe te lo explicaré.

Como si supiera siquiera por dónde empezar.

El brazo de Lindsey asomó a través de la puerta y le hizo un gesto para que entrara.

—¿Me lo prometes? —preguntó Helen. Sonaba más joven que Lindsey.

—Te lo prometo —dijo Peter.

Helen volvió al interior de la casa. Cuando regresó aferraba su bolso y llevaba un jersey echado sobre los hombros.

—Volveré dentro de diez minutos —dijo, abriéndose paso con brusquedad al lado de Peter—. ¿Está lloviendo? —preguntó con expresión amargada y resignada al tiempo.

—Ya ha parado —dijo Peter—. Gracias.

—Sois el uno para el otro —dijo Helen—. Echa la llave. Diez minutos.

—¡Veinte! —gritó Lindsey.

Peter se reunió con su hija en el salón. Lindsey le ofreció un vaso de agua.

—Mamá bebe agua embotellada. A mí me da igual del grifo. ¿Quieres?

—Está bien.

—Mamá no deja que entren aquí ni cerveza ni licores.

—Ya no bebo —contestó Peter.

—Muy bien —dijo Lindsey, como si se reservara su juicio al respecto—. Mamá está muy afectada por todo eso del novio.

Peter se sentó en el sofá. Con algo de culpa vio que de una esquina del reposabrazos se salía el relleno; culpa porque no podía comprarles muebles nuevos. Pero aquello era estúpido. Helen nunca se lo había pedido. La posible causa del daño, un joven gato naranja, entró en el salón, se estiró sobre las patas, se sentó sobre los cuartos traseros y se quedó mirándolo, valorándolo.

—Es Bolliver —dijo la niña—. Mamá lo llama Bolliver el Cagón. Tenemos que mirar dónde pisamos cuando entramos en el cuarto de baño. Allí tiene su cajón. Es un

guarro. —Se quedó frente a él e inspiró profundamente—. ¿Cómo os conocisteis tú y mamá?

Peter levantó la mirada.

—Es que sois tan distintos...

—Ella trabajaba en una empresa constructora —dijo Peter—. Simplemente surgió. Un año después ya estábamos casados.

Helen, irreconocible si se la miraba desde la distancia, estaba bajo el sol, junto a la autopista, con un casco amarillo, una coleta que sobresalía testaruda por la espalda y una sonrisa profesional que desalentaba los comentarios estúpidos de los conductores; ojos castaños y serios, pelo rojo muy rizado, músculos en lugar de grasa, buenas formas, pero más saludable que voluptuosa. Peter circulaba con el coche muy LENTO, como indicaba ella con una señal naranja. Bajó la ventanilla del Porsche y la invitó a almorzar en un Hamburger Hamlet cercano.

—Tú y la construcción —dijo Lindsey—. ¿Le pediste que posara?

—Ni hablar —respondió Peter—. Me hubiera pegado.

—Eso explica muchas cosas. Sí. —La expresión de Lindsey le dijo a Peter que había llegado el momento, que no podían seguir retrasándolo. Lindsey se sentó a su lado—. Esto no es exactamente nuevo. Lo que está sucediendo.

—Has visto a Daniella.

—M-mmh. La sentí hace más de un año. Pero hasta ahora no la había visto.

—¿Sentirla? ¿Cómo?

—En la casa de Glendale, cuando te visité. Ella no... no se mostró ni nada así; simplemente lo supe. No se lo dije a nadie porque mamá hubiera llamado al psiquiatra, y no me hacía falta. Y ahora tampoco. —Puso una voz adulta y didáctica, pero Peter vio cómo le temblaban las manos.

—¿Y ahora?

Lindsey recostó la cabeza y se quedó mirando el viejo techo de gotelé.

—Se me apareció hace tres noches, en mi habitación. Tenía encendida una luz de noche. Era tarde. Estaba allí. También había algo más, pero no pude verlo. No me asustó, al principio.

—¿Al principio?

—¿Por qué no me dices lo que sabes? —preguntó Lindsey—. Porque si yo estoy loca tú también tienes que estarlo, ¿de acuerdo? Es lo justo.

—He visto a Daniella —confesó Peter—. Y otras cosas.

—Muy bien —dijo ella—. Tengo la boca seca. ¿Y tú?

Peter asintió con un gesto y los dos dieron un buen trago a sus vasos.

—En la escuela tenemos un grupo, muy unido, y hablamos de cosas de estas. Otra gente también ve cosas. Y ayer apareció ese sitio en Internet, con chicos que escriben sobre ello.

Peter mostró su asombro.

—¿Una página web?

—Ajá. Muchos chicos hablan de los nuevos teléfonos, como el que le diste a mamá. Pero mamá no ha usado el suyo. Dice que es muy raro, no le gusta. Yo sí lo he probado. Es muy silencioso. Tampoco me gusta.

—¿Tu madre no ha visto a Daniella?

—Ve lo que quiere ver. Duerme con parches en los ojos y potingues por toda la cara. Creo que toma pastillas. Aquí no lo estamos pasando muy bien. —Clavó a Peter con una límpida mirada de «qué va a hacer una mujer».

—¿Has hablado con tu hermana?

—Para empezar, no es mi hermana. Ya no —dijo Lindsey con frágil desafío—. Está muerta. Es... otra cosa. —Miró por encima del hombro hacia la puerta de entrada—. Comencemos por el principio, ¿vale? Tú primero. Pero rápido. Mamá no tardará. No se fía de ninguno de los dos. Cree que vamos a hablar de sus novios.

—Deberías ser más comprensiva —sugirió Peter.

—Cuéntamelo, por favor.

Peter le describió lo que había visto en la casa, dejando fuera su intento de abrazar a Daniella.

—Tú no las has tocado, ¿no? —preguntó.

—Pero qué dices —respondió Lindsey—. Era como... como la Mujer Visible. Podía verle los huesos, papá.

Peter se la quedó mirando.

—¿No sentías simpatía?

—Bueno, sí, claro. No me gustaría estar donde está ella, si quieres decir eso.

—No, no me refiero a eso. —La obstinación de Lindsey comenzaba a resultar irritante. Esperaba haber recibido un poco de ayuda para resolver su problema.

—Nosotros amamos la carne —dijo Lindsey desafiante—. Tú decías eso.

—¿De verdad?

—O mamá dice que lo decías. Y la carne ya no está, ¿no? Ahora solo es ceniza.

Peter negó con la cabeza.

—Necesita algo. Viene a nosotros por un motivo.

—¿No es eso lo que hacen los fantasmas? ¿Como esa gente sin hogar en la carretera? Dejaste que te tocara, ¿no?

—Sí.

Los ojos de Lindsey se abrieron como platos.

—Vaya... ¿Cómo era?

—Perdí el conocimiento. —Peter se secó la frente—. ¿Qué te dijo?

Lindsey se enderezó.

—Hablabá muy, muy bajito, como si lo hiciera desde un altavoz malo y casi apagado. Me dijo, creo que me dijo: «ha pasado demasiado tiempo». Lo repitió un par de veces, como un eco que daba miedo. Creo que vi algo en una esquina, pero no era ella. Era otra cosa que estaba... no sé, esperando. Yo puede que gritara, porque mamá abrió la puerta y encendió la luz, y desaparecieron.

Peter se rodeó la cara con las manos.

—No se lo contaste a tu madre.

—Ya te he dicho que se volvería loca. No irás a decírselo, ¿no?

Peter negó con la cabeza.

—No sabría por dónde empezar.

—Cuando te mueres se supone que te largas y dejas a la gente en paz, y todo eso es triste y... y bueno, triste, y los demás seguimos viviendo hasta que nos toca, ¿no?

Peter recordó su propia adolescencia. En ocasiones, una fachada de dureza era la única armadura que tenías. Sin embargo, la viva altanería de Lindsey lo irritaba.

—Era tu hermana, y mi hija —dijo, pero se refrenó antes de añadir: «compartiste útero con ella durante nueve meses»—. No sé qué es ahora, pero me preocupa lo que pueda sucederle.

—¿Y si nos mata? —preguntó Lindsey con ojos ardorosos—. Estaba en mi cuarto, ahora es mi cuarto, y me aturdió. Yo no la toqué, pero a pesar de todo me chupó la energía. Me eché hacia atrás en la cama y empecé a decirle: «¡vete, vete!». ¿Y si los fantasmas en realidad son vampiros?

—No creo que sea eso lo que sucede.

La puerta principal se abrió y Helen entró con una bolsa de la tienda. Seguía pálida, pero parecía resignada a la interrupción de su rutina. Peter volvió a sentir una repentina y clara simpatía.

—He aprovechado para hacer compra —dijo—. He comprado un Häagen Dazs de dulce de leche. ¿Quieres?

—Yo ya me voy a la cama —dijo Lindsey, saltando del sofá y haciendo un giro en el vestíbulo—. Papá y yo ya hemos hablado. Todo está bien, así que no te preocupes. —Miró a Peter por encima del hombro—. Ahora dejarás de trabajar para esa compañía telefónica, ¿no?

—No voy a preguntarte de qué habéis hablado —dijo Helen rápidamente en cuanto Lindsey cerró la puerta de su habitación—. Siento haber saltado. Pero es que últimamente se comporta de un modo extraño..., y tú también.

—¿No has visto nada raro? —preguntó Peter, mientras la seguía a la pequeña cocina.

—Si te refieres a fantasmas, no —respondió ella bruscamente.

—Lindsey me dijo que no habíais hablado —dijo Peter confuso.

Helen entrecerró los ojos.

—He ingresado tu cheque —dijo—. El del banco se puso tonto, pero lo puse firme. Es mucho dinero, Peter. Espero que el trabajo te salga bien. La semana que viene te saco lo tuyo. —Abrió un cajón de la cocina y sacó una cuchara para servir helado. Después buscó en el fondo del cajón y sacó el Trans—. Lindsey me ha pedido que te devuelva esto. Supongo que funciona, pero no lo he probado.

Peter se guardó la unidad y se sintió como si hubiera llegado a mitad de una película y se hubiera perdido los diálogos más importantes.

—¿Una bola o dos?

—Dos —dijo. Le temblaban las manos, y las ocultó de la vista.

—No es más que un impulso, la necesidad de conseguir que un hombre sea feliz al menos un par de minutos. ¿Es mucho pedir importarle a alguien, ser feliz solo un instante?

—Para nada —dijo Peter.

—Ojalá pudiera seguir comunicándome con Lindsey —dijo ella con frágil precaución—. Antes teníamos una relación muy abierta. —Vertió dos bolas de helado en un tazón, clavó una cucharilla y se lo entregó—. Típico, ¿no? Con mi madre fue igual.

—Lindsey está bien —dijo Peter—. Es dura. Como tú.

—Se hace la dura, pero solo tiene doce años —respondió Helen—. Estoy preocupada.

Se dirigieron hacia el salón. Helen intentaba parecer animada. Tragó un trozo de helado y dijo:

—Um... Tengo la sensación de que hay en marcha una conspiración, y de que a mí me han dejado fuera.

—No hay ninguna conspiración. Tenemos que limpiar el ambiente antes del picnic, hablar de por qué no he venido a derribar la puerta para poder verla. —No sabía a quién estaba protegiendo ahora.

—Sí, ya, qué mala soy, pobrecito tú. El picnic es este sábado. Supongo que vendrás.

—Haré todo lo que pueda.

—De momento se acabaron las noches haciendo de canguro. Ya no tengo vida amorosa. —Helen tragó una cucharada más grande—. Mi novio, en caso de que te preguntes por qué hablo de fantasmas, es un completo lunático. Su excusa para dejarme plantada fue que vio a su mujer paseando por el jardín de su casa. Lleva muerta más de seis años. Vaya ojo que tengo, ¿eh?

Peter estaba sentado en un reservado del Denny's, viendo a la gente ir de un lado a otro y preguntándoles en silencio: ¿y qué has estado viendo tú últimamente? Hacía dos semanas era un solterón regordete con una existencia precaria, una vida gris después de una juventud al límite, a la espera de que las circunstancias se le pusieran de cara. Y así había sido, y a lo bestia; demasiadas circunstancias. Estaba hasta arriba de circunstancias.

Miró el reservado que había frente al suyo, medio esperando que una anciana lo felicitara por su preciosa hija, por lo radiante que parecía con aquella luz. «Esplendorosa».

Pero el reservado estaba vacío. En el restaurante había bastantes clientes, cuerpos sólidos que iban y venían de un lado a otro, demasiados para permitir la lenta acumulación de Hombres y Mujeres Visibles, como cáscaras de cristal rellenas con el espíritu fugado de sus huesos y órganos.

Y si miraba el suelo el tiempo suficiente...

Cerró los ojos. Solo oscuridad cálidamente iluminada, nada de huellas en el polvo y piel muerta acumulada después de muchas edades. Pero quizá barrieran el suelo del Denny's por las noches en más de un sentido.

Si el mundo había cambiado para siempre, sin vuelta atrás, ¿contratarían bedeles para ir limpiando detrás de los fantasmas? ¿Ofrecerían nuevos platos en los menús, reconstituyentes, colaciones, recuerdos, platos de vino o sangre?

Casi era medianoche cuando se terminó su quinta taza de café. Estaba totalmente despierto, decidido. Quizá fuera un buen momento para visitar Salamambo y hacerle a Joseph algunas preguntas importantes. Puede que aún siguieran despiertos.

Se acabó el dormir.

Pensó en Helen con sus parches oculares y sus cremas, llena de pastillas e ignorante, y trató de conectar esa imagen con la primera vez que la había visto, desenvuelta, fuerte, sonriente, con un vestido naranja de Day-Glo y unos vaqueros llenos de parches, bajo el eterno sol de la autopista de la costa pacífica.

Fricción vital.

Nunca podría volver a dormir.

Estaba ya en el Porsche cuando oyó sonar el Trans. Sacó la unidad que Helen le había dado, pero el aparato guardaba silencio. Miró a su alrededor y rebuscó en el asiento de atrás, tratando de localizar el sonido.

Procedía de la parte delantera.

Abrió el capó y salió del coche. En el espacio de almacenamiento delantero, debajo del depósito de combustible, tres unidades Trans resplandecían doradas, negras y blancas bajo la luz de una farola. Peter no podía imaginar cómo habían

llegado allí esas unidades. Él no las había puesto ahí. Con los sentidos afilados por la sorpresa, encontró la unidad que sonaba. La abrió, pero no dijo nada.

Oyó cómo alguien al otro lado tomaba aliento con aspereza, una respiración masculina.

—¿Peter, eres tú? ¿Quién está ahí?

Era Hank.

—Soy Peter —dijo con asustada formalidad.

—Gracias a Dios. ¿Qué hora es? Mierda, me da igual. Lo siento. Sigo en Praga. Todo el mundo se ha encerrado en sus habitaciones o se ha largado. Ayer dimitió todo el servicio del hotel.

La mente de Peter empezó a zumbar. Alguien había ido a su casa y había metido las unidades Trans en el coche. ¿Pero cuándo? ¿Y por qué?

—Es pasada la medianoche. ¿Qué hora es ahí, Hank?

—Por la mañana. Tarde, supongo. Ojalá estuviera solo, Peter. Ella... sigue aquí. Ha estado aquí toda la noche. Me está poniendo enfermo. No te lo vas a creer.

—Tú prueba —dijo Peter.

—Han echado a perder el rodaje. Están por todas partes. Todo el equipo se ha escondido o está intentando salir de Praga. Jack Bishop se ahorcó ayer, justo a las puertas del hotel. De una farola, tío. Trepó con una cuerda y se tiró. Yo vi lo que lo perseguía, Peter, como una larga nube de carbonilla. Tenía esas sombras pegadas a su espalda y a su cabeza, como si fueran sanguijuelas.

—Este no es mi Trans —dijo Peter, que aún trataba de encajar las piezas—. ¿Cómo has conseguido este número?

—Dios, Peter, nos dimos todos los números. Empecé a marcar hasta que respondiste.

—¿Qué está haciendo tu visitante?

—Esta junto a la puerta, no se mueve. Parece tan vieja... Quiero decir que puede haber sido joven, pero ahora está... raída, como un calcetín viejo, y... Dios, la habitación está llena de sombras, en las esquinas, en el techo, en el armario...

—¿Es un fantasma, Hank?

Praga, la ciudad de los fantasmas. Posiblemente el peor lugar del planeta al que llevar un Trans.

—¡Hostia, sí, claro que es un fantasma! ¿Es que no me has escuchado? Oh, mierda, ahí viene otro. —Su voz, que ya era aguda, subió un tono más—. Dios, Dios, Dios... Este es peor. Ni siquiera puedo verle la cara, solo arrugas...

—Escúchame, Hank: cierra el Trans y destrúyelo. No dejes ni una pieza sana. Después sal por la ventana o atraviesa... la puerta, lo que haga falta. Pero sal de ahí.

—¿Estás de broma? ¿Atravesarlos?

—Hazlo —dijo Peter—. Súbete al próximo avión y vete a África o a cualquier otro sitio alejado. Ahora tengo que irme.

—Peter, por el amor de Dios...

No más discusiones, no más argumentaciones. Cerró el Trans. La mano le picaba y se la sacudió, tirando la unidad a la cuneta. La carcasa rebotó.

Se acabó el dormir.

Hacía años, estando de vacaciones con Helen y las niñas, había dejado una llave de la casa de Glendale a Joseph y a Michelle. Nunca se la había pedido.

Una razón más para ir a Salammbo.

Sacó las unidades del Porsche y las tiró a la calle. Algo oscuro había manchado el fondo del maletero. De nuevo la mano le cosquilleó, y esta vez la sensación fue dolorosa. Añadió el Trans de Helen y, uno tras otro, los aplastó con el pie. Le llevó algún esfuerzo. Peter bailaba sobre ellos, gruñendo y agitando los brazos. Cuando las carcasas se rompían por fin, como la gruesa concha de un gran molusco, un pálido fluido azulado rezumaba hacia el bordillo.

La mano le seguía cosquilleando.

La gente que salía del Denny's lo miraba con lástima.

Se acercó a un teléfono público que había en una frutería asiática, uno de los últimos que quedaban en Los Ángeles; los estaban desmantelando por todas partes. Todo el mundo se pasaba al móvil.

Metió varias monedas de veinte en la ranura y marcó el número alternativo de la oficina de Weinstein en San Andreas, diez dígitos, una línea terrestre de emergencia. Era tarde, todos se habrían ido ya a casa, pero no le importaba. Tenía que intentarlo.

No fue Weinstein quien respondió.

—Este es teléfono equivocado. ¿Quién demonios llama? —Era Arpad Kreisler. Sonaba molesto, enfadado y agotado.

—Señor Kreisler, soy Peter Russell. Necesito hacerle una pregunta.

—Es tarde. Ahora no me preocupa *marketing*. Pregunte a Weinstein, pero no está aquí.

—Igual usted podría responderme a mis preguntas —dijo Peter—. Creo que al Trans le pasa algo. A su red. No sé cómo empezar a explicar... He llegado a pensar que estaba loco.

—Sí, sí, está viendo cosas. ¿Y? ¿Qué puedo hacer por usted?

—No soy solo yo.

—Claro que no. Intento decírselo hace tres días, a red de Trans le pasa algo. Weinstein me ordena que me calle, y cuando no lo hago ordena a los guardias que me echen de San Andreas. ¡Soy socio! No puede hacer eso. Dice que llamará a Seguridad Interior para hablarles de mi permiso de residencia.

—Pero ahora está usted ahí...

—Los guardias de puerta se fueron —dijo Kreisler—. Puerta está abierta. Estoy buscando a Weinstein, esto es un caos. —Entonces, con un tono más bajo, casi reverente, Kreisler preguntó—: ¿Qué es lo que ve, señor Russell?

—Fantasmas —respondió Peter—. Y no soy el único. Creía que así era, pero no.

—Claro que no.

—Todos los que tienen un Trans están viendo cosas.

—Eso no bueno —dijo Kreisler, casi con un susurro.

—Usted nos dijo que el Trans cambiaría el espacio. Algo acerca de la... permeabilidad, de destellos de información. Recuerdo bien eso. ¿Se puede volver atrás? ¿Podemos apagarlo todo y hacer que todo vuelva a la normalidad?

—Weinstein... No nos dejará apagar red. Demasiado dinero involucrado ya. Aun así lo intento, pero no puedo llegar al centro, al transmisor. Aquí dentro muy malo.

—Necesito saber una cosa: si destruyo mis unidades, si usted apaga eso, ¿volverá todo a la normalidad?

Kreisler no respondió durante un momento.

—He estado pensando. No tener... puta idea. Viejos recuerdos y personalidades, información mal codificada, no comprendimos su persistencia, ni en las teorías más desbocadas. Está incrustada en espacio como tallas, como *graffiti*. Pero cuando la vida acaba, debe descomponerse, o eso dicen matemáticas, como libros no leídos que arden en una biblioteca y cuyas cenizas se dispersan. Creo que Trans interfiere en ello. La descomposición normal es bloqueada. La vieja biblioteca no arde, las cenizas no se dispersan. Y los viejos recuerdos parecen atraer cosas malas.

—Edward Schelling dijo algo parecido —dijo Peter.

—No conozco. ¿Es físico?

—No. Es un hombre muy viejo y muy sabio.

La voz de Kreisler se tornó sencilla y decidida.

—Encontraré a Weinstein. Debería ver lo que sucede aquí... Indescriptible, de verdad.

—¿Tenía usted alguna pista de que el Trans podía fallar, de que esto era posible? —preguntó Peter.

—No, lo juro. No soy creyente. Soy inventor y científico. Fantasmas son invención de largas noches y demasiado trabajo. Ya sabe, toda esa mierda. Ni siquiera estaba... en mi imaginación lo que sucede aquí.

—He machacado todas las unidades Trans que tengo —dijo Peter—. No sé si es suficiente. ¿Qué pasará si la red no es apagada?

—Dígame usted —dijo Kreisler—. Es el escritor imaginativo. ¿Qué es lo peor? Quizá es permanente, debemos vivir así y morir así, para siempre. Pero yo hago cuanto puedo, eso también lo juro. Quizá, señor artista, señor camarada escritor, pueda venir aquí y ayudarme. —Rió con amargura y colgó.

Las palabras de Kreisler le dolieron. Peter no era un cobarde, pero tenía que pensar bien las cosas. Para empezar, debía estar en el lugar adecuado. Caminó sobre el asfalto húmedo hacia el coche, que se encontraba en el estacionamiento del mercado, y se quedó sentado unos minutos. Las luces dentro de la frutería perdieron intensidad y alguien echó una cortina en la puerta. La señal roja de neón de la fachada

parpadeó, pero los tubos siguieron chisporroteando, destellos de brillo desvaído que seguían el circuito de las letras.

Peter miraba, hipnotizado.

Entonces encendió el contacto.

Lo primero era lo primero.

La familia.

Peter bajó la ventanilla y marcó el código en el teclado que había junto al gran portón de hierro. La verja se abrió con un chirrido de protesta y rebotó al final de su recorrido. Avanzó el coche, se detuvo y vio cómo la puerta se cerraba tras él.

Bajo una Luna parcialmente tapada por las nubes, la carretera que atravesaba Salamambo se estiraba en una larga «V» hacia El Cid y el seto negro, y a mano izquierda hacia la casa Flaubert. Desde aquel punto no alcanzaba a divisar «Jesús Lloró». Consultó su reloj. La una y media de la mañana. Se acabó el dormir.

El Porsche le parecía increíblemente ruidoso en aquella carretera a oscuras. Una brisa cálida susurraba en los jardines. Solo una ventana en la casa Flaubert estaba iluminada; las luces del porche y de la veranda estaban apagadas. Sombras de nubes cruzaban las grandes extensiones de césped. Peter siguió sus siluetas borrosas con una curiosa sensación de incredulidad; ¿cómo podía estar seguro de que eran nubes? Quizás algo igualmente vasto estuviera nadando sobre él, esperando una apertura, una vulnerabilidad...

Bloqueó aquellos pensamientos. El Cid ya era lo bastante tétrico, mirándolo encolerizado sobre las resplandecientes hojas de las adelfas con una expresión de alarma altanera, con el casco izquierdo de su caballo dispuesto a caer sobre el camino.

Estacionó el coche en el lado más alejado del paseo de ladrillo y apagó el motor. Los jardines estaban excepcionalmente silenciosos. Abrió la puerta y sacó una pierna, luego se detuvo para seguir escuchando, como un gato que estuviera decidiendo si atravesar o no una puerta abierta. Sus sentidos no eran precisamente extraordinarios; ¿y cómo podías estar seguro de que había algo que escuchar hasta que ya lo habías oído? Pero el único sonido era el roce de su zapato sobre el ladrillo, y el lejano susurro de las hojas.

La Luna se ocultó. Partes de la hacienda, los árboles y las colinas, seguían iluminadas, pero donde él había dejado el coche no podía ver prácticamente nada.

Se deslizó fuera y cerró la puerta con el mayor silencio posible.

Se encendieron las luces de la veranda. Estaban conectadas a sensores de movimiento y sonido. Unos amplios óvalos de luz jugaron con la caliza y el ladrillo. En ocasiones, Joseph y Michelle contrataban a un equipo de seguridad para que patrullara los terrenos de noche, pero Peter no vio señal alguna de ello. A Joseph le disgustaba tener una seguridad demasiado grande y demasiado evidente. «Me entra claustrofobia. No me gusta toparme con policías y muros», le había dicho una vez a Peter.

Caminó rápidamente sobre el suelo enladrillado hacia los escalones que daban a la entrada de casa Flaubert. Subió los peldaños hasta situarse bajo las luces e introdujo un código en el teclado que había junto al intercomunicador para llamar directamente al dormitorio de Joseph. Esperó cinco minutos. No hubo respuesta.

Sacó el llavero de su bolsillo y deshizo el caos de llaves. Con una mano apoyada en la pesada puerta de roble, introdujo la llave de bronce en la cerradura apropiada; había tres, todas con códigos electrónicos. Los mecanismos no se movieron.

Peter se retiró y miró hacia atrás con inquietud. No había nadie en el césped, ni en el paseo circular, ni en la carretera que conducía al portón principal. Se preguntó si no sería mejor volver al coche e intentarlo de nuevo al día siguiente. Era posible que Michelle lo hubiera cerrado todo, que hubiera programado todos los códigos y llaves para rechazar cualquier entrada y que hubiera así sellado la casa. Pero si ese era el caso, ¿cómo había sido él capaz de atravesar la verja de entrada?

Joseph... ¿Y si su problema del pasado había regresado? ¿Y si le había ocurrido algo a Michelle, o a los dos?

Solo por experimentar, levantó la mano y apretó la puerta de nuevo, esta vez con más fuerza. Se abrió. Dio un paso atrás y hundió el cuello entre los hombros, esperando la explosión de las alarmas. No sucedió nada. La seguridad de la casa estaba desconectada.

La puerta rebotó de nuevo hacia él con un gruñido, quedando abierta solo una rendija. Volvió a empujar.

—¡Hola, soy Peter! —gritó hacia la entrada y el vestíbulo posterior—. ¡Oídmeme, la alarma está apagada!

Esperó algunos segundos antes de volver a llamar.

—Joseph, Michelle, soy Peter. Si entro no me disparéis, ¿de acuerdo? —Joseph tenía armas; Michelle, sin duda, tenía acceso a ellas. La casa había sido allanada. Era posible que las armas ya hubieran sido empleadas. ¿Qué encontraría si entraba?

En ese momento lamentó haber destruido sus unidades Trans y haberse dejado el teléfono móvil. Ideas estúpidas, posesiones, locuras. Era lo que siempre pasaba cuando surgía una emergencia de verdad. Los teléfonos dentro de la casa requerían un código personal de cuatro dígitos para funcionar. Los habría de emergencia, por supuesto, pero ni Joseph ni Michelle le habían dicho dónde estaban.

—¡Joseph, soy Peter!

La entrada era un muro de negrura. A medida que los ojos de Peter se acostumbraban vio un pequeño diodo rojo brillando como el ojo de una rata, justo delante de él; posiblemente fuera un panel de alarma debajo de las escaleras. Trató de recordar la distribución, todos los paneles y cajas de seguridad, pero fue incapaz; aquello nunca le había preocupado. Como ladrón de casas o como espía era un completo fracaso.

Entró y no se molestó en cerrar detrás de él.

—Que alguien baje aquí a ayudarme, o simplemente me daré la vuelta y me

marcharé, ¿de acuerdo?

Se sentía como un idiota. Lo único que podía ser peor que balbucir aquellas estupideces era hacerlo a los cadáveres de sus amigos, despatarrados en las sombras, con la cabeza reventada de un disparo o un golpe contundente. No podía marcharse sin tratar de descubrir lo que había sucedido. Después podría intentar localizar un teléfono de emergencia para llamar a la policía, porque aquello empezaba a tener una pinta peor que mala.

El ojo de rata resplandeciente se apagó. Peter se detuvo y contuvo el aliento. Le fue fácil convencerse de que no estaba solo en la casa. Algo había cruzado por delante del diodo.

Casi de inmediato, en su cabeza destelló un mapa mental y vio la localización de los interruptores de la entrada, en la pared a mano derecha, justo antes de que uno girara para entrar en un pequeño estudio. Se desplazó hacia la derecha y tanteó la pared. Sus dedos provocaron pequeños sonidos contra la pintura. Entonces chocó contra el revestimiento de madera y se arañó el nudillo. Una mesa pequeña le bloqueaba el paso. Se detuvo y tanteó, golpeando un jarrón que comenzó a tambalearse. Algo le rozó el brazo... Flores. A tientas logró sujetar el jarrón antes de que cayera al suelo, pero las flores y el agua acabaron por derramarse.

En el momento de la salpicadura, la luz roja volvió a la vida, antes de confundirse y apagarse como si un velo oscuro y traslúcido pasase frente a ella. Peter pensaba que sus ojos ya deberían haberse acomodado a la oscuridad. Rodeó la mesa y encontró el interruptor. Sus dedos pulsaron los cinco botones de la placa, y por si acaso giró el potenciómetro plástico del reóstato.

Con terrible lentitud la habitación se llenó de luz. La claridad avanzaba en olas aceitosas desde los apliques del techo y una lámpara de cristal, derramándose sobre la entrada y la escalera, deslizándose sobre cada peldaño hasta llegar a las baldosas de mármol, que se tornaron lechosas.

La luz rodeó una forma al pie de la escalera, delineando una umbría dubitación de aire vacío del tamaño aproximado a un oso agazapado.

También aquello acabó por iluminarse y se desvaneció.

Peter parpadeó para quitarse el sudor de los ojos.

El proceso completo había llevado una fracción de segundo, pero a pesar de todo lo había visto y sabía que sucedía algo, que había cerca algo peligroso.

El diodo rojo brillaba continuamente, como parte de un panel de seguridad abierto, montado en la pared a la derecha de las escaleras. Cerró la puerta de entrada y echó el candado.

—No estoy loco y no soy un psíquico —dijo, como si aquello pudiera ser una especie de escudo contra un hecho incontrovertible. Tenía la seguridad de no estar solo, pero era incapaz de ver lo que lo acompañaba. Fuera lo que fuese, era enorme, al menos tan grande como un oso, si el tamaño tenía algún significado. Y como las roscas de sombras serpentinas en el pasillo de su casa de Glendale, aquel ser lo estaba

observando, expectante.

—Sal de ahí, fuera —gritó. Después, como si lo hubiera sacudido una descarga de electricidad estática, recuperó el sentido social. Estaba en la casa de un amigo y empleador, gritando estupideces y actuando como un chiquillo asustado. Con un esfuerzo supremo se apartó de la pared.

Sus zapatos pisaban las baldosas, pero no le volvía eco alguno, y en la casa Flaubert eso era muy extraño. Siempre había oído ecos en el vestíbulo de entrada, salvo en las raras ocasiones en que Joseph y Michelle habían celebrado una fiesta. En ese momento la inmensa sala parecía atestada, como si una multitud invisible llenara el espacio alrededor de las escaleras. Caminó con rapidez, resistiendo la necesidad de extender los brazos y apartar los cuerpos de gente a la que no podía ver. Pero no sentía nada.

Inspeccionó el panel de seguridad. Un botón activaba los sensores de movimiento, que a su vez encendían las luces allá donde hubiera un intruso. Miró por encima del hombro y presionó el botón. Entonces, habitación por habitación, revisó las alas norte y sur, a medida que las brillantes luces del techo de los pasillos se encendían y apagaban a su paso.

Diez minutos después, ya en la cocina, sabía que la planta baja no estaba ocupada, al menos no por Joseph o por Michelle, ni por ningún intruso humano. Al volver al pasillo, pasó junto a la puerta abierta del ascensor y le lanzó una rápida y desdichada mirada. Joseph lo usaba para subir a la primera planta, pero Peter nunca lo había utilizado al preferir las escaleras. De entrada no le gustaban los ascensores, y aquel además era muy pequeño, con el espacio justo para dos. También tenía una parada en el sótano, que se abría al túnel del tranvía entre la casa Flaubert y «Jesús Lloró». Hacía años, Joseph le había prometido que le haría una visita completa, pero después le había asegurado que el túnel estaba bloqueado por la chatarra acumulada, y que aún olía a humo.

Otro más de los excesos de Lordy Trenton, otra pieza de historia sin utilizar. Michelle había cubierto hacía mucho el botón del sótano con cinta aislante. «Ahí abajo es como una catacumba», le había dicho a Peter.

Subió las escaleras. Tras llegar al desembarco miró por encima del hombro. Algo lo seguía. Podía sentirlo cómo lo observaba con ojos curiosos e invisibles, una enorme presencia sin peso ni masa.

El brazo se le quedó rígido como las cerdas de un cepillo.

—Fuera —dijo. Eres mi muerte. Me agarrarás y sacudirás como un gran siluro devorando un trozo de carroña. Me sacudirás, me masticarás y volverás a sacudirme, hasta que no sea más que un saco de piel vacío.

Su aliento surgió en forma de gemido trémulo. A veces, tener una imaginación tan vívida era una verdadera putada.

La presencia se había detenido al pie de las escaleras. Esperaba, expectante y serena. Quería algo, eso era fácil de percibir, pero si lo quería a él allí estaba, solo y

vulnerable. Era una oportunidad perfecta, mas no sucedía nada.

Mediante fuerza de voluntad Peter se giró y escudriñó el pasillo de arriba. La primera puerta a la derecha conducía al dormitorio de Michelle. Sabía desde hacía mucho que dormían en habitaciones separadas. Había supuesto que era el respeto que una joven esposa mostraba hacia su marido anciano y enfermo.

La puerta estaba entreabierta. Las luces estaban encendidas.

Llamó suavemente con los nudillos.

—¿Michelle?

No hubo respuesta.

Empujó la puerta con la punta del zapato.

Michelle había escogido una de las habitaciones más pequeñas de la planta superior, algo que de algún modo no sorprendía a Peter. Pero el cuarto era un caos, y aquello sí que lo sorprendía. Había numerosas fotografías arrancadas de revistas y clavadas a la pared con un resplandeciente bosque de chinchetas de cabeza estrecha, muchas más de las necesarias. Las imágenes mostraban tatuajes, cientos de ellos, en brazos, espaldas, rostros, párpados, penes y labios vaginales. Las chinchetas silueteaban los tatuajes, cientos de ellas, miles. Algunas salían de los bordes de las imágenes para delinear laberintos en los angostos pasadizos de pared desnuda que quedaban descubiertos.

Revistas mutiladas y desgarradas cubrían el suelo junto a la cama con dosel, la cama de una niña pequeña, con chorreras rosas, edredón y almohada bordeada con encaje; apenas era lo bastante larga para acomodar el metro sesenta y cinco escaso de Michelle.

Pisó las pilas de revistas y estudió los recortes. Michelle nunca le había enseñado tatuajes; no sabía si tenía alguno.

Frente a la cama había un espejo ovalado de cuerpo entero. De nuevo pasó por encima de las revistas recortadas y miró el espejo. Alguien había usado pintalabios, lápiz de cejas, colorete y otros elementos de maquillaje para pintarrapear formas y diseños en el cristal, líneas y patrones animales, y en lo alto máscaras sonrientes.

Se detuvo frente al espejo para encajar su propio rostro dentro de una de las máscaras pintadas. El diseño le hacía parecer un tejón demente. Un payaso animal.

No podía imaginarse a Michelle viviendo allí, no a la Michelle que conocía. A la que creía conocer.

Máscaras. Barro y sangre.

Los payasos pintados de la joven esposa de Lordy Trenton.

Peter se apartó del espejo con el estómago retorcido.

La luz del baño estaba encendida. El ventilador zumbaba suavemente. Miró dentro. Al temporizador del calefactor y el ventilador le quedaban diez minutos del máximo de una hora. La habitación aún estaba húmeda. La cortina que rodeaba la bañera ovalada seguía mojada. La propia bañera estaba vacía, salvo por muchas manchas rojizas no de sangre, sino de colorete o pintalabios emborronado. En el

desagüe había unas pestañas postizas. Más de un par; había al menos seis u ocho, enredadas como una familia de arañas ahogadas.

Salió del cuarto de baño y se giró hacia el armario. En el interior había apiladas cajas de zapatos contra un lateral. La otra parte la ocupaban estantes y ropa colgada de perchas.

Superado ya cualquier sentido de la discreción, Peter bajó una caja de zapatos y levantó la tapa. Dentro había Polaroids instantáneas y lo que parecían impresiones de fotografías digitales: cadáveres recién muertos, sin señales de descomposición, sus expresiones desmayadas pero fatalmente relajadas, tirados sobre linóleo, tendidos sobre un sofá ajado, derrumbados en una esquina cualquiera.

Sus ojos planos, insensibles.

A juzgar por la iluminación y los ángulos, aquellas no eran fotografías oficiales de escenas de un crimen. Sacó otra caja que tenía la tapa medio abierta. Echó un vistazo al interior y sus dedos se aflojaron. La caja cayó al suelo, derramando sus contenidos.

Las fotografías que había dentro, todas Polaroids, eran de una niña pequeña tirada sobre un tablero de madera contrachapada. Los brazos y piernas se salían de los bordes, laxos.

Se apoyó contra las prendas colgadas y las fotografías, decenas de ellas, cayeron sobre el suelo enmoquetado del armario empotrado.

Todas de Daniella.

Se acabó, pensó. Había tenido suficiente. Que la cosa del pasillo entrara y se lo llevara. No quería ver nada más, y si continuaba sabía que habría cosas peores que fotografías de su hija muerta, horrendas como eran. Después de todo, sabía que estaba muerta desde hacía ya algún tiempo, dos años, y aquel era el hecho principal que allí se demostraba de modo tan gráfico.

Se quedó en el armario algunos minutos sin moverse, contemplando las cajas apiladas, sorprendido por su fuerza.

—Morirás cuando no lo quieras —murmuró—. Ni un minuto antes.

Alguien que usaba la habitación de Michelle había coleccionado fotografías de la escena del asesinato de su hija. Fotografías de otra gente asesinada. Aquello era perverso, pero no estaba más allá de la imaginación. Peter había aprendido mucho acerca de aficiones extrañas y secretas en el tiempo que había pasado en Los Ángeles. Pero no lograba realizar la conexión. El Joseph al que conocía, la Michelle a la que creía conocer, nunca harían ni permitirían una cosa así.

Miró una vez más las fotografías dispersas. Sin duda era su hija, pero sin las marcas de mapache pintadas en la cara. Y no era así como los corredores habían notificado a la policía que la hallaron. Ahí no estaba sobre la hierba seca y dorada de una ladera, cubierta de tierra y hojas.

Sino como su asesino la había visto.

En el baño, el temporizador se apagó con un corto zumbido.

Salió del dormitorio y se quedó de pie en el pasillo. Con absoluta ponderación (era casi imposible obligar a un pie a ponerse delante del otro) giró hacia la derecha y recorrió lentamente el pasillo hasta la puerta que conducía a la sala de estar de Joseph, aquella con vistas al paseo y la hacienda. Los sensores de movimiento volvieron a encender las luces del techo a su paso. El áspero resplandor blanco de las bombillas halógenas encastradas rebotaba a lo largo de las paredes muertas hasta alcanzar el extremo, y regresaba como el eco de una marea.

Llegó a la puerta y tocó el picaporte. Joseph estaba dentro. En qué condición, Peter no podía saberlo; pero podía olerlo con unos sentidos tan afilados como los de un perro, unos instintos amplificadas por el miedo.

Ahora las cosas entre ellos eran diferentes.

Casi podía verlo.

Joseph está sentado en su silla, junto a la ventana, esperando a que yo entre, con una manta sobre las piernas y un arma, una pistola, descansando inocente en su regazo. Dirá: «He matado a Michelle. Está abajo, en el túnel, y ahora voy a matarte a ti, hijo de puta, por intentar robarme a mi mujer. Odio a los ladrones». Joseph levantará la pistola y disparará hasta vaciar el cargador. Por aquí hay lugares de sobra en los que esconder cuerpos.

Máscaras y cuerpos.

Justo lo que Scragg estaba buscando.

Aferró el picaporte y lo giró. Nunca había sido un cobarde, y no lo era ahora. La puerta se abrió con el familiar quejido suave. La habitación a la que se abría estaba en su mayor parte a oscuras. La luz del pasillo iluminaba la barra de bar. Abrió la hoja más allá del segundo chirrido y entró.

—No enciendas la luz.

Por un momento, Peter se preguntó quién estaba hablando, pero después comprendió que tenía que ser Joseph; era Joseph, solo que la voz sonaba débil y forzada.

—Cierra la puerta. Vigila... tu... espalda.

Peter cerró tras él. Joseph estaba sentado en su silla favorita, junto a las ventanas francesas, por las que se colaba la luz de la Luna. Vestía una bata que le llegaba hasta los muslos y un pijama, todo ello blanco. La sombra del marco de la ventana cubría su rostro; la Luna estaba alta y dejaba una zona de negrura bajo su silla.

—Joseph, hijo de puta, en nombre de Dios, ¿qué has hecho? ¿Dónde está Michelle?

Las manos de Joseph descansaban en el extremo de los reposabrazos. No se movían.

—Qué... ¿Has estado dormido? —demandó Peter.

—Se acabó el dormir —respondió Joseph—. No me siento bien, Peter.

A Peter le costó comprender sus palabras.

—¿Dónde está Michelle? —repitió.

—No lo sé. Escucha.

—¿Llamo a un médico?

—Solo cállate y escucha.

Peter dio un paso adelante con los puños cerrados.

—Tienes que darme unas cuantas explicaciones. He encontrado...

—No lo hagas —cortó Joseph.

Peter se detuvo. Algo en la voz... No alcanzaba a ver la pistola, pero podía seguir allí, escondida entre los pliegues de la bata. Joseph, como siempre, tenía el control.

—¿Cuánto llevas ahí sentado?

—No lo sé. Aún no puedo irme. Esto es para ti, Peter. Escucha con atención. Es la única explicación que tengo. Justo después de conocer a Michelle, una mujer a la que conocí volvió con su novio punk para sacarme dinero. Los maté a los dos justo ahí, donde estás tú ahora.

—Dios mío —dijo Peter.

—Están abajo, en el túnel. Michelle me ayudó a enterrarlos debajo de las vías. Me ayudó a verter hormigón en el hoyo. Pensé: buena mujer. Fiel. Hace lo que le digo. Pero supongo que aquello quebró su espíritu. Que Dios me ayude, pero activé algo.

Peter se apoyó contra la puerta, aún enfermo de furia, confuso, aunque extrañamente ya no estaba asustado. Levantó la mirada; justo debajo del techo bailaban lanzas y motas de plata.

—No estuve seguro hasta hace unos pocos días. Debería haberlo supuesto..., pero no quería saber. —La voz de Joseph se hizo casi inaudible, menor que un susurro—. Se convirtió en un recipiente vacío. Las cosas de por aquí han estado mucho tiempo aguardando, a la espera de alguien como ella. Entraron y se corrieron una juerga.

A Peter le dolía la garganta. Levantó la mano para tocársela; sentía vibrar las cuerdas vocales. No era Joseph quien hablaba.

Era él.

—Me pregunto a quién fue a quien quise. Puede que quedara alguna pequeña parte de ella —siguió la voz, la voz de Joseph en su boca—. ¿Cómo si no podría ser tan convincente y dulce? Debe de haber puesto a la mayoría en el túnel. Hace algunos días comenzaron a volver. Lo siento, Peter. Esto es el Infierno, ya te lo advertí: vigila a Michelle.

A Peter lo rodeaba un creciente conjuro de silencio. Su garganta se relajó. Trató de respirar. No había visto moverse a Joseph desde que entró en la habitación.

Los destellos del techo resplandecieron y desaparecieron.

La oscuridad se arremolinó sobre su cabeza con el ruido que harían unas cortinas movidas por el viento, ssh.

El grito que surgió de él era avergonzado, tembloroso. Se orinó encima, a quién no le hubiera pasado. Pero no abrió la puerta y salió corriendo, sino que retrocedió y encendió la luz.

Para espantar a las sombras.

Era inútil, pero también el último deber para con un amigo.

La luz se apoderó espesa de la pieza en oleadas resentidas. El frente de luminosidad trepaba por las piernas de Joseph, a su alrededor, sobre su pijama, su torso, por último sobre su cabeza, dudando allí durante un breve instante, como si presionara contra un obstáculo pegajoso.

El anciano apareció revelado. La cabeza caía hacia delante. Alguien había enrollado y colocado una toallita blanca debajo de su mentón. La sangre de los labios manchaba el tejido. Dos orificios limpios atravesaban el pecho velludo entre las solapas de la bata. En la piel de la frente, alguien había pintarrajeado tres palabras con trazos leves y exangües:

TE QUIERO CARIÑO.

Peter miró hacia abajo. Quien hubiera escrito el mensaje se había arrodillado frente a Joseph, dejando las marcas sangrientas de sus rodillas.

Una chincheta de cabeza estrecha resplandecía junto al pie izquierdo, calzado con unas pantuflas.

Extendió la mano para tocar la muñeca de Joseph. Su palma se encrespó de repente. Cinco chinchetas más sobresalían de la piel, en el dorso de la mano.

Aquello superaba de tal modo las experiencias de Peter que lo que logró la química que saturaba su cuerpo fue calmarlo. Sus dedos dejaron de temblar. Una fatal curiosidad se adueñó de él. Aún estaba vivo, y temporalmente se encontraba más allá del miedo, que desaparecía por las perneras de sus pantalones, goteando sobre el suelo. Muy bien, sin dignidad, qué demonios. Compruébale el pulso, tío.

Levantó la manga de la bata y tanteó la muñeca con dos dedos. No había pulso, y estaba frío al tacto. Frotó la piel azulada del antebrazo. También fría. Su amigo y antiguo jefe llevaba muerto bastante tiempo. No eran segundos, ni minutos.

Horas.

Apartó la punta del zapato del perímetro de sangre gélida. ¿Podía creer la confesión de un muerto?

Un lóbulo resplandeciente de plástico azul sobresalía del bolsillo del pecho de la bata de Joseph. Peter acercó la mano a regañadientes y sacó un teléfono móvil, no un Trans. Lo levantó como si fuera un enorme escarabajo y esperase que su caparazón se abriera de golpe y saliera zumbando con sus alas.

El teléfono comenzó a silbar una melodía entre sus dedos, Hernando's Hideaway. Dio un brinco, pero no lo soltó. No era muy difícil imaginar quién estaría al otro lado de la línea, en el extremo del universo más letal y alejado del resto de la raza humana.

Apretó el botón.

—¿Eres tú, Peter? —preguntó Michelle. Su voz no era muy clara; llamaba desde otro teléfono móvil. Podría estar en la casa.

—¿Quién si no? —respondió Peter. Sonaba áspero.

—¿Has encontrado a Joseph?

—Lo he encontrado.

—¿Está muerto?

Peter no sabía cómo responder a eso.

—Oh, Dios mío, Peter, está muerto, ¿no es así? Es todo tan extraño... No sé qué decir.

Peter se quedó mirando el cuerpo de Joseph Adrian Benoliel.

—¿Quién eres? —preguntó a Michelle.

—¿Cómo dices?

—Michelle no haría esto.

La voz al otro lado cambió.

—¿Ah, no?

—No, no lo haría.

—¿Te gustaría hablar con Michelle? ¿Quieres que rebusque un poco a ver si la encuentro?

—¿Quién eres tú?

—Michelle es tan pequeña aquí dentro, como un bebé... Así que la ayudé. ¿Podrás perdonarme?

Peter miraba ahora hacia la puerta, con los ojos muy abiertos. En la casa. Cerca.

—Tengo que llamar a la policía.

—¿Y de qué iba a servir? Lleva muerta y castigada mucho tiempo.

—¿Por qué mataste a Joseph? ¿Te puso furiosa? —preguntó Peter.

—Si yo pudiera sentir furia, sería como tú —respondió Michelle.

—¿Mataste tú a mi hija? —El viejo y cuerdo Peter, siempre escondiéndose del horror, no podría creer que le estuviera preguntando aquello a Michelle. La respuesta fue aún más difícil de aceptar.

—Yo cabalgo la montura, y a veces el caballo quiere correr.

Peter miró por toda la habitación, esperando que hubiera dejado la pistola a la vista; podría usarla si encontraba a Michelle. O si entraba en la habitación. O si daba con ella en la hacienda, o en cualquier otra parte.

—No te entiendo —dijo.

—Mi montura. Mi cara. Mi preciosa máscara, Peter.

—Ah. —Necesitaba desesperadamente tiempo para pensar las cosas—. Daniella no era más que una niña.

—Mi caballo vio cuánto querías a esa niñita. Lloraba al pensarlo. El padre de mi caballo no era tan afectuoso. Y para sentir esas emociones, todas enredadas, se puso en mi camino.

—Sigo sin comprender.

—Sé que iremos a la cárcel, Peter. En la cárcel todo será maravilloso. Tantos caballos sin jinete..., tantas máscaras que ponerme...

La furia y un genuino pánico visceral sacudieron a Peter. Apenas podía sostener

el teléfono, o hablar. Podría estar en cualquier parte. Está fuera.

—Dime por qué mataste a Daniella.

Michelle aguardó petulante, luego suspiró.

—Solo había dos hombres a los que mi caballo quería y en los que confiaba. Uno de ellos era Joseph, y el otro eras tú. Todos los hombres son padres y hermanos para mi caballo. Y todos los hombres la han decepcionado.

—Eso es una gilipollez.

—Es verdad.

La habitación pareció sacudirse alrededor de Peter. Se agarró la frente con una mano y miró hacia abajo, aturdido por la ira.

—Cuando te encuentre te mataré.

—No hagas eso, tonto. Solo somos nosotros, y no nos importa. Puede que te cobres tu venganza y que te vacíes. Y puede que entonces te cabalgue a ti. Y si la policía nos encuentra, la cárcel será adorable. Tantos de nosotros, todos en un mismo sitio... Será como una reunión familiar. Pobre Michelle. Adiós, Peter.

La llamada se interrumpió. Peter miró conmocionado la pantalla del teléfono, pequeña y verde. Era tan fácil hablar en aquella época estuvieras donde estuvieras, fueras quien fueras...

Bajó las escaleras hasta el salón. Sus pensamientos eran fríos y tranquilos, como un péndulo de acero que se balancease de un suceso extremo a otro. Se enfrentaba a diversas decisiones inmediatas. Primero, si llamar o no a la policía. Si daba a las fuerzas del orden respuestas veraces, nadie le creería, a no ser que también ellos hubieran visto lo que un Trans podía hacer con las «líneas muertas» locales.

Aquello era ingenioso. Las líneas que los muertos empleaban; no las líneas telefónicas, sino canales de otra clase de comunicación. Medios de escape, de difusión, de paso, de lo que fuera que les sucediera a los recuerdos, experiencias y formas que permanecían después de la muerte. Arpad los había descubierto, un hecho brillante, pero después había llegado a las conclusiones equivocadas. Peter volvió a recordar aquella memorable conversación:

Trans llega bajo nuestro mundo, por debajo de las redes usadas por los átomos o las partículas subatómicas, donde hay un gran silencio.

Parecía que al final no había tanto silencio. Incluso una pequeña interferencia volvía a los muertos más propensos a activarse, provocaba que sus tristes copos de memoria permanecieran un poco más, quizá mucho más. Y así hasta que las formas de los muertos llenaran la Tierra, como un festival de sombras, de carroñeros. Atrayendo a cosas peores que los ácaros del polvo, los gusanos o las anguilas: leones, hienas, osos. Tiburones. Inmensos devoradores de carroña a los que casi nunca se veía, salvo durante los horrores de la guerra, en la locura de las vastas revoluciones humanas, aprovechándose de los «cambios en el clima».

El diodo parpadeante, la invisibilidad de tamaño osuno en el piso inferior: un merodeador. Algo peor aún que el repugnante oportunista que había entrado en Michelle, que la cabalgaba y que la llamaba montura, que jugaba tan bien a imitar a un ser humano.

Inteligencia sin conciencia. Curiosidad sin control ni equilibrio. Jugando con todos ellos.

Con Daniella.

Las unidades Trans no funcionan en Salamambo, dentro de las casas.

Aquí las líneas ya están saturadas.

¿Por qué cosa?

Por el amor de Dios, no puedo saber nada de esto, trató de asegurarse, pero la promesa del refugio de la ignorancia sonaba hueca. Había unido las piezas con la ayuda de Joseph. Del Joseph muerto.

Joseph. Daniella. El tirón, la compulsión... No pueden hablar por ellos; no tienen nada capaz de mover el aire. Son migajas, poco más, atraídas por tus recuerdos. Así es como los fantasmas te chupan la energía, tratando de ser reales. Solo se hacen

reales cuando los ves y los recuerdas.

Todo encajaba. Tenía que encajar. Las unidades Trans transfiguraban aquello que, por los dictados de cualquier orden correcto, debería avanzar, disolverse, evaporarse. Las constantes charlas inanes alteraban, hasta llegar a detener por completo, el paso de los muertos, y exponían otro reino, un sistema que supuestamente las cosas vivas debían ignorar.

Sintió cómo todo el peso de la situación caía sobre él de repente, lo que condujo inevitablemente a su siguiente decisión: ¿qué haría al respecto? ¿Qué podía hacer nadie en ese momento?

Peter siempre se había visto como un hombre pequeño aunque con cierto talento, encantador hasta cierto punto y poco agresivo; no era ni un gran espíritu ni un héroe. Después de todo, la vida ordinaria, el sexo, la amistad y el matrimonio lo habían atraído para después derrotarlo.

Empezó a respirar lentamente.

Ladrones. Eso es lo que eran. Ladrones.

Podía tratar con unos ladrones, ¿no? Odiaba a los ladrones.

—Ayuda —dijo en voz muy baja.

Al pie de las escaleras, los pasillos de la planta baja estaban a oscuras. Pero a medida que se giraba, mirando primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha, las luces se encendían simultáneamente en los extremos más alejados, antes de avanzar hacia el atrio, iluminando paredes y cuadros, puertas cerradas y ricas alfombras de lana, convergiendo sobre él. Cosas invisibles recorrían los pasillos a ambos lados, cosas que ya no seguían su tendencia natural, que ya no se difuminaban, sino que habían cobrado peso y propósito.

Le empezó a palpar la cabeza. Oía cómo le rechinaban los dientes y sentía cómo se tensaba su garganta; querían usarlo, todos ellos, al mismo tiempo. Se golpeó el cuello con una mano y se giró para escapar, pero el suelo entre él y la puerta principal se difuminó de repente, antes de formar ondas como si fuera líquido. Las sombras oscurecían las baldosas de mármol: serpientes ondulantes, olas informes que avanzaban y ascendían rápidamente. Las tinieblas cubrieron las paredes y las ventanas, antes de girarse y comenzar a frotarse contra él con una familiaridad descuidada y ansiosa.

Los sin techo definitivos, los pordioseros más tristes de todos, muertos tiempo ha: las víctimas de Michelle.

¿Cuántas?

La puerta del ascensor se abrió con un zumbido metálico. Dentro brillaba una sola bombilla, naranja y desnuda. La cabina diminuta se movió, vibró y se ajustó una vez más hasta alcanzar el nivel del suelo, como si algo hubiera entrado en ella.

Algo invisible y voluminoso.

—No —dijo Peter—. Antes ardo en el Infierno.

—Infierno —respondió alguien, usando su garganta.

«Infierno», dijo otra presencia, e «Infierno» convino una tercera, todas ellas estirando y manipulando sus cuerdas vocales. Se mordió la lengua para mantenerla quieta, hasta que pudo saborear la sangre en su boca. Siguieron unos gruñidos apagados.

Lo rodeaban ondas, siluetas, sugerencias, fragmentos de humanidad muerta comprimida y estabulada por otros, o quizá solo por uno, por alguien no humano. Con torpeza, Peter dio un reluctantante paso hacia el ascensor. Cerró los ojos involuntariamente. No podía soportar aquel espacio angosto. Algo lo empujó adentro.

La puerta de malla de bronce se cerró. El interior era aún más pequeño de lo que había imaginado.

El aire olía a humo.

La pálida bombilla naranja parpadeó. Las poleas y cables entraron en funcionamiento. Un motor eléctrico empezó a zumbar.

La cabina dio una sacudida y descendió.

Peter se apoyó contra una esquina parpadeando, tratando de tener frente a su cara el máximo espacio posible para lograr una ilusión de volumen, para no tener la sensación de estar encerrado dentro de un ataúd. Su rostro estaba humedecido por las lágrimas y el sudor, y el corazón le galopaba desbocado.

Sabía que si moría en ese momento quedaría atrapado en el camino, detenido en el atasco. Nunca escaparía, nunca encontraría la carretera de salida por la que desviarse y alcanzar su destino, fuera el que fuese.

El cielo, formal, ordenado y calmado, como Cheviot Hills.

O la noche, donde simplemente se desintegraría.

Peter Russell estaba decidido a no morir, ni allí ni en ese momento. Su corazón frenó y cobró un pulso más regular.

La luz naranja encima de su cabeza zumbaba y parpadeaba. La puerta de la jaula se deslizó a un lado con un chirrido reverberante.

Abrió los ojos de golpe y se apartó de la esquina, agitando apresuradamente los brazos y arrastrando los pies, como si se protegiera de una nube de mosquitos. Pero estaba solo. La multitud del ascensor se había ido. La gran presencia, el oso invisible, tampoco era perceptible; no tenía sensación de hallarse acompañado.

Podían moverse más rápido que él, o quizá no necesitaran moverse para quitarse de en medio. Interrupciones, saltos de edición.

Allí se encontraba con los brazos colgando y los puños cerrados, sobre un suelo de linóleo, en una habitación forrada de armaritos de acero. En la esquina más alejada, una antigua lavadora y una secadora yacían medio ocultas por una pila de cajas de madera para fruta, y más allá había instalado un inmenso calentador de agua, montado de costado sobre peanas de hormigón, como la caldera de un barco de vapor. Bloqueando los armaritos había pilas de fotos enmarcadas de actores y actrices muertos hacía tiempo, decenas de sonrisas congeladas en blanco y negro detrás de un cristal roto, rostros de gran presencia y hermosura que lo observaban con una falsa promesa de amistad y seducción.

«Para Lordy, y especialmente para su media naranja, Emily».

«Para Morty de Frances».

«Te lo debo todo a ti».

«¡XXXs para todos!».

Junto a las pilas de fotografías había tiradas unas cajas de cartón. Eran viejos álbumes de recortes, encuadrados en cuero putrefacto, todos con las iniciales «LT». Uno estaba abierto por una página con las instantáneas reviradas de una rubia delgada y sonriente con bañador negro, los brazos extendidos, el cuerpo inclinado como si estuviera a punto de saltar para tirarse de cabeza. Emily Gaumont. Peter giró la

página con la punta del zapato. Otras instantáneas en sepia resucitaban a hermosas y jóvenes estrellas, todas ingenuas, y a elegantes coches antiguos. Un Packard. Un Bentley. Un viejo camión de bomberos.

Volvió atrás. Había algo extrañamente familiar en la expresión de Emily, una sonrisa convincente con una mínima inclinación de las cejas. La joven esposa de Lordy Trenton le recordaba a Michelle. Pero la fotografía tenía más de sesenta años.

—Tira lo viejo y llena el armario de cosas nuevas —susurró. Michelle tenía pasión por la redecoración. Joseph le había permitido todos los caprichos.

Miró a la derecha y vio una puerta holandesa pintada de amarillo y *beige*. Las dos mitades estaban entreabiertas.

—Joseph, maldito hijo de puta —dijo, irradiando furia. La estancia pareció vibrar como respuesta—. Tú trajiste aquí a Michelle. La trajiste aquí y...

No pudo terminar. Lo que yacía tras aquellas acusaciones era un vacío, un desierto lleno con todo lo que él había tenido que sufrir durante los dos últimos años de locura y búsqueda. ¿Y si las suposiciones de Joseph fueran correctas? ¿Y si no había llevado allí a Michelle, al menos no a su parte esencial, dominante? ¿Y si aquello ya estaba en Salamambo? Una criatura antigua que esperara pacientemente la llegada del tipo exacto de mujer que suele rodear a los viejos ricos y desesperados... Que esperaba a otro joven recipiente ingenuo y vulnerable...

Michelle. Aturdida por los dos asesinatos, su conciencia conmocionada y asustada había terminado por hundirse, ocultándose en una esquina muy profunda y oscura, dejando una copa casi vacía que esperaba a ser colmada.

Scragg le había preguntado si podía proporcionar cualquier información adicional, cualquier cosa que pudiera señalar a alguien familiar, alguien que los conociera.

Como no podía ser de otro modo, su furia se volvió hacia sí mismo. ¿Cómo era posible que no hubiera reparado en ello? ¿Cómo?

En ese momento vio el humo y las señales de fuego alrededor del techo, sobre el andén. Ya fuera su imaginación o no (él se inclinaba por lo segundo), sintió un viento que procedía del túnel, transportando un antiguo y acre olor a barbacoa, a humo y a carne quemada. No podía sentir la corriente de aire en la piel; estaba en su mente. Fragmentos de pensamientos llegaron como el viento, como la carbonilla que cayera sobre un ojo especial, clarividente. Dolor, miedo. Y no solo el de las víctimas del viejo incendio en el túnel del tranvía.

Se cubrió la boca y la nariz con la mano.

Más allá del andén, a unos seis pasos, el túnel del tranvía que conducía hacia «Jesús Lloró» se abría como un metro en miniatura que se adentraba en la espesa oscuridad, iluminado solo por bombillas incandescentes enormemente espaciadas, colgadas de un delgado cable negro. Algunas de las bombillas estaban fundidas. Unas pilas de madera, ennegrecidas por el fuego y grises por el polvo, bloqueaban la mitad del túnel. Había más cajas amontonadas al otro lado del pequeño andén; algunas estaban rotas y derramaban más álbumes de recortes, más fotografías, más historia. En la esquina más alejada, a la derecha, había un vagón volcado de lado cuyas cuatro ruedas sobresalían de la cabina. Junto al tren había una caja de herramientas vacía. El polvo y el hollín lo oscurecían todo, salvo un rastro que conducía al túnel, como si alguien hubiese pasado un trapo con fuerza entre las pilas de restos. Habían estado moviendo pesos. Unas pequeñas huellas deterioraban el nítido borde del sendero abierto.

Peter contempló aquel rastro.

Se inclinó.

Miró mejor, pues no creía lo que veía.

Muy pegados al linóleo había jirones de fantasmas que se bamboleaban como un envoltorio de plástico o un globo reventado, sin sustancia material pero a pesar de todo allí fijados. Había trozos de cara aplanados, manos extendidas, dedos en espasmódico movimiento. Ojos vacíos en pieles vacías. Restos de telaraña producto de tantos festines de los carroñeros que se descomponían en un polvo indigesto que se colaría a través de aquellos espacios, ascendiendo hasta salir al mundo, donde se convertirían en impresiones pasajeras, en caprichos; donde se aferrarían a los sueños como las pasas en un pudín, incomprensibles en sí mismos. Fragmentos de inspiraciones y esperanzas. La vajilla rota de los recuerdos y las formas.

¿Qué clase de escoba podría barrer esto? ¿Qué clase de viento? No hay escapatoria; nadamos en esto toda nuestra vida, y es imposible saber de dónde proceden nuestras impresiones. Como el polvo que inhalan nuestros pulmones. Esto explica la percepción extrasensorial, las vidas pasadas... Todo. El Trans simplemente lo ha hecho visible.

El terror de Peter había vuelto a romper contra la costa de lo racional. La especulación acudía al rescate. Sí, moriría; sí, había encontrado horrores inimaginables, y pronto encontraría más. Trozos de lo que él era se unirían a aquella vajilla, a aquel polvo. Sin duda. Pérdida y traición. ¿Y? Cientos de miles de millones ya habían pasado antes por aquello.

La vida no era sencilla. La muerte lo era mucho más.

—Acabemos con esto —dijo. Se dirigió hacia el borde del andén. Primero Joseph

y después Michelle habían bajado allí para ocultar cosas. Necesitaba saber el qué.

A quién. Aparte de a los dos ladrones que habían amenazado con matar a Joseph. Se quedó contemplando las tinieblas a unos pocos metros del andén. Vio una zona toscamente alisada de cemento más reciente bajo unos raíles levantados y oxidados que habían sido colocados de nuevo, aunque sin atornillar.

Qué chapuza.

Los raíles se adentraban directamente en la oscuridad. Peter caminaba con pasos cortos a lo largo de las parodias en miniatura de traviesas ferroviarias. El agua se encharcaba en el balasto entre estas traviesas, grisáceo por la suciedad. Las volutas de humo negro habían pintado el yeso descascarillado del techo.

A ambos lados vio ganchos y trozos de cable, así como la silueta más clara en el yeso de los cuadros, ahora ausentes, que habían soportado lo peor del incendio. Solo quedaba un lienzo, roto por la mitad: un retrato oscurecido y de tamaño natural de quien debía de haber sido Lordy Trenton, sin sombrero y representado como un payaso de circo, pero aun así sosteniendo un largo y esbelto bastón de caballero. Vestía sus característicos pantalones abolsados. Una placa de bronce en la parte inferior del marco rezaba: «Dignidad, siempre dignidad».

Trenton, de nariz corta y pequeño mostacho, parecía feliz detrás del rostro blanco y los carrillos pintados de rojo, o lo hubiera parecido de tener ojos. Se los habían quitado, dejando sendos pozos cuadrados. A través de los agujeros se veía el blanco del yeso.

Más allá del retrato rajado, Peter reparó en unas señales marrones sobre las paredes cuarteadas y cocidas. Eran imitaciones de marcas de garras, golpes descendentes en conjuntos de cuatro o cinco. Había también ojos espirales en máscaras meramente abocetadas. Todo estaba pintarrajeado de forma tosca con lo que podría ser sangre, ahora reseca. Pinturas rupestres apenas visibles en el espacio entre bombillas.

Delante de él, al final del túnel, debía de haberse abierto una puerta, porque notaba en la barba una verdadera corriente constante. Se subió con cuidado a un gran tablero cuadrado de contrachapado, atornillado a otro grupo de ruedas de tren. Alguien había pasado una cuerda a través de algunos orificios practicados en el tablero. La cuerda yacía sobre la gravilla, húmeda y retorcida. Era un carrito improvisado para mover objetos pesados por el túnel. La madera tenía manchas de sangre.

Se arrodilló un momento. Carrito. Túnel. Cueva. Un lugar tremendo, de moho y barro. Y solo para llevar a la gente de una casa a la otra, bajo tierra, lejos del sol. Todo un atraso. Demasiadas casas, demasiados juguetes, demasiados sueños avariciosos y excesivos hechos realidad gracias al dinero. El dinero y la vida se desvanecían, pero la necedad persistía. Necio carrito.

Se levantó y rodeó el contrachapado, mojándose los zapatos en los charcos espumosos. Unos cuantos metros más adelante, una puerta roja deslizante sobresalía de los ladrillos y el yeso. Quizá un armario de almacenamiento, o una sala de

mantenimiento, o una centralita eléctrica. O el refugio antiaéreo de Lordy Trenton.

Ella (eso) podría estar ahí dentro, escondida justo detrás de esa puerta.

No quiero morir aquí abajo.

Miró hacia atrás. Había recorrido unos ciento veinte metros. La distancia entre la casa Flaubert y «Jesús Lloró» era de unos trescientos, si se trazaba una línea recta bajo el seto y la colina.

Le quedaba un buen trecho.

Y una vez más el convencimiento de que una gran presencia lo observaba, al acecho. Detrás, frente a él. No estaba seguro. Era extraño, pero no se sentía amenazado. A fin de cuentas solo era un terror más, sumado a una montaña de ellos.

Examinó el panel deslizante. Tanto la pintura roja como la madera habían visto tiempos mejores. Algo había mordisqueado el borde inferior, probablemente las ratas. Se habían engrasado recientemente los carriles y las ruedas. El panel había sido abierto hacía poco.

Arrugó la nariz. Aun por encima del constante hedor del humo, algo apestaba ahí dentro. Abrió como pudo la puerta sin exponerse a la oscuridad del interior. Esperó, escuchó el agua gotear. Se estiró para mirar dentro. Alguien había colocado una única y vieja bombilla en la pared, mal situada y de luz muy débil. Podría llevar décadas encendida. Había negrura en todas las esquinas. No era capaz de determinar hasta dónde llegaba la cámara.

—¿Michelle?

Durante un terrible momento sintió algo que lo miraba por encima del hombro. Controlándose, giró lentamente la cabeza. Una gran sombra se deslizaba por la pared opuesta y el techo del túnel, como una lámina vertical de bruma.

La reconoció de inmediato. La nada de tamaño osuno había regresado. Podía cambiar de forma, fluir.

—¿Qué demonios eres? —preguntó Peter, pero la sombra se había filtrado por el yeso y el ladrillo, indistinguible del tizne—. No me buscas a mí. Ya podrías haberme tomado. Nunca has estado interesado en mí. ¿Qué es lo que quieres?

Entonces lo sacudió un temblor diferente. Estaba empezando a reír de forma lenta y profunda, una risa tenebrosa.

—¿Sería mucho pedir que te hicieras útil? ¿Podrías buscarme algo? —preguntó la pared opuesta—. ¿Te importaría al menos volver y traerme una linterna?

Peter se giró hacia el espacio que se abría detrás de la puerta y la risa gorgoteó en su garganta. Tosió. Sus ojos ya no podían adaptarse más a la oscuridad. La cámara no tenía más de siete metros de anchura, pero era más profunda de lo que había imaginado. No alcanzaba a ver la pared posterior. Se encorvó y avanzó.

El suelo de hormigón era viejo, cuarteado y rugoso. Consiguió distinguir tramos de vía apoyados contra una esquina, A lo largo de la pared de su derecha (trató de

orientarse, aunque solo fuera para aclarar sus pensamientos), la pared noreste, había una hilera de literas dobles, como las usadas en los barracones. Contó al menos ocho que desaparecían en la penumbra, dieciséis camas en total, y todas aparentemente ocupadas por formas quietas y yacientes, cubiertas con mantas polvorientas. Aun bajo las mantas las formas parecían hundidas, menguadas.

Retiró la esquina de una manta. El polvo cayó sobre sus pies. La cara ósea que había debajo tenía el pelo blanqueado y hebroso. Mujer. No muy grande, pero adulta; no era una niña. Por aquello Peter se sintió mínimamente agradecido. Le habían roído la carne de la cara hasta llegar al cráneo parduzco. Lo que quedaba estaba reseco y correoso. Volvió a caer polvo cuando soltó la manta.

Siguió avanzando, y se adentró en el túnel lateral. Aquel tenía que ser el refugio antiaéreo de Trenton, capaz de alojar a muchas decenas de amigos. Más catres, más cuerpos alineados en la oscuridad; caras dentadas, sonrientes, de cuero oscuro, que asomaban bajo las mantas roídas por las ratas.

Las literas se extendían por la pared noreste hasta donde alcanzaba su vista en aquella negrura. Era difícil creer que Michelle hubiera podido hacer todo aquello por su cuenta. ¿Cuánto tiempo llevaba dedicada a ello? ¿Y cómo podía Joseph no haberse enterado de nada? ¿Qué clase de complicidad había rechazado y luego compartido, a medida que pasaban los años? Era consciente de que nunca lo comprendería, y sin duda nunca lo sabría.

Allí no había ratas. Aquel hecho lo sorprendió.

Se apoyó contra la pared. La bombilla a su derecha era como una cerilla prendida en las tinieblas. El hedor del polvo y la vieja descomposición parecía débil y frío. Aquello era peor que el campo en el que habían encontrado el cuerpo de Daniella. Mucho peor que aquel pequeño otero, soleado y cubierto de hierba. Scragg le había dicho que no la habían matado allí. El cuerpo había sido depositado como si se tuviera por él un mínimo respeto, con las manos cruzadas sobre el pecho mutilado.

Se enderezó. Reluctante a respirar aquel aire pestilente, estaba a punto de desmayarse. Desechó sus pasos hacia la entrada, apoyándose con una mano en el hormigón rugoso, arenisco.

Alguien había dispuesto un cuadrado oscuro a los pies de la forma oculta en el catre que había más a la derecha. Se obligó a inclinarse. Sus dedos fríos tocaron un tejido doblado. Lo levantó y las mangas y solapas abotonadas se abrieron. Reconoció la prenda que nunca había sido encontrada. Un pequeño jersey de lana azul, rígido por la sangre.

Un recuerdo.

Sintió cómo regresaban el calor tras los ojos, el miedo y el amor. Con la memoria de Peter y la sangre, con la identidad de espíritu y el tejido derramado, con el polvo de la larga cámara funeraria, con la imagen clara que el padre guardaba de la hija, con

el vívido recuerdo del modo en que olía, de su largo pelo castaño; como una fina bruma otoñal que adoptara la forma de una niña, Daniella apareció en el umbral abierto, a unos pocos metros de distancia, como si no quisiera entrar. Apenas visible en aquel lugar al que había sido llevada por la amiga de papá, donde había sido asesinada, lo contemplaba mientras él sostenía el jersey.

Peter se acercó a ella para hacerle una horrible pregunta.

—¿Fue aquí?

La forma levantó y bajó el contorno refractario de un mentón. Extendió una mano diáfana.

Peter se acercó instintivamente, sin pensar en su propia seguridad. Los dedos del espectro pasaron entre los suyos. Por un instante Peter sintió sorpresa juvenil y un profundo pánico instintivo. La boca y los ojos de Daniella se oscurecieron y deshilacharon, y varias partes de su forma se abrieron como el percal podrido. El fantasma de su hija compartió lo que guardaba desde hacía tanto tiempo, demasiado: compartió cómo era el que la punta de un cuchillo te perforara la piel y se abriera paso dentro de tu cuerpo, con un sonido similar al del vinilo rasgado, cada vez más adentro, provocando un dolor tan intenso que incluso entonces amenazaba con despedazar a aquella pequeña visión.

El dolor hizo que Peter cayera de rodillas. Dio voz a los cortos y terribles gritos moribundos de su niñita y se llevó las manos a la garganta, tratando de detener aquellos sonidos sobrecogedores.

Más que una proyección, menos que una presencia, Daniella se retiró y lo liberó. Se llevó el jersey a la cara y, ocultando los ojos, Peter lloró, esperando de nuevo que su corazón se abriera en canal. No quería vivir. Aquello era demasiado para poder soportarlo.

Daniella se giró, pero no toda ella lo hacía al mismo tiempo: la cáscara exterior de piel rotaba primero, y los indicios de huesos que había debajo la seguían de forma dislocada. Fluyó hacia un lado y se perdió de vista, hacia «Jesús Lloró».

De nuevo las fuerzas traicionaron a Peter. Había tanto que hacer... Las heridas de la garganta le empapaban el cuello de sangre. No las sentía; el recuerdo del dolor de su hija lo abrumaba todo.

Dejó el viejo refugio antiaéreo, ahora cámara mortuoria, y recorrió a trompicones el resto del túnel y pasó del dominio amarillento de una vieja bombilla a otro, contemplando las manchas pardas de las paredes, los trazos de dedos y huellas de palmas. No se trataba de las manos grandes de Joseph.

Eran de Michelle.

Quizá los muertos solo pudieran decir la verdad.

Joseph había reconocido a Daniella una vez cambió el clima por la influencia de Trans. Hacía unos días la había visto a ella y a los otros, y no pudo seguir negando las largas sospechas acerca de lo que era su mujer, de lo que había hecho. Terrores en la noche, gritos.

Se acabó el dormir.

A medida que andaba lo seguían sombras que eran como nubes de carbonilla que volaban de un lado a otro. Peter era bien consciente de que aquella vez era utilizado de un modo distinto, por una cosa o cosas que nunca habían sido humanas, que no hablaban y que no tenían necesidad de la comunicación como tal, y a las que no importaba mucho la materia. Eran grandes, tranquilas y pacientes, pero con un potencial para la violencia casi inimaginable.

Seguía aferrando el pequeño jersey de lana con la mano derecha. Sus dedos tocaron una curva saturada de sangre seca y el orificio del cuchillo en el tejido. Scragg lo querría, pensó; en ese otro mundo racional, arriba, lejos del sufrimiento de los fantasmas, Scragg pondría el jersey en una bolsa de plástico y lo enviaría al laboratorio para que lo analizaran los científicos.

Allí, en el mundo inferior, al final del túnel y muy por debajo de lo racional, Daniella esperaba a Peter en la base de un largo tramo de escaleras de hormigón, como una mancha de cristal y tiniebla. La corriente de aire caía sobre los peldaños desde una puerta abierta. Podía sentirla, fría y fresca, bienvenida.

Una trampa.

Peter subió arrastrando los pies hasta el último peldaño, sujetándose a la barandilla con la mano libre. Ya no había señal de Daniella. Los ojos le picaban por el cansancio, las lágrimas secas y el sudor. Tenía el cuello de la camisa pegado a la piel. Sabía que parecía más muerto que vivo.

La sala superior era pequeña, cúbica, con gruesas vigas que sostenían el techo, una recia puerta de madera negra a un lado y una pequeña ventana octogonal al otro, muy por encima del nivel del suelo. El débil fulgor previo al amanecer se filtraba a través de los biselados vidrios plomados. Un foco de obra apuntaba hacia una esquina, iluminando con una potente bombilla el yeso sin pintar. Un grueso cable naranja culebreaba desde el soporte y pasaba por debajo de la puerta. El resto de la sala estaba vacío.

La puerta había sido cerrada con llave desde fuera. Intentó abrirla varias veces, pero sus dedos resbalaban en el viejo picaporte de bronce. No había manera. Entonces oyó un chasquido. El picaporte giró. La puerta se abrió con facilidad.

Otra señal de una trampa. Michelle lo esperaría con la pistola en la mano. Pues muy bien, pensó; sería rápido. Moriría intentándolo.

Al otro lado no había nadie. El atrio circular de «Jesús Lloró» estaba a oscuras. Incluso cuando eran inenarrablemente feas, las casas grandes siempre tenían grandes entradas, como una mujer madura y desesperada que enseñara el escote. Una luz gris que no resultaba de gran ayuda se filtraba desde los altos ventanucos situados debajo de la cúpula. A ambos lados de la enorme y negra puerta frontal, las escaleras ascendían hacia la balaustrada con forma de omega. Los andamios y una lona negra impedían a Peter ver gran parte de la zona opuesta del vestíbulo. Hacía poco que los obreros habían estado allí.

¿Se habían interrumpido los asesinatos durante la redecoración?

¿Una pasión daba paso a otra?

Peter necesitaba guía. Necesitaba una conexión con el motivo por el que estaba allí.

—¿Cariño? —llamó suavemente.

Desde el otro lado del vestíbulo circular, Michelle respondió con una voz cobriza y resonante.

—¿Eres tú, Peter? ¿Estás bien?

No podía verla. Los ecos le impedían rastrearla por el sonido. Cruzó el amplio vestíbulo bajo la cúpula hasta llegar debajo de la balaustrada, donde los gruesos pilares espirales de estilo morisco daban paso a la voluminosa y desconocida zona

posterior de la casa. No veía a Michelle, pero podía oír su respiración, como si hubiera estado haciendo ejercicio; una gran inspiración seguida por un leve suspiro, similar a la fatiga gratificante. Oyó cómo se cerraba una puerta.

—Menuda persecución —dijo ella. De repente su voz era apagada, parecía muy lejana.

Peter se detuvo. El sudor le hacía parpadear, pero no se atrevía a limpiarse los ojos. La tentación de cegarse y dejar de ver era demasiado grande. Era un hombre al borde de la locura, quizá ya hubiera superado el límite; se aferraba al jersey ensangrentado y aún podía sentir el dolor desgarrador de Daniella. Era capaz de cualquier cosa.

Miró por encima del hombro. Una oscura y delgada cortina de brumosa tiniebla se agitó y extendió para oscurecer todo el atrio. Había subestimado su magnitud; o eso o, como un pulpo, el ente podía aumentar su ya asombroso tamaño.

Fuera como fuese, no sentía miedo. No pretendía hacerle daño; él no era la presa. Peter se había convertido en un sabueso que olfateaba un rastro.

Estaba dirigiendo al cazador hacia su verdadera presa.

—Tenemos que hablar —trató de gritarle a Michelle. Lo que surgió de su garganta fue un gemido ronco. Bajó la barbilla para usar con más eficacia la poca voz que le quedaba—. Joseph está muerto. Creo que lo mataste tú.

Una bisagra rechinó en un largo pasillo, al fondo del cual había una ventana alta que mostraba el pálido abanico del amanecer.

—Simplemente hablemos, como en los viejos tiempos —respondió Michelle—. Pero quédate donde estás, ¿de acuerdo?

Peter giró; hasta entonces había pensado que la casa estaba orientada en sentido este-oeste, y que el sol saldría por su espalda. Pero el amanecer parecía proceder de delante.

—¿Y por qué no cara a cara? —voceó, sintiendo cómo le abrasaban las cuerdas vocales.

—No te gustaría mi verdadera cara, Peter —dijo Michelle—. Ahora estás en mi océano. Aquí abajo está tan oscuro... Aquí eres como un pez fuera del agua, ¿lo sabes?

Lo sabía, pero no podía detenerse.

Michelle había dejado unidades Trans por todo el pasillo. A medida que avanzaba hacia la ventana alta Peter contó doce, todas de distintos colores, como un rastro de enormes caramelos. Por un momento pensó que la alfombra estaba manchada de un azul pálido y lechoso, pero al acercarse la sustancia azul se apartaba alrededor de sus zapatos y fluía rápidamente de vuelta. Aquella masa suave, inodora y gaseosa se vertía desde las juntas y la pantalla de cada unidad, pegándose al suelo como una pesada bruma de un centímetro de espesor.

Se agachó para coger una unidad. Sus dedos rozaron el fluido. Abruptamente, el azul cambió a amarillo y verde, recorrido por venas rojizas. Una descarga lo hizo retroceder contra la pared, pero no era electricidad, sino dolor y tristeza. Trastabilló y extendió las manos para frenar su caída. Cuando estas tocaron el fluido, un dolor inconcebible se filtró por sus brazos y su columna vertebral: el dolor de la pérdida; el de la culpa; una frustración miserable, desesperada; el miedo al confinamiento, a ser encerrado y apaleado y escupido y aporreado por hombres uniformados de rostro inexpresivo; solo en una interminable oscuridad, con el sonido del agua goteado, las cucarachas y las arañas. El catálogo avanzaba rápidamente hacia una variedad de torturas internas y externas que nunca había conocido en su propia vida.

El tormento desesperado se filtraba desde las unidades de plástico como el aceite de un motor. Aquella podredumbre le anquilosaba los tobillos, trepaba por sus piernas y recorría sus venas como una infección. Podía notar cómo se apoderaba la angustia de su abdomen, hasta que le mordió el cerebro como un colmillo encarroñado, afilado como una cuchilla.

La bruma se había vuelto del color del pus sanguinolento.

Ser atado a una silla, tratar de aguantar la respiración ante un vapor que huele a almendras amargas; ser amarrado a una dura mesa y ensancharse las fosas nasales ante el olor antiséptico del alcohol, el pinchazo suave de unos dedos expertos que dan con la arteria, el ardiente agujonazo del metal; y en todas estas ocasiones los rostros pálidos que nadan detrás del grueso cristal, observando, contemplando con horrorizada fascinación, visitantes de un acuario grotesco.

Se apoyó frenético contra la pared y se incorporó. Se quedó mirando la bruma. Sabía con absoluta certeza que estaba en medio de una sopa de presidio, en un cocido elaborado con los recuerdos y emociones de decenas de miles de hombres y mujeres encarcelados y ejecutados, con la condensación y destilado de todo lo que es crueldad y desesperación en la naturaleza humana.

El corazón letal de San Andreas había subvertido la red de Trans. Había terminando por encontrar un paso hacia el interior del transmisor de Arpad, y ahora era libre. Podía ir a donde quisiera, a cualquier lugar donde hubiera un Trans.

Confuso, miró hacia el final del pasillo, hacia las puertas cerradas, hacia la ventana alta, hacia el resplandor del amanecer que cada vez se hacía más brillante en el exterior. Todo daba vueltas a su alrededor. Ni siquiera había necesidad de intentar comprender. Un mosquito nunca lograría escapar de un huracán.

—Sigo teniendo la pistola —dijo Michelle con voz apagada—. Pienso usarla si no sales de aquí.

Los labios de Peter se curvaron en una sonrisa atroz. Si la encontraba ahora, todo habría valido la pena. De la bruma había absorbido una ingente cantidad de odiosidad concentrada, suficiente para llenar mil veces su depósito con aborrecimiento de alto octanaje.

—¿Y de qué parte del océano eres, Michelle? ¿Qué clase de criatura eres? ¿Del

tipo que roba cuerpos en los que esconderse como protección? ¿Cómo puedo matar a alguien como tú? —La mente de Peter se llenaba fácilmente con mil escenas de sadismo y violencia.

—No puedes —dijo ella, de forma casi inaudible—. Nadie puede tocarme.

La sombra se alzó tras él. No se giró para mirar, pero podía sentirla. Percibía su poder y su avidez.

—¡Me he traído a un amigo, Michelle! —gritó, y por un momento todo adquirió realmente un desagradable tono rojizo. Es como si me estuviera sangrando el interior de los ojos. Esto es la furia, ¿no? No cedas. Si lo haces, te corromperá hasta el corazón. Tu esencia se ahogará. Te habrán quemado hasta el alma—. Ya lo sabes todo acerca de mi amigo, ¿no? Seguro que sois viejos conocidos.

—No entres aquí —dijo Michelle, con tono repentinamente inseguro. Se habían acabado las baladronadas.

Se estaban acercando demasiado.

—¿Qué clase de parásito miserable eres? —la acosó Peter con los dientes desnudos, la sonrisa feroz. Aquella ladrona le había robado a su hija—. A mí me parece que eres un cangrejo. Un cangrejo ermitaño, blando y vulnerable, que se arrastra por todas partes a la busca de una concha vacía. Bueno, pues he encontrado algo a lo que le encanta desenterrar cangrejos ermitaños. Y tú eres su presa, ¿no es así? ¿Es de él de quien tienes miedo?

—Solo déjame marchar, déjame salir de aquí —dijo aquella vocecita—. No volverás a verme jamás. Piensa en todo lo que hemos compartido. Piensa en lo que hice por ti, Peter.

—Piensa en lo que tú les hiciste a Joseph, a Daniella y a los demás —gruñó él—. ¿Cuántos? ¿Cien, mil? Sin duda no les gustaría. —No era solo su voz la que hablaba ahora. Se retorció. Se le agarrotaron los músculos, y a punto estuvo de caer. Recobró el equilibrio, se apoyó contra la pared y sintió la niebla purulenta que le arañaba las entrañas, tratando de formar palabras con su lengua. Los muertos de San Andreas reconocían a la criatura que se ocultaba dentro de Michelle.

La conocían íntimamente.

—Y a todos los hombres y mujeres ejecutados en la cámara de gas tampoco les gustaría. ¿Puedes verlos? Están aquí con nosotros, anegando tu preciosa alfombra. Toda la angustia que tu raza ha causado... Todos los asesinos, los criminales, los tristes caparazones vacíos que has llenado de muerte y dolor... Eso es lo que estoy vadeando ahora mismo, un licor de odio de cien grados. Venga, sal. Déjanos que te veamos, Michelle, o como quiera que te llames. ¿Has tenido nombre alguna vez?

—Si sigues acercándote haré algo peor que matarte —gritó Michelle, intentando sin éxito recuperar la arrogancia y la confianza.

—Demasiado tarde —dijo Peter, y se rindió a un violento ataque de tos. Mientras se recuperaba, comprendió de repente por qué Michelle había tratado de dispersar las unidades Trans, dándoselas a todos cuantos conocía. La solución llegó en un

borbotón inductivo. Para lo que fuera que poseía a Michelle, el cangrejo en su triste concha, era un asunto de supervivencia. Un Trans cambiaba el clima. Era como una pantalla de humo. Le proporcionaba cobertura y distracción, y hacía que el mundo invisible chisporroteara y mutara.

Y aquello podía despistar los sentidos de un cazador.

Pero no había tenido en cuenta los efectos secundarios.

Nadie lo había hecho.

Ninguna de las puertas estaba cerrada con llave. Dos de ellas daban a piezas ordinarias redecoradas como modernas salas de exposición, ocupadas con muebles ordinarios, papel pintado antiguo pero vulgar, típicos colores pastel. Máscaras de normalidad, un intento evidente de encajar y no despertar sospecha ni preocupación alguna.

Nada más, y en el contexto nada menos.

Encontró la puerta correcta al tercer intento.

Las paredes de la habitación a la que se abría habían sido raspadas, pero no se habían realizado más trabajos. Solo era un cuarto pequeño que esperaba el toque del decorador: listones y trozos de yeso rayado, un polvoriento suelo de parqué, una ventana.

El miasma entró alrededor de sus pies como una delgada inundación.

El pecho de Peter se vació de repente. En aquel momento no podía reconciliar lo que veía con lo que sentía. Siempre le había gustado encontrarse con Michelle. Siempre le había interesado lo que tuviera que decir, las anécdotas que pudiera contar acerca de las excentricidades de rico de Joseph. Había erigido una máscara verdaderamente agradable, los había engañado a todos.

Quizá el cangrejo ermitaño había usado algo de la verdadera Michelle. Nunca lo sabría. Pero aquella Michelle había desaparecido. Lo que quedaba se apretaba contra la esquina más alejada. Llevaba un vestido amplio sin mangas. Los brazos eran delgados, las piernas flacas y huesudas. Cualquier belleza que hubiera poseído en el pasado no era más que un recuerdo. Parecía envejecida; el rostro pálido, el pelo sucio y enredado.

No podía odiar aquello. La bruma se retiró de sus pies, dejándolo rodeado de vacío, y reptó hacia la esquina.

—¿Por qué mi hija? —preguntó—. ¿Qué te había hecho ella?

—Peter, por favor —dijo Michelle levantando los brazos, los codos presentados a modo de escudo. En una mano empuñaba un revólver Beretta negro. Sus ojos volaron hacia el umbral.

—Decías que yo era tu proyecto —le recordó Peter—. Me estabas ayudando.

¿Por qué matar a Daniella? —Levantó el jersey—. ¿Qué hizo mi hija para merecerlo?

—Tú eras mi proyecto, no ella —dijo Michelle encogiéndose, bajando los brazos, acumulando fuerzas para su última estratagema—. Cuando le quitas aquello que más valora, la gente se hace mejor. —Sus ojos se cerraron hasta no ser más que ranuras—. Cómo se apoderó de ti la tristeza... Cómo has crecido, Peter... —Entonces sus ojos se abrieron muchísimo, se hicieron enormes, como los de un lemur. La recorrió un escalofrío. Peter no le provocaba el menor temor, pero a pesar de todo temblaba como si tuviera fiebre.

No hay escapatoria. Lo sabe. Casi siento lástima por ella.

—¿Puedo hablar con Michelle? —preguntó—. ¿Queda algo de ella?

—Solo hebras secas. Yo soy aquella a la que amas, a la que quieres. He estado en Salamambo para todos mis hombres, durante mucho tiempo. —Le apuntó con el revólver. El aire detrás de su cabeza se tornó tenebroso—. Jugamos. Aprendiste. No me digas que no disfrutaste, al menos un poco. Toda aquella compasión... Solo imagina cómo hubiera sido tu vida si no hubieras sido tan absolutamente encantador.

Su dedo se tensó alrededor del gatillo. La habitación se llenó de un ruido doloroso. Una bala pasó junto a la cabeza de Peter, que pudo oler la pólvora quemada. Le picaban los ojos, le zumbaban los oídos.

—Déjame irme —demandó Michelle, que intentó apretar el gatillo de nuevo. Pero sus rasgos se suavizaron. El tambor del arma vaciló. Unas flores oleaginosas, similares a un cristal líquido y oscuro, comenzaron a manar de sus ojos, de su boca, de sus orejas. El jinete, el cangrejo ermitaño, trataba de escapar, de abandonar arrastrándose su concha.

El cuerpo de Michelle quedó laxo. El arma cayó. De todos los orificios de su cuerpo surgían capullos negros y resplandecientes. En el momento en que el revólver tocó el suelo, el cazador se lanzó desde las paredes e inundó la habitación con tentáculos de sombra similares a dedos elásticos. Estos desarrollos se retorcían y atacaban a las flores negras, que eran atrapadas y brutalmente arrancadas por unos repentinos apéndices con forma de tijeras, antes de desintegrarse dentro de unas bocas cuajadas de lo que parecían cuchillas y añicos de porcelana, unas fauces que mordían, cortaban y escupían. El deleite del cazador se hizo evidente al instante. El aire se llenó de sacos hinchados, estómagos, receptáculos. El entusiasmo hacía que algunos pedazos de flor negra cayeran al suelo. Estos glóbulos se retorcían antes de llegar al *parquet*, donde eran barridos por codiciosas cerdas oscuras.

Todo terminó en pocos segundos, de forma tan rabiosa como definitiva. No quedó absolutamente nada que interesara al cazador.

Una mujer delgada y pálida con el pelo empapado y revuelto, los ojos sancochados y lechosos, cayó al suelo en la esquina de aquella habitación polvorienta e inconclusa. Tenía las rodillas y las caderas cubiertas de mugre. Una confusión de sombras enroscadas coronó durante un instante su frente húmeda, antes de retorcerse y desaparecer. La mujer se miraba los tobillos fijamente y respiraba de forma

entrecortada.

La habitación se despejó.

La cabeza vacía de Michelle se tambaleó y se desplomó. Su cara mostraba la indefensa confusión animal de una paciente imbécil en un viejo y sucio manicomio, una interna violada que acaba de dar a luz a un mortinato. Levantó la mirada, aturdida y apática. Apenas comprendía la presencia de Peter.

El cangrejo ermitaño, el jinete de Michelle, una exquisitez del mundo invisible, había sido arrancado, despedazado y devorado. El cazador no había dejado atrás más que la cáscara; nada que tuviera el menor interés.

Ni siquiera resentimiento.

Peter la incorporó (Michelle colgaba como un saco vacío) y la transportó por el pasillo, a través del atrio, hasta salir de «Jesús Lloró». El hedor que procedía de ella terminó por ser excesivo. La depositó con la mayor delicadeza que pudo sobre el porche de piedra. Durante un momento Michelle permaneció de pie, sus piernas como frágiles ramitas, antes de caer de rodillas, girarse como un perro enfermo y arrastrarse de vuelta hacia la casa, a través de la pesada puerta negra. Peter trató de agarrarla por el tobillo, pero ella se giró con la mirada flácida. Las piernas le temblaban y se impulsaba como una rana. Los dientes le castañeteaban, y por un momento Peter pensó que se levantaría para atacarlo a mordiscos, o con sus uñas pintadas.

Peter saltó hacia atrás y a punto estuvo de caer escalinata abajo.

La puerta giró lentamente hasta cerrarse de un portazo.

Peter no se había desorientado dentro de «Jesús Lloró». El brillo que entraba por el batiente de la ventana elevada no era el amanecer, sino la casa Flaubert. Encontró un hueco entre la larga hilera de adelfas y pasó a rastras, para después incorporarse y contemplar cómo la vieja mansión escupía llamaradas desde sus ventanas. La cubierta ya estaba totalmente consumida, y la esquina noreste del edificio (donde aún estaría el cuerpo de Joseph, sentado en su silla) se había derrumbado.

Una gran torre de humo se alzaba sobre Salamambo.

Oyó sirenas. Era el momento de tomar una decisión. Podía quedarse allí y tratar de explicar lo que había sucedido, presentando como prueba el jersey y lo que quedara de los cuerpos y el túnel. Sin duda, Scragg estaría interesado.

Surgía humo de las grietas en el césped, casi bajo sus pies. Podía sentir el calor. La hierba, humedecida por el rocío matutino, comenzó a vahear. Por encima del seto vio una bruma gris alzarse sobre Jesús Lloró. El fuego ya había recorrido todo el túnel. El tren subterráneo de Lordy Trenton se estaba convirtiendo en un infierno.

La mente de Peter volaba, a pesar del cansancio. Todas las pruebas estaban siendo destruidas. Nadie creería lo de Michelle (desde luego Scragg no), aunque supieran que provenía de un escéptico como él. Además, ahora tenía una pinta bastante psicótica. ¿Por qué no culparlo a él del asesinato de su hija?

¿Y de todos los demás, ya puestos?

Peter no tenía mucha fe en la justicia.

Esperaba que lo que quedaba de Michelle tuviera el suficiente sentido común para escapar del fuego. Y si no era así..., honestamente, a él no le quedaba ni la voluntad ni la energía para volver a «Jesús Lloró» a buscarla.

Tenía lo que quería, o al menos eso creía. ¿Había visto de verdad cómo el jinete de Michelle era cazado y consumido? ¿O no había sido más que el humo mezclado con una larga cadena de alucinaciones? Un asombroso y complejo andamiaje de horror y fantasía se erigió para rodear su consternación, su autodestructiva negativa a volver a trabajar en el mundo real.

Peter podía dar a la policía todo lo que esta necesitaba para encerrarlo de por vida. ¿Cómo podía convencerse de lo contrario, ahora que se encontraba bajo el sol de la mañana, con llamas reales incinerando una casa real hasta convertirla en cenizas más que reales?

Quedarse hasta el final de aquella terrorífica fiesta sería una pésima idea.

Se subió al Porsche rojo. Depositó cuidadosamente el jersey en el asiento del pasajero y se quedó mirándolo. Se enderezó.

Arrancó el coche y dio marcha atrás. Miró por el espejo retrovisor para ver si algún coche de bomberos u otro testigo podían verlo largándose de allí (de momento

tenía suerte), antes de girar a la izquierda y tomar una carretera lateral que rodeaba la casa Flaubert y se dirigía hacia la parte trasera de la hacienda. Oculta por los árboles en el lindero occidental había una verja asegurada con una cadena oxidada y un viejo candado que databa al menos de los años cuarenta. Estaba bastante seguro de que un golpe con el gato del coche lo rompería. Más allá de la verja se abría una pista de tierra que bordeaba algunos riscos hasta encontrarse con la autopista de la costa.

Si las lluvias no habían dejado demasiados socavones, esperaba que el viejo Porsche pudiera conseguirlo.

«Se acabó el dormir».

Ni siquiera lo intentó. Pero descansó.

Se quitó las ropas hediondas y ensangrentadas, pero no le quedaba energía para darse una ducha. Tumbado en la cama de la vieja casa familiar en las colinas Glendale, con el sonido de las campanas de viento que tintineaban en el patio, apartó la mirada de la paz difusa que representaba el techo guijarroso.

A los pies de su cama había un anciano, observándolo.

Peter se incorporó sobre las sábanas arrugadas.

El viejo estaba deshilachado por los bordes, pero aún no se había desintegrado. Después de unos momentos en que Peter permaneció tan quieto como podía, las piernas comenzaron a quedársele dormidas. El viejo apenas se movía (un lento ascenso y descenso del hombro, un giro casi mecánico de la cabeza), pero creía reconocerlo.

Era un aparecido, no un espectro. Un jirón errabundo de Peter Russell, pero no procedente del pasado. Esta vez no.

—Mira que os gustan a vosotros los pies de las camas, ¿eh? —preguntó, indignado—. ¿Por qué?

La figura mostró una cierta sorpresa, levantó una mano a modo de protesta y entonces, con una asustada y concentrada consternación de sus ojos vacíos, comenzó a arrugarse hasta desaparecer.

Peter se levantó y se calzó unas zapatillas de andar por casa. Si Sandaji tenía razón, verse a sí mismo de ese modo significaba que moriría pronto.

—Pues mira qué bien —murmuró mientras se dirigía con piernas picajosas a darse una ducha.

Nunca había pensado que tendría un aspecto tan viejo y gris, pero al verse en el espejo del baño confirmó el parecido. Los arañosos de la garganta ya habían formado una costra. Parecía un pordiosero, un vagabundo pedigüeño.

Entró en la ducha y abrió el grifo del agua caliente.

—Esta mierda tiene que acabarse —dijo con voz cansada pero razonable.

Peter escuchaba la radio en el cuarto de baño mientras se secaba. Hacía años que no leía un periódico. El locutor hablaba de forma monótona acerca de una hacienda en Malibú que estaba ardiendo, dos mansiones destruidas, sus ruinas demasiado calientes todavía para investigar. No se lograba dar ni con el recluido productor cinematográfico y magnate inmobiliario Joseph Adrian Benoliel, ni con su esposa Michelle.

El locutor insistía en la mala noticia del día: las principales compañías telefónicas estaban experimentando graves cortes. Decenas de millones de clientes de amplias zonas del país estaban sin servicio de teléfono fijo, e incluso el teléfono móvil se veía afectado. Aún no se había establecido causa alguna.

Mientras Peter se abotonaba la camisa y entraba en el salón, lanzó una mirada al tablero de Enzenbacher. Alguien había respondido a su movimiento. Un caballo (un detective privado con gabardina) se había movido para amenazar su peón.

Peter miró los jazmines a través del ventanal. El cielo estaba cada vez más plomizo. Vio a alguien cruzar el porche. Sonó la campana Soleri y la cerradura de la puerta giró.

Terminó de abotonarse la camisa y de abrocharse los pantalones, listo para lo que fuera.

Lindsey abrió la puerta.

—Qué bien —dijo—. Has vuelto. Los teléfonos no funcionan. Mamá está medio loca, cree que estás muerto. ¿Lo sabías?

Peter negó con la cabeza y se acercó para abrazar a su hija.

—¿Qué le has contado?

—Nada. Pero sabía que tenía que venir aquí. —Miró alrededor del salón, mordiéndose el labio—. Esta mañana apareció otra vez. Parecía distinta, transparente y débil de verdad. ¿Hiciste algo? —La expresión de Lindsey se iluminó, peligrosa juventud—. ¿Quemaste tú Salamambo?

—No —respondió Peter, acariciándole el pelo con una mano. Ella aceptó el toque con una mirada de tolerancia adolescente.

—Entonces, ¿por qué sigue aquí?

—Se quedó para protegernos.

—¿Contra qué?

Peter la abrazó de repente y negó con la cabeza, frotando el mentón contra la coronilla de su hija. Lindsey no se resistió. Peter podía sentir el pelo sedoso enredado en su barba.

—No —murmuró—. Yo no quemé Salamambo.

—Pero hiciste algo.

—Sí.

—¿Y Daniella ya no tiene que protegernos?

Peter miró a través del largo ventanal. Pensó en la llave oculta en la campana, blanca y polvorienta, y en la puerta abierta. Ha pasado demasiado tiempo.

—Puede que no.

—Necesita marcharse —dijo Lindsey—. Yo necesito que se vaya. Todos lo necesitamos. ¿Podemos hacerlo por ella? ¿Podemos dejarla ir?

—No lo sé, eso espero —respondió Peter—. Seguí tu consejo. —Se apartó, derramando un mechón de pelo sobre la cara de su hija, que sopló para apartarlo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—En autobús. Mamá está fatal, está que no puede ni conducir.

—¿En autobús? ¿En Los Ángeles? Eres una chica muy valiente.

Peter dejó el jersey sobre la cama en la que había reaparecido Daniella. Lindsey estaba sentada en su propia cama y abría y cerraba las manos sobre su regazo.

—¿De dónde sacaste eso? —le preguntó mientras él se sentaba a su lado.

—De Salamambo.

—¿Quién la mató?

—Michelle —dijo Peter. Explicarlo era demasiado complicado. Los ojos de Lindsey se abrieron mucho por la sorpresa.

—A mamá nunca le gustó. ¿Ya está muerta?

—Podría decirse.

—¿Eso es sangre?

—Es sangre.

—¿Sangre de Daniella?

—Eso creo.

—Ese era su mejor jersey —dijo Lindsey mientras las lágrimas repentinas e inevitables comenzaban a amontonarse en sus ojos. Peter vio la preocupación bajo aquella frágil armadura—. Se lo regalasteis por nuestro cumpleaños.

—Lo recuerdo.

Lindsey apretó los labios y se limpió los ojos.

—¿Qué hacemos?

—Dime tú.

—¿Y qué demonios voy a saber?

—Tú eres su hermana, su gemela. Estás más cerca de ella que yo. Creo que se ven atraídos por la forma y la memoria, por el ADN y cuanto recordamos. Los familiares son parte de la memoria, especialmente para un gemelo. Tú eres lo más cercano a lo que ella fue que le queda en la Tierra.

—No éramos gemelas idénticas. Y discutía mucho conmigo —dijo Lindsey, apesadumbrada—. Puede que siga enfadada.

—No lo creo. Dime qué deberíamos hacer.

—No sé, viene a mí cuando he soñado con ella, o cuando pienso en ella, o a veces

cuando mamá está llorando.

—¿La ha llegado a ver tu madre?

—Solo una vez, creo. Dijo que creía que se estaba volviendo loca.

—¿Entonces...?

Lindsey cerró los ojos y buscó la mano de su padre.

—Creo que lo que vamos a hacer es pensar en ella.

Se concentraron e intentaron recordar.

La habitación estaba oscura, silenciosa.

Peter preparó una sopa en lata para cenar. Comieron en silencio. Lindsey lo observaba cuidadosamente mientras se tiraba del labio inferior. Después de la cena recogieron y limpiaron juntos, y se sentaron en el sofá del salón. Lindsey se quedó dormida y Peter le sostuvo la cabeza en el regazo, estudió el juego de ajedrez sobre la mesilla de café y se preguntó si debía involucrar a Lindsey, siendo tan peligroso el contacto con los fantasmas.

Pero sabía que era lo correcto.

Había un lugar superior y una realidad superior, y en aquel reino había deberes y responsabilidades que solo conocían los pocos que podían imaginar un tiempo en el que no hubiera habido luz eléctrica ni velas, ningún arma contra la oscuridad. Cuando había que recordarles a los muertos que su tiempo de deber había concluido.

El polvo flotaba entre la mesilla de café y el ventanal.

Lindsey se agitó en su sueño y gimió. Peter le acarició el pelo sedoso y contempló el polvo. Motas diminutas bailaban con lenta dignidad en el brillo proyectado por la luz del porche, filtrada a través del ventanal.

Llevó una hora, pero por fin había polvo suficiente en la vieja casa.

—Mira —dijo Peter.

Lindsey abrió los ojos.

Daniella se encontraba al otro lado de la mesilla de café. En la oscuridad del salón, el brillo dorado en su torso era evidente, no tanto el resto de ella.

Lindsey se incorporó, soñolienta y sombría.

—Está tan triste... —dijo.

Daniella los miraba, un remolino de polvo consciente alrededor de una mortecina insinuación de anochecer.

Lindsey fue la primera en acercarse.

La figura vio o sintió los dedos extendidos. Se movió ligeramente, como si se viera atraída.

Peter tomó la otra mano de Lindsey, y juntos le ofrecieron a Daniella su roce. Daniella no pareció notarlo durante un momento, pero entonces, con un salto, una discontinuidad, como la mala edición de un celuloide, el remolino de polvo que era su mano tocó la de Lindsey. Otro salto y tocó la de Peter.

Aquello creaba un círculo.

Esta vez no dolió ni los dejó inconscientes, pero Peter sentía las sombras que se congregaban en las esquinas y en el pasillo, las anguilas y seres carroñeros que había visto antes, y durante un doloroso instante quiso parar. Sabía lo que significaba aquel pequeño ritual.

La liberación requería sacrificio.

El fin del pesar y del recuerdo era la libertad.

Aquella era verdaderamente la última comunicación que tendría con su hija en este mundo, y en cualquier otro por lo que sabía.

Daniella miró en la dirección de Peter, que sintió la vibración en los dedos, una pequeña descarga eléctrica. Rememoró los momentos que habían compartido como fotografías apagadas, cintas viejas. Daniella ya parecía llevar su atención hacia otra parte, como si considerara una difícil tarea. El polvo (copos de piel, fibras de la ropa que había vestido) comenzó a caer de ella como la nieve, pues ya no era necesario y regresaba al secreto.

A Peter se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Adiós —dijo Lindsey—. Te queremos.

El resplandor crepuscular se extendió e intensificó. Durante un momento asombroso, el salón se iluminó como si fuese de día. Peter se vio los huesos de la mano, el fantasma de su propio esqueleto y la bruma de rayos X de la carne que lo rodeaba.

Emancipación.

Liberación.

¿Qué es? Tan hermosa, tan poderosa... ¿Adónde va? Más allá de la vida, después de la muerte, un nuevo misterio. ¿Es que nunca cesan?

El misterio es dolor. ¿Por qué no puedo ir con ella?

¿Quién es ahora?

Lo que quedaba de Daniella estaba rasgado, hueco, triste, sin dirección. Deshilachada por el tiempo de más, por el tiempo en exceso, trató de unirse a ellos con una desesperada y definitiva reacción de los viejos instintos, el último vínculo terreno de Daniella Carey Russell con su padre, con su hermana, con todos sus recuerdos, con el mundo físico.

Indefensa.

Las sombras se retorcieron y saltaron como habían hecho desde el comienzo de la vida, en la oscuridad interminable.

Se alimentaron. Purificaron.

Se marchaban los últimos veranos que habían pasado juntos, los días en el muelle de Santa Mónica tomando tarta de manzana y sidra en Julian, cogiendo el tranvía que rodeaba el zoológico de California, oliendo a los leones tumbados al sol...

Eligiendo un gatito de la camada que tenía en casa Paulette, la vieja amiga de Helen, en Sherman Oaks, y la cara que puso Daniella cuando el gatito se le meó

encima...

Peter leyendo El Hobbit a las niñas antes de irse a dormir...

El olor del cabello de su hija de cinco años mientras dormía en su regazo, durante un viaje a Phoenix para visitar a su abuela...

Cuando comió helado con su hermana por primera vez en un Baskin-Robbins, y su cara de sorpresa antes de romper a llorar ante la sensación fría en sus flamantes dientes nuevos.

Los deberes que llevaba a casa después de la escuela, y el esfuerzo por tenerlos hechos a tiempo.

Los paseos hasta la tienda de la esquina para comprar un batido.

El preguntarse por qué los chicos eran distintos.

La memoria es tenaz.

Peter abrazó a Lindsey y le tapó los ojos. Pero él observó. Tenía que hacerlo. Era su modo de decir adiós, te quiero, gracias; de presentar sus respetos a una joven valiente que había permanecido tanto tiempo (tanto, tanto tiempo) para proteger a su padre y a su familia.

Silencio.

Quietud.

La estancia no había cambiado.

Peter oyó la campana Soleri tañer suave y triste en el porche. Lindsey le apartó las manos, miró hacia un lado y dijo:

—Guau.

Había acabado.

Nunca habría explicación ni comprensión suficiente.

Lindsey rompió a llorar, y entonces Peter la soltó y lloraron juntos.

Lindsey se lavó la cara, y ya estaba presentable cuando Helen llamó a la puerta, o más bien cuando comenzó a aporrearla con el puño. Estaba pálida y no decía mucho a ninguno de los dos, pero atravesaba a Peter con la mirada. Lindsey permanecía a un lado, un modelo más pequeño y delgado de su madre, pero con sus mismos ojos y con el mismo pelo suave y lacio.

Helen los miraba a ambos y sentía la paz cansada que compartían. Juntó el ceño al mirar directamente a Peter. Inspiró profundamente.

—He estado intentando llamar sin parar, pero todo se ha ido al carajo. No tengo ni idea de lo que está pasando, y de repente Lindsey desaparece. Me he puesto histérica.

—Lo siento —dijo Lindsey.

—¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Qué demonios habéis estado haciendo vosotros dos?

—Ya te lo contará ella —respondió Peter—. A mí no me creerías.

Helen reparó en las marcas que Peter tenía en el cuello.

—Dios mío —dijo—. ¿Te hiciste eso en Salamambo? Lo sabía. Debería haber estado allí. Lindsey, tú tendrías que haberme...

—Estamos bien —la cortó Lindsey—. Ya se ha acabado, mamá.

—No del todo —dijo Peter—. Voy a estar fuera unos días. Cuando vuelva responderé cualquier pregunta. Pero ahora mismo necesito tranquilidad. No me siento bien. —Le ardía el estómago, y creía que estaba a punto de vomitar—. ¿De acuerdo?

Helen parecía tan perdida y desesperada que Peter se acercó y la abrazó con fuerza. Ella temblaba como un potro asustado, y se acurrucó en sus brazos con sorprendente facilidad, sin resistencia alguna. Aún más sorprendente era lo cómodo que estaba él así, tan cerca de aquel cuerpo pequeño, cálido y trémulo. Vivo.

—Los dos me estáis dejando de lado, y no me lo merezco —lloró en su hombro—. Quiero ayudar. Debería haber estado aquí, pero nadie me lo dijo. Por favor, no me dejéis fuera.

Peter la apartó y buscó en su cara, apreciando la inversión de papeles pero sin refocilarse en ella. Sabía demasiado acerca de la fragilidad humana.

—Ninguno de nosotros merece esto. Y tú la que menos.

—¿Podemos intentarlo con más fuerza? ¿De verdad? —preguntó Helen.

Peter asintió antes de soltarla y dar a Lindsey un último abrazo.

La despedida fue lenta y un poco incómoda, pues había demasiadas heridas que restañar y muy poco tiempo. Demasiado poco para tantos años. Era medianoche. Lindsey lo saludó con la mano mientras seguía a Helen por el porche y el camino de acceso. Lo hacía con la confianza de la juventud, con la seguridad de que lo peor

había pasado, de que pronto volvería a ver a su padre y de que las cosas parecían mejorar. Ni siquiera la despedida del alma de su hermana y la contemplación del horrible epílogo podían apagar aquella chispa vital de optimismo.

Peter sonrió y le devolvió el saludo.

Se sentó en la cocina y bebió un vaso de té helado. Las campanas de viento del porche guardaban silencio. El aire estaba calmado y cálido.

A la una de la mañana comenzó a hacer una pequeña maleta. Fue al garaje y comprobó el nivel de aceite del Porsche. Tendría que pararse a poner gasolina.

Volvió al dormitorio para recoger la maleta y vio a alguien dormido en su cama. La figura se giró, apartando las sábanas de un rostro barbudo, revelando unos ojos pequeños y vivos, soñolientos, y un hueco entre los incisivos. Peter podía ver la almohada a través de la cabeza de aquel hombre.

La aparición puso cara de irritado aburrimento.

—Mira que os gustan a vosotros los pies de las camas, ¿eh? —preguntó—. ¿Por qué?

Peter tropezó con la maleta que tenía detrás y agitó los brazos para recuperar el equilibrio.

Las sábanas estaban vacías. El ciclo se había cerrado. Su tiempo sería muy breve.

No necesitaba a Sandaji para convencerse de ello.

Algo en su propio clima había cambiado, y mientras conducía por las colinas Glendale y salía de Los Ángeles a través de los viñedos, en la oscuridad del alba, vio el mundo de un modo diferente.

El Porsche avanzaba a bastante velocidad. En ocasiones apenas era consciente de que estaba conduciendo. El agotamiento lo inundaba con una calma gris, polvorienta; sus emociones estaban controladas, así como la mayoría de sus pensamientos. Pero no podía detenerse. Le quedaban muchos kilómetros, y una última cosa que hacer antes de poder volver a dormir.

Los pececitos atraían a los tiburones. Pero en la vastedad que tenía sobre él, a su alrededor, los tiburones podían no ser más que el principio.

Cruzó las secas granjas de Central Valley justo antes de la salida del sol, con las ventanas bajadas y el olor de la hierba, el viento y el polvo en la nariz. Levantó la mirada hacia el cielo aún estrellado, contempló las franjas que huían rítmicamente desde el separador central de aquella autopista negra y recta. Al este, los relámpagos restallaban sobre las colinas redondeadas. Los destellos, silenciosos y constantes, creaban un rojo sombrío. Todo el cielo parecía inflamado, hinchado.

Unas sombras tormentosas cruzaron las estrellas y dejaron caer oscuros apéndices hacia el liso suelo del valle. Después marcharon sobre la tierra antes de devorar la autopista, pesadas pero con determinación. Peter volaba bajo ellas, mirando cómo a su izquierda uno de aquellos inmensos miembros tocaba la tierra y se retorció como un tornado etéreo.

Conducía con los hombros encorvados. Hacia el norte, sobre la zona de la bahía, las estrellas habían quedado totalmente cubiertas.

¿Quién podía saber lo que querían, lo que ansiaban? Las corrientes alteradas de la vida y la muerte habían dragado durante eras los nutrientes y flujos de abismos ignotos, ricas presas para aquellas criaturas extrañas y gigantescas. Y vendrían más. Regresarían visitantes que no se habían visto desde hacía cientos, miles de años. Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. Dioses oscuros.

Las vetustas defensas de la Tierra estaban caídas. Esperaba saber lo que era necesario hacer.

—Esta mierda tiene que acabarse —dijo Peter, y volvió a bajar la mirada entrecerrada para concentrarse en la autopista.

Demasiado tarde. La mandíbula le palpitaba. El dolor atravesó su brazo. Las manos se le quedaron insensibles y los dedos sufrieron un espasmo. Sintió como si el pecho se le fuera a abrir en dos. El volante comenzó a girar sin control. El viejo Porsche se deslizó de lado, dio una vuelta de campana, rebotó por el asfalto, atravesó el arcén y saltó el pretil.

Peter voló por los aires como una cometa, dejando un rastro de brillante vida.

Algún tiempo después, de pie a un lado de la carretera, confuso, hizo autostop hasta que lo recogió una camioneta descolorida que había visto tiempos mejores. El fósil ceniciento que había tras el volante le sonrió.

—Qué pena lo de su coche. Un Porsche 356C, ¿no?

Peter asintió, aún sin aliento.

—Es una hermosura, qué donosura. Y su trasero parece toda una ricura.

Los niños rieron. Iban en la caja de la camioneta y miraban por la ventana de la cabina. Peter había perdido las gafas y no veía con claridad a su benefactor.

—Espero que haya traído Smoky Joe para fumar —dijo el viejo—. Ayuda a ver lo que no se debe ignorar. Es un viaje complicado. Smoky Joe, liado, cortado o mezclado.

La luz jugueteaba en la cabina de la camioneta, provocando volutas y destellos plateados. Las palabras del viejo y aquella luz hicieron encogerse a Peter. Los niños en la parte de atrás lo miraban con curiosidad y una gran simpatía.

El cielo y la tierra eran grises, atravesados por diminutos arcos iris.

Peter estaba ante la puerta de San Andreas, sorprendido de haber llegado hasta allí. No había visto alejarse a la camioneta. Había sido un buen gesto el llevarlo hasta allá, pero no recordaba que le gustara aquel hombre viejo y gris.

El guardia no lo miró ni le pidió el nombre. Tampoco decía nada, pero miraba nervioso hacia el amplio estacionamiento. Las charlas alrededor del mundo se habían interrumpido. Los negocios iban mal. La comunicación era difícil. Peter podía entenderlo. La gente que atravesaba aquellas puertas podía ser quejicosa.

Todos estaban de los nervios.

Casi como en los malos tiempos.

Dentro de la prisión había guardias por todas partes. Quizás había habido amenazas de clientes o inversores insatisfechos, y por eso había tanta seguridad, con tantos uniformes diferentes. Con gorra, sin gorra. Con porras, con botes repelentes, con tasers, con agujones para ganado, con rifles, con pistolas antidisturbios, con escopetas. Con guantes, sin guantes. Botas altas. Botas con puntera de acero. Zapatos negros y resplandecientes. Los había visto andando, sentados, de pie y en silencio. Observaban a Peter con eterna suspicacia, pero no trataban de detenerlo. La mayoría eran hombres de mediana edad. La vida laboral de un guardia de prisiones solía acabar antes de los cincuenta. El estrés, había leído Peter en alguna parte.

La prisión había vuelto, pero no había reclusos, solo guardias. Y él.

Los suelos estaban cubiertos de polvo azulado. Intentó no mirar hacia abajo. Cuando lo hacía, el polvo se agitaba y se movía en espesas oleadas. Se volvía del color del pus y de la sangre.

Intentó recordar el camino. No era fácil. Nadie quería ayudarlo.

Peter encontró a Arpad Kreisler en el corredor de la muerte, frente a la cámara de gas, con expresión preocupada y los hombros hundidos. Su habitual barba de tres días llevaba una semana o dos sin arreglarse. Era el único hombre en el viejo complejo de la prisión que parecía querer estar en otro sitio..., y desesperadamente.

—¿Se ha ido a la mierda el modelo de negocio? —preguntó Peter—. Arpad no respondió, de modo que lo tocó.

El efecto fue inmediato. Las rodillas del hombretón se doblaron, trastabilló hacia un lado, y se golpeó contra una gran ventana cerrada. Arpad levantó alarmado las cejas pobladas. Su mirada se concentró a la derecha de Peter, y su aliento quedó entrecortado por el terror.

—¿Eres un guardia? —preguntó. Después miró a la izquierda—. ¿Quién eres?

—Vas a apagarlo todo, ¿no es así? —preguntó Peter. El mero hecho de hablar requería todas sus energías. Después del accidente no había vuelto a ser el mismo. Se le estaban acabando las pilas.

La frente de Arpad se frunció con una intensa concentración. Peter no lograba hacerse oír. Arpad no respondía. Le daban ganas de estrangular a aquel hijo de puta.

—¿Dónde está Weinstein? —preguntó, y extendió el brazo para darle un cachete a Arpad.

Este giraba a un lado y a otro como un luchador beodo, pero comenzó a hablar.

—Weinstein... —dijo, con un movimiento exagerado de la nuez—. Se ha ido. Los guardias se lo llevaron. Se lo llevaron aquí, ayer. A la cámara. Desde entonces no lo he visto. ¿Quién eres?

Peter había encontrado el modo de hacerse oír. Tocó la garganta de Arpad.

Los labios del científico se movieron involuntariamente, y dijo:

—Peter...

Al fin Arpad pudo verlo, y le mostró los dientes en un gruñido simiesco. Sus ojos se entrecerraron.

—Peter Russell... ¿Eres tú? Dios mío, ¿qué ha sucedido? ¿Estás...?

A Arpad no le gustaba su aspecto. Era difícil de aceptar, pero ahí estaba la reacción. El accidente debía de haberlo dejado hecho un cuadro, sin duda. Habría pasado horas o días en el hospital. Pero Peter no recordaba nada de todo aquello. Y no le importaba.

Arpad trató de retirarse. Peter disfrutaba con aquel juego del gato y el ratón.

—Deberías salir de aquí —le advirtió el científico—. No hay más que guardias. Los prisioneros... se van cuando mueren. Los guardias vuelven. Están aquí atrapados. Raro, ¿eh?

Peter le hizo hablar más. Los labios de Arpad formaban las palabras.

—Apágalo.

Ante aquello, Arpad asintió con vehemencia.

—Por supuesto. En cuanto pueda entrar... —Señaló hacia la cámara de gas—. Feo. Idea estúpida, sí, poner ahí transmisor. Error de principiante. Arrogancia de ignorante. Tú entiendes.

Peter empezaba a comprenderlo. Estar cerca de Arpad le hacía sentirse un poco menos cansado. Siempre le había gustado aquel hombre. Y Arpad parecía corresponderle. El enorme ingeniero lo veía ahora con más precisión, con el ceño tan fruncido que las cejas casi le tapaban los ojos.

La perspectiva de Peter cambió con un salto repentino.

—Los guardias no dejan entrar —dijo Arpad, hablando hacia el lugar en el que había estado Peter—. La mayoría de nuestra gente huyó hace unos días. Se hizo insoportable. Ahora hay viejos guardias por todas partes, miles. ¿Puedes hablar con ellos..., convencerlos?

Peter podía imaginarse (o quizá en realidad los veía) a los guardias que llenaban los viejos pasillos de la vetusta e inmensa penitenciaría, recorriéndola como ratas en una jaula. Como ratas con poder. Los prisioneros habían desaparecido, contentos de abandonar la Tierra y sus paredes, pero los guardias debían seguir allí continuamente.

Su turno no acaba nunca.

Peter tocó el grueso cuello de Arpad.

—No —le hizo decir—. Apágalo.

Arpad se frotó la garganta.

—Apararé, lo prometo —dijo, y se apoyó en una columna—. ¿Y tú? ¿Puedes entrar? No lo pediría, pero...

Peter miró la cámara a través del grueso cristal. Lo que vio no le infundió muchos ánimos. Weinstein estaba allí, atado a la mesa. Si seguía vivo, no se movía.

Algo aparentemente formado de terciopelo gris y podrido se sentaba sobre el pecho de Weinstein, como la sombra de un mono disecado, el pésimo trabajo de un taxidermista. Se inclinó sobre la cabeza de su víctima y le abrió los ojos con unos dedos de aspecto blando. El viejo rostro del mono se giró sobre el pellejo húmedo y correoso del cuello para mirar a Peter directamente a través del cristal, sin ambigüedades ni dudas.

Tenía los ojos barrenados de Weinstein. Tenía su sonrisa aduladora. Algo oscuro se derramaba desde sus orejas.

El equipo transmisor, varios pisos de altas cajas de acero, el corazón de Trans, se encontraba en una esquina. Luces verdes y azules parpadeaban en hileras cerca de la parte inferior.

—No puedo entrar ahí —repitió Arpad.

Peter tampoco quería aventurarse. No tenía ni idea de cuánto le dolería, o si le quedaba siquiera algo capaz de sufrir dolor. Pero Peter Russell nunca había sido un cobarde.

Apoyó las manos contra el cristal. Incluso en sus condiciones podía sentir el tacto frío.

Tocó a Arpad, lo utilizó.

—Abre la puerta —dijo el ingeniero en su nombre. Entonces, girando los ojos, Arpad levantó la tranca y giró la rueda de la pesada compuerta de acero que daba a la cámara. Peter no estaba seguro de necesitar la abertura para colarse, pero a pesar de todo usó ese camino. La fuerza de la costumbre, la lógica onírica.

El mono levantó una mano avejentada que dejó un rastro de vapores que hedían a noche. Peter aún podía oler, y aquello lo asombró. Los sueños eran divertidos de ese modo.

Pero no estoy soñando.

Dentro de la atestada y horripilante cámara, el mono con los ojos de Weinstein farfullaba incoherencias y danzaba sobre su torso. Un vapor del color del pus surgía de sus orejas, de su nariz, de su boca.

El mono en tu espalda. En tu pecho.

Pesadilla, escarnecedor que asfixia a los reos por la noche y retuerce sus pensamientos durante el día... Que se alimenta de su carroña, de su miseria prolongada.

El mono escupió el veneno del presidio, lo vomitó, y entonces, con perversidad, comenzó a gruñir como una olla borbollante y expelió una miasma aborrecible.

El grande. El devorador de almas. El fantasma de la misma San Andreas.

Arpad aguardada en el umbral de acero. Había cogido una barra de metal oxidado. Ignorando cualquier sentido común o buen juicio que pudiera quedarle, Peter entró llamando la atención de la bestia. El ser abrió la boca. No tenía dientes, ni encías, ni garganta. Algo negro se agitaba detrás de los labios hundidos.

—No es un teléfono —les dijo el mono con la voz de Weinstein, señalando al aire con su huesudo dedo índice—. Por favor, ni se le ocurra llamarlo teléfono móvil.

Arpad golpeó con salvajismo las cajas con la barra, hasta que la última de las luces dejó de parpadear.

La bestia correteaba y se deslizaba alrededor de la mesa. Peter se apartó de la rociada de inmundicia.

Weinstein trató de incorporarse, chillando como un niño pequeño. El mono, alarmado, extendió una inmensa zarpa gris y volvió a tumbarlo.

Arpad se retiró con los brazos cubiertos de retazos de sanguijuelas umbrías. Al verlas, comenzó a gritar histérico.

Peter atravesó el cristal, un buen truco. El mono, por mucho que se expandiera, era un ser especializado: no podía abandonar la cámara de gas. Estaba allí atrapado junto a Weinstein.

A la criatura no parecía importarle. Alzó la cara y rió, un sonido terrible que en realidad no era sonido.

Tienen modos de divertirse.

Peter estaba muy cansado. Levantó la mirada hacia el alto techo sobre la cámara y vio la similitud con el atrio de «Jesús Lloró». Por un instante estuvo allí de nuevo, en la mansión, rodeado por paredes vaporosas, confuso porque podía ver el cielo. ¿Qué había sucedido? ¿Había habido un incendio?

El mismísimo Lordy Trenton paseaba entre las ruinas calcinadas, con su característica chistera y sus pantalones amplios, interpretando su papel de petimetre borracho, desgarrado e incompetente. Bajo las cejas truculentas alguien le había arrancado los ojos. Tanteaba el camino con dedos elocuentes cuyas puntas habían sido reducidas a muñones.

—He estado revisando mis álbumes de recortes —informó a Peter—. Aquellos sí que fueron buenos tiempos, ¿no cree? Cuando todo el mundo, absolutamente todo el mundo, te miraba. ¿Cómo abandonar a una audiencia así?

Michelle se arrastraba detrás de Lordy, a cuatro patas, como un perro herido. Sonrió a Peter.

—Tiene mejor aspecto cuando hace sol, ¿no crees?

Pero Peter no podía quedarse.

Estaba en casa. Conocía bien el sitio, aunque no su lugar en él. Y aunque sentía algún alivio en el regreso, también había un sentimiento de culpa. No lograba pensar con claridad. Ni siquiera veía con claridad. Las esquinas parecían torcidas. La luz era uniforme, imprevisible. Las sombras (sombras de verdad) se movían por todas partes sin previo aviso.

Era evidente que, después de todo lo que había pasado, había salido a emborracharse; pero a emborracharse de verdad, a cogerse la madre de todas las cogorzas, de esas que te disuelven el hígado. Tenía una excusa o dos, ¿no? Desde luego que sí. El tiempo se había comprimido y había desaparecido, como le sucedió durante los meses que había pasado como un espécimen de laboratorio en un frasco de cristal, empapado en alcohol.

Eso explicaba por qué la cabeza no le funcionaba bien.

El *delirium tremens*.

Miró el tablero de ajedrez y se sentó en el sofá. Pensó en hacerse una taza de té, un patético intento de desembriagarse y morir en condiciones. De volar en condiciones.

Una joven entró en la casa. Peter la miró primero con interés, después con cierta alarma. ¿Quién era, y qué estaba haciendo allí? La chica se quedó un momento en el salón antes de dirigirse a la cocina. La seguía un hombre vestido con un traje *beige*.

Estaban hablando de un seguro, de un testamento.

Había transcurrido un año, dos, supuso. ¿Podía uno pasarse tanto tiempo borracho? Reconoció a la joven. Lindsey crecía muy rápido. Se estaba convirtiendo

en una verdadera belleza, aún más adorable que su madre. No había necesidad de molestarlos. De todos modos, no les sería de mucha ayuda. Como Phil, Peter nunca había hecho testamento.

En cualquier caso, no lo veían. Eso estaba bien. Peter lo comprendía y lo aprobaba. Las cosas volvían a la normalidad.

Miró el ajedrez Enzenbacher sobre la mesilla de café. Un caballo de plata, un detective privado con gabardina, saltó lentamente sobre un peón fantasma y aterrizó para amenazar al alfil demasiado aventurero de Peter. La partida había progresado bastante.

Como respuesta, Peter retrasó tres casillas al científico loco. Sentía que alguien lo observaba.

Phil se estiraba sobre la mesa, pálido y deshilachado, pero a pesar de ello reconocible. Aún conservaba aquel brillo crepuscular que podía iluminar una habitación cuando quería.

—Me alegro de verte —dijo Peter.

Phil asintió con cordialidad.

—¿Dónde has estado? —preguntó Peter.

—Por ahí. Esperando. Eres un hombre muy ocupado.

Phil extendió la mano sobre el tablero. Peter no lograba ver los dedos de su amigo, pero de algún modo logró mover a la Dejah Thoris de plata a una posición considerablemente amenazadora. Peter había vuelto a ser superado: jaque mate. Le agradaba perder, le agradaba que fuera Phil quien hubiera ganado. Phil había tenido una vida muy difícil, sin suerte con las mujeres. Siempre había merecido más.

Se dieron la mano lo mejor que pudieron, sin carne ni tacto; mostraron indicios de pulgares extendidos en el viejo signo de la victoria, de los días en que el mundo era nuevo y lleno de aventuras.

Su viejo amigo estaba allí para algo más que terminar la partida.

—Aquí ya hemos acabado. Tenemos que dejarlo, Peter. Es la hora de la Mayor Escapada-Acampada para Viejos Chochos del Mundo.

Peter trató de resistirse.

—Tengo que ayudar a Lindsey.

—Ya lo has hecho. Ahora es difícil aferrarse a los recuerdos. Créeme, es la hora. Polvo al polvo. Hay que dejar marchar las cosas importantes.

Peter mira hacia abajo, mira muy profundo, y ve el crepúsculo en su propio abdomen.

—¿Esto?

Phil asiente.

Para su sorpresa, está preparado. Ahora recuerda que se ha resistido durante

mucho tiempo; primero, luchando para nacer y permanecer con vida, para encajar en la sociedad, para desarrollar su arte, para casarse y criar a sus hijas, para protegerlas a todas...

Todas las mujeres a las que ha amado, carne suntuosa, brillantes ojos como umbrales; todos los hombres con los que ha trabajado, con los que ha hablado, con los que se ha dado la mano, con los que se ha emborrachado; las películas y miles de dibujos, los libros ingratos a los que se ha esclavizado; sus hijas, nacidas al tiempo en una temible riada, hermosas, arrugadas y rosadas, cambiándolo para siempre; el críptico y doloroso amor que ha sentido por Helen y Sascha y las otras, se pregunta qué estarán haciendo, a quiénes estarán amando, y se siente solo y apartado, desesperado; pero ante todo ve con claridad, demasiado tarde, su amor por Helen, que le dio hijos y sufrió.

Durante largo tiempo se ha resistido a rendir todo esto. Y aún lo hace. Responsabilidades y relaciones, pasiones y celos, la materia de los vivos. Y solo de los vivos.

—Queda mucho que hacer, demasiadas cosas inconclusas...

Phil no atiende a sus razones.

—Ya has cruzado el río, Peter. No tiene sentido seguir cargando con la barca. No haría más que lastrarte.

Tantas ataduras, tantas cosas que proteger... Vuelve el dolor, y ese es el acicate definitivo: el dolor de comprender que está disminuido. Hay demasiadas cosas que no puede recuperar. Ya está medio perdido y deshilachado por los bordes.

Se acaba. No hay vuelta a casa. No hay vuelta atrás.

Al fin, siguiendo el ejemplo de Phil, Peter busca la liberación onírica. Se desengancha, se despega.

—Todos morimos con la capacidad —le dice Phil—. Como el pico de un polluelo dentro del huevo. ¿Puedes sentirlo?

Puede. Hay luces al otro lado de la rada. La sensación de moverse a otra tierra.

Peter se relaja. Deja caer el equipaje, abandona la barca.

La habitación se llena de luz, intensa y hermosa, pero esta vez no hay nadie allí para verla.

Como debe ser. Algunas cosas deben ser privadas.

El último de sus recuerdos, como una piel desechada, juega al ajedrez un poco más, una partida por placer, sin mucha energía. Como no tienen centro les llevará un poco. Se empieza a hacer imposible recordar lo que sucedió instantes antes. Los mismos momentos se extienden de forma imposible. El gris se apodera de ellos con voracidad, la penúltima caducidad tras la cual no hay nada, misericordia.

Aun entonces, sin embargo, lo poco que queda de Peter vigila y trata de proteger. Lo que queda de Phil permanece a su lado. Juntos, aún tienen algo.

Los peones monstruosos esperan a un lado del tablero, los fantasmales al otro.

—Yo vigilo tu espalda.

—Y yo la tuya.

No se marcharán sin lucha.

Un fantasma es un papel sin actor.

Los fantasmas son como las películas: la historia sigue, pero ya no queda nadie para verla. Como la piel muerta, en circunstancias normales un fantasma permanece lo suficiente para proteger la carne vulnerable de los vivos.

Es frecuente que algunas personas nazcan sin nada dentro, o que pierdan lo poco que tienen: son fantasmas vivientes. Y cuando mueren, en ocasiones antes incluso de morir, se abre una fisura que da paso a la oscuridad.

Todos estábamos allí, en aquella ciudad que vive de la manufactura de fantasmas. Estábamos allí cuando un hombre comenzó a permitir la libre comunicación. Y allí estamos ahora, tristes muñecas hechas de polvo.

Amigos, si supierais la verdad, si fuerais lo bastante listos como para preocuparos... Puede que ahora escuchéis, aunque nunca antes lo hayáis hecho.

Pronto os uniréis a nosotros.

Sois los siguientes.